

The predator becomes the prey.

BETA

New York Times and *USA Today* Bestselling Author

Jasinda Wilder

BETA

BETA

Por

Jasinda Wilder

Este documento fue elaborado sin fines de lucro, con el único propósito de permitir disfrutar a las lectoras de la maravillosa historia de Valentine y Kyrie...



Título Original: Beta

Jasinda Wilder, 2014

Traducción: Aline Michelle O.R

Alma de Tinta & Corazón de Papel

SINÓPISIS

Roth y yo estamos en un viaje alrededor del mundo. Roth sigue siendo Roth, esto significa hacer el misionero en Marruecos, la vaquera en Calcuta, disfrutando sobre la proa de una casa flotante en Hanoi, lento y tranquilo en St. John. En cualquier momento y en todas partes, en todas las posiciones imaginables, incluso en algunas que no sabía, eran posibles.

La vida era bastante increíble.

Hasta que me desperté en un castillo en Francia, sola. En la cama a mi lado se hallaba una nota. Sólo había tres palabras:

Él me pertenece.

Despertando

Despertar se ha vuelto uno de mis juegos favoritos. La primera pregunta siempre es... ¿quién despertó primero, Roth o yo? Si fui yo, es mi deber -autoimpuesto- asegurarme de que él despierte del mejor modo posible. En otras palabras, con mis manos y mi boca alrededor de su erección matutina. Y si él despertó primero, el pretende estar dormido, así puedo despertarlo del mismo modo.

La segunda pregunta que me hago a mí misma cada mañana es, ¿en qué parte del mundo estamos? Porque es un lugar diferente cada semana o dos. Hace dos semanas, desperté en Vancouver. Aún tenía una de las corbatas de Roth anudada alrededor de la muñeca, recordatorio de una larga y escandalosa noche en la que permanecí atada a la cabecera de la cama. Roth no me desató hasta que me vine...Dios, como ¿seis veces? ¿siete? Y cuando finalmente me desató, bueno, digamos que no creo que vuelva a jugar al “torturaré a Kyrie con múltiples orgasmos sin dejarla tocarme” de nuevo. Literalmente me lancé al ataque sobre él. Las marcas que bajan por su espalda lo comprueban... aún se están curando. Me lo follé tan duro que de hecho creo que estuve cerca de romper su polla. *Romper su polla...* creo que es posible. Seguro que lo es, y casi lo hago.

Esta mañana, desperté e hice un recuento de los daños. Un leve dolor entre los muslos, pero nada demasiado grave. Roth roncaba, por lo tanto, supe que yo desperté primero. Respiré hondo, exhalé y me estiré. Parpadeé un par de veces para adaptar mis ojos a la luz, a la vez que me llegó la brisa salada del mar y el sonido de olas rompiendo. La cama se mecía suavemente de lado a lado. Estábamos en una pequeña recámara de paneles de madera con techos bajos y una gran ventana abierta. Sólo había espacio suficiente para una cama y una pequeña cómoda. Pero la recámara se estaba moviendo. ¿Por qué la recámara se estaba moviendo? ¿Dónde estábamos? Me tomó unos minutos recordar las últimas semanas para darme cuenta. Una semana en Vancouver... un largo, *largo* vuelo a Tokio. Una semana en Japón. Dios, que semana.

Tantos tours, tanta excursión, tanto sushi y sake. No quiero volver a tomar sake nunca más, eso seguro.

Tokio, Nagoya, Osaka, Kioto... recuerdo el viaje a Kioto, con todos los asistentes de vuelo vestidos idéntico, incluso los peinados, y el pequeño pañuelo anudado alrededor de sus cuellos.

¿A dónde fuimos después?

Una gaviota graznó, y oí voces en la distancia, hablando rápido. Pero no estaban hablando japonés. –“Nhất nó lên!”- La enojada voz hizo eco a través del agua, tenue y distante... ¡Vietnam! Es donde estamos. Hanoi, para ser exactos.

Roth nos compró un pequeño bote que cumple la función de vivienda, pagado en efectivo, y lo navegó él solo a lo largo del Río Rojo rumbo a Hanoi, partiendo de una pequeña villa en el golfo de Tonkin. Fuimos despacio, deteniéndonos de vez en cuando para tomar alimento, recuerdos o admirar las vistas. Comimos, bebimos, dormimos y follamos. Visitamos templos, recorrimos campos agrícolas, granjas y subimos colinas. Contratamos un traductor/guía para que nos mostrara los mejores lugares fuera de las zonas turísticas.

El asunto con Roth: nunca se comportaba como un turista, siempre parece pertenecer a donde sea que vamos, y siempre se asegura de que estemos a salvo. Llegamos a Hanoi anoche, y Roth encontró a una diminuta ancianita que nos preparó una enorme cena en el bote-vivienda. Él le dio tantos dólares a la mujer que la pobre se quedó pálida y al borde del desmayo por la impresión.

Después de la cena, Roth descorchó la botella de algún tipo de licor, quizá vino, –no estaba muy segura- el cual resultó ser extremadamente fuerte. Después de un par de rondas, la cabeza ya me martilleaba. Fue entonces cuando Roth tomó la ventaja y me puso sobre mi vientre, tomándome por detrás con fuerza hasta que ambos alcanzamos el orgasmo. Eso fue todo, porque me desmayé después de eso.

Una vez en una noche no es ni de lejos suficiente para satisfacer a mi Valentine, por lo debía saldar mi deuda esta mañana. Roth estaba

acostado de lado, de espaldas a mí, con la sábana a la altura de sus caderas, dándome un primer plano de su musculosa y torneada espalda. Su cabello rubio ha crecido en los últimos meses, lo suficiente como para cubrir el cuello de las playeras. Lo lleva casi a la altura de los pómulos. Empezaba a salir su barba, bueno, para ser justos, no era una barba gruesa o enmarañada, sino una fina capa de bello rubio en las mejillas y la mandíbula. Sexy, oh, muy sexy.

Nunca habría imaginado que fuera posible sentir algo tan fuerte por alguien. Desde el principio me di cuenta de que lo que sentía por Valentine era amor, y ese conocimiento por sí mismo me asustó mucho. No estaba preparada para enamorarme, en especial no de un hombre como Valentine, pero conforme las semanas fueron convirtiéndose en meses y fui viendo el mundo con sus ojos, me di cuenta de que lo que yo sentí por él en Manhattan fue sólo el comienzo. La punta del iceberg. Mientras más tiempo paso con él, más me doy cuenta de lo profundos e intensos que son mis sentimientos. Quiero estar con él cada segundo de cada día. Vivo por los momentos en los que puedo hacerle sonreír, o cuando puedo ver ese lado tierno y suave que sólo reserva para mí.

Valentine es lo mejor que me ha pasado.

Me recuesto contra él, presiono mis labios por detrás de su hombro y lo besó, bajando suavemente mi mano a lo largo de su grueso bíceps. Encuentro su cadera y aparto la sábana. Miro sobre su hombro a la vez que acuno sus testículos en mi mano. Esta, en definitiva, es la mejor manera de ponerlo duro aún dormido. Masajeo despacio, con cuidado, aplicando un poco de presión en la base, y el gigante dormilón responde de inmediato. En efecto, después de aproximadamente un minuto, su sexo está duro y su respiración cambia. Mi amor gruñe, con los músculos del abdomen en tensión y los brazos sobre la cabeza. Se gira para ponerse boca arriba, se estira y empuja las caderas para conducir su pene hacia mi puño.

Me atrevo a echarle un vistazo, y lo que encuentro son sus ojos en mí. – Buenos días- le digo haciendo ojitos. Él me obsequia una gran, lenta y adormilada sonrisa. –Buenos días, mi amor. - Se me pasó la mano anoche ¿eh? – Si, al parecer el vino de “serpiente” te afecta rápido- Me

miraba acariciarlo, lento y firme, con mi mano deslizándose desde la raíz a la punta y de regreso en un suave vaivén. –supongo- respondo con una sonrisa -te emborrachaste antes de que pudiéramos hacer la única cosa que he querido hacer desde que subimos a este bote- dijo entre bostezos. - ¿y qué sería eso? –mmmm- cerró sus ojos y siguió golpeando con las caderas. - ¿te gustaría averiguarlo? - como respuesta le obsequio una pequeña y secreta sonrisa, la que significa que no voy a rechistar de ningún modo a lo que sea que nos tenga preparado. La sonrisa de *has lo que desees*. Un gruñido bajo brota de la garganta de Roth, a la vez que se sienta y me aparta de él. Coge la manta, grande, delgada y de forro polar de un tono verde oscuro y la cuelga de sus hombros, envolviendo los extremos alrededor de nosotros, haciéndome quedar frente a él. Hace un gesto hacia la puerta que conduce de la cabina hasta la cubierta, y nos sube conmigo chillando mientras sus dedos trazan un recorrido por todo mi trasero.

Él sólo rio entre dientes, siguiendo con sus caricias, haciendo el viaje por la escalera difícil, pero divertido. Ya en cubierta, Roth mantuvo la manta alrededor de ambos, guiándonos a la proa, que se curvaba elegantemente hasta aproximadamente la altura de la cintura. Hanoi se extendía ante nosotros, tenue por la bruma matutina.

Había otra casa flotante a unos sesenta metros de distancia, y una tercera casa a la misma distancia, aunque del otro lado, pero no se percibía ningún movimiento en ninguna de las dos. Una barcaza de pesca estaba a unos trescientos metros de distancia río arriba orientados hacia nosotros, viajaba a la deriva acarreando redes de pesca, voces haciendo eco una y otra vez en la distancia.

-Agarra el arco- Susurró Roth en mi oído. Sostuve el arco con ambas manos, para luego girar mi cabeza y observarlo, pero él me riñó con un sonido. –Actúa como si simplemente estuvieras mirando la ciudad, y trata de no hacer ruido- Tomé los bordes de la manta y me aferré a ella por él, manteniéndola a nuestro alrededor mientras las manos de Roth se deslizaban por mi vientre y descendían entre mis muslos.

Oh mierda. Estar tranquila no era una de mis especialidades.

Me hizo retorcerme y gemir en cuestión de segundos, presionando a su toque y mordiéndome los labios para acallar mis gemidos. No pasó mucho tiempo antes de que me corriera por primera vez, y entonces él se arrodilló, con los dedos de una mano en mi sexo y la otra mano alrededor de su polla, para entrar en mí. Mi incliné hacia adelante sobre el arco, extendí las piernas abriéndolas más y lo tomé dentro.

La barcaza de pesca se estaba acercando, flotando río abajo, ligeramente en dirección norte, de modo que se deslizaban justo hacia nosotros. –Oh Dios, Roth. Date prisa, estoy muy cerca... -No te vengas aún Kyrie, no aún. –Ya no aguanto, estoy a punto-. Él aminoró el paso instantáneamente. La barcaza se acercaba. Rostros se volvieron hacia nosotros, con los ojos entrecerrados analizando, sospechosos. Roth se agitó, y oí a los pescadores intercambiar comentarios, riendo. En ese mismo momento, Roth flexionó sus rodillas y se impulsó fuerte dentro de mí. No me lo esperaba, por lo que dejé escapar un sonoro gemido y los pescadores soltaron una carcajada. Sólo se necesitó una mirada amenazadora de Roth para que el timonel encendiera el motor, y en un segundo se perdieron en la distancia. Después de eso, Roth se estaba moviendo otra vez, y yo ya me venía a pesar de sus órdenes de que esperara... esperara.

-¡Córrete conmigo Valentine!- Y él lo hizo, Oh, Santo Dios, valla que lo hizo... muy, muy fuerte. Me llenó con su semen, y luego siguió conduciendo, yendo y viniendo, y yo sólo podía apretarme alrededor de él, agacharme más y seguir tomándolo, jadeando entre la brisa de la mañana.

* * *

Dos semanas después, estábamos en un castillo en las colinas del sur de Francia. Yo estaba despertando, jugando mi rol. Haciendo un recuento y tratando de adivinar nuestra ubicación.

Pero esta vez, algo estaba mal.

Me senté de repente, totalmente despierta. Roth no estaba en la cama. Él nunca, *nunca* me deja sola en las mañanas. Él nunca sale de la cama antes que yo. Me asomé al baño, pero estaba oscuro y silencioso.

Mi corazón latía con fuerza, sudor cayendo por mi frente. - ¿Roth? Mi voz era vacilante, tranquila, el eco expandiéndose por la habitación.

Silencio.

Su lado de la cama estaba arrugado, aún cálido por el calor de su cuerpo. La almohada estaba hundida donde su cabeza había descansado. Había una nota. Un roto trozo de blanco papel fue clavado en la almohada con un largo, delgado cuchillo. El mensaje estaba escrito en una tinta roja, cuidada y femenina, hecha a mano:

Él me pertenece.

Pánico

No. Nonono. Extendí la mano para tomar el cuchillo y el papel, pero me detuve a escasos centímetros de tocarlos.

Él me pertenece. La tinta era carmesí, del color de la sangre fresca. ¿Era sangre? ¿Sangre de Roth? No, no podía ser. Las letras eran muy cuidadas, muy limpias, cada trazo preciso. La sangre escurriría ¿no? Oh Dios. Oh Dios. ¿Quién haría esto? ¿Quién *hizo* esto? Fuimos a la cama bastante tomados anoche... eso lo sabía. Pero no *tan* tomados... ¡no borrachos! No tan tomados como para que alguien pudiera secuestrar a un hombre como Valentine Roth simplemente sacándolo de la cama justo en mis narices mientras yo dormía.

Pero él no estaba.

Me apresuré fuera de la cama; los pisos de roble de seiscientos años de antigüedad estaban fríos bajo mis pies descalzos. La cama de cuatro postes era incluso más vieja que eso, Roth me lo dijo. Este castillo era uno de los dos que poseía en Francia. Este, en la región de Languedoc-Rousillon, situado entre una vieja catedral y un viñedo en expansión. Había muchísimos terrenos junto a este castillo, sólo lo suficiente para la casa y un pequeño patio, pero era pintoresco, antiguo y hermoso. Pacífico. Su otro castillo era parte de un lagar en el área de Alsace-Lorraine, y ésta iba a ser nuestra siguiente parada.

¿Quizá Valentine estaba en la cocina? Quizá esto era algo nuevo. Algún juego ridículo. Me apresuré escaleras abajo hacia la enorme cocina, la cual estaba oscura y tranquila. Tres botellas vacías de Merlot se hallaban agrupadas en una esquina, un sacacorchos junto a ellas con un corcho aún en él. La sala también estaba vacía, la chimenea ahora oscura excepto por algunas brasas de un naranja opaco. Una manta de cachemira se encontraba arrugada en el piso frente a la chimenea, y me recordaba acostada boca arriba ahí mismo anoche, la manta sobre los hombros de Roth mientras se movía sobre mí, sus brazos gruesos pilares junto a mi cabeza, con la luz del fuego brillando sobre su piel,

resplandeciendo en sus hermosos ojos azules. Él terminó dentro de mí, dejándome temblorosa y jadeante por la fuerza del orgasmo, y luego me levantó en brazos y me llevó, aún temblando por los restos de mi clímax, a la cama. Se acostó detrás de mí, su mano una cálida y tranquilizante presencia sobre mi estómago, su pecho en mi espalda, sus labios besando mi hombro mientras murmuraba “te amo, te amo, te amo” en mi oído. Así caí dormida, acunada por él, su calor y su aliento arrullándome, su fuerza refugiándome.

Ahora estaba frenética y asustada... preocupada, ahogué un sollozo y salí de la cava, fresca y seca y con una temperatura controlada para preservar los cientos de botellas de vino, cada una valorada en cientos o miles de dólares. Todo sin valor alguno para mí si Valentine no estaba conmigo. Él no estaba ahí, por supuesto. Sabía que no estaría ahí, pero tenía que revisar de todos modos.

Aún desnuda, tiré de la puerta del garaje para abrirla y encendí la luz. La Range Rover, negra, reluciente y silenciosa. El Aston Martin, rojo y pulcro, también vacío. Las llaves de ambos estaban en ganchos justo dentro de la casa. Regresé tambaleante a la recámara, temblando de pies a cabeza, jadeando y respirando trabajosamente, entré en pánico. *¿Qué hago? ¿Qué hago?* La respuesta vino de forma casi inmediata: *Harris. Llama a Harris.*

Mi celular estaba en mi mesita de noche, enchufado a la corriente. Sólo había cuatro contactos en mi agenda: Valentine, Harris, Layla y Cal. El celular de Valentine estaba en su mesita de noche, todavía conectado al cargador. Sus ropas estaban regadas en el piso, donde las arrojamos la mañana anterior antes de bañarnos. Dios. Que baño. Era pequeño, un típico baño europeo, Pero de algún modo Roth consiguió empotrarme contra la pared y follarme hasta quedar sin aliento.

A donde sea que miraba, había recuerdos de Roth. La cama, la ducha, la cocina –mi trasero desnudo sobre el mostrador, con la manija del gabinete clavándose en mi espalda, Valentine levantado sobre los dedos de los pies para entrar en mí- la cava, incluso en el garaje. Le di sexo oral en el garaje, y él me devolvió el favor, levantándome sobre el capó

del Rover y poniendo en práctica su talento haciéndome un sexo oral prodigioso, hasta que le rogué que me dejara venirme.

Y a donde sea que miro, ahí está él. Diciendo me cuanto me ama. Él, Valentine Roth, hermoso, roto, talentoso, millonario hombre de negocios. Él me *ama*, y nunca se cansa de decírmelo, de demostrármelo, hasta asegurarse de hacerme saber que le pertenezco.

Tropecé y caí sobre la cama, sollozando, y cuando me las arreglé para abrir los ojos, todo lo que pude ver fue el cuchillo, de mango negro, hoja de plata curveada, afilado y maligno. La nota, un trozo de papel y la tinta rojo sangre.

Agarré mi celular, arrancando el cable del cargador, y presioné el botón de inicio. Deslicé el dedo para desbloquearlo, luego tecleé el nombre de Harris. –*Señorita St. Claire.* - Su voz, fría y calmada, estaba ahí antes de dar el segundo tono, - *¿Cómo puedo ayudarle, señora?* – ¡No está! ... Él... ellos... ¡alguien se lo llevó! No está, Harris. Ayúdame. ¡Ayúdame! -no tenía sentido nada de lo que decía y lo sabía, pero no podía respirar, no podía pensar. –*Kyrie* – su voz llegó a través de mi pánico. –*Respira. Tómate un momento y respira.* - Inhalé profundo tres veces, haciendo el aire entrar por mi nariz y salir por mi boca. Lo intenté de nuevo: -Acabo de despertar justo ahora, hace unos diez minutos quizá. Estamos en... en Francia. Valentine no está, Harris. - *¿A dónde fue? ¿A una tienda, quizá? ¿A fuera por café?* – ¡No, Harris! ¡No estas entendiendo! - estaba temblando, gritando frenética. – ¡Hay una nota! ¡Una maldita nota con un puto cuchillo! –*Estoy tratando de entender, señorita St. Claire. ¿Está diciendo que alguien secuestró al señor Roth?* - ¡¡¡SI!!!- lo grité tan fuerte que me dolió la garganta. Tuve que tragar, respirar y comenzar de nuevo. –La nota... alguien apuñaló un enorme cuchillo con una nota en la almohada. Es la letra de una mujer. Dice... -Dios, Dios. -Dice “él me pertenece”. - silencio tras la línea... - *¿Esto es en serio? ¿real? ¿no está bromeando?* - ¡¿¿¿ACASO SUENO COMO SI ESTUVIERA JODIDAMENTE BROMEANDO?!!

Caí de boca sobre la cama, con el teléfono presionando en mi oreja, sorbiendo por la nariz. - ¿Quién haría esto...quién? ¿por qué? ¿Qué hago, Harris? –*Hay alguna otra cosa a parte del cuchillo y la nota?* –

No. - *¿Sólo esas palabras? ¿ninguna petición o demanda? ¿nada?* - Negué con la cabeza, aún sabiendo que Harris no podía verme. -No, no, sólo la nota, sólo esas palabras. Su teléfono, los carros, su ropa... todo, todo está aquí. Busqué en todos lados, pero él no está. ¿Quién se lo llevó, Harris? -*Tengo algunas ideas. Todo estará bien. Señorita St. Claire. Lo encontraremos. Sólo quédese ahí y no toque nada. Vístase, pero no valla a ninguna parte. No llame a nadie... a nadie, ¿me entendió? No a Layla, no a la policía, a nadie.* -Ok. -*Dígalo, repítalo para mí.* -No iré a ninguna parte, no llamaré a nadie, me quedaré aquí y te esperaré. -*Sí, estoy en Londres, así que estaré ahí en un par de horas.* Su voz estaba calmada y firme, y eso me hizo sentir segura de algún modo. -Ok, tragué fuerte y traté de sonar calmada. - ¿Harris? ¿Quién podría haber hecho esto? -*Hablaremos cuando llegue, señorita St. Claire, mientras tanto, traté de mantener la calma. Consiga algo de comer, empaque sus cosas. Ropa sencilla, zapatos cómodos, sólo los artículos personales necesarios. No toque nada del Señor Roth, en especial la nota o el cuchillo.* -Ok, entiendo. Mi voz sonaba queda, apenas audible. -*Lo encontraremos, señorita St. Claire, se lo prometo. Tiene mi palabra.* - Percibí algo frío en el tono de Harris que me asustó. Pero eso era bueno. Necesitaba al Harris guardaespaldas amenazante en este momento, no al educado y amigable chofer.

Colgué el teléfono, desenchufé el cargador y lo enrollé para guardarlo en mi bolso. Me duché rápido, a duras penas ignorando los recuerdos de la última vez que había estado ahí... con Valentine. Me enjaboné, me enjuagué y me sequé. Cepillé mi cabello y lo até en una coleta desordenada y enmarañada. Busqué un par de jeans, una playera y mis botas de montaña. Roth insistió en comprarme un montón de ropa apta para el aire libre antes de emprender nuestro gran viaje. Me compró un conjunto de maletas y algo así como un guardarropa nuevo. Jeans, playeras, sudaderas y suéteres, shorts y tops sin mangas, impermeables, botas de montaña carísimas, sombreros, lentes de sol, básicamente todo tipo de ropa para todo tipo de clima, y de algún modo consiguió meter todo en dos enormes maletas Louis Vuitton y una

mochila. Siempre empacó lo de ambos, alegando tener un sistema infalible.

Así que ahora estoy tratando de recrear su método, enrollando la ropa en vez de doblándola, empacando todo bien al fondo de mi maleta. Algunos pares de jeans, playeras, mi capucha favorita, shorts y calcetas, ropa interior, sujetadores y artículos de higiene personal. Del mismo modo eché mi cartera a la maleta, me calcé mis botas de montaña y me até un suéter alrededor de la cintura.

¿Para qué empacaba? Estaba siguiendo las instrucciones de Harris, pero no entendía muy bien por qué necesitaba empacar o por qué ya estaba lista para salir en cualquier momento. Una vez empacado todo, fui a la cocina e hice lo que según yo es un “desayuno francés”, un baguette comprado la tarde anterior, un poco de Brie, fruta fresca rebanada y una taza de café. Con Roth, todo sabía mejor. El queso sabía cómo el cielo, el café era espeso y delicioso y siempre balanceado a la perfección, el pan crujiente por fuera, suave y cálido por dentro. Pero ahora, sola, todo estaba insípido, y yo no podía dejar de pensar, de preguntarme dónde estaba Valentine.

¿Cómo? ¿Quién? ¿Por qué? Si hubiera habido alguna demanda, amenaza o algo, podría haberlo entendido un poco mejor. Algún viejo enemigo por ahí buscando venganza, alguien a quien los negocios de Roth hubiera afectado. Alguien que simplemente esté buscando cobrar un rescate. Pero los trazos femeninos me tenían perpleja. ¿Cómo una mujer podía secuestrar a un enorme, musculoso, poderoso hombre como Roth? No tenía sentido. No debería ser posible.

Estaba inquieta. Frenética. Me quedé mirando la nota, tratando de no hiperventilar. Después de una eternidad, revisé el tiempo en mi celular; apenas y había pasado una hora. Incluso si rompiera todos y cada uno de los límites de velocidad entre este lugar y Londres, Harris no podría estar aquí antes de cuatro horas. ¿Qué diablos se supone que haga hasta entonces? Estaré loca en cuatro horas.

Tenía salir del castillo. *Necesitaba* hacerlo. No podía estar ahí ni un minuto más, no con esa nota y la ominosa presencia del cuchillo. Pero Harris me dijo específicamente que no me fuera, por ningún motivo.

Traté de distraerme con la televisión, pero casi todo estaba en francés, con uno que otro canal británico bastante malo. La apagué. El hombre que amo más que a mi vida estaba perdido, ¿y se supone que yo sólo debía estar calentándome el trasero viendo la televisión?

Como la mierda que no.

Así que me estresé más, negándome a ver la hora. Me senté, con las rodillas temblando y las piernas rebotando, mordiéndome las uñas, mi mejor amiga, Layla, quien se encontraba en Detroit, se pondría furiosa si viera mis uñas todas mordidas.

Logré sobrevivir otra hora, y luego una tercera.

Estaba a punto del colapso cuando escuché llantas en el camino de grava, el quedo ronroneo de un motor, el leve sonido de la puerta al cerrarse. Pegué un salto y corrí a la ventana para asomarme. Un bajo, pulcro Audi negro de dos puertas con vidrios tintados estaba estacionado frente al castillo. Un hombre se hallaba de pie apoyado contra el capó, sosteniendo un celular en su oreja. Alto y delgado, con el cabello negro peinado hacia atrás, rasgos morenos, bien afeitado y vestido con un traje negro de aspecto ligero, corbata negra y camisa blanca. Él asentía de vez en cuando, hasta que dio por terminada la llamada y guardó el teléfono en su bolsillo.

Dos cosas me preocupaban: una, él no era Harris; dos, sostenía casualmente una pistola en la mano derecha. Mientras le observaba, expulsó el clip de la parte inferior de la pistola, le echó un vistazo, replazó el cartucho y cargó la pistola. Fue la experta soltura y práctica con la que ejecutó todo, lo que hizo que mi estómago se retorciera. Esto no estaba bien. Nada bien.

No me detuve a pensarlo. Me puse en los hombros la mochila con mis cosas y fui directa al garaje. Descolgué del ganchito las llaves de la Rover, las metí en mi bolso y busqué el interruptor que abriría la puerta

para los carros, pero entonces me detuve y escuché. La puerta principal estaba cerrada con llave, lo sabía porque yo misma le había echado llave a la espera de Harris.

El silencio, largo y espeso. Y a continuación, vidrio rompiéndose. Podía imaginar el mango de la pistola pasar a través de los pequeños paneles cuadrados de vidrio tintado de la puerta principal, una mano deslizándose para desbloquear y abrir la puerta. Esperé hasta que oí la puerta crujir al abrirse y luego cerrarse antes de deslizarme al asiento de la Rover. Esperé un momento con la esperanza de que el hombre, quienquiera que fuese, fuera a buscar en las habitaciones de arriba primero.

Puse el pie en el freno y presioné el botón de encendido, a la vez que tocaba el interruptor de la puerta del garaje. El motor se encendió y la puerta del garaje se alzó silenciosa sobre pistas aceitadas. Gracias a Dios Roth mantenía todo lo que poseía en condiciones prístinas. Tan pronto como la puerta estaba lo suficientemente abierta, puse el Rover en reversa y aceleré el motor, dejando al Audi aparcado justo detrás de mí. La camioneta golpeó la hierba, destrozando el césped, para luego pasar sobre la grava del camino, conmigo moviendo frenética la palanca de cambios y pisando el acelerador. Suciedad y grava alzándose, y el Rover moviéndose hacia delante.

Bang. Bang. Bang. Bang.

¿Esos fueron disparos?

Eché un vistazo por el espejo retrovisor justo a tiempo para ver la ventana trasera astillarse en arañazos con el impacto de bala. Entonces se derrumbó por completo cuando una segunda ronda golpeó el vidrio. Grité cuando una tercera ronda rebotó en el espejo lateral, a meras pulgadas de mi rostro. Giré el volante, pisando el freno y, a continuación, acelerando el motor para que el Rover diera un giro estrecho de noventa grados hacia otra calle. Oí un rugido de motor, y sabía que el Audi no estaba lejos de mí.

No tenía tiempo para siquiera tener miedo. El silbido del viento a través de la destrozada ventana trasera era suficiente evidencia de que no se trataba de ninguna broma y que cada elección que hacía a partir de ahora demostraba si vivía o moría. Tiré el Rover alrededor de un giro a la izquierda y luego a la derecha, conduciendo demasiado rápido por la tranquilidad de la mañana de las calles de un pequeño pueblo francés adormecido. Ni siquiera sabía el nombre de la ciudad, sólo sabía que estaba en algún lugar en el extremo sur de Francia. Cerca de Marsella, ¿tal vez?. Mi conocimiento de la geografía francesa era prácticamente inexistente. Estaba acostumbrada a sentarme en el asiento del pasajero mientras Roth conducía, dejándolo llevarme a donde él quisiera ir.

Una de las señalizaciones de la carretera delante mío me hizo detener bruscamente, el metal abollado por el impacto de una bala.

¿Qué está pasando? ¿Quién está disparándome, y por qué? ¿Dónde está Harris?

Tiré el SUV en otro giro a la izquierda, y luego a la derecha, y estaba fuera del pueblo sobre una carretera de dos carriles que conduce directamente hacia fuera y lejos, con viñedos cerniéndose a ambos lados. Pisé el pedal del acelerador, sintiendo el poderoso motor de la Range Rover moviendo el vehículo hacia adelante. La aguja pasó rápidamente las cuarenta millas por hora, luego cincuenta. Arriesgué una mirada al espejo retrovisor y vi el Audi detrás de mí, alrededor de un cuarto de milla de distancia y acercándose rápido.

Había visto a Roth hacer un par de llamadas en este vehículo, así que sabía qué hacer. Apreté el botón de comando, y le dije al sistema que llamara a Harris.

El sonido de un timbre llenó el auto, una vez, dos veces, y luego la voz de Harris. —Señorita St. Claire. ¿Todo está bien?

—No. Nada está jodidamente bien, Harris. —Agarré el volante con las dos manos, el pie pisando el acelerador, y la aguja del velocímetro pasando los setenta—. Un hombre apareció. Un Audi negro. Él tenía

una pistola. No eras tú, y no se sentía bien, así que tomé el Rover y me fui, pero ahora me está persiguiendo. Me está disparando. Tengo miedo. —Traté de mantener la calma, pero sólo conseguí sonar robótica.

—Mierda. —Oí un crujido en el otro lado de la línea, y luego el rugido de un motor y neumáticos chillando—. ¿Está herida?

—No. Pero le disparó a la ventana trasera, y a uno de los espejos laterales. Está justo detrás de mí, alcanzándome. No sé qué hacer. Me va a matar si me atrapa. Sé que lo hará.

—Conduzca tan rápido como pueda y no se detenga por nada. Voy a ir por usted. No estoy muy lejos.

—¡No sé a dónde voy, Harris! —El Rover estaba a cien ahora, y mi habilidad para controlar el vehículo a esta velocidad era mayormente inestable.

—Sólo hay una carretera donde se encuentra. ¿Por qué camino salió del pueblo?

—Por el derecho.

—Entonces se está dirigiendo hacia mí. ¿Está en el Rover?

—Sí.

Una pausa, neumáticos chillando de nuevo, una bocina sonando en la distancia. Sirenas.

—Bien. Sólo continúe. Ábrase paso a través de cualquier cosa que intente detenerla. Sólo avance.

—Lo hago.

En ese momento, el espejo lateral derecho cayó destrozado y grité, mis manos temblando frenéticas sobre el volante. El Rover se tambaleó y luché por enderezarlo, pisando el freno y afirmando el volante para evitar que el vehículo se volteara. Estaba derrapando por todo el camino, los neumáticos chillando. Tan pronto como sentí el Rover

estabilizarse de nuevo, apreté el acelerador y me presione en el asiento cuando el motor rugió avanzando. El Audi estaba justo detrás de mí ahora, y oí el sonido de la pistola a mis espaldas.

Había una camioneta moviéndose lentamente por delante de mí, un semirremolque chirriando por el llano empinado. Me deslicé hacia el carril de tráfico en sentido contrario y lo pasé, luego tuve que tragarme un grito cuando tiré del volante hacia la derecha una vez más, pasando frente al semirremolque y evitando por poco un sedán de color canela. El semi tocó la bocina y encendió sus luces, al igual que el sedán. Arriesgué otro vistazo hacia atrás y vi que el Audi había pasado al semirremolque también.

Otro disparo hizo eco, y oí el impacto cuando la bala golpeó en algún lugar de la parte trasera, una de las luces de freno, o tal vez la escotilla del maletero.

Nunca había desconectado la llamada, y al parecer Harris tampoco lo había hecho, porque le oí maldecir. —¿Qué fue eso? ¿Está bien?

—Sí, sí. Todavía está justo detrás de mí, y esta disparándome. —Comprobé el espejo retrovisor—. Está alcanzándome, Harris.

—No se detenga. No le dejé atraparla. Embístalo fuera de la carretera si tiene que hacerlo.

Tenía presionado el pedal del acelerador, y estaba moviéndome a más de cien millas por hora, el campo y el resto del tráfico eran un borrón a mi paso. Varios conductores estaban tocando la bocina y gesticulando frenéticamente hacia mí. Me acerqué a otro coche por detrás, este era un pequeño Peugeot o algo así, avanzando hacia adelante sin ni una preocupación en el mundo. La carretera empezó a curvarse, el llano descendiendo a un lado, viñedos curvándose en la distancia en filas interminables. Relaje el acelerador, dejando que la aguja del velocímetro descendiera, pero el Peugeot todavía estaba por delante de mí, y sabía que tenía que pasarlo. Esperé hasta el último segundo, tratando de mirar la distancia de la curva tanto como pude, lo que no era lejos. Me deslicé hacia el carril contrario, acelerando el motor, y

comencé a acelerar más allá del pequeño vehículo. Mi corazón estaba en mi garganta, mi estómago revuelto por el terror cuando vi una hilera de semirremolques sobrecargados aproximándose, luces intermitentes, bocinas resonando. El conductor del Peugeot estaba enojado de que yo tratara de pasarlo, y trató de acelerar y bloquearme.

—Deja de joderme, ¡IDIOTA! —grité.

La voz de Harris llenó el auto. —Haga lo que tenga que hacer, Kyrie. No piense. Simplemente hágalo.

Pasé al Peugeot, la cola de mi Rover apenas sobreponiéndose a su parte delantera. Aleje mis emociones, aferrando el volante con dos manos temblorosas, torciendo el cuero y respirando profundamente. Milisegundos pasaron como horas. Los semirremolques a menos de cien yardas de distancia y acercándose rápidamente. El Peugeot todavía estaba tratando de dejarme atrás. Quería cerrar los ojos, pero no podía. No tuve el lujo de otro aliento, o de siquiera pensar en ello. No había tiempo para dudar. Giré el volante a la derecha y sentí el crujido de metal contra metal. Oí el chirrido de neumáticos y el estruendo frenético de la bocina.

Bang, bang, bang.

Tres disparos resonaron y el asiento del pasajero del Rover estalló en una explosión de tela y relleno, el parabrisas astillándose cerca del tablero de instrumentos y luego oí otro chirrido de neumáticos, miré por el espejo retrovisor para ver al Peugeot girando, derrapando, y luego el neumático delantero saliéndose y volando, lanzándose hacia mí. Los semirremolques estaban a mi lado ahora, tocando las bocinas como si al tocarlas se fuera a detener el horror que estaba viviendo. El Peugeot dio un salto mortal en el aire y se estrelló contra un semi con un estruendo ensordecedor y una explosión de fuego.

—Oh mierda, oh mierda, oh mierda... —estaba hiperventilando, gritando—. Lo asesiné, lo asesiné, lo asesiné, lo asesiné... oh mi dios ¿qué hice?

—¡SUFICIENTE! —La voz de Harris apareció, alta y fuerte, silenciándome—. Usted debe seguir viva. Esa es su única preocupación. Siga conduciendo. No se detenga.

—Yo... yo... Harris, personas han... ¡han muerto a causa mía!

—Mejor ellos que usted —dijo, su voz fría y sin emociones—. Además, se sorprendería de lo que las personas llegan a hacer por sobrevivir.

—¡Pero el Peugeot explotó!

—¿Sigue el Audi detrás suyo?

Miré por el espejo retrovisor, viendo sólo ondulante humo negro y llamas color anaranjado. —No... No creo... —Nunca llegué a terminar. Una baja forma negra emergió del humo y los escombros, zigzagueando en una zanja y de regreso a la carretera principal, y luego acelerando el motor—. ¡Mierda! Todavía está ahí.

Me arriesgué a mirar atrás y vi una mano extenderse fuera de la ventana del lado del conductor, una pistola de plata en el puño. Lo vi darle a la pistola un ligero tirón, una breve llama y, a continuación, el golpe seco de una bala golpear el cuerpo del Rover.

—Veo humo delante. Casi estoy ahí —oí decir a Harris—. Toca la bocina y enciende tus faros.

Toqué al bocina y tiré de la palanca, manteniendo el pedal en el piso, tratando de adelantarme al Audi. El arma resonó de nuevo y escuché otro golpe seco. De frente, vi un BMW plateado acercarse, destellando las luces.

—Ese soy yo —dijo Harris—. Beamer Plata. Ahora, esto es lo que va a pasar. Cuando cuente hasta tres, va a presionar el freno. Desacelere en este momento. Mantenga recta la rueda. Cuando diga 'tres', frena. Déjelo adelantarse. Tan pronto como lo haga, acelere y aléjese. ¿Entiende?

—Entiendo. —Fue todo lo que pude decir.

—¿Listo?

—¡No!

—Qué mal. ¡Uno. Dos... TRES! —gritó la última palabra.

Desaceleré como me dijo que hiciera, dejando mi velocidad por debajo de los setenta... sesenta... cincuenta, y el Audi estaba justo detrás de mí, rejilla negra y aros de plata cada vez más grandes en mi espejo retrovisor. En —¡TRES! —Puse los dos pies en los frenos y apoyé todo mi peso sobre el pedal. La rueda se sacudió y tembló, los neumáticos traseros derraparon, luchando por mantener al Rover derecho. Sentí un crujido repugnante, y el Rover cayó hacia adelante. Miré por el espejo retrovisor, y pude ver al conductor, el hombre del castillo, nariz aguileña, ojos negros hundidos, labios curvados en una mueca, mostrando los dientes blancos. Fue una imagen fraccionada, vista en una fracción de segundo por el espejo, pero se quemó de forma indeleble en mi cerebro.

Y entonces oí un chirrido de neumáticos de algún lugar por delante y a la izquierda. Tiré mi peso sobre el pie del acelerador y sentí el Rover balancearse hacia adelante, tirándome en mi asiento. Alcancé a ver Harris en la ventana de la BMW, formando un arco en una curva deslizante cuando pisó el freno y giró la rueda. Otro cuadro momentáneo, una Polaroid de pánico destelló en mi cráneo: Harris, girando su volante de mano en mano, rostro sereno y sin emociones. Y entonces... crunch CRASH.

El BMW se encontró con el Audi y el vehículo negro fue golpeando hacia los lados, techo-neumáticos- techo-neumáticos, metal arrugado y vidrio volando. El auto de Harris se balanceó hasta detenerse y estaba parada de alguna manera a cincuenta pies de distancia, viendo como el humo, espeso y negro, salía del Audi volcado. Harris salió tranquilamente del lado del conductor del BMW, dejando la puerta abierta. Observé, con mi mano sobre mi boca, mientras él metía una mano enguantada en la chaqueta y sacaba una enorme pistola negra, luego se arrodilló junto a la ventana rota del Audi. Negué con la cabeza, ya sea en negación u horror, no estaba segura. Harris giró, mirando

hacia el lado del copiloto del Audi. Empujó la pistola dentro, y vi un destello, oí el sonido, y vi un salpicón rojo a través de la destrozada ventanilla del conductor.

Como si nada hubiera pasado, Harris se puso de pie y devolvió su arma a la funda en su hombro. Se limpió la cara y las manos con un pañuelo, luego colocó la tela en su bolsillo trasero. Me señaló levantando un dedo, que entendí como *espera*. Así que esperé, mirando. Se inclinó hacia la puerta abierta de la BMW y apretó un botón, liberando la cajuela. Dió la vuelta hacia la parte trasera del vehículo y sacó dos bolsas de lona negras. Dejó el maletero abierto, dejó la puerta abierta, y se dirigió tranquilamente a donde esperaba en el Rover. Abrió la puerta trasera del lado del pasajero y arrojó las bolsas en el interior.

—Voy a conducir —dijo, y luego cerró la puerta. Con gratitud, empujé mi puerta y me moví alrededor del capó. Al otro lado, mis rodillas cedieron, mi estómago se agitó. Caí al asfalto, la bilis en mi lengua. Sentí a Harris levantándose—. No tenemos tiempo para que se descomponga en este momento, señorita St. Claire. Donde hay uno de estos tipos, hay más. Necesitamos movernos.

Él me ayudó a entrar en el asiento del pasajero destruido. Estaba mal, la adrenalina retrocedía, dejándome sacudida y temblorosa, con mareos y náuseas. Parpadeé y el Rover se movía, el aire golpeaba mi cara desde la ventana rota, entonces volví a parpadear y ya atravesábamos los restos de la destrucción que dejamos atrás, un semirremolque retorcido y doblado, un Peugeot arrugado. Una vez que dejamos los restos detrás, Harris aceleró el motor y luego volví a parpadear y ya saltábamos sobre un camino de tierra y nos acercábamos al castillo. Entonces estábamos en el garaje y Harris me ayudaba, poniéndome en el asiento del pasajero del Aston Martin.

—Espera aquí. Déjame ver la escena de arriba. —Él tiró las dos bolsas de lona y mi mochila en el maletero, y luego desapareció en la casa.

Me concentré en respirar, exhalando. Traté de bloquear las imágenes terribles: el Peugeot girando, el semi torcido. El Audi rodando. La explosión de sangre.

¿Qué demonios pasaba? ¿Dónde estaba Roth? ¿Por qué la gente me disparaba y perseguía?

Harris se deslizó en el asiento del conductor, puso el auto en marcha y se retiró. No dijo nada, sólo llevó el elegante y rojo auto deportivo a la carretera, apuntando en la dirección opuesta de donde habíamos venido. Las sirenas aullaban en la distancia.

Quince minutos pasaron y ya rodábamos entre las hileras de vides, el sol brillando y la tierra pacífica y silenciosa. Como si no hubiera pasado nada. Como si Harris y yo fuéramos simplemente dos amigos dando una vuelta.

No podía soportarlo más. —¿Harris? ¿Qué carajo está pasando?

Dejó escapar un suspiro, el único signo de emoción fue una ligera contracción en los músculos de su mandíbula. —Es complicado.

—Es de Roth del que estamos hablando. Todo es complicado.

—Bueno, obviamente, fue secuestrado.

—¿Por quién? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién lo podría sacar de la cama en medio de la noche sin despertarme?

—¿Sabe mucho sobre el mundo del que el señor Roth salió?

—Un poco. Era un traficante de armas, ¿no?

—Correcto. Pero ese no es el único mundo del que ese alejó. —Harris hizo una pausa por un momento largo, pensando—. Creo que tenemos un caso de celos.

—¿Celos?

—Señorita St. Claire, sabe lo privado que es el Sr. Roth. Estoy un poco aturdido, no estoy seguro de lo mucho que estoy autorizado a decir. ¿Qué le ha dicho o no?, ¿qué quiere que usted sepa?.

—Harris. Eso es una mierda. Casi me matan varias veces. Me dispararon. Roth se ha ido. Fue llevado, sacado de nuestra maldita

cama mientras dormía! Creo que tengo derecho a saber lo que está pasando, ¿no crees?.

—Entiendo eso. El problema es, no sé mucho. —Se pellizcó el labio inferior entre el pulgar y el índice. —Esto es lo que sé: Roth se especializó en cajas de fusiles de asalto, lanzacohetes, granadas. Pequeñas cosas como esas. Nada enorme. En los círculos que Roth operaba, era un pequeño pero importante pez rodeado de algunos grandes tiburones. En ese entonces, era un hombre joven con una gran actitud. Había hecho algunas buenas decisiones, algunas buenas inversiones desde el principio, conformado una buena base de clientes y un alijo decente de capital.

Harris hizo una pausa para frenar el Aston Martin y hacer un giro a la derecha por una carretera más ancha, y luego continuó hablando. — Pero entonces se involucró con una chica. Gina Karahalios. La conoció en una discoteca en Atenas, no tenía idea de quién era. Sólo pensaba que era otra bonita chica griega con la que podría tener una aventura de una noche y seguir adelante. Bueno, resulta que Gina era la hija de uno de los hombres más peligrosos en el mundo, Vitaly Karahalios, un traficante de drogas, contrabando y distribuidor principal armas. Cuando Gina llevó a su nuevo juguete con ella, Vitaly reconoció su talento prometedor. ¿Esa reunión? Fue la caída de Roth. Terminó trabajando para Vitaly, haciendo recados y el trabajo sucio. Nunca fue parte del plan de Roth, oírle mandar, pero no tenía mucha elección. No le dices que no a un hombre como Vitaly Karahalios.

—¿Y su hija? Es la hija de su padre en todos los sentidos, cortada por el mismo patrón: astuta, violenta, peligrosa, manipuladora. Y tenía sus garras en Roth, profundamente. Él quería salir, sin embargo. Desde el principio, quería salir. Nunca quiso involucrarse en ese tipo de negocios. Nunca quiso ser un criminal. Sólo estaba tratando de ganarse la vida. Así es como me lo explicó, por lo menos. Empezó haciendo un favor a un amigo a cambio de capital de inversión. Entregar algunas cajas, cobrar, y no hacer preguntas. Así lo hizo. Y luego otra vez. Entonces, más o menos por casualidad, descubrió que llevaba cajas de armas pequeñas. Bueno, para entonces, el dinero que hacía haciendo

eso empezó a eclipsar su negocio legítimo. Para un chicos en sus veinte, ganando de veinte a treinta mil dólares por el trabajo de una sola tarde? Elección fácil. Pero entonces conoció a Gina, y todo se salió de control.

—Suenan como que Roth pasó por alto algunos hechos cuando me dijo todo esto.

—Una cosa que he aprendido, trabajando para Valentine Roth: Nunca te dirá una mentira descarada. Pero a menudo deja de lado los hechos, te oculta la totalidad de la verdad. He visto esto en sus negocios muchas veces. Es parte de su forma de ser. Considera que no es mentira, o incluso una omisión. El flujo de información es vital en cualquier negocio. Aprendió temprano en la vida a nunca revelar demasiado, y ahora es sólo... cómo es él. —Harris se encogió de hombros.

—Sigo sin entender cómo hemos llegado desde esa historia de Vitaly y Gina a la gente disparándose.

—Aquí es donde mi conocimiento de los hechos es un tanto escasa. Algo salió mal. Él trató de salir, creo. Intento ir por lo legal. La familia Karahalios no estuvo encantada con esa decisión, creo. Y ahora, por alguna razón, creo que Gina busca venganza, o para recuperarlo, o algo así. No sé lo que quiere. Ni siquiera estoy seguro de haber hecho la suposición correcta, sinceramente, pero es lo único que tiene sentido para mí, basado en mi conocimiento limitado.

—¿Qué hacemos? ¿Cómo lo encontramos y recuperamos?

Harris no respondió durante tanto tiempo que no estaba segura de si me había oído. —No estoy seguro. La prioridad en este momento es conseguir un lugar seguro mientras creo un plan. El problema es, se suponía que el Castillo fuera una casa de seguridad. Fue comprado a través de una ridículamente complicada serie de frentes y compañías subsidiarias. Si Gina o su padre o quien quiera que fuera ¿pudo encontrarlos allí? No estoy convencido de que alguna de nuestras propiedades preexistentes sea segura. El alcance Karahalios es enorme.

Ese hombre que acabo de eliminar es sólo uno de muchos. Probablemente, el primero que envió tras de ti. Habrá más. Cuando no obtenga información, vendrán más. Etcétera.

Dejé que unos minutos pasaran, viendo el paisaje pasar por la ventana. Al final tuve que preguntar. —Entonces, ¿dónde vamos ahora?

—Marsella.

—¿Y luego?

—Y luego hago algunas llamadas telefónicas.

Marsella

Harris nos llevó a Marsella. Llegamos al final de la tarde. Parecía tener un destino en particular, porque recorrió las estrechas calles sin dudarlo. Se detuvo en una calle que descendía abruptamente hacia el mar, aparcó el Aston Martin y puso el freno de mano, luego abrió el maletero y salió. Harris cerró el maletero con mi mochila sobre un hombro y señaló con la barbilla hacia mí, indicándome que debía seguirlo.

En otras circunstancias, me habría encantado tener un momento para apreciar la belleza de Marsella. Era el viejo mundo en su máxima expresión, antiguos edificios a baja altura sobre las colinas en su marcha hacia el Mediterráneo, bañado en la luz dorada del sol. El mar brillaba cobalto en la distancia, velas blancas salpicaban la bahía. Lo hice sólo un momento, y luego seguí a Harris a través de una baja, estrecha puerta café oscuro. Había una corta barra en una pared, una losa rayada, llena de marcas y madera pulida con un pie de ferrocarril de bronce debajo a la altura del tobillo. Unas cuantas pequeñas mesas redondas estaban esparcidas en un patrón aleatorio, cada una vacía. Un anciano se encontraba de pie detrás de la barra, sosteniendo una pipa contra la boca, soltando humo de olor dulzón. Tenía el pelo completamente canoso, una barba blanca bien recortada, ojos oscuros, hundidos y bronceada piel erosionada, las arrugas en su rostro tan profundas que parecían cicatrices en su piel. Su mirada pasó sobre mí, evaluándome, y luego dijo algo en un rápido francés bajo.

—Sólo el tiempo suficiente para hacer algunos arreglos —respondió Harris en Inglés. —Un par de horas, si eso. Gracias, Henri. —Pronunció el nombre a lo francés, Anhrrrree. El anciano asintió, y Harris me entregó mi mochila, señaló un taburete. —Tome asiento, señorita St. Claire.— Me senté, y se apoyó en la barra de mi lado. —Tengo que hacer algunos arreglos. Ver a unas cuantas personas. Se quedará aquí con

Henri. No voy a estar fuera más de una hora o dos, con suerte, y luego seguiremos nuestro camino.

—Espera, ¿me dejarás aquí? Sola, ¿con él? —Odiaba la forma asustada en que sonaba. —¿Qué pasa si- si nos siguieron? ¿O me encuentran?

—Dios los ayude, en ese caso —dijo Harris, el fantasma de una sonrisa en los labios.

Henri sujetaba la pipa entre los dientes, soltando una columna de humo hacia el techo mientras tomaba algo de debajo de la barra y sacaba una escopeta masiva. No sabía mucho acerca de las armas, pero sabía que esta no era una típica escopeta de caza. Era larga y negra, con un solo barril de boca ancha y un mango corto, se parecía a un fusil ametralladora o asalto. Otro movimiento bajo el mostrador y sacó una caja de cartuchos. Henri comenzó con calma a insertarlos en la escopeta, y luego en una serie de círculos en el lado del arma. Después alineó una docena más de estuches en la barra superior.

—Oh. Oh. Está bien. —Tragué saliva y me quedé mirando el arma de aspecto malvado.

Henri crispó la esquina de su boca en un destello de sonrisa. —Seguro. No te preocupes. —Su acento era tan espeso que las palabras se retorcían y enredaban sobre sí mismas.

—Vuelvo enseguida. Sólo siéntese, ¿de acuerdo? No se aparte de Henri.

—Harris se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo y se volvió hacia mí.

—¿Tiene un celular?

—Sí, por supuesto. —Levanté mi hombro para indicar la mochila. —En mi bolso.

—Apáguelo y dáselo a Henri.— Se puso de pie, esperando, y me di cuenta que quería decir *de inmediato*.

Coloqué mi bolsa en mi regazo, abrí la cremallera, y rebusqué en mi bolso mi iPhone. Apreté el botón de encendido y apagué el teléfono,

entonces se lo entregué a Henri, quien se volvió y lo tiró a la pileta, que estaba llena de agua jabonosa.

—Um. Está bien. —Suspiré con nostalgia.

—Seguir un celular es la cosa más fácil del mundo. La mayoría de la gente conoce esto como una especie de hecho abstracto, habiéndolo visto en películas y la televisión o lo que sea, y para la mayoría de las personas, en la mayoría de las circunstancias, no importa. No tienes nada que ocultar, no tienes razón para preocuparte. Pero, ¿en estas circunstancias? Importa. Karahalios tiene los recursos para realizar un seguimiento de esa manera, confíe en mí. Con suerte, no lo ha hecho.

—Oh. Sí, supongo que eso tiene sentido

Harris se fue y lo vi alejarse con una punzada de inquietud. Me senté en el taburete de la barra en silencio mientras Henri fumaba su pipa, aparentemente contento con simplemente esperar.

Después de lo que pareció una media hora de silencio sepulcral, sin televisión por encima de la barra, música, ni conversación, Henri me miró. —¿Bebe?

Me encogí de hombros y asentí. —Claro. Gracias.

Henri se retorció en su lugar, tomó una botella marrón polvorienta de un estante y dos copas para vino. Destapó la botella y sirvió una medida generosa de líquido rubí profundo en cada una, y luego deslizó un vaso hacia mí con un dedo. Levantó su copa hacia mí en un brindis silencioso y tomó un sorbo. Igualé su trago y sentí la deliciosa quemadura lenta de un seco merlot caro.

Bebimos en silencio.

Traté de no pensar o preocuparme o hacer conjeturas. Pero fue inútil. Mi cerebro giró y giró, y el vino, incluso tan poco como bebí, me dejó embriagada y relajada. Me imaginé a Valentine atado a una silla, siendo golpeado o torturado. Cuanto más trataba de bloquear la imagen, más

se aferraba a mi mente, hasta que fue todo en lo que pude pensar. Todo lo que podía ver cada vez que parpadeaba.

Valentine había sido desaparecido y presuntamente secuestrado, si Harris tenía razón, por un violento capo del crimen. Y yo estaba sentada en un bar, en Marsella, ¿bebiendo vino?.

Pasó una hora de alguna manera. Luego otra. Tanta espera. Odiaba esperar. Siempre había odiado esperar.

Los neumáticos chirriaron afuera en la calle, los frenos protestaron, un motor rugió. Al instante, Henri se encontraba en movimiento, agarrándome por la manga y tirando a mi alrededor detrás de la barra, empujándome en cuclillas. Su mano en mi hombro sosteniéndome era enorme, dura y áspera como el hormigón. Pude ver el estante debajo de la barra y estaba equipado con todo tipo de cosas. Un teléfono verde. Varias cajas de cartuchos de escopeta. Una enorme pistola de plata. Un machete. Una pistola más pequeña negra, varias otras cajas llenas de municiones para las armas de mano, supuse, así como un montón de pilas de repuesto, algunas brillando, otras vacías. Botellas de alcohol, un paquete de cigarrillos, libros, ceniceros y un paquete de tabaco de pipa.

Miré a Henri que tenía la escopeta al hombro, la pipa todavía entre sus dientes, apuntando el arma a la puerta. Puertas de autos resonaron y me asomé a ver a Henri cuando salió de detrás de la barra, moviéndose lentamente de la forma de alguien que ha tenido entrenamiento táctico de algún tipo. Se trasladó al lado de la puerta, así cuando se abriera hacia dentro, sería capaz de golpear el que entrara. Me agaché detrás de la barra.

Mi corazón martillaba en mi pecho, mi estómago se encontraba en mi garganta.

Las bisagras crujieron lentamente. Un pie arrastrándose sobre el piso de madera.

¡BOOM! BOOM! ¡BOOM! Tres bramidos ensordecedores de la escopeta, seguidos por el sonido de salpicaduras. Cuerpos golpeando el suelo.

—Quédese abajo —llamó Henri—. No se mueva.

Me quedé abajo. Mis pulmones no funcionaban. Estaba cerca de la hiperventilación, inhalando respiraciones cortas y poco profundas y soltándolas con un gemido en la garganta.

—Se acabó. Está bien. Está a salvo. —Escuché el sonido de algo resbalar a través de los tablones de madera del piso. —Pero aún así, permanezca abajo. No es bueno que vea.

No hubo argumentos de mi parte. Abracé a mis rodillas y esperé, escuchando como Henri arrastraba tres pesados cuerpos que no quería ver por el suelo y por unas escaleras. Me senté en el suelo detrás de la barra por otra media hora mientras Henri secaba y frotaba.

Finalmente, apareció detrás de la barra. —Todo listo. Siéntese, ahora. —Se lavó las manos en el fregadero, se secó, entonces agarró una caja de cerillas y volviendo a encender la pipa, dio un sorbo a su vino.

Y así todo había vuelto a la normalidad. Sentado en el bar con una copa de vino a medio terminar. Como si tres hombres no acabaran de morir.

Abrí la boca para hacer una pregunta, pero Henri negó con la cabeza. —No pregunte. No quiere saber.

—¿La policía? —pregunté de todos modos—. Ellos no...

—Non. Aquí no. No van a venir aquí.

Esa era una respuesta desconcertante, una de la que no estaba segura de querer saber más.

Mi corazón saltó en mi garganta otra vez cuando la puerta se abrió de repente y Henri tiró la escopeta en su hombro. Harris entró. Se había cambiado de traje a un par de vaqueros y suéter grueso de cuello V negro, con las mangas hasta los codos. —Soy sólo yo. Sólo yo. —Él

olfateó el aire, con los ojos como dardos desde el suelo a sus pies hacia la puerta y, a continuación, a Henri y la escopeta. —¿Algo pasó?

Henri dejó la escopeta en la barra, hablando en francés rápido, señalando una puerta en la parte posterior de la barra.

—Persistentes hijos de puta—murmuró Harris.

Henri soltó una carcajada. —¿Vitaly Karahalios? Él no se rinde.

—¿Sabes algo de su hija, Gina?

Henri escupió en el suelo, un rencoroso gesto enojado. —Mala. Peor que su padre. —Él me miró, la especulación en su mirada—. Ahhh. Ahora veo. ¿Se trata de la chica, no?

—Eso es lo que pienso. —Harris hizo un gesto hacia la puerta en la parte trasera del bar, aparentemente significaba que los cuerpos se encontraban detrás de ella—. Son hombres de Vitaly, ¿no?

Henri asintió. —Oui. Estoy tan seguro de eso como uno lo puede estar sin saber a ciencia cierta. ¿Quién más podría encontrarla aquí, y arriesgarse a mi ira?

—Buen punto. —Harris hizo un gesto hacia mí con los dedos, lo que indicaba que debía ir con él. —Gracias, Henri. Voy a estar en contacto. —Harris metió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros, y no se me escapó que Henri se tensó ante el movimiento, con la mano apoyada en la escopeta. Harris levantó un espeso sobre blanco, que contenía claramente un grueso fajo de euros, poniéndolo en la barra, cerca de Henri.

—No necesito esto —dijo Henri, sacudiendo la cabeza.

—Para tu problema.

Henri me guiñó un ojo. —Proteger a una mujer hermosa no es nunca un problema.— Él empujó el sobre, un gesto que contenía una fuerte nota de finalidad—. Le debo mi vida a Roth. Esta fue mi forma de saldarlo.

Harris asintió y se metió el sobre en el bolsillo vaqueros. —Está bien. Sabes cómo encontrarme. Si oyes algo, ves algo, encuentras algo, me lo haces saber, ¿de acuerdo? — Si, Por supuesto — Henri alzó un dedo. — Espera. Espera, un momento. — Se volvió para llegar debajo de la barra, tomando una pistola negra, luego dos clips y municiones.

—Para ella. Enséñele. Tú y yo no siempre vamos a estar, ¿no?. Negué con la cabeza. —No puedo. Yo no podría...— Henri alzó la mano, mirándome y me quedé en silencio. —Puedes. Lo harás. ¿Esos hombres? La misericordia es una cosa que no conocen. Mejor morir a dejar que ellos pongan sus sucias manos sobre ti, ¿no?. Mejor aún, puedes matarlos primero. Aprende. Por Roth, aprende.

Cogí el arma. Era más pesada de lo que pensaba que sería, y fría al tacto. — ¿Es seguro? para ponerla en mi bolsa, digo.

Henri resopló. — ¿Qué bien hace en tu bolso? ¿Puedes llegar a ella con suficiente rapidez? Non. Mira. Tu primera lección— Él apretó la pipa entre los dientes y resopló, luego me quitó la pistola, apretó un botón en el lateral y el clip fue expulsado. La sostuvo de lado y echó hacia atrás la corredera. Una ronda cayó sobre la barra. —Ahora es seguro— tomó el clip de nuevo, sacó y se liberó el dispositivo, luego sostuvo la pistola para que yo pudiera ver como se pulsó un interruptor cerca del gatillo. —La seguridad. Ahora es seguro. Pulse el botón para disparar. Y ¿si disparas? Dispara una vez, sólo una vez, y mata. Sólo disparar a matar. —Tragué saliva y retrocedí. Esto era absurdo. ¿Qué me estaba pasando? ¿Cómo puede ser mi vida ahora así? Hace pocos meses, yo era una niña rota y muerta de hambre, sola en el mundo. Y luego conocí a Roth, y todo cambió. Me convertí en su vida. Me llevó lejos de todo. Él me estaba mostrando el mundo. Habíamos visitado una docena de países hasta ahora, y yo había descubierto exactamente lo grande que era el mundo, y cuántos lugares hay para ver, y me di cuenta que quería ver todos ellos.

Pero sólo con Roth.

Y él se había ido. Mi idilio con mi Valentine, comer y beber y follar y la vela y el senderismo y la vida, había sido destrozado.

Me habían disparado. Perseguido. Yo me había escondido detrás de una barra como en una película de Hollywood cuando escopetas se dispararon a mí alrededor. Y ahora ¿yo tenía que tomar un arma y disparar a la gente con ella? Yo nunca había tocado un arma en mi vida. Ni siquiera una pistola de aire comprimido.

—Tome el arma, señorita St. Claire. No tenemos tiempo para que usted tome reparo en ello ahora mismo. Tómela y póngala en la parte baja de la espalda, al igual que en las películas— Harris estaba a mi lado, hablando en voz baja para mí.

Quitó la pistola a Henri y la puso en mi mano. El peso de la misma fue el peso frío y duro de la realidad. Esto no era un juguete. Era un arma, con la intención de matar. La llevé detrás de mí, poniéndola entre mi ropa interior y la cintura de mis pantalones vaqueros. Se sentía ajena y pesada allí, fría contra mi piel. Tiré mi camisa hacia abajo sobre ella. Seguramente todos los que me miraran... ¿sabrían que la tenía? Seguí tirando de mi camisa, empujando el mango hacia debajo de ella. Era mucho más incómodo de lo que pensaba que sería. Mis pantalones estaban apretados, por lo que añadir el cañón de un arma de fuego que extendía mi ropa, apretando, tiró contra mi vientre. ¿Y cómo se supone que debía sentarme? ¿Cómo no caerme o no ser aún más obvia?

—Ponga el suéter encima— Harris me instruyó. Así lo hice y él agarró los clips de repuesto, me entrego uno a mí, luego metí el resto y la caja de municiones en mi mochila; reordené las cosas en el interior por lo que no estaban en la parte superior. —Ponga esto en el bolsillo y deje de jugar con el arma. Tápela con el suéter, nadie la verá —Puedo sentirla —Bien. Ese es el punto. Le voy a dar algunas lecciones una vez que estemos en camino —Me siento estúpida. Yo nunca he disparado una pistola BB, Harris —Entonces no la toque a menos que yo lo diga. La cosa más importante es dirigirla a un punto alejado de usted y de mí. Tenga esto en cuenta, y le irá bien— Él levantó una mano para despedirse de Henri, y luego me sacó por la puerta. —Ahora, tenemos que avanzar.

En la calle, el atardecer estaba dando paso a la noche. Parejas paseaban por la pendiente escarpada tomadas de la mano. Un hombre de negocios en un traje de tres piezas caminaba por la colina, con un teléfono celular pegado a la oreja. Coches pasaban bajando la colina, frenos chillando, los motores ralentizando y reduciendo la marcha. Harris me llevó a un paseo por la colina, manteniendo el agarre de mi brazo. No dijo nada, y yo tampoco. Hacia abajo, abajo hacia el mar, el sonido de las olas y las gaviotas graznando bailaba en mis oídos, y el olor de la salmuera inundaba mis fosas nazales por el fuerte viento. Papeles chocando contra los mástiles y banderas quebradas... Harris nos guió a través de una multitud de personas, cafeterías y bares cerca del mar. Al final dimos con los muelles entre los cientos de barcos, algunos con velas y otros no. Botes minúsculos de pesca o yates masivos, había de todo.

Una mano en mi codo, la otra empujando el bolsillo que descansaba en mi cadera, Harris parecía engañosamente tranquilo, relajado. Podía sentir la exploración, sin embargo, ya que de vez en cuando miraba alrededor para escanear detrás de nosotros, haciéndolo tan casualmente como si él no fuera más que un turista observando. Muelle tras muelle llevándonos hacia fuera y lejos, cada uno con una docena de barcos en cada lado. Marsella se situó por encima de nosotros, masiva, imponente, con presencia antigua en el atardecer en descenso. Harris me llevó pasando media docena de muelles antes de parar en uno, por el que nos condujo hasta el final y se detuvo delante de un barco de tamaño mediano.

Buques, barcos o cualquier cosa que flotara eran algo de lo que yo no sabía nada. Éste no era un barco de vela, sino más bien una versión más pequeña de los yates enormes visibles en la bahía en otros muelles. No se veía particularmente impresionante, o nuevo. Por lo general, si algo pertenecía a Roth, era lo mejor disponible. No necesariamente el más grande o más ostentoso, pero sólo la más alta calidad. Este barco se veía... sencillo, pero en buenas condiciones. Era el tipo de cosas que no se destacan en cualquier forma, no importa dónde estés. Lo cual, se me ocurrió, puede haber sido la intención.

Como si leyera mi mente, Harris me dio una sonrisa de disculpa. —No es a lo que está acostumbrada con el Sr. Roth, me imagino, pero esto era lo mejor que podía hacer a corto plazo. Va a hacer el trabajo, sin embargo. — ¿Cómo lo conseguiste? —con un poco de dinero. Él subió a bordo y me tendió la mano, ayudándome a subir al yate. —Está un poco viejo, pero tiene un par de cosas más que los otros barcos no tienen. — ¿Cómo que?—

Harris no respondió inmediatamente. En cambio, desató las líneas de agarre del barco al muelle y, a continuación, se dirigió hacia la cabina principal. Se sentó y me senté cerca, esperando. Harris puso el barco en marcha y expertamente salió sin ningún contratiempo, inclinando la proa hacia mar abierto, para luego empujar el acelerador hacia adelante. —Bueno, el anonimato, por una parte. El bote en sí fue... prestado, y los papeles del barco son imposibles de rastrear. Sólo significa que todos aquellos hombres que busquen nuestros datos en nombre de Vitaly, por ejemplo, tendrán más dificultades para encontrarnos. Yo no pensé en su teléfono celular lo suficientemente pronto, y es la única razón por la que fueron capaces de rastrearla a Marsella. Estúpido de mi parte, sinceramente. Lo bueno es que Henri es del tipo: "dispara primero y haz preguntas después". —¿Quién es Henri?. Harris se encogió de hombros. —Esa es una pregunta difícil de contestar.

Él me miró. —El Sr. Roth lo utiliza para trabajar en algunos círculos en las sombras. Creo que ya lo sabes. E incluso ahora todavía conserva contacto con algunos viejos amigos y conocidos.... Enrique es uno de ellos, es quien me ayudó con el transporte. Honestamente, no sé mucho sobre él mismo, sólo que él es duro como una roca, frío como el hielo, y leal como el infierno. Mientras esté de tu lado. Y está definitivamente en el lado del señor Roth. —Él dijo algo acerca de su relación con Valentine —le dije.

Harris comprueba detrás de nosotros, y luego vuelve su atención a navegar más allá de la escollera para al fin salir a la extensión azul sin obstáculos del Mediterráneo. —Sí, es una historia que no sé. Henri era un contrabandista, creo. Mi conjetura es que él y el Sr. Roth se

metieron en un aprieto, y Roth lo ayudó. Me moví incómodamente. — Cuando Roth me habló de su antigua vida, él lo hizo sonar como que él no era más que un hombre de negocios. Como si sólo... entregara algunas cajas y tomara un poco de dinero, y eso fuera todo. Que no era peligroso....

Harris se ríó entre dientes. —Él diría eso. Y eso fue lo que sucedió, en su mayoría. Ni siquiera toda la historia, de verdad. El tráfico de armas no es más que otro negocio, en algunos aspectos. Las ofertas suceden en un bar de hotel o en algún rincón de un club nocturno. Los precios y las mercancías se discuten mientras se toman una bebidas, y eso es todo. Los "lacayos" hacen el resto. Pero Valentine no tenía empleados en ese entonces.

Él lo hizo todo él mismo. Bienes adquiridos, negociando ofertas, haciendo la entrega. Ahí es donde se puso peligroso. Los tipos de personas que se ocupan en las armas no son siempre los tipos más agradables, obviamente. Y a veces están notablemente carentes de lo que podríamos llamar... escrúpulos. Esto quiere decir que van a tratar de tomar lo que quieren y encontrar una manera de no pagar por ello. Especialmente cuando se trata de un chico de veinte años de edad, que hace negocios por su cuenta, sin ningún respaldo de seguridad, nadie de pie detrás de él haciendo presencia, ¿sabe? Esto te dice lo bueno que era él por no ser asesinado en el acto a pesar de lo que hacía, y la forma en que lo hacía. Creo que estuvo cerca un par de veces, más veces de lo que jamás admitirá, sin embargo.

Al igual que con Henri, él es un gato viejo y astuto. No es el tipo de persona que es fácilmente acorralado en una esquina. Y no es el tipo de persona que sería fácilmente encontrado arriesgando su vida por otro. Lo que hizo hoy, ¿sacando esos tipos? Eso es un gran problema para él. Él está en semi-retiro, se puede decir.

Realmente, no hace más negocios. Trata de mantener un perfil bajo.- Harris aceleró, el arco del barco golpeaba sobre el agua, sin apenas tocarla. Etableció nuestro destino en la unidad GPS y luego volvió su atención a nuestra conversación.

—Así que, sacar del juego a tres de los matones de Vitaly? Eso podría significar represalia en su contra. —oh. —Sí. Oh. Tragué saliva, con la esperanza de que Henri no consiguiera problemas por mi culpa. —¿A dónde vamos?. Le pregunté...

—Grecia.

Cautivo

Valentine

Mi cabeza pulsaba. Esa fue la primera cosa de la que me percaté. Estaba palpitando y dolía como la mierda. Se sentía como si mil martillos golpearan mi cráneo. ¿Por qué duele tanto mi cabeza?

Traté de tocar mi frente con mis dedos, pero no pude. Mi mano no se movía. Tiré de ella, pero estaba... atada. Mis ojos se abrieron, cuidadosa y dolorosamente. Incluso los parpados me dolían. Una luz cegadora asaltó mis ojos. Tuve que parpadear, entrecerrar los ojos y girar mi cabeza hacia un lado. Cerré los ojos nuevamente y miré a través de los parpados entrecerrados.

La luz del sol era cegadora y rebotaba contra las olas como si fueran millones de cuchillos. Una gaviota graznó y un águila pescadora gritó a lo lejos. Incluso podía escuchar las olas rompiendo fuera de la ventana. Oh Dios, mi cabeza... se sentía todo lento y espeso. Estaba teniendo problemas para orientarme.

Eventualmente mis ojos se acostumbraron a la luz, estiré el cuello, en busca de pistas acerca del lugar en donde me encontraba, o por qué razón mis manos estaban restringidas. ¿Será esto un nuevo juego de Kyrie? Tiré con fuerza pero mis muñecas estaban firmemente atadas al poste de una cama. ¿Poste de cama? La cama en el castillo francés de Languedoc no tenía postes. Era una cama de plataforma, con la cabecera montada directamente en la pared. Y el castillo no se encontraba en el mar. Este brillo increíble me recordó algo. Algo familiar, un viejo recuerdo inquietante.

Giré mi cabeza, esforzándome por ver a través de la ventana, para encontrar cientos de techos blancos con superficie plana, edificios marfil con puertas azules y persianas, más de un par de tejados y cúpulas están pintados de ese mismo tono de azul brillante. Me doy

cuenta de que los edificios descienden por las laderas en apretadas filas, hay rocas desnudas reposando a través de varios lugares, el mar ondula en la distancia, muy por debajo de todo.

En un instante me di cuenta de dónde estaba.

Oia, Grecia.

Mierda. No, no. Mierda, no. ¿Cómo llegué aquí?

El azul del mar era perfecto ondulando ocasionalmente hacia el faro, algunas velas salpican el azul del mar, no hay ningún lugar en la tierra que se parezca al Egeo. Oia es una ciudad tallada en las rocas, sobre una isla situada a ciento cincuenta millas al sureste de Atenas, un pintoresco pueblo, es la quinta esencia del Egeo.

Vitaly Karahalios mantuvo una propiedad en Oia.

Tiré de cada uno de mis miembros. Estaba atado con los brazos abiertos a la cama. Rieles de latón de dos pulgadas de diámetro abarcaban el espacio entre los postes que se encontraban en cada esquina, eran esposas las que me mantenían en el lugar. La cabecera estaba fija contra una pared con ventanas que formaba parte de un semicírculo que rodeaba la habitación, lo que claramente era una rotonda, que ofrecía una vista espectacular de toda la isla, con la pequeña aldea pesquera de Ormos Armeni que era visible en el sur.

Escuché una cerradura siendo abierta, volví mi atención a la puerta que se encontraba justo enfrente de la cama. La puerta era de gruesa madera oscura, reforzada con correas negras de metal, estaba bloqueada desde el exterior. La puerta se abrió, revelando a la única mujer en toda la tierra por la que hubiera dado toda mi fortuna para no volver a toparme con ella.

Gina Karahalios.

El tiempo le había favorecido.

Hace quince años, Gina era una chica fresca de diecinueve años, delgada y delicada, casi demasiado angularmente hermosa. ¿Ahora...?

Era toda una mujer, un poco de peso fue añadido a sus curvas, y la hacen aún más hermosa. Su espeso cabello negro y lacio le llega hasta su cintura en ondas sueltas que brillan con el sol, oscuro como las alas de un cuervo. Su piel tiene el impecable bronceado dorado de una mujer griega quien creció bajo el sol Egeo. Trae puesto un vestido blanco sin mangas, con un escote en una profunda V que pasa entre sus turgentes pechos, el dobladillo del vestido coquetea justo por encima de los tobillos. El vestido largo y fluido, se moldea con tanta fuerza a sus curvas que lo hacen inmodestamente revelador.

Sus ojos, sin embargo, no habían cambiado. Negros como su cabello, brillando con una inteligencia perversa, fríos, crueles, calculadores. Es un depredador. Seductora. Esos ojos podrían hacer que te retuerzas solamente si se posan sobre ti, no importa quién seas. Incluso su padre estaba un poco asustado de ella, creo, y eso era decir algo. Creo haber visto en una ocasión a Vitaly cortarle la garganta a un hombre con un cuchillo para carne y después regresar a comer.

Se puso de pie frente a la cama, con un brazo envuelto en su cintura, la otra mano en su boca, tocando sus labios con dos dedos en una postura reflexiva. Su cadera sobresaliendo, su rodilla ligeramente levantada. Gina no simplemente permaneció de pie, o en estado laico, ella estaba posando.

Siempre fue así, siempre consiente de su imagen, como la veían los demás.

—Val. Mi Dios, Val. La edad se ve bien en ti. —Su voz era un poco más profunda y con un ligero acento inglés.

—Igual en ti, Gina.

—Es muy bueno verte, tengo que decir. —No puedo decir que estoy de acuerdo con eso, de hecho, Gina. —Tiro mi mano contra la esposa.— Déjame ir ahora, y podremos olvidar que esto alguna vez sucedió. No tenemos que hacer un gran problema de esta situación.

Sonríe, la curva de sus labios me recuerda de alguna manera a una víbora a la caza de un desventurado ratón. —Oh, no. Oh, no, no, no. Creo que no entiendes querido Val, no entiendes en absoluto.

—¿Qué Gina? ¿Qué es lo que no entiendo? —Esto.— Me señala las restricciones, y la cama.— Esta situación.

Tuve que disipar mi inquietud. Gina había sido capaz de cosas malvadas apenas hace cinco años. Algo me dice que es un poco más peligrosa e impredecible ahora.

—Por lo tanto, ayúdame a entender. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué estoy esposado a una cama? —Solía gustarte jugar estos juegos conmigo, Val. ¿No te acuerdas de esa noche? Debes recordar. ¿Chipre? Sí, fue en Chipre. Las cuatro estaciones. Estabas en una reunión... ¿Con quién era? ¿Uri? Uri Domashev. Obtuviste un muy buen trato esa noche. Creo que al menos debes recordar eso, de hecho, sé que lo haces. Nunca olvidas las cosas.

Cerraste el trato con Uri. Lo timaste, arrancándole hasta el cuero cabelludo, y él lo sabía y no pudo hacer una maldita cosa al respecto. Estaba muy orgullosa de ti esa noche. Y te lo demostré. Dejé que me ataras de manos a la terraza y me follaras por detrás, hasta que grité tan fuerte que las personas comenzaron a quejarse, pero por supuesto, todo mundo sabía que tú no me das órdenes, por lo tanto, no me callé. Dejaste que yo te atara también, ¿recuerdas? Utilicé las agujetas de los zapatos. Esa fue una buena noche. —Se mordió el labio inferior y movió las cejas.— Dime que lo recuerdas, Val.

Lo recuerdo. Oh, Jesús, lo recuerdo. No podrías olvidar a alguien como Gina. —Claro que me acuerdo. Pero Gina, eso fue hace quince años. Las cosas han cambiado. —Traté de mantener mi voz baja, tratando de mantener la calma. —Muchas cosas han cambiado. Trataste de matarme, si pudieras recordar. Y, ¿ahora me secuestraste? Vamos. Desátame y déjame ir.

—Oh, no. No lo creo. No estás recordando correctamente. —Se mueve alrededor de la cama hasta quedar a mi lado. —Yo no intenté matarte,

tonto. Ese fue Papá. Sintió que habrías sobrevivido por tu utilidad, además del hecho de que me abandonaste... él no estaba feliz. Ni siquiera traté de hablarle de ello.

—Gina... Micha me dijo que tú lo enviaste. Antes de que le pusiera una bala en el cerebro, me contó que le pagaste cien mil dólares para que llevara a cabo el asesinato. Dijo que le diste la orden de hacerme sufrir.

—Hice una pausa para dejar que la información se hunda.— Si me hubiera disparado, hubiera funcionado. No lo vi venir. Pero trató de hacerme daño primero. Y ese fue su error. Ese fue tú error. Lo dejé pasar, Gina. No tomé represalias contra ti. No traté de vengarme. Seguí mi camino y te dejé sola.

—Me dejaste, Val. —Su voz se fue haciendo más baja y delgada como en un gruñido— Me dejaste.

—Tu padre quería que fuera un asesino a sueldo. Quería que hiciera cosas con las que no estaba de acuerdo. No aceptaría un no por respuesta, así que le pague. —No solamente nos pagaste, Val. No es tan simple. —Debió haber sido así.

—Pero no lo es. No lo es. Eres mío. —Se inclinó sobre mí, tocando a lo largo de mi pecho con sus uñas color rojo sangre, sobre la sábana que aún me cubre— Te dejé tener un poco de tiempo para pensar, ¿de acuerdo?

Te permití tener diversión. Quería que fueras un poco... más maduro. Eras demasiado joven para apreciarme entonces. No me gustan los chicos, y tú eras sólo un niño entonces. Necesitabas algo de sazón, así que cuando te fuiste, decidí dejarte ir. Pero tú eres mío. Siempre has sido mío. Fuiste mi favorito, Val. Ha habido otros, por supuesto, pero ninguno de ellos fue tú. No pudieron satisfacerme de la manera que tú lo hiciste, incluso en aquel entonces. He mantenido un ojo en ti, ya sabes. Has tenido mucha práctica. Debes ser capaz de satisfacerme ahora. Ha pasado un largo tiempo desde que he estado satisfecha con un hombre.

Apenas y pude contener un estremecimiento. —Gina, esto es una locura. Tienes que dejarme ir. No te pertenezco. Estoy enamorado de alguien más, ¿de acuerdo?

Entrecerró los ojos, y pude ver algo más en su mirada: una pizca de algo oscuro, maníaco y loco. Celos. —No le perteneces a esa perra, a mí sí. —Se endereza bruscamente y se aleja examinando sus uñas— Pero no importa. Alec debería estar cuidando de ella ahora.

Se me hieló la sangre. —Gina... ¿qué hiciste? —No responde, sólo tuerce la cabeza sobre el cuello para sonreírme con picardía— ¿QUÉ HICISTE? —Grito la última parte tan alto que mi voz sale ronca.

—Me encargué de las distracciones innecesarias, mi querido Valentine. Eso es todo. —Muerde la uña de su pulgar tímidamente, un gesto coreografiado de helada despreocupación.

—Si le haces daño, ayúdame... deberías rezar por qué no te dejaré libre. Te mataré. No lastimo mujeres, pero si dañas un sólo cabello de la cabeza de Kyrie, te haré pagar por ello. Te arrepentirás.

—No vas hacer una maldita cosa, Val —Gira sobre sus talones, toma la sabana que me cubre, y la arroja hacia atrás. Estoy completamente desnudo debajo de esta, un hecho en el que había intentado no pensar hasta entonces.— Te has vuelto blando. Siempre utilizaste a tu amigo Harris para hacer el trabajo sucio. No finjas, ¿de acuerdo? Te conozco mejor que eso.

—Si piensas por un segundo que me he vuelto blando, entonces no sabes una maldita cosa sobre mí, Gina.

Arquea una ceja. —Ah. Ahí hay un poco de esa columna de acero que solías tener. —Se sienta con la cadera en el borde de la cama, enfrentándome parcialmente. La observo, la observo hacia abajo, negándome a flaquear mientras sus dedos se posan en mi pecho y cosquillean hacia abajo.— Hay otras partes que solían ser de acero también.

Trato de arquearme lejos de su toque, girándome para evitarla. — Malditamente no me toques, víbora.

No había ningún lugar hacia dónde ir, e ignoró mis esfuerzos por alejarme de su curiosa mano, de la misma forma en la que ignoró mis insultos. Su atención está puesta en mi cuerpo, sus ojos vagan devorando y sus labios se curvan en una sonrisa cruel.

—Solías responderme tan bellamente, Valentine. Apenas y tenía que tocarte, porque ya estabas dispuesto a venir sobre mí. —¿Todavía eres así de sensible? ¿Mmm? —Envolvió sus dedos alrededor de mi pene flácido.

Cerré los ojos y pensé en ese día, hace quince años, cuando ella había enviado a Micha para torturarme y matarme. Pensé en el dolor de su cuchillo en mi espalda, a centímetros de perforar mi corazón. Pensé en la lucha, cada movimiento era una agonía, peleando por sacar la pistola de sus dedos. Pensé en haberle disparado en la rótula y en presionar la pistola en su frente hasta que me dijo que Gina le había enviado. De cómo se había enterado de mi plan de desaparecer, y obviamente no había estado dispuesta a dejarme ir tan fácilmente. Por primera vez en quince años, pensé en el momento en el que apreté el gatillo. Micha había ido con una pistola escondida, así había tenido que dispararle. La sangre había salpicado por todas partes. Vomité todo sobre el cadáver retorcido de Micha. Con el cuchillo todavía en mi espalda, había corrido. Tropecé con mi velero abastecido y preparado para mi partida. Partí hacia Atenas, pero solamente llegué a Milos antes de que tuviera que parar y encontrar a un médico. Le había pagado diez mil dólares para que me arreglara y guardara silencio al respecto.

El programa de auto distracción estaba funcionando, porque Gina siseó de frustración y salió de un salto de la cama. Se paseó por toda la habitación, enfurecida por mi falta de respuesta a sus cuidados. —No estás cooperando, Valentine. Así no es cómo funciona.

Grité de la risa. —¿Qué creíste, que me despertaría, secuestrado y esposado a una cama, y estaría feliz de verte?

Se volvió hacia mí, con los ojos ardiendo de furia. —Tú... serás... mío. Eres mío. Me aseguraré de ello.

—Le pertenezco a Kyrie, no a ti. —Supe tan pronto como las palabras salieron de mi boca que no debí haberlo dicho.

—Ya iba a morir, pero ¿ahora? Creo que tal vez sufrirá primerp. Creo que tal vez haga que la traigan. Quizás haré que observe cómo te follo. Tal vez tomaré lo que quiero de ti y luego te mataré, y luego la mataré a ella. —Se inclinó sobre mí otra vez, acariciando mi pecho, mis muslos, mi pene y mis testículos, su toque gentil en contraste con sus palabras —. También lo haré yo misma. He tenido mucha práctica en eso, ya sabes. Tengo algunas técnicas más encantadoras. —Se lamió los labios, cambiando de tácticas de golpe—. ¿Pero primero? Tengo que conseguir que te pongas duro. Preferiría no drogarte, pero lo haré si tengo que hacerlo. Primero vamos a probar esto. Solías amar esto.

Bajó su boca hacia mí, empezó a trabajarme con cuidado y con insistencia, habilidosamente. Mantuve mi mente ocupada, pensé en todos los peores momentos de mi vida, todos los recuerdos horribles embarazosos y dolorosos. Cualquier cosa para evitar responderle. Me concentré en el horror de mi posición, en la ira. En la vergüenza.

No funcionó. Obtuvo la respuesta de mí que quería, y parecía sentir una satisfacción inmensa y vocal con ese hecho.

Se detuvo cuando sintió que empecé a endurecerme, me escupió con un ruido húmedo. —Ahora sí. Dios, Val. Eres más hermoso de lo que recordaba. Voy a disfrutar esto muchísimo. —Había una pequeña mesa al lado de la cama, con dos cajones. Abrió uno, sacó un pequeño anillo de goma y una botella de lubricante. Aún no me encontraba completamente duro. Roció algo del lubricante sobre su palma y lo untó en el anillo, luego a mí. Cerré los ojos y traté de obligarme a mí mismo a calmarme, pensé en el cuerpo con espasmos de Micha, en la sangre inundando la calle. Comenzó a funcionar, pero para entonces Gina tenía el anillo del pene sobre mí y me estaba acariciando con fuerza con bombeos rápidos y vigorosos de sus manos. Odiaba que tuviera tan poco control sobre mí mismo.

Que no pudiera dejar de responder a la estimulación física. No me encontraba excitado, pero mi cuerpo traidor respondía fuera de mi control.

Jesús, eso dolía. El anillo era para un hombre mucho más pequeño, y el flujo de sangre era limitado, por lo que no podía calmarme incluso si quería.

Lo siento, Kyrie.

—¿Por qué estás luchando contra esto, hombre tonto? ¿No te acuerdas de todos los buenos momentos que pasamos juntos? —Se encontraba sentada a mi lado de nuevo, actuando de forma tranquila y relajada como si me estuviera obligando a reaccionar de esta forma.

—Recuerdo nunca ser capaz de satisfacerte, eso es lo que recuerdo. Recuerdo que nada de lo que hacía era lo suficientemente bueno. Te recuerdo gritándome cuando me corría demasiado pronto. Recuerdo que me convenciste de dejar que me ataras, y luego no me soltaste. Al igual que ahora. Me tuviste atado durante horas esa noche en Chipre. Eso es lo que recuerdo. —Hablé con los dientes apretados, saboreando la repulsión en mi lengua, en la parte posterior de mi garganta como bilis amarga—. Siempre has sido una maldita psicópata. Me di cuenta de eso la primera vez que follamos. Siempre deseabas más. Algo más. Algo aún más jodido.

Me estaba deslizando. Retrocediendo. Mi lenguaje volvía a la manera en la que había hablado en ese entonces, lenguaje vulgar con el acento Inglés. Había trabajado duro para distanciarme de lo había sido, trabajé duro para limpiar mi forma de hablar. Había dejado de maldecir, enderecé mi acento tanto como me fue posible, hablaba correctamente, con formalidad. Me obligué a mí mismo a hablar, a observar y a actuar como el hombre que quería ser: un hombre de negocios legítimo y respetable. Quince minutos con Gina y estaba retrocediendo.

Se limitó a sonreír. —Oh, Valentine. No tienes ni idea. —Estaba acariciando mi longitud, casi distraídamente. Acariciándolo—. He

estado practicando para esto. Te conozco, Val. Sabía que ibas a pelearme. Pero no puedes. No puedes luchar conmigo. En este momento lo estás intentando. Tratas de pensar en otra cosa, para no reaccionar. ¿No es así? Pero sólo, sólo deja de luchar por un momento y siente. Se siente bien ¿no? Duele, solamente un poco. Recién estoy empezando Valentine. Lucha todo lo que quieras, pero vas a rendirte a mí. Me darás lo que deseo.

Peleé en contra de eso. Luché muchísimo. Mantuve mis ojos cerrados y la rechacé, negándome a mí mismo la sensación. —Nunca.

—Tal vez necesitas algo de... inspiración. —Me soltó y salió de la cama —. Observa.

Mantuve mis ojos cerrados. Sabía cuál era su juego. Quería pensar en Kyrie, pero me negaba. No pensaría en ella en esta situación. No la traicionaría. No por voluntad propia.

—OBSERVA. —Escupió la palabra, furiosa. Algo frío y cortante tocó mi manzana de Adán—. No juegues conmigo, Valentine.

Abrí mis ojos. Gina se encontraba de pie cerca de mi cabeza, un cuchillo corto plegable de aspecto malvado sostenido sobre mi garganta. Su cara era inexpresiva, una máscara en blanco. Mantuvo la navaja afilada apuntada a mi garganta por algunos segundos, luego la retiró y metió la hoja en el mango. Tan pronto como el cuchillo estuvo cerrado, la máscara se cayó. Reconocí la mirada en su cara como lo que ella pensaba que era ser "seductora". Hacer puchero, sonreír levemente con sus labios, ojos de cachorro. Sin embargo, no me mataría, lo sabía bien, pero si no cooperaba hasta cierto punto, encontraría alguna manera horrible e inventiva para castigarme. Así que observé.

Miré, y por primera vez en mi vida, el ver a una mujer hermosa desvistiéndose hasta quedar desnuda delante de mí, falló en incitar cualquier tipo de reacción en mi cuerpo. Ella no era Kyrie. Hasta Kyrie, nunca había amado a una mujer. Las chicas eran chicas, y nunca habían significado nada para mí más allá de unas cuantas horas de diversión y placer. Todas, en gran medida, eran intercambiables. Una

mujer desnuda era algo para ser apreciado y, si las circunstancias lo permitían, disfrutado a conciencia. Y entonces apareció Kyrie, y el amor surgió, y todo cambió.

Gina era una mujer hermosa. Una obra de arte, de verdad. Pero era solamente eso: arte, escultura. Su maquillaje era perfecto. Su cabello era perfecto. E incluso mientras extendía sus manos hasta su espalda, bajaba la cremallera del vestido y lo dejaba caer para que quedara en sus tobillos, tuvo cuidado de asegurarse de que nada se encontrara fuera de orden. Hizo una pausa después de que se quitó el vestido, asegurándose de que yo apreciara las horas pasadas en el gimnasio, las dietas, la lencería cara.

En cualquier otra mujer, esas serían cualidades positivas. Pero con Gina, eso era todo lo que había. Era un escaparate, disfrazando el alma vacía y cruel que se hallaba por debajo. Sus ojos nunca dejaron los míos al tiempo que llegaba hasta su espalda y desabrochaba su sujetador, y luego sostuvo un brazo sobre su pecho, manteniendo el sujetador en su lugar mientras retiraba en primer lugar un brazo y luego el otro. Cuando las correas estuvieron fuera de sus hombros, dejó caer la prenda de ropa interior con una floritura, haciendo que sus enormes tetas rebotaran. Ugh. Tenía implantes. Unas veinte libras adicionales, incluso en su figura esbelta, no se podía explicar el salto de una pequeña copa C a una copa grande DD. También se había colocado aros en los pezones; una barra de plata gruesa se encontraba posicionada horizontalmente entre cada pezón.

Los aros y los implantes estaban bien. Si eso era lo que le interesaba a una mujer, si eso la hacía sentirse bien consigo misma, genial, bien. Simplemente no era de mi gusto. Mi preferencia personal eran los cuerpos naturales, sin implantes, ni aros. Me gustaba una mujer como era por sí misma. Por eso, al menos en parte, era que me había sentido tan atraído hacia Kyrie. Para mí ella era el epítome de la belleza femenina. No necesitaba maquillaje, ni ropa cara o ropa interior o implantes para ser exuberante y hermosa. Sus pechos eran naturalmente grandes, firmes, altos y tensos, con grandes areolas y unos pezones rosados y gruesos, sin adornos y rogando ser probados.

Las curvas de su cuerpo eran... perfectas. Caderas anchas y ondulantes, muslos fuertes, piernas largas y gruesas. No era delgada como un palo. Ese aspecto nunca me había atraído. Me había entretenido con unas pocas mujeres delgadas y modelas antes de que Kyrie llegara, y eran mujeres hermosas a su manera, y sin duda otros hombres las encontraban deseables. Pero para mí, Kyrie era lo que deseaba. Para mí ella era la perfección. Curvas. Carne para sostener, sentir, agarrar y besar.

Una bofetada en la cara me trajo de vuelta al presente. —Mírame, Val.

—Mi nombre no es Val, Gina. Mi nombre es Valentine.

—Pero siempre te he llamado Val.

—Ya no tienes derecho a hacer eso. —Levanté mi barbilla y le permití que viera la profundidad de mi rechazo y mi burla—. Puedes mantenerme atado aquí todo el tiempo que quieras. Puedes drogarme, cortarme y amenazarme todo lo que desees. Puedes tomar lo que quieras de mí. Nada de eso cambiará nada. Ni una sola cosa. No te amaré. No me sentiré atraído por ti. No te voy a querer. Ni siquiera te gusto.

No llevaba ropa interior. O se las había quitado mientras estuve perdido en el espacio pensando en Kyrie o nunca las había estado usando, no podía recordar. Estaba afeitada por completo, no había ni un solo vello en ninguna parte de su cuerpo por debajo de su cuello.

—Estás mintiendo. Tú quieres esto. Estás tratando de no quererlo, pero lo haces.

No me molesté en discutir con ella. Sólo mantuve mis ojos centrados en los suyos, negándome a darle la satisfacción de posar mi mirada sobre su cuerpo. Desfiló más cerca de mí, colocó un balanceo en sus caderas, un rebote en su escote. Sus ojos negros observaban los míos, y vi que los entrecerraba ante mi falta de reacción. No vaciló en su estilo de pasarela, aunque era obvio que se encontraba al tanto de que el sol

brillaba a través de la ventana detrás de ella, perfilándola, el viento pasando por la habitación, tirando de su cabello.

Finalmente, se encontró en la cama. Inclinandose sobre mí, mirándome. Escalada en la cama. A horcajadas sobre mí. Colocó sus manos en mi pecho, curvó sus largas uñas rojas en mi piel y en mi músculo, yendo profundamente. Eso siempre había sido su cosa favorita, cavar con sus uñas. ¿Establecer el dominio, tal vez? O ¿quizás se suponía que debía ser erótico? Nunca me gustó, y le había dicho eso en más de una ocasión. Si se perdía en el calor y en la agonía del éxtasis, Kyrie de vez en cuando me arañaba o me agarraba de los hombros con la suficiente fuerza para dejar marcas.

Con Gina...era intencional. Esto estaba destinado para causar dolor y para recordarme que derramaría sangre si ella quería.

No había nada que yo pudiera hacer para detenerla. Tratar de quitármela de encima, tal vez. Pero eso sólo funcionaría una vez, si al caso. Eventualmente sólo me ataría y haría lo que quisiera de todos modos. Y, aparte de eso, la lucha era la mitad de divertida para ella, creo ¿El verme luchar contra ella, verme reducido a esto, atado y a su merced? Esa era la diversión para ella. O por lo menos parte de ello.

Deslizó su cuerpo a lo largo del mío, retorciendo su centro sobre mi adolorido y aprisionado miembro. Estremecimientos de repulsión sacudieron a través de mí.

—No hagas esto, Gina —no pude soportarlo, tenía que intentarlo —Por favor. No es como quieres hacer esto.

—¿Oh, no? se apretó contra mí, burlándose. Me deslicé a través de los pliegues de su carne. Estaba húmeda de deseo —¿Sientes eso? Esto dice lo contrario. Así es exactamente como lo quiero. Eres mío, mi más querido Valentine. Te quiero a mi merced. Te quiero retorciéndote y rogando. Así que ruega, Valentine. Ruégame que me detenga. Sólo hará mi coño mucho más húmedo para ti.

Semejante mujer vulgar. Asquerosa —. Es violación, lo sabes —Sonaba fresco y tranquilo, como si la rabia y el horror no hurgaran en mí.

Sonrió, una curva malvada de sus labios, su lengua arrastrando a lo largo de su labio superior, lentamente, deliberadamente, empalagosamente. —Exactamente. Eso es exactamente lo que es.

Arqueó su espina dorsal, sus uñas rasgan en mi piel, sacando sangre. Incliné la cabeza hacia atrás sobre sus hombros, el pelo colgando, agitando, cosquilleando y cubriendo sobre un hombro en una cascada azul-negro, deslizándose su núcleo contra mí, presionando mi punta en su entrada. Agarré el bronce fresco de la cabecera de la cama, la sacudí, tensado contra ella, sentía mi estómago rebelándose, mi mente dando vueltas y mi alma protestando. Me sacudí hasta que mis muñecas sangraban, y Gina se sostuvo y me dejó pelear como si estuviera montando un potro salvaje. La vergüenza me quemaba. Estaba totalmente indefenso. Para todo mi dinero, todo mi poder, toda mi fuerza física, yo estaba totalmente indefenso. Agonía emocional ardía dentro de mí. Estaba traicionando a Kyrie al permitir que esto pasara. Indefenso o no, tenía que haber alguna manera de detener lo que Gina estaba haciéndome.

—Es la última vez que diré esto, Gina. Para ya. Déjame ir. Olvidaré que esto paso, y podremos seguir con nuestros caminos separados.

—¿O?

—Tendrás que matarme cuando hayas terminado conmigo. Si consigo liberarme, no me detendré ante nada para destruirte a ti, a tu padre y a todo lo que aprecias.

—He aquí un hecho interesante, Valentine — Se prepara con una mano en mi pecho, dirigida entre nosotros, y me aprieta en su puño—. No tengo nada a lo que aprecio. Haz lo que quieras con mi padre. Te daría las gracias por hacerlo, e incluso te ayudaría con ello. No sabes nada de mí. Nada de lo que he sufrido desde que te escapaste la última vez.

Lo siento, Kyrie. Te amo. Los pensamientos volaron a través de mí, sujetos a mi mente, y colgados allí como rebabas, repitiéndose, repitiéndose y repitiéndose mientras Gina bajaba sus caderas con una lentitud agonizante, penetrándose a sí misma en mí. Me concentré en el techo, y luego traté de cerrar mis ojos. Me concentre en nada y en todo, excepto en ella. Excepto en lo que fuera que me estaba pasando.

Acometida tras acometida, con su cuerpo arqueándose y convulsionándose y subiendo y bajando encima de mí, Gina llegó al clímax, gritando como un alma en pena en mi oído. No sentí nada. La quemazón de la necesidad de liberación no fue nada más que dolor, nada más que una cruda reacción física al estímulo, tan natural e imparables como respirar o comer o excretar.

Se corrió dos veces más, o pretendió hacerlo, y luego se deslizó fuera de mí, dejándome adolorido y dolorosamente endurecido —Mmmmm. Eso estuvo bueno. Gracias, Val.

—Jódete

—No, Jódete tú. Jódete mucho. Yo ya lo hice, y lo haré de nuevo .Se lamió los labios y acarició mi longitud, disponiéndose a sí misma en una silla en la esquina —Sólo necesito un pequeño descanso antes de continuar.

Cerré mis ojos y me concentré en cada inhalación, y en cada exhalación. Conté mi respiración... uno, dos, tres... cuarenta y seis, cuarenta y siete, cuarenta y ocho... ciento dos, ciento tres, ciento cuatro....

Había alcanzado treientos diecinueve cuando sentí la cama hundida y sus frías manos en mis muslos, luego el calor húmedo de su boca en mi polla —Mmmm. Yum. Sabes como yo.

Permanecí inmóvil, ignorando el dolor, la sensación de su boca, y el peso de su cuerpo mientras ella me montó una vez más. No hice caso de la quemazón, la presión angustiosa que brotó dentro de mí. Ignoré el odio, la vergüenza, la furia. Ignoré todo. Lo contuve todo.

No sientas nada. No sientas nada. No sientas nada

Gina llegó a sacudirse, ululando tres orgasmos, y no había nada que yo pudiera hacer, no había manera de detenerlo, no hay manera de hacer nada más que soportarlo. Sentía, vagamente, distantemente, el doliente palpitante pulso de mi propia liberación acercándose. Nunca en mi vida había querido nada menos que darle la satisfacción a mi cuerpo, la de mi liberación. Sin embargo, era inevitable.

Apreté los dientes con tanta fuerza que mis molares crujieron y mi mandíbula dolía. Me contuve. Aguanté.

—¡DÁMELO! —gritó Gina, retorciéndose en mí, golpeando hacia abajo y hacia arriba y abajo, arriba y abajo.

Carne sobre carne. Sus uñas arrastrándose por mi pecho. El calor, la presión. Dolor. Apreté todos los músculos de mi cuerpo, enrosque los dedos de mis pies, y jale de las esposas que me unen a la cama y representan mi indefensión, sacando el dolor de mis muñecas sangrantes y convirtiéndolo en rabia y fuerza. Mis bíceps y tríceps apretados, pulsados, mis muslos se volvieron de roca y mis pantorrillas de piedra, mis pulmones dejaban de respirar y mi corazón latía como un trueno timpánico en mi pecho, y aún así Gina intentó obtener mi liberación, y yo aún se la niego.

La resistencia disminuía, decaía. Gina estaba jadeando y sudando sobre mí, al fin mostrando la tensión del esfuerzo, con mechones de cabello pegados en su frente. Ella se alejó de mí con un gruñido salvaje de frustración.

—Te arrepentirás de esto, Valentine — dijo entre dientes, con su cara a pulgadas de la mía. Mantuve mis ojos cerrados y mi cuerpo tenso, temblando, mi energía y la habilidad de contenerme menguando. Lamió mi mejilla, en la esquina de mi boca —, oh, sí. Te arrepentirás de esto.

Ella me chupó el labio inferior, tiró y mordisqueó, y pude sentir su sonrisa, sintiendo el placer en mi dolor.

Mordió, lo suficientemente duro para hacerme soltar un gruñido, romper piel y sacar sangre una vez más.

De repente, había desaparecido. Fui dejado adolorido con el anillo para pollas todavía puesto. Dejé mis músculos relajarse y solté mi aliento con mareos recorriéndome.

Permanecí dolorosamente hinchado por una hora antes de que comenzara a disminuir.

Y ahí fue cuando ella regresó, duchada y con un vestido azul esta vez, su cabello peinado perfectamente una vez más. Tenía un pequeño frasco de pastillas, el cual ubicó en una mesa al lado de la cama, luego se sentó en la cama junto a mí.

—Si no vas a cooperar de buena gana... —Parpadea lentamente con una pequeña sonrisa en los labios, luego desenroscó la tapa del frasco y sacudió una pequeña pastilla blanca en su mano —Esta es una pequeña droga experimental que conseguí de un laboratorio en Praga. No está autorizada en cualquier parte del mundo, y está prohibida en varios países de la Unión Europea. Ni siquiera podría comenzar a pronunciar su nombre. Algo científico, complicado y estúpido. Pero aquellos con los que ... he hablado ...y la han usado dicen que hace maravillas. Mágico, decían algunos. Horas, horas y horas de excitación incontrolable. ¿Cuál fue la frase que el hombre utilizó? Oh sí. Afirmó que lo convirtió en una bestia en celo. Esto debe ser divertido.

Presione mis labios, apreté mi mandíbula y la miré expectante.

Sólo se rió. —¿Piensas que puedes resistirte? No puedes. No puedes detenerme.

Se agachó entre mis piernas y deslizó el anillo para pollas, luego me cubrió hasta la cintura con una sábana. Después de una mirada y una sonrisa, ella puso dos de sus dedos sobre los labios y dio un corto y agudo silbido. La puerta se abrió y dos hombres fornidos y bajos vestidos en trajes de negocios negros con camisas blancas y delgadas corbatas negras entraron en la habitación. Bultos en el pecho indicaron

que estaban armados. Los dos hombres eran casi idénticos, posiblemente gemelos, hermanos, por lo menos, cada uno de ellos con un peinado hacia atrás, el pelo negro, ojos oscuros similares, la misma tez morena y, miradas frías crueles.

Gina dijo algo en griego, y el par se trasladó a ambos lados de la cama. Uno de ellos tomo mi mandíbula en su mano, apretando y apretando, empujando con el dedo índice y el pulgar en mi mejilla, entre mis dientes, separando a la fuerza mandíbula. Me retorcí y resistí, torcí la cabeza de lado a lado, pero no podía soltar su agarre en mi mandíbula.

—Será mejor que dejes de luchar, Val —dijo Gina —no me importa un poco de sangre en mis amantes, ya sabes. Estoy perfectamente dispuesta a dejar que Stefanos y Tobías te ablanden un poco. Así que en realidad, querido, lo mejor es solamente aceptarlo.

No podía hablar para decirle que se jodiera, o lo habría hecho. Mi boca fue abierta con fuerza, y Gina ubicó la pastilla en mi lengua con absurda delicadeza. Inmediatamente, mi saliva comenzó a disolver el compuesto químico, amargura goteando sobre mi lengua, en mi boca. El cruel agarre doloroso en mi mandíbula del dedo grueso y el pulgar entre mis dientes, me impedía escupirla. Trabajar en mi lengua sólo la movió más lejos por lo que la mezcla rápidamente disuelta bajó por mi garganta, ahogándome. El ácido biliar quemo mis papilas gustativas y quemó mi esófago. Me atragante, tosí, teniendo arcadas con mi propia saliva, pero las pinzas que sujetaban mis mandíbulas en su lugar, que mantenían mi cabeza inclinada hacia atrás, las mantenían separadas.

Luché, sacudiendo los brazos, cada sacudida mandaba dolor a través de mis muñecas. Sentí la sangre corriendo por mis antebrazos.

El reflejo se hizo cargo, tragué y la necesidad de respirar dominó sobre mi deseo de resistir.

—Bien —Gina palmeó mi pecho —.Buen chico, esto debería surtir efecto en unas pocas horas. ¡Estaré de regreso! Hasta entonces... ¡no vayas a ir a ningún lado! Se rió de su propia broma, saliendo con los dos matones de la habitación.

Todavía podía saborear el polvo amargo de la pastilla en mi lengua. Produciendo tanta saliva como pude, la escupí a un lado, viendo la pequeña porción de tierra en el piso. Era demasiado tarde, el químico ya estaba dentro de mí; la pregunta era si esta funcionaría y cómo, y si podría encontrar la forma de resistir los efectos.

Una cantidad desconocida de tiempo más tarde, horas, tal vez, o incluso más tiempo, sentí la agitación de una de las drogas experimentales apoderándose de mí. Se sentía como necesidad. No sólo necesidad, no, nada tan fácil y sencillo. Oh, no. Esto era frenético, primitivo, maniático, con sangre y hueso, y una profunda desesperación animal. Comenzó con un retorcijón en mi tripa. Mis puños apretaron las cadenas de las esposas, el dolor de mis muñecas remitía. Pensar me era imposible. La lógica fue borrada. Mi memoria era nada.

Estaba necesitado. Yo era la encarnación del insaciable y rapaz apetito sexual.

La necesidad se enroscaba dentro de mí, se agolpaba a través de mí, torturando mis músculos en espasmódicas y latentes pulsaciones, y mis caderas moliéndose en el aire. Lo necesitaba. Esto era sobre la liberación, se trataba de... de apagar el fuego dentro de mí, y en ese momento, con la droga dentro de mí, yo tomaría cualquier cosa, cualquier cosa que pudiera saciar mi sed, cualquier cosa que pueda llenar el vacío furioso dentro de mí.

Alguien estaba gruñendo, un gruñido salvaje. ¿Yo? ¿Era yo? Sí, lo era. El sudor recubría mi piel. Mi pene era una vara de hierro al rojo vivo.

La puerta se abrió y entró Gina, con sus caderas pavoneándose en un vaivén sensual, una sonrisa de satisfacción en los labios pintados de color rojo rubí.

En el espacio de un respiro, yo era un león muerto de hambre encadenado en la esquina de una jaula, con un sangriento trozo de carne fresca fuera de su alcance.

Todo mi cuerpo se retorció en la cama, buscando carne, en busca de calor, en busca de la liberación. Gina se detuvo fuera de mi alcance con su lengua deslizándose por sus labios, mirándome. Mi sacudida había desprendido la sábana hace mucho tiempo, dejándome a la vista. Su mano se desvió hacia fuera, estrechando alrededor de mi polla, y deslizándose hacia abajo.

Gruñí, sacudí, y empujé mis caderas hacia su toque.

—Ah, sí. Mucho mejor —murmuró.

A pesar del dominio de la droga en mi cuerpo y mi mente, había una semilla, una pequeña partícula de mí mismo, en algún lugar en lo profundo de los recovecos de mi alma, sin tocar, sin contaminar. Y esa minúscula chispa sabía que esto estaba mal, que no era lo que yo quería. Se sabía que esta necesidad primaria que había sido catalizada artificialmente dentro de mí era un asalto sexual de la peor clase. Mi voluntad, mi deseo, la verdad y la fidelidad de mi alma y mi ser, habían sido despojados de mí. Me habían reducido a un animal, con todas las funciones superiores arrancadas, dejándome encadenado a una cama para el uso de una demonio-perra mujer desalmada.

Y no había ni una maldita cosa que pudiera hacer al respecto. Ni siquiera fui dejado con la voluntad para resistir la necesidad que tenía dentro. Todo lo que tenía era el destello de saber lo equivocado, lo avergonzado, lo maligno que era todo esto.

Gina se deslizó a horcajadas sobre mí, con las uñas clavándose en mi pecho, y me deslizó dentro de su cuerpo.

La chispa de mi alma dio un grito de protesta, no escuchado más allá de las paredes de mi prisión.

A través de Mediterráneo

—De acuerdo. Ahora empuja el cartucho en su lugar. Bien, justo así. Perfecto. Ahora, retíralo. Buen trabajo, Kyrie.— Harris tomó la pistola de mi mano y la colocó sobre la mesa entre nosotros—. Ahora, hazlo de nuevo, y esta vez no voy a guiarte.

Levanté la pesada pistola negra e inicié el proceso de desmontarla, removiendo cada pieza y dejándola en la mesa en el orden que Harris me había enseñado. Cuando el arma estuvo desmantelada en partes, la armé otra vez, más rápido que la última vez. Había estado haciendo esto durante las últimas dos horas, desarmando y armando la pistola que Henri me había dado. La primera vez, había parecido extraño e imposible, como armar un rompecabezas sin ninguna guía o piezas de los bordes o una imagen de referencia. Pero con las pacientes instrucciones de Harris, se volvió más simple. Ahora podía hacerlo por mi propia cuenta sin que me dijera qué pieza iba en qué lugar.

Era bizarro, yo, una chica blanca de clase media de la zona metropolitana de Detroit, antigua estudiante universitaria y soltera, aprendiendo a desmontar una Glock.

Harris se levantó y fue bajo cubierta, regresando con tres latas vacías de soda. Sacudiendo su cabeza para indicar que debía seguirlo, Harris fue a la popa del bote y lanzó una lata al agua.

—Dispárale. —Señaló a la lata.

—Pero... el bote está moviéndose y el agua también. ¿Cómo puedo...?

—No espero que aciertes desde aquí. Es un tiro difícil aún para un tirador experto. El punto es simplemente darte algo para dispararle. Sólo inténtalo.

La lata roja estaba sacudiéndose en la estela, ahora a unos buenos treinta pies de la popa. Sostuve la pistola con ambas manos, brazos extendidos frente a mí. Harris movió mi mano izquierda, así mis dedos

se encontraban superponiendo mi mano derecha, separó mis pies a la distancia de mis hombros, poniéndome en la posición que me había mostrado antes que iniciáramos el desarmado.

Respiré profundamente, dejándolo salir lentamente, y apreté el gatillo. Excepto que el seguro seguía puesto. Lo quité con el pulgar, luego apunté una vez más a la lata, la cual era ahora un punto rojo a cincuenta pies de distancia y ondeando con las olas.

¡BANG! La pistola se sacudió violentamente hacia arriba, el sonido y la fuerza me sorprendieron. Sabía que no le había atinado a la lata, obviamente, pero estaba curiosa por saber cuán cerca había estado. Miré a Harris, quien asintió.

—Bien. —Lanzó otra lata—. Inténtalo de nuevo.

Apunté a la segunda lata, dejé salir mi aliento y disparé. Esta vez, vi el agua salpicar donde la bala acertó, unos buenos dos pies a la izquierda y muy debajo de la lata, y donde estaba enfocada. Observé el movimiento de la lata de soda, esperando hasta que estuviera al final del valle de una onda, y disparé otra ronda. Esta vez, la lata tintineó y desapareció debajo del agua. Eran sólo quince pies de distancia, pero de todas formas, le di, y eso era algo.

—Excelente, Kyrie. Excelente. —Lanzó la tercera lata—. De nuevo.

Seguí la trayectoria de la lata, esperé, entonces disparé. Fallé. Solté el aliento, disparé y fallé de nuevo. La lata estaba apenas visible en el azul del Egeo.

Descendí la pistola y coloqué el seguro.

—Está demasiado lejos.

Harris simplemente sonrió burlonamente, alcanzó detrás de su espalda por su arma, la desenfundó y asumió lo que pensaba que era una postura militar, su cuerpo de forma lateral, ambos brazos curvados, la mano derecha sosteniendo el extremo de la pistola, la izquierda ahuecando la derecha. Se detuvo por una milésima de segundo, luego

disparó tres rondas en una sucesión tan rápida que sonó tan sólo un rugido fuerte. Tenía mis ojos puestos en la lata y la observé romperse, el agua saltando mientras las rondas golpeaban las olas.

—He pasado cientos de hora en el campo de tiro —explicó, colocando su pistola en la parte trasera de sus vaqueros—. Pero lo hiciste realmente bien para tu primera vez. Fundamentalmente quería que tuvieras la experiencia de cuán ruidoso es, de la fuerza. Y de nuevo, es sólo como último recurso de emergencia. Si vas a apuntarle a alguien, es mejor que estés preparada para disparar.

—No sé si sea capaz de eso —admití, siguiendo a Harris dentro de la cabina del piloto.

Harris se colocó en el asiento del piloto, apagó el piloto automático y empujó la palanca del acelerador hacia adelante.

—Por supuesto que no lo eres. No puedes estar segura de lo que eres capaz hasta que no estás obligada a averiguarlo.

—¿Es así de duro? ¿Dispararle a alguien?

Harris dejó salir un largo aliento.

—Sí. Lo es. La primera vez, es... horrible. No estoy seguro de qué más puedo decir. Vomité la primera vez que maté a un hombre. Y sabes, si alguna vez se vuelve sencillo, es tiempo de buscar otra línea de trabajo. Es difícil cada vez.

—¿Llegaremos a Grecia esta noche? —pregunté.

Harris niega, pareciendo divertido por mi pregunta.

—Oh no. Son más de mil millas náuticas desde Marsella hasta Atenas. Nos tomará unos cuantos días realizar el viaje. Me dirijo a Palermo primero para reabastecer y cargar combustible, luego hacia Atenas.

—Oh. —Al parecer, mi comprensión de la geografía del Mediterráneo era algo deficiente.

—Lo encontraremos.

—¿Cuándo? ¿Y cómo? —Mi voz era suave, baja y vacilante, traicionando mi incertidumbre.

Harris no respondió enseguida.

—Estoy trabajando en el cómo. ¿Cuándo? Lo más pronto que podamos, supongo. Si Gina Karahalios lo tiene, recuperarlo podría ser complicado. La otra pregunta es si Vitaly está implicado. Hay una gran cantidad de variables con las que lidiar, y... soy sólo yo. No puedo arriesgarme a traer a nadie más. No debí involucrar a Henri, pero lo hice.

—Estoy aquí.

—Lo sé. Pero... ¿Cómo decir esto sin que suene ofensivo? Yo era un Ranger del ejército.

—¿Y yo sólo soy... qué? ¿Qué soy? —Ahora que la pregunta estaba hecha, comprendía que se había estado filtrando dentro de mí por un largo tiempo.

Harris me dio un vistazo.

—No quería incitar una crisis existencial, señorita St. Claire.

—No lo hiciste. Ha estado sucediendo por un tiempo, sólo estoy finalmente hablando de ello, supongo.

—Comprendo —susurró—. Sabes, me uní a la armada como un chico de dieciocho años. Estaba aburrido. Vine de una familia completamente normal. Tenía una madre y un padre y dos hermanas. Nada de drama, nada interesante. Pero no tenía idea de lo que quería hacer. Me gradué y simplemente gasté y pasé seis meses... literalmente jodiendo alrededor. Era todo lo que hice. Ir a fiestas y ligar. Pero aún eso se volvió aburrido. Así que, un día, me encontré caminando a una oficina de reclutamiento. Uno de los militares estaba parado afuera, fumando un cigarrillo. Tomé uno y comenzamos a hablar. Maldito buen vendedor que era, me tenía alistándome para el tiempo en que terminé mi cigarro. —Harris se rió—. Odié la armada durante los primeros dos

años. Pero luego me metí en la pelea equivocada con un par de Rangers y tuve que defenderme por mi cuenta. El mismo chico que me dio una paliza terminó comprándome una cerveza y convenciéndome de que probara la escuela de Ranger. Después de meses de trabajo, entré y ese fue el inicio para mí. De repente, tenía algo que quería. Eso me proporcionó la motivación para intentarlo.

Era raro pensar en Harris como alguien distinto al hombre reservado e infinitamente capaz que he conocido.

Lo miré de nuevo. Medía más de 1.80 de alto, pero sólo apenas, y esbelto como una tralla, de una forma cortante. Poseía un cabello marrón oscuro corto y ojos de color verde, intensos e inteligentes, que podían ser tanto amistosos y cálidos como la hierba de verano, o fríos y aterradores como un pedazo de jade antiguo. No era guapo de la manera clásica; sus cualidades eran muy robustas para eso. Era imponente, pero no demasiado para sobresalir entre una multitud. Era intenso, exudando capacidad y poder. Se movía con una gracia ágil, del tipo predador de alguien capaz de violencia extrema, alguien quien es sumamente saludable, atlético, su cuerpo perfeccionado al límite. Observándolo, era imposible determinar cuán viejo era. Por encima de los treinta, por supuesto, y ciertamente menos de cincuenta.

El silencio descendió y se quedó por mucho tiempo. Me senté en la silla al lado de Harris y observé las estrellas iluminar la negrura con puntos plateados, multiplicados por miles de millones de quintillones de una innumerable multitud. La embarcación subía ligeramente impulsada por las olas y se deslizaba por los valles, inclinándose y rodando, resistiéndose y apartándose, agitándose a través de las olas y la oscuridad, y sólo el impredecible mover del mar mantenía el viaje lejos de una monotonía hipnotizante. No había nada que ver a parte del movimiento constante del mar y el cielo, negro con estrellas tintineantes.

Me quedé dormida y fui despertada por el estruendo del motor cortando y atravesando las olas de la bahía. Me froté mis ojos y los abrí

mientras Harris anclaba el barco, lanzaba los amarres y regresaba a la cabina.

—Dormiremos en el barco —dijo—. Hay dos cabinas. Bloquea la tuya y duerme con el arma cerca de ti. No espero problemas aquí, pero es mejor estar preparados.

Asentí y lo seguí abajo, luego entré en uno de los dormitorios. Aseguré la puerta, me arrastré dentro de la cama completamente vestida y traté de no pensar en lo mucho que extrañaba a Valentine.

* * *

Me desperté con el estridente graznido de las gaviotas y el suave golpeteo de las olas contra el casco, el tenue zumbido del motor accionándose, voces distantes. Me levanté y subí hacia la cabina de mando, tomando mi asiento al lado de Harris, entrecerrando los ojos ante la luz cegadora del sol centelleando en las olas azules y diamantes.

—Buenos días, señorita St. Claire —dijo Harris.

Giró el timón, llevando la proa del barco, presionó el acelerador y la nave se movió hacia adelante. Me entregó un termo verde. Desenrosqué la tapa plateada y vertí una mezcla de café negro cargado, tomando un sorbo, agradecida.

—Pudiste haber dormido más tiempo, sabes.

Encogí mis hombros, tomando otro sorbo. —Está bien. ¿Estamos reabastecidos y todo?

Harris asintió. —Tanque lleno, algo de comida y algunas otras cosas.

Algo en su voz me alertó. —¿Algunas otras cosas, eh?

Harris se encogió de hombros.

—Estoy desarrollando un plan. Espero poder ser capaz de resolverlo sin involucrarte, pero temo que puede no haber muchas opciones. Simplemente hay... demasiadas variables. No lo sé. Ya lo veremos.

—No estoy segura si me gusta cómo suena.

—Lo único que sé de la familia Karahalios es por su reputación y por lo que el pequeño señor Roth me ha contado. —Son brutales, rigurosos, y tienen recursos, esencialmente inagotables. —Guió al barco fuera de la bahía y hacia el mar abierto, a continuación, jugueteó con el GPS y el piloto automático, ajustando nuestro próximo destino—. Lo que he oído es que Vitaly es el tipo de capo del gobierno griego con el que hay que tener cuidado de enredarse porque, en la actual situación económica y política, tiene demasiada influencia.

—¿Y tiene a Valentine?

—No estoy seguro de si el mismo Vitaly en realidad lo tiene. Creo que es su hija, la ex novia de Roth. Eso no hace que sea más seguro meterse con ella, ya que, hasta donde sé, tiene los recursos de su padre a su disposición, así como los propios.

Tragué saliva. —Y nosotros, tú y yo, vamos a... ¿qué? ¿Sólo nos acercamos, llamamos a la puerta, y pedimos que nos lo devuelvan? ¿Entramos y le disparamos?

Harris hizo un gesto, encogiéndose de hombros y asintiendo. —Básicamente, sí. Aunque primero, voy a tratar de desviar la atención hacia otro lugar, y espero que nos compre tiempo suficiente como para llegar al señor Roth e irnos.

—¿Y entonces? Si éstas personas son tan aterradoras como que dices, ¿qué posibilidades tenemos de escapar en realidad?

Harris dejó escapar un suspiro. —No lo sé. Realmente no lo sé. Me gustaría tener algo reconfortante para decirte, pero simplemente no lo tengo. ¿Prefieres dar la vuelta y volver a casa? ¿Sólo dejarlo?

Le lanzo una mirada. —Por supuesto que no.

—De acuerdo entonces. Tendremos que improvisar y esperar. No es que pueda así por así reunir algún ejército de secuaces o algo así.

Observé las olas bailando y girando, tratando desesperadamente de no pensar en lo que Valentine estaba atravesando. —Te voy a decir esto, Harris: no me voy a quedar sentada en una habitación de hotel o en la cabina de este barco esperando con mi pulgar metido en el culo, ¿de acuerdo? Pase lo que pase, voy contigo. Sé que no tengo tu entrenamiento, pero... Valentine es el hombre que amo, y no puedo simplemente estar sentada, esperando y esperando.

—Lo sé. Pero ¿qué de bueno hay en rescatarlo si estás muerta? —Harris me dio una mirada larga y penetrante—. Tú lo has cambiado, Kyrie. Lo has hecho. Y para mejor.

—Él también me ha cambiado.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, estábamos atracando en Atenas, la Marina Zea, Harris me informó. Colocamos nuestras bolsas sobre nuestros hombros, nos aseguramos de que nuestras pistolas se encontraran aseguradas pero al alcance, y partimos a pie por el muelle del puerto deportivo.

El puerto deportivo se hallaba en una bahía amplia y circular con muelles adentrándose en el centro, barcos de todos los tamaños amarrados y esperando a sus dueños. Más allá, edificios de apartamentos de varios pisos subían en redes, con los balcones y los tejados de departamentos ascendiendo en apretadas filas. Desde la distancia todo parecía ser uniformemente blanco, pero mientras caminábamos desde el puerto más cercano a la ciudad propiamente dicha, me di cuenta de que cada edificio era diferente, algunos de color rosa, otros de blanco, otros de amarillo, pero la mayoría de ellos se adherían al mismo diseño básico, en forma de bloque, balcones dando a la calle, con tiendas, puestos de ventas y restaurantes por abajo a nivel del suelo.

Había un sentido de la edad de la ciudad que inmediatamente era palpable, incluso a la distancia, incluso sin haber pasado más de cinco minutos aquí. Nos movimos a través del puerto deportivo, pasando por

camiones transportando cargas de diversos tipos, familias, grupos de empresarios, conjuntos de niños riendo, dúos de mujeres, parejas, lugareños, turistas y hombres de edad con el cabello blanco y sus caras arrugadas y marchitas.

Llegamos a un lugar en donde los edificios se estrechaban hacia nuestra izquierda, una parte del puerto deportivo a nuestra derecha vallada por la construcción, el pavimento ciñéndose a un espacio apenas lo suficientemente amplio como para que camináramos al lado del otro. Harris se detuvo, mirando el paisaje urbano que nos rodeaba. Estábamos frente a un edificio viejo, bajo y blanco con cicatrices de grafiti, bordeado y vacío, con una cerca de conexión de cinco metros de alto con cadena por un lado. Situado en la orilla del agua estaban parcialmente contruidos muelles y pilares de hormigón desnudos de pie como centinelas en las oscuras aguas. El ruido de la ciudad era apagado, amortiguado y distante. No había nadie a la vista, los únicos coches que pasaban se hallaban a un kilómetro de distancia.

—Esto no me gusta —dijo Harris, extendiendo su mano por la espalda para sacar su pistola—. Algo no está bien.

Como si sus palabras fueran una señal, una puerta de metal azul maltratada se abrió de golpe, fuertemente marcada con pintura en aerosol blanca de grafiti, cada pedacito tan ilegible como el grafiti en los edificios abandonados y pasos a desnivel de la autopista allá en Detroit. La puerta crujió ominosamente y un hombre salió, seguido por tres más. Cada hombre se encontraba vestido de la misma forma, con un traje oscuro elegante y una camiseta negra. Cada hombre sostenía una ametralladora, del tipo diminuto que pensé que podría ser una Uzi.

—Les tomó mucho tiempo llegar hasta aquí —dijo uno de ellos—. Los esperábamos ayer.

Harris dio un paso hacia los lados para que su cuerpo bloqueara el mío. No dijo nada, sólo se quedó de pie en silencio con su pistola en el muslo.

—¿Nada que decir? —El que hablaba era un hombre bajito, feo y joven que llevaba una barba de chivo de color negro y rala, con el rostro desfigurado por el acné severo. Sus ojos eran crueles, fríos y aburridos —. Ven entonces. Ella los está esperando a ustedes dos.

—Vete a la mierda. —Harris inclinó su cabeza hacia un lado.

—Creo que no. —Miró a un lado y a otro en un gesto exagerado, viendo a sus tres compañeros—. Somos cuatro. Ustedes son dos. Tenemos estos. —Movi6 su ametralladora—. Ustedes vienen ahora. Suelta el arma.

Harris me miró de reojo. Parecía estar contemplando algo. —¿Qué te parece si tú primero? —volvió su atención a los hombres delante de nosotros.

No veía una manera de salir de esto.

Me deslicé más hacia atrás de Harris, dejando que su cuerpo bloqueara por completo el mío. Con la esperanza de que estuviera siendo discreta, extendí mi mano por mi espalda y retiré mi pistola, con cautela, quitándole en silencio el seguro. ¿Qué estaba haciendo? No podía hacer esto. Tenían ametralladoras. No podía hacer esto.

Al parecer, no estaba siendo lo suficientemente discreta, porque uno de los hombres gritó algo en griego, dando un paso hacia mí, levantando su arma. Dio tres pasos airados y cortos, y se encontró junto a Harris mientras yo me retorcí para alejarme de él, reacia a dejar que me pusiera las manos encima. Entonces el tiempo se distorsionó, los milisegundos yéndose incluso cuando todo se aceleraba. Harris giró, su brazo extendiéndose rápidamente y envolviéndose alrededor de la garganta de mi atacante, lanzándolo con fuerza delante de él. La Uzi se movió, escupió fuego e hizo ruido, y luego la pistola de Harris sonó una vez y la sangre se esparció. Grité, pero mis manos se encontraban agarrando mi pistola en frente de mí, con mis pies separados, la pistola tomada y apoyada como Harris me había mostrado, y mi dedo estaba apretando el gatillo, el cañón negro nivelado en dirección de uno de los hombres. Harris empujó el cadáver y dio un paso con rapidez hacia un

lado, su pistola tronando, una vez, dos veces, tres veces. Las Uzis sonaron y el cadáver se sacudió y reventó con sangre, pero luego las armas fueron silenciadas y los cuerpos se desplomaron, y yo seguía de pie con mi pistola expuesta delante de mí, el dedo en el gatillo, haciendo temblar el cañón, señalando un espacio vacío.

—Kyrie. Aléjala. Se acabó. —Harris habló desde mi lado, su voz demasiada tranquila—. Bájala. Colócale el seguro. Ahora, Kyrie. Ahora.

Me estremecí por la nota afilada y brusca en su voz y bajé el arma, apretando el botón para asegurar la pistola, la regresé a la parte baja de mi espalda.

—No pude... no pude... —Mi voz se quebró.

La mano de Harris tocó mi hombro. —Espero que atraveses todo esto sin necesidad de hacerlo. Realmente lo espero. —Se inclinó y agarró dos puñados de la pierna del pantalón—. Venga. Ayúdame a sacar a estos imbéciles fuera del camino. —Harris arrastró el cuerpo hacia atrás a unos cuantos metros, y luego se dio cuenta de que la sangre estaba dejando un rastro amplio—. A la mierda. Dejémoslo. Necesitamos movernos.

Se puso en marcha trotando, pasando por encima de los cuerpos sin verlos por segunda vez. Lo seguí menos segura, incapaz de apartar la vista de la sangre, los ojos fijos y de los agujeros. Harris regresó, me agarró del brazo y me puso a correr, frenando solamente una vez que llegamos a una calle principal y pudimos perdernos en la bulliciosa multitud. En ese momento no estaba siguiendo a Harris, sólo era tirada por él sin oponer resistencia. Ver a hombres recibiendo disparos y muertos... No me podía pasar de eso. Saber que alguien había muerto era una cosa, saber que alguien probablemente había muerto cuando lo embestía con el Peugeot era una cosa... lo que acababa de pasar, eso era algo totalmente distinto.

Harris hizo que nos moviéramos en un patrón irregular, a la izquierda por aquí, a la derecha en esta esquina, por este callejón y dando marcha atrás, y luego nos quedamos en un autobús y nos estrellamos entre una

multitud aplastante de lugareños sudorosos. Todavía me encontraba mareada y veía agujeros en los torsos y ojos ciegos y fijos.

La voz de Harris llenó mi oído con un susurro apenas audible. —Sé que estás conmocionada, Kyrie, pero tienes que tranquilizarte. Eran ellos o nosotros.

Le respondí con un susurro brusco. —Lo sé. Es sólo que, Dios... Sigo viéndolos.

—Lo entiendo, créeme. —El autobús giró y nos tambaleamos hacia un lado. Utilizó la conmoción para bajar mi camisa de un tirón para cubrir mi arma—. La próxima vez que saques eso, dispara, ¿de acuerdo? No pienses... ni siquiera trates de apuntar. Sólo apunta al centro de masa y aprieta el gatillo. Si la agarras, disparas. ¿Me entendiste?

Asentí. —Entendido. Lo siento. Yo sólo... me congelé.

—Y así es como te matan en esas situaciones. No puedes congelarte. — Su voz se encontraba totalmente en calma, como si estuviéramos hablando de deportes o del clima.

—Tenía miedo, Harris. Tenían unas jodidas ametralladoras. Estaba a punto de morir.

Dejó escapar un suspiro. —Lo sé. Lo sé. —Me tocó el hombro en un gesto que era en parte amistoso y de afecto, y en parte disculpa—. Siento que estemos metidos en esto. Lamento que estés metida en esto.

—Sólo... solamente quiero a Valentine de regreso.

—Yo también. —Me dio unas palmaditas en el hombro de nuevo—. Y vamos a traerlo de vuelta.

—¿Lo prometes?

Harris se tomó un largo tiempo para responder. —No. No puedo prometerte eso.

Ahogado

Valentine

Cortinas de distorsión barrieron a través de mi cerebro, el techo y el piso se tambaleaban y retorcían. Olas de calor me atravesaron. Me sentía en llamas. Me quemaba vivo, mi piel se agrietaba. Estaba tan caliente que mi piel debía tener ampollas, pero no me atreví a mirar. Náuseas se dispararon a través de mí en un repentino estallido.

Sentí el vómito en mi garganta, y en la parte posterior de los dientes. Podría solamente haber estirar mi cuello para no ahogarme mientras arrojaba todo el vómito en la cama, el suelo y sobre mí.

Una vez que mi estómago estuvo vacío, sentí sudor estallar a lo largo de mi piel, enfriándome hasta que tuve escalofríos.

Mi pene dolía. Mi piel quería arrastrarse lejos. Abrí y cerré los ojos, veía una y otra vez la repulsiva imagen de Gina retorciéndose sobre mí, arañándose, dejando sangrientas heridas en mi pecho. Escuchaba su voz, gritando en voz alta como si estuviera envuelta por las garras del éxtasis. La sentía sobre mí, y deseaba poder vomitar de nuevo.

Cuando la puerta se abrió silenciosamente, la vi por triplicado. Estaba vistiendo una minifalda verde, tan ajustada como una segunda piel, se moldeaba a sus muslos y a su culo, y era lo suficientemente larga para apenas cubrir la parte inferior de sus nalgas. Piernas largas y bronceadas, tacones de marfil de cuatro pulgadas, blusa de color marfil, sin mangas y con un profundo escote entre sus pechos. Apreté los ojos y luego los abrí, obtuve una sola imagen la cual era borrosa y se multiplicaba.

—Val. Mío, mío, mío. Eres un desastre. Parece ser que el medicamento tiene efectos secundarios. —Rodeó la cama y se sentó a mi lado, el lado que no estaba vomitado. Tocó mi frente con el dorso de su mano— Estás ardiendo.

Me alejé de su toque y sus ojos se estrecharon. —Te alejas de mí.

Se pone de pie y tira de su blusa. —Pensé que estábamos más allá de eso, Valentine. —No me molesté en responder, ella chasqueó sus dedos, y los mismos dos matones de antes aparecieron por la puerta—. Tiene que ser limpiado. —Arrugó la nariz e hizo un gesto hacia mí.

Esa era mi oportunidad. Lo sabía, lo sentía venir. Uno de los hombres sacó una llave del bolsillo de su pantalón y abrió las esposas de la mano derecha. Mi muñeca continuaba encadenada pero ya no de la cama. Después liberó mi pie derecho. El matón le paso la llave a su hermano para liberar mi mano y mi pie del lado izquierdo.

Uno de los matones retrocedió y sacó una enorme pistola de plata de su funda. —Arriba. Ponte de pie. —Gruñó—. No hay nada divertido.

Poco a poco deslicé mis piernas por un lado de la cama y traté de incorporarme. Todo mi cuerpo protestó, mareos barrieron a través de mí mientras me colocaba a mí mismo en una posición sentada. Mi estómago se revolvió queriendo salir, pero lo empujé hacia abajo. Apretando los dientes me obligué a mantenerme en pie. Tuve que utilizar la cabecera como soporte mientras el mundo giraba y caía debajo de mí. Gina estaba observándome desde la puerta, con su bolso en su hombro. Comenzó a hurgar en él, rebuscando solo Dios sabe qué.

Una mano carnosa, fría y húmeda se envolvió en mi antebrazo, tirándome hacia delante, dejándome fuera de balance. Tropecé y me tambaleé, mareos y náuseas rodaron desenfrenados a través de mí. Veía todas las cosas al cuádruple, después sólo tres, uno y dos, de repente todo fue una miríada de formas, colores, cuerpos, cielo azul, agua cristalina, techos y paredes blancas, puertas azules y un matón vestido de negro, llamando mi atención con algo frío y color plata entre nosotros.

Mi estómago salió disparado, un torrente de bilis goteando de entre mis dientes y bajo mi barbilla mientras me esforzaba por contenerlo, luego una idea me golpeó, y dejé al vómito escapar, lo dejé verterse fuera de mí y sobre Tobías o Stefanos o quien quiera que fuera el

imbécil parado frente a mí. El vómito golpeo la chaqueta de su traje, el frente de su camisa y cara, él maldijo en griego, pero yo ya estaba agarrando su mano, buscando a tientas, tomando como oportunidad su repentina distracción para torcer su mano por lo que el cañón de su arma apuntaba a sí mismo, mi dedo encontró el gatillo y tiro de él.

¡BANG! La pistola se disparó con un estruendo ensordecedor, golpeándome en el pecho, el retroceso absurdamente enorme del arma me lanzó hacia atrás. Tome la pistola, todavía mareado, viendo demasiadas cosas de todo y aún agitado, tropecé. Caí hacia atrás tres, cuatro y cinco pasos, golpeando la pared, apuntando la pistola con una mano hacia el otro matón vestido de negro, quien avanzó lentamente, apuntando su propia arma.

—Mataste a mi hermano. —Se encontraba a pulgadas de mí, su arma de plata con una ancha boca negra apuntando a uno de mis ojos.

—Tobías. —La voz de Gina era baja como una navaja amenazante—. Quítale la pistola y límpialo.

—Pero Stefanos...

—Está muerto. —Sacó un tubo de lápiz labial de su bolso, lo aplicó lentamente, apretó los labios y tiró el tubo—. ¿Me veo como si me importara una mierda?

Tobías murmuró algo en voz baja en griego y se enfundó la pistola. No tenía ninguna posibilidad de resistir cuando su puño conectó con mi pómulo. Me caí de lado y la pistola fue despojada de mi mano. Tomó mis muñecas y me arrastró fuera de la habitación hacia el baño, enorme y con eco, todo de mármol y cristal.

Me soltó y mi cabeza golpeó dolorosamente contra el suelo de mármol. Escuché agua correr, luego fui arrastrado al cuarto de baño, las ranuras de entre las baldosas jalaban mi cabello y raspaban mi cuero cabelludo, agua helada cayó sobre mi cara y pecho, traté de rodar lejos, pero el torrente provenía de una regadera de mano y fui roseado de la cabeza a los pies, no importaba de qué manera me girara, me enrollara o me

acurrucara, el torrente de agua fría seguía cayendo sobre mi piel como pequeños cuchillos de hielo.

Escuché un paso sobre los azulejos en algún lugar cerca de mis pies, sentí una presencia sobre mí, la corriente de agua continuaba el maltrato contra mi pecho, tan frío que me encontraba entumecido. Un puño tiró de mi cabello, jalando mi cabeza hacia atrás, la regadera se trasladó a golpear directamente sobre mis ojos, mi nariz y boca, me estaba ahogando, ahogando, incapaz de respirar o incluso evitar el agua. Tosiendo, no pude girarme, sólo pude tirar brutalmente de la mano agarrando mi cabello, arrancando pedazos de raíz en un intento por escapar.

Después el agua cesó, un aliento rancio resopló contra mi cara, y una voz murmuró en mi oído: —Jodidamente voy a matarte. No me importa lo que la perra loca diga, te mataré lentamente. Vas a sufrir, Sufrirás mucho. A cualquier persona a quien ames, mataré.

Golpeé hacia adelante con mi cabeza, sintiendo mi frente conectar con carne y hueso, sentí un diente hacer un corte en mi frente. Tobías se tambaleó hacia atrás y luego, arremetió con su pie en mi intestino. Me acurruqué, jadeando por aire, atragantándome mientras el mundo se volvía blanco.

—Suficiente, Tobías. Tu tonta venganza pude esperar. Tráelo de vuelta a la habitación.

Me arrastraron al otro lado del cuarto de baño, a través de un corto pasillo a la habitación que era demasiado brillante, y olía a antiséptico. Todavía no podía respirar, tosía agua y veía estrellas. Sentí que me levantaban por las axilas, y —con lo último de mis fuerzas— me arrastré hacia la cama, acurrucándome y luchando por respirar, pasando el peso del agua a través de mi garganta y pulmones junto con el dolor en mi estómago.

La puerta se cerró y sentí la cama hundirse cerca de mis rodillas dobladas. —Bien, espero que haya valido la pena, Val. Te heriste a ti

mismo, te provocaste estar enfermo, e hiciste a un enemigo. Tobías es un psicópata, ya sabes. Y que yo diga esto, ya es decir suficiente.

Su mano tocó mi hombro y acarició mi brazo, rozó el pelo mojado sobre mi ojo. Estaba empapado, tiritando y un dolor en la cabeza golpeaba con furia, mi piel estaba tensa y hormigueaba con el dolor de la fiebre.

Me aparté de ella.

—No. —Devolví la intrusión, escupiendo una bocanada de flemas y agua—. ¡No me toques! —Mi voz era ronca y rasposa—. Malditamente no me toques.

—Un poco tarde para eso. —Dijo, sonando divertida—. Deberías descansar. Tengo planes para ti para más tarde.

—Da lo mismo si me matas. —Digo a través de mis dientes.

—¡Já!. No. No lo creo. Todavía no por lo menos. Aún no he tenido mi ración de ti. —Toma mi muñeca y con un click aseguró la esposa a la cama, realizó la misma acción con mi otra muñeca, esposando ambas muñecas antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo.

Pelee con ella mientras tomaba mis tobillos, la pateo, conectando con su cadera y después con su estómago, haciéndola retroceder. Tropezó y después se enderezó, alisando su falda y blusa, pasó los dedos por su cabello y permaneció jadeando fuera del alcance.

—Ya sabes, supongo que tengo que mencionar que tu pequeña zorra me ha eludido hasta ahora. Y cuanto más pelees conmigo y más problemas causes, las cosas serán peores cuando finalmente la atrape. —Gina examinó sus uñas y luego me sonrió maliciosamente—. Estoy segura de que Tobías tendrá un momento de diversión con ella. Podría traer otra cama aquí y encadenarla también. Y entonces tú podrás observar cómo mis hombres y los de papá la disciplinan. ¿Cómo suena eso? ¿Docenas de hombres follándola, justo frente a ti? Tendrías que ver. Entonces ella vería cómo te follo. Podría traer a algunas de mis amigas, y ellas te follarían también. Y luego, cuando estemos hartos de ustedes, los

mataré. ¿A ella, después a ti? Hmmm. Tal vez. ¿O a ti y después a ella? No lo sé. Tendré que pensarlo un poco más.

Rebuscó en su bolso y sacó una pistola compacta. Una Walter PPK, a juzgar por su aspecto. Rodeó el extremo de la cama, manteniéndose fuera del alcance de mis pies, tocó mi sien con el cañón. —Ahora. Voy a esposar tus pies. Si peleas, te pego un tiro. Pero no voy a matarte, no todavía. Voy a traer a tu pequeña puta aquí y dejaré que todos los que conozco las follan en frente de ti. O puedes cooperar. Si lo haces, la dejaré en paz. Lo que quiere decir que solamente colocaré una bala en su cráneo. Fácil elección, ¿no?

Permanecí tranquilo y dejé que esposara mis tobillos a la cama una vez más.

—Bien, estás aprendiendo. —Gina dio unas palmaditas en mi muslo, luego se dio la vuelta y se paseó por la habitación—. Voy a estar de vuelta una vez que hayas tenido la oportunidad de descansar.

* * *

Kyrie se sentó a horcajadas sobre mí, pelo rubio suelto alrededor de sus perfectos hombros desnudos y brillantes. Nos movimos juntos, su culo se deslizó a través de mis muslos, sus pechos balanceándose, sus ojos azul zafiro atrapados en los míos, tiernos y vacilantes por la emoción. La alcancé, con la necesidad de tocarla, sentirla, acariciarla, pero algo me detuvo. Ella sonrió. —Todavía no —susurró, sus palabras fuera de sincronía con el movimiento de sus labios.

Con sus palmas en mi pecho, Kyrie se inclinó sobre mí, cabello cubrió mi cara como una cortina, así que el sol brillaba a través de su cabellera rubia. Se deslizó hacia adelante y sentía como su núcleo se deslizaba por mi polla, húmedo, caliente y resbaladizo, solamente sabía que la necesitaba. Sonrió, con la suave curva de sus labios, la punta tensa color de rosa de su pezón tocó mi frente, suave y cálido. Me deleite con la sensación de su piel, el tacto de su piel. El pico de su pecho perfecto a la deriva suavemente por mi cara, por encima de mi nariz y labios, tome el pezón con mis dientes.

—Oh...Val...si —gimió

Y luego todo se distorsionó. Parpadeando, miré hacia arriba, el cabello rubio se convirtió en negro y los ojos azules se volvieron oscuros, y grité, un rugido gutural en mi garganta, mi cuerpo arqueándose y dando sacudidas, sacando a una sorprendida Gina de encima.

Apreté mis dientes y grité de nuevo hasta que mi garganta se puso ronca y comenzó a fallar, con los ojos apretados, la agonía de ser arrancado del sueño es mucho para tomar, el horror de saber que la había tocado, de que tuve su repulsiva piel contra la mía, y de que la había confundido con Kyrie, creyendo que era Kyrie amándome cuando, en realidad, había sido Gina agrediéndome.

Gina se levantó, desnuda —¿Por qué sigues luchando? —.Se mecía a un lado de la cama e inclinada sobre mí, ahuecando su pecho en una mano y trazando vagos patrones con su pezón en mi cara. Lo movió para que tocara mi cara y mi barbilla. Rápidamente, arrastró su pecho a través de mis labios. Pensé en morderla, pero no lo hice. No mostré ninguna emoción o reacción. Presionó el interior de su pecho frente a mi cara, sofocandome entre sus tetas. Contuve mi respiración, cerré mis ojos y espere. Se deslizó a horcadas sobre mí, con el labio inferior entre los dientes en lo que se suponía que era una pose erótica seductora. Aplastó su centro contra mi polla, sin respuesta. Ahora estaba totalmente repelido, furioso, indignado, y no hay fuerza en la tierra que me pueda llevar a la excitación.

—Vamos, Val. Juega conmigo. —Levantó mi miembro flácido en su mano, provocándome.

—Preferiría morir.

—Oh, eso pasará pronto. —Me soltó, se inclinó hacia delante, y abrió el cajón de la mesita de noche. Agitó el frasco de píldoras, y abrió la parte superior, sacando una en su palma. Presioné mis labios juntos y apreté mis dientes. —Puedes hacerlo fácil, o puedes hacerlo difícil.

Yo sólo la fulmine con la mirada y los labios apretados en una fina línea.

—La manera difícil, entonces. —Sacudió su cabeza y chasqueó la lengua como si estuviese regañándose.

Se alejó de mí y se puso una bata de seda púrpura que colgaba sobre el respaldo de una silla. Por primera vez, noté dos grandes cubos de plástico negro, una jarra de plata, y una pila de toallas blancas en el suelo cerca de la puerta. Gina puso la píldora en la mesita de noche, mirándome de manera significativa. Entonces, desplegó una toalla y la puso debajo de mi cabeza. A continuación, arrastró cuidadosamente ambos cubos por el suelo, el esfuerzo fue necesario para hacerlo dejando claro que ambos estaban llenos hasta el borde con agua. Por último, tomó la jarra y la recogió llena de agua y la puso en la mesita de noche junto a la píldora.

— Te lo preguntaré nuevamente, Valentine Roth. ¿Tomarás la pastilla, o no? —levanté mi barbilla y envolví mis puños alrededor de las esposas. —Muy bien, entonces. Será de la manera difícil —. Se rió, con una pequeña alegre risa —. Debería decir, dura para ti. Divertida para mí. Siempre he disfrutado bastante de este pequeño juego en particular.

Levantó la jarra en una mano, deslizó la otra sobre mi frente y la enterró en mi pelo, en una breve caricia, luego tomó un puñado de pelo y lo sacudió violentamente. Sosteniendo la cabeza inclinada hacia atrás, ladeó la jarra por lo que un par de gotas de agua crepitaba en mi nariz, boca y ojos. Traté de girar mi cabeza hacia un lado, pero su agarre en mi cabello era inamovible. Ella era fuerte. Sentí las raíces ceder, y luego estaba vertiendo un poco de agua en mi cara. Esta vez, algo de agua subió por mi nariz, y resoplé, me quedé sin aliento.

Mientras estaba tosiendo, vertió más agua en mí, esta vez directamente en mi boca. Y siguió vertiendo. El pánico se apoderó de mí. Sacudí mi cabeza, sin siquiera sentir el cabello siendo arrancado de mi cuero cabelludo y siguió vertiendo agua, golpeando mis ojos y nariz, tirando mi cara nuevamente en su lugar de modo que el chorro lento y constante de agua golpeará la parte posterior de mi garganta. Me estaba ahogando, ahogando. Justo cuando llegué a pensar que seguramente sucumbiría y moriría, ella enderezó la jarra y puso fin a la corriente de agua.

Tosí, jadee, arquee mi espalda y traté de respirar. Mi boca estaba abierta mientras me ahogaba, luchando por respirar. Y fue entonces cuando ella puso la píldora en mi lengua, vertió una pequeña medida de agua en mi boca y pellizcó mi nariz cerrándola. No tuve más opción que tragar o morir, y mi cuerpo no me permitiría morir. Traté, viendo la cara de Kyrie, traté de mantener mi esófago cerrado mientras la oscuridad abrumaba, pánico, un horror crudo y hasta el hueso dentro de mí, la necesidad de respirar, de vivir, de seguir luchando saliendo victorioso.

Tragué saliva, amordazado mientras la píldora bajó y volví a toser el agua de mis pulmones.

Durante la siguiente hora, Gina me torturo con el jarro de agua. Ella lo rellenaría, sentada a mi lado y lo vertería en mi cara. Un poco, lo suficiente para hacerme escupir y luego esperaría, dejaría que recobrara el aliento, y cuando lo hiciera, ella lentamente vaciaría la jarra en mis ojos, la garganta y la nariz, siempre parando cuando estaba a pocos minutos de ahogamiento.

Ya había tragado su pastilla, así que esto era sólo por diversión.

Sentí los químicos empezar a arder en mi interior, un lento, distante calentamiento de carbones depositados profundamente en mi sangre y mis huesos.

Un puño golpeó la puerta y Gina ladró una pregunta en griego. Un joven entró por la puerta, escupiendo fuego rápido en griego, claramente preso del pánico.

Gina, todavía sosteniendo una jarra llena de agua, maldijo en voz baja en inglés: —Mierda. —Suspiró, dudó, y luego volcó la jarra en mi cara. —Parece que tu pequeña puta viene por ti. Me ha causado un sinfín de problemas, ya sabes. Una vez que la haya cogido, voy a divertirme pelando la piel de sus huesos. —

Sacudí el agua de mi cara, escupí, tosí y vi como Gina le indicó al joven con un gesto de la mano que se fuera. Cuando se fue, arrojó el manto de

púrpura ahora húmedo a un lado y se vistió con un par de pantalones de lino blanco y camisa a juego, y luego deslizó sus pies en un par de sandalias rojas.

—La mataré lentamente, Valentine. Voy a hacer que la violen y luego la mataré. —Sacó una pistola de su bolso, comprobó la carga del clip y luego me miró. —Mató a Alec. O alguien lo hizo. Le disparó en la cabeza. Tuve un montón de diversión con él. Será difícil reemplazar a alguien tan dispuesto a agradar como él. Le gustaba darme cunnilingus, y era bastante hábil con ello. Ahora tendré que entrenar a alguien más —. A pesar de la calma glacial con que dijo estas palabras, hubo un destello de furia enloquecida en sus brillantes ojos negros.

Salió de la habitación, la cerradura haciendo clic detrás de ella. Un silencio descendió entonces, el cual se extendió durante un tiempo que no pude medir... y luego se desató el infierno.

Asalto

Corrí detrás de Harris, mis pulmones en llamas y mis piernas adoloridas.

Harris había, al final, decidido que la única posibilidad real era simplemente ir por ello. Después de algunas investigaciones y de hacer preguntas de las que no quería saber nada, mencionó una ubicación para Gina Karahalios. Ella estaba viviendo en una isla cerca de doscientos cuarenta kilómetros al sureste, en un lugar llamado Oia. Llevamos el yate desde Atenas a través del Egeo y por medio de un grupo de islas de varios tamaños, acopladas en el otro extremo de la isla donde la casa de Gina, de acuerdo con la información de Harris, se encontraba localizada.

Empezamos despacio, simplemente paseando por el campo como si fuéramos turistas como cualquier otro. Tomamos un antiguo bus retumbante y nos fuimos en un viaje aterrador y estrepitoso por las colinas y alrededor de los acantilados, eventualmente llegamos a las afueras de Oia. Era un lugar pintoresco, con casas blancas cuadradas de puertas azules y persianas bajando hacia el mar azul, que brillaba a lo lejos, muy por debajo. El sol resplandecía, unos jirones de nubes iban a la deriva lentamente por aquí y por allá. Los autobuses retumbaban, unos cuantos coches pasaban por aquí y por allá. Un anciano se aferraba a la soga de un burro gris tirando de un carro lleno de fruta.

Harris señaló una enorme casa en lo alto de una colina, una extensa finca con sus torres y cúpulas pintadas del mismo azul que todo lo demás. —Ahí. Eso es.

La carretera que conducía hacia la casa en cuestión era sinuosa, estrecha y empinada, y había una pared rodeando la casa, de dos metros de alto y hecha de ladrillos encalados con trozos de vidrios parpadeando y brillando en el borde superior.

Harris miró hacia arriba. —Esto va a ser duro. Quédate detrás de mí. — Giró un largo cilindro sobre el cañón de su pistola, sacó tres clips de su mochila y los metió en su bolsillo—. Vamos. Terminemos con esto...

Y se echó a correr por la colina, rodeando el lado de la carretera. No había nadie en las calles hasta aquí arriba, tan cerca de la finca. Las cortinas temblaron y unas caras se asomaron, observándonos, aparentemente sorprendidas de ver una pistola desenfundada. Lo seguí hasta la colina, ignorando la debilidad en mis muslos y el dolor en mis pulmones por encontrarse privados de oxígeno. Llegamos a la última fila de casas antes de que el camino se curvara hacia la puerta de entrada, y luego Harris se detuvo y se metió en la esquina de una casa. Incluso él respiraba con dificultad y sudaba. Yo jadeaba y chorreaba sudor, y apenas era capaz de mantenerme en pie.

—Tómate un minuto y recupera el aliento. Vuelvo enseguida. —Harris sacó varios paquetes pequeños de su mochila, cosas con forma de ladrillos con cables conectados.

—¿Harris? ¿Qué son esos?

—Distracciones.

—Jesús. ¿Qué es esto, La jungla de cristal? —Sin embargo, esto último fue para mí misma, porque Harris ya se encontraba al otro lado de la carretera y presionaba en la pared al lado de las puertas unos controles electrónicos. Quitó algo de la parte posterior de la bomba y apretó el paquete en la pared junto a la puerta, tocó un botón o un interruptor, yo no podía distinguirlo a esta distancia, y luego se trasladó en cuclillas a la esquina y se quedó fuera de la vista. Después de unos minutos, regresó corriendo y se trasladó a la puerta a mi lado.

Respiraba profundamente, con una capa de sudor en su frente. —Kyrie, no sé lo que vamos a encontrar cuando entremos allí. Tal vez nada. Tal vez algo horrible. No lo sé. Sólo... debes estar preparada para cualquier cosa. Y, sobre todo, estar justo detrás de mí, sin importar qué.

Asentí con mi cabeza, incapaz de hablar.

La explosión fue un ruido ensordecedor, seguido de una lluvia de escombros y gritos en griego. Harris sacó su pistola y me hizo una señal con la cabeza, luego salimos al otro lado de la calle, en la nube de humo alrededor de la puerta de entrada. Coloqué mi blusa alrededor de mi nariz y boca y la sostuve allí mientras entrábamos en la nube de polvo y escombros, siguiendo de cerca a Harris, quien no parecía afectado por el humo acre. Una forma se desveló en las sombras fracturadas por el sol del humo. La pistola de Harris hizo un sonido silencioso, no muy diferente de un petardo, pero mucho más fuerte de lo que esperaba que fuera una pistola con silenciador. La forma cayó. Otra la reemplazó y Harris también le disparó a esa.

Luego continuamos, y pisé algo que era a la vez suave y duro, por debajo de mi pie. Sentí que mi estómago se sacudía y me negué a mirar abajo, simplemente ajusté mi pie y me quedé pegada detrás de Harris. Él giró de lado a lado y su pistola sonó, una y otra vez y luego se escuchó el crackcrackcrack de una ametralladora, el polvo saliendo de las baldosas de mármol rotas cerca de nuestros pies, pero el tirador fue derribado por Harris.

Se movía con gracia, la economía depredadora de un guerrero profesional, parcialmente en cuclillas, pies silenciosos, el cuerpo inclinado, girando y girando como si su mitad superior fuera una torreta. Cuando disparaba su arma de fuego, no se detenía, no frenaba, simplemente seguía deslizándose con una rapidez sinuosa, la pistola sonando y sacudiéndose en sus manos sin parar.

No siento nada. Todas las emociones, todos los sentidos se apagaron, se fueron hacia abajo, y yo trataba de fingir que me encontraba en una película, que todo esto era fingido, pero no podía. No por completo. También yo tenía un arma de fuego, pero no me atrevía a sacarla. No podría, no lo haría, no a menos que estuviera lista para disparar y matar, y yo sabía que no era así. Entonces, antes de darme cuenta, nos encontrábamos de pie afuera de la casa.

Harris intercambió clips con un movimiento rápido y práctico, se detuvo de espaldas a la pared, giró y se asomó por una escalera. No podría decirte a qué se parecía la casa en la que estábamos, a excepción

de una impresión de suelos de mármol, paredes blancas y vigas oscuras en el techo. Harris se mantuvo de espaldas a la pared mientras subía por la escalera, mirando hacia arriba y en ángulo para ver alrededor de las esquinas. Su pistola disparó, dos veces, tres veces y yo me encontraba justo detrás de él, mirando detrás de mí de vez en cuando.

Cuando girábamos en la esquina de las escaleras, vi una sombra que se movía en el rellano debajo de nosotros. Le di unas palmaditas a Harris en el hombro, apuntando hacia abajo sin hablar. Él asintió con su cabeza, en cuclillas se extendió por tres escalones, apuntó su pistola hacia abajo, y esperó. Un cuerpo empuñando un rifle de asalto negro de aspecto malvado apareció en la puerta y Harris le disparó dos veces. Aparté la vista después del primer disparo, y luego Harris me daba golpecitos en la rodilla, y tuve que seguirlo.

Una voz de mujer gritaba en griego, deteniéndose de vez en cuando, claramente involucrada en una discusión por teléfono. Esto fue seguido por un silencio y luego el sonido de un rugido de motor y el zumbido de las palas de un helicóptero encendido. Harris se detuvo en la puerta de la escalera, justo fuera de la vista, a la espera hasta que el helicóptero despegó. Luego hizo un gesto con la cabeza para que yo continuara en dirección a una puerta al final de un corto pasillo. Un hombre se encontraba de pie afuera de ella, sosteniendo un M-16 en sus manos. Vio a Harris, pero un momento demasiado tarde. Harris me empujó a un lado y se lanzó, el M-16 rasgando el aire, pero la pistola de Harris ya estaba lanzando rondas resquebrajadas contra el cuerpo de la guardia en un abrir y cerrar de ojos. Harris me empujó fuera del camino.

Golpeé la pared con la fuerza suficiente como para quitarme el aliento y me quedé jadeando mientras Harris revisaba los bolsillos del muerto, pronto se acercó con una llave pequeña de unas esposas. Harris las introdujo en la puerta cerrada, maldijo, registró de nuevo los bolsillos del hombre, y luego maldijo otra vez antes de dar un paso hacia atrás y patear la puerta justo a la izquierda de la manija. El marco se astilló pero se mantuvo y lo pateó una vez más. Esta vez, se abrió de golpe, y Harris lo atravesó, haciendo una pausa para tomar la M-16.

Yo me encontraba justo detrás de Harris tan pronto como la puerta se abrió de golpe.

Harris dejó caer el rifle de asalto, claramente la sorpresa lo había alcanzado. No podía ver a su alrededor, sólo podía ver una cama, un estribo de latón, y un pie esposado a la barandilla, un poco de pierna desnuda. Conocía ese pie. Conocía el rizo de pelo en los dedos de los pies y la cicatriz en su tobillo en donde dijo que se había cortado escalando rocas, y conocía el cañamazo de pelo rubio y fino en la pierna, la cicatriz en su pantorrilla del tubo de escape de un motocicleta sucia.

—¡Valentine! —Me abalancé alrededor de Harris, pero me detuve en estado de shock.

Se encontraba totalmente desnudo, esposado y extendido como un águila a la cama, su cabello húmedo y enmarañado pegado a su cuero cabelludo, su sangre corriendo por su frente. Sin embargo, estaba vivo, sus ojos muy abiertos y enloquecidos, mostrando los dientes en un rictus de locura. Tenía una erección masiva, por lo que sus venas llenas de sangre se destacaban palpitantes y púrpuras. Una botella de píldora se hallaba en una mesa a un lado, así como una jarra de plata. Estaba sudando, retorciéndose, arqueando su columna vertebral y embistiendo con sus caderas. Sus muñecas y tobillos estaban ensangrentadas, en carne viva por su forcejeo contra las esposas.

—¿Qué diablos está mal con él, Harris?

—Drogas, es mi suposición. Un medicamento para hacerlo... hacer lo que quería, cuando él no iba a cooperar.

—¿Cómo vamos a sacarlo de aquí en este estado? —Miré a Harris, quien se limitó a sacudir la cabeza.

—No lo sé. Pero tenemos que hacerlo. —Me dio la llave que había obtenido del hombre muerto—. Quítale las esposas. Sin embargo, por ahora, deja las esposas en sus muñecas. No sé cuán loco lo volverán las drogas. Puede que tenga que someterlo hasta que desaparezca. —Sonaba demasiado tranquilo, y le lancé una mirada a los ojos de Harris. Claramente le inquietaba ver a Valentine de esta forma.

Roth, que siempre se encontraba en control, siempre tranquilo y sereno. Roth, al parecer el dueño de su universo, reducido a una bestia primitiva, desnuda y enloquecida.

Quería llorar, pero no lo hice. Me moví al lado de Valentine, toqué su rostro. Limpié la sangre de su frente, el cabello mojado en donde se encontraba pegado a su sien. —¿Valentine? ¿Cariño? Soy yo. Soy Kyrie. Estoy aquí. Harris está aquí. Vamos a salir de aquí, ¿de acuerdo?.

Gruñó en su garganta, pero sus ojos se pegaron a los míos. Su mirada se oscureció, se movió. —Tú no. Aléjate de mí, perra. Aléjate. Mátame maldición, puta. Aléjate o mátame. No voy a hacerlo. No otra vez. No lo haré. No lo haré. No lo haré.

Las lágrimas empezaron a llegar a mis ojos, mi garganta se cerró. —¿Valentine? Soy yo. De verdad soy yo. —Nunca había oído hablar a Valentine de esa manera, tan ordinario, tan vulgar y tan lleno de rabia y disgusto. No me reconocía. Tenía que ser eso. No fue su intención hablarme de esa manera. Él me amaba. ¿Cierto? Me obligué a creer eso, me arrodillé a su lado para que mi cara se encontrara al nivel de la suya —. ¿Roth? ¿Valentine? Soy yo. Soy Kyrie. Escúchame. Escucha mi voz. Soy yo.

—¿Kyrie? —Parecía vacilante. Escéptico.

—Señorita St. Claire. Tenemos que irnos. —Harris se encontraba en la puerta, el rifle apuntando por el pasillo—. La segunda carga de explosivos está a punto de estallar y tenemos que estar ahí cuando lo haga.

—Dame un segundo. Él piensa que soy... que soy ella.

—No tenemos un segundo. Ella regresará con un jodido camión cargado de hombres con armas de fuego, ¿de acuerdo?. Ellos vienen para acá, y tenemos que estar fuera antes que ellos. —Se inclinó, fue a buscar en los bolsillos del muerto por tercera vez, volviendo con un cargador de repuesto, el que utilizó para reemplazar el cartucho agotado de la pistola.

Cerré mis ojos con fuerza y recé una oración por lo que pudiera o no estar allí afuera, y besé a Valentina. Un beso lento y profundo. Del tipo que decía te amo-te amo-te amo. —Soy yo. Soy yo.

No respondió al beso. Me aparté y parpadeó, mirándome. —¿Kyrie? ¿Eres real?

—Sí, soy real. Y tenemos que salir de aquí ¿de acuerdo? ¿Puedes caminar?

—Yo-Dios, No-no lo sé —Parecía apenas capaz de formar palabras, los músculos tensándose y flexionándose, con cada cambio y tirón de sus manos manando sangre fresca de sus muñecas y tobillos. —Lo intentaré.

Poniendo la pequeña llave en la esposa unida a la cama, lo solté, entonces liberé la otra mano y ambos pies lo más rápido posible. Valentine se lanzó fuera de la cama, tropezó con las sábanas y trastabilló en el suelo, cayendo de cualquier manera en una esquina. Tomando una toalla de una pila en el suelo, sin atreverme a preguntar qué había pasado con los cubos y jarra y las toallas, me acerqué a él.

—Vamos bebé. Ponte de pie ¿de acuerdo? Tenemos que salir de aquí —le alcancé la toalla.

Afirmándose, se puso en pie y se presionó más en la esquina. Parecía tenerme miedo, desconfiar de mí, como si yo no fuera quién le dije que era. —Que-Quédate atrás. No me toques. Mierda no me toques —apretó sus manos en puños y los liberó, negando se frotó la cara y tomó respiraciones profundas y las dejó salir. Cerró los ojos y los abrió, me miro con una extraña mezcla de desesperación, lujuria y preocupación. —Dime algo que sólo tú sabrías.

—Soy realmente yo, Valentine, te lo juro.

—¡Dime! —gritó, con voz cruda y ronca.

Pienso exprimiendo mi cerebro. —¡Tú me enviaste tres cheques! El mensaje de los tres era *tú me perteneces* —di otro paso más cerca extendiéndole la toalla.

Crackcrackcrack. El ruido ensordecedor del M-16 nos hizo temblar. —¡Tenemos que irnos a la mierda! —gritó Harris.

Me arrebató la toalla y la envolvió alrededor de su cintura, cubriendo su aún masiva erección. —No me toques. Por favor. No puedo, no soy yo ahora mismo, y no puedo-yo-soy-mierda—se interrumpió con un gruñido, pasando por mi lado, sin tocarme. —Vámonos.

Deteniéndose, desabrochó el cinturón del guardia muerto y le quitó los pantalones poniéndoselos, ato el cinturón con un nudo. Los pantalones eran varios centímetros más cortos, la cintura muy floja y el cinturón demasiado largo, pero estaba cubierto hasta cierto punto.

Harris salió con Valentine pisándole los talones y conmigo detrás. Bajamos la escalera, alrededor de la esquina lejos de la puerta principal y cruzamos un patio. Había un Mercedes SUV, un Jaguar y un Roll Royce estacionados en un sector, brillando a la luz del sol. Harris se agachó para mirar en el Mercedes y comprobó el pomo de la puerta del lado del conductor. Estaba abierta e inclinándose dentro, lo encendió sin llave.

—Entren —dijo gesticulando— Kyrie en el frente y el Sr. Roth detrás —echó un vistazo a su reloj—Ahora, por favor.

Me deslicé en el asiento delantero, mientras que Roth se puso en la parte de atrás y tan pronto como estuvimos dentro y las puertas se cerraron, Harris tenía el coche impulsándose hacia atrás y girando alrededor. Un destello cegador iluminó el patio, acompañado por una explosión que arrojó trozos de roca, ladrillo y cemento al aire. Las ventanas se rompieron, las alarmas de los coches sonando a todo volumen. El techo del Jaguar estaba hundido por un trozo de ladrillo y la ventana del lado del conductor del Rolls hecha añicos. Un enorme pedazo de ladrillo golpeó el capó de nuestro Mercedes, abollándolo y otro golpeó el techo cerca de mi cabeza.

Harris aceleró y el poderoso motor V-8 disparó el coche hacia adelante a través del agujero hecho por la bomba. Los neumáticos golpearon trozos de escombros, el coche se sacudió y rebotó. Íbamos demasiado rápido por una colina, frenando y chillando por una esquina y luego otra con dirección a la costa. Un helicóptero se oyó en la distancia.

Eché un vistazo a Roth, que se había encorvado en el asiento, el sudor le cubría la espalda y los hombros. Temblaba, las esposas todavía colgando de sus muñecas y tobillos. Me arriesgué a tocarle el hombro. Se apartó, mirándome con los ojos inyectados en sangre, salvajes.

—¡No! —dijo entre dientes— No lo puedo controlar.

—¿Qué te hizo ella? —susurré, más para mí que para él— ¿No puedes controlar qué?

—A mí mismo. Necesito-*yo necesito* —no terminó, agachando la cabeza, agarró la cadena de las esposas y tiró con fuerza, sangrando, como si el dolor le ofreciera lucidez.

—Déjalo por ahora —dijo Harris— Echa un vistazo a nuestras espaldas. ¿Alguien nos sigue? ¿Ves el helicóptero?

Mire hacia atrás. —No, no. No veo a nadie detrás de nosotros y el helicóptero... está ahí, pero sobre el agua, volando hacia la isla. No creo que nos siga.

Corríamos alrededor de una curva en la ladera, el mar lejos, muy abajo. Un autobús se precipitó por delante, demasiado cerca, nuestros espejos casi rozándose. En el asiento de atrás, Roth fue sacudido y gruñó, su mano yendo a la entrepierna y moliéndose a sí mismo como si el dolor de su pene hinchado fuera simplemente demasiado. Hizo un gesto con la mano y se agarró a la parte posterior del asiento de Harris, sus dedos blancos con la fuerza de su agarre.

Él me vio mirándolo. —No me mires, Kyrie. No te atrevas a mirarme. ¿Puedes ver el estado en el que estoy? Estoy loco ahora bebé, loco. —sonrió con una mueca salvaje— ¿Quieres ayudarme amor? —nunca había sonado tan Inglés como ahora, la forma en que sus palabras se

torcieron, la manera en que su voz se profundizo y sus labios se curvaron.

No es él mismo. Repetía en mi mente, odiando las palabras que salían de su boca y como las dijo.

—Quieres mi polla ¿verdad Kyrie? ¿Lo ves? Estoy jodidamente loco ahora. No puedo soportarlo. Te necesito —se acercó, los ojos calientes y la mirada lasciva y voraz. Con una punzada de dolor en el corazón me aleje de su alcance.

—Roth. No eres tú. Eso no eres tú —luché contra las lágrimas— No eres tú.

Su rostro se torció y se encorvó. —Mierda. Joder —se frotó la cara con las dos manos y habló a través de sus dedos. —No te acerques a mí. No me toques. No me mires —el odio, el asco, la cruda hostilidad de su voz me estremeció e hizo que las lágrimas corrieran por mi cara.

Harris detuvo el SUV en una carretera secundaria, haciendo señas para que lo siguiéramos. Salí del coche con mi mochila al hombro, esperando hasta que Roth estuvo enfrente mío antes de seguir a Harris. Hicimos nuestro camino a través del tranquilo pueblo junto al mar, los barcos de pesca surcando las aguas en la distancia, música de guitarra tocando en algún lugar, el agua lamiendo los cascos de los barcos sujetos en los pilones del muelle. El nuestro se destacaba entre los antiguos bergantines de pesca y pequeñas lanchas. Abordamos y Harris soltó amarras y partió antes de que Roth y yo incluso nos hubiéramos sentado. Roth se dirigió a las escaleras que conducían abajo y lo seguí, dejando caer la mochila en la cubierta.

Se abrió paso por la puerta del camarote en que había dormido, tal vez por casualidad, o quizás porque me podía oler en las mantas. Seguí, vacilante, pero decidida. Cerró la puerta detrás de nosotros. Este era Valentine. Mi Valentine, yo no podía dejarlo solo, no ahora, no con esto.

Se giró, el pecho agitado, el sudor brillando en su piel, en sus músculos abultados. Su rubio pelo estaba largo y húmedo, curvándose en el cuello, sus pálidos ojos azules enloquecidos y salvajes. Le temblaban las manos. Las esposas de plata colgaban, manchadas de sangre.

—¿Por qué? —exigió, su voz baja y amenazante.

—Yo-yo no puedo dejarte solo. Acabo de encontrarte. No puedo dejarte. No lo haré —me puse recta y firme mientras daba un paso hacia mí— Soy yo, Valentine. Kyrie. Estoy aquí. Te amo. Te amo.

Sus dedos temblaron y se curvaron. Confiaba en él. Lo conocía. Incluso bajo el efecto de alguna droga, yo sabía que no me haría daño. Él me amaba. Confiaba en eso.

Con dedos temblorosos tocó mi mejilla. Sentí una lágrima, aunque no me había dado cuenta de que estaba llorando. Él la seco. Su respiración era irregular y jadeante. Su pecho subía y bajaba, la mandíbula trabajando, cada músculo tenso. Su dedo se deslizó por mi mejilla, mi cuello, se detuvo en mi clavícula y lo dejó caer.

Me quedé quieta, dejando que me tocara, negando el miedo que sentía en mis entrañas. Inclínándose, puso su nariz a un lado de mi cuello, inhalando profundamente. Por alguna razón, mi mirada se fijó en la cama, una estructura baja atornillada a la pared. Las rejas de la cabecera eran los suficientemente estrechas como para que lo pudiera esposar, si tuviera que hacerlo.

¿Por qué piensas eso? ¿Por qué? Lo acabo de rescatar, porque necesitaría retenerlo. Inspirando se volvió para un beso, los labios resbalando por mi piel. Estaba quieta como una piedra, con las manos a los lados, el temor agitándose en mis entrañas. ¿Era mi Roth el que me besaba? ¿O era la bestia lasciva del coche que me había mirado como si quisiera comerme? Quería besarlo, para recordarle quién era, quienes éramos. Toque su mandíbula, levantó su cara.

—Roth —busque sus ojos

Los siguientes segundos pasaron en un borrón demasiado rápido como para comprender. De alguna manera terminé en la cama y Roth

desgarraba mi blusa, dejando al descubierto mi sujetador, que tiró hacia abajo, inclinándose besó mis pechos mientras sus manos tiraban de mis pantalones, el botón salió volando y bajó la cremallera.

—Roth, espera.

No esperó. Mis pantalones estaban fuera, la pistola golpeando el suelo junto a la cama y él estaba encima de mí, las esposas frías contra mis antebrazos. Sus manos en mis muñecas, sujetándome. Se había quitado los pantalones en algún momento y se hallaba desnudo ahora.

—Kyrie... maldición, Kyrie. Eres Tú. Puedo olerte. Eres tú. Eres tú realmente. Te soñé una vez, pero era ella —gruñó en mi oído y gemí por el hambre loco en su voz.

—Roth, bebé, déjame levantarme ¿de acuerdo?

Me perdí en la aterradora yuxtaposición de sensaciones. Me encantó estar debajo de Roth, la sensación de su cuerpo caliente, duro y enorme sobre el mío, el olor de su piel y la fuerza de sus manos, la presión de la polla contra mi núcleo justo antes de empujar. Amaba todo eso, lo quería y lo necesitaba.

¿Pero esto?

No era eso. Era un delirio inducido por las drogas. Una necesidad enloquecida que no podía controlar. Él no me escuchaba gimotear, mientras luchaba contra su agarre aplastante en mis muñecas., batallando contra el pánico mientras peleaba contra él.

—Suéltame, Valentine —susurré. Levantándome puse mi boca en su oído. —Déjame ir. Por favor.

Echándose hacia atrás me miró con los ojos muy abiertos, salvajes, oscuros y extraños —Necesito-necesito esto.

Negando con la cabeza, me las arreglé para liberar una muñeca. Toqué su mejilla, lidiando contra las lágrimas. —No me gusta esto Valentine. Por favor —empujé su pecho suavemente, con delicadeza, suplicante.

Temblaba completamente, con este Roth, quería cerrar apretadamente mis muslos y eso hizo escapar mis lágrimas. Sus caderas flexionadas, los ojos entrecerrados, la mandíbula apretada... lo sentí deslizarse un poco, su ancha cabeza separándose ligeramente.

Mi respiración se volvió entrecortada. —Roth, no. No. No hagas esto. No eres tú. Por favor Roth.

Gruñó, sus labios curvándose en una mueca, sus ojos cerrados fuertemente. Todo su cuerpo temblando, más tenso que una cuerda de guitarra, cada nervio y músculo eran roca dura. Con lo que parecía ser un esfuerzo físicamente doloroso, un supremo esfuerzo de voluntad sobre su cuerpo, se movió lo suficiente para que yo pudiera salir. Dejándose caer sobre el colchón se giró sobre su espalda.

Y entonces, con un deliberado impulso de coraje, tomó el extremo de las esposas y las cerró alrededor del tirante de la cabecera de la cama, uno y después el otro.

Sabiendo que estaba sometido, no podía escapar a la enormidad de lo que acababa de hacer por mí, protegiéndome de sí mismo, voluntariamente se había esposado a la cama.

—Kyrie. Kyrie —su voz se quebró— ¡No, por favor, no me dejes, Kyrie! ¡No te vayas!

Estaba llorando seriamente ahora, apenas capaz de ver a través de las lágrimas. Me puse de pie junto a la cama, mirando como la sangre corría por sus muñecas. —Valentine, estoy aquí —me arrodillé, descansando mi cabeza a su lado en la almohada. Puse mi mano en su mejilla febril.

—¿Por qué?

—Porque te amo.

Domando a la bestia

Valentine

Luché contra las drogas. Luché contra la locura. En la parte de atrás de mi mente sabía que casi había hecho algo imperdonable. Pero no podía pensar en eso. Todavía no. No podía pensar en nada más que en dolor, la presión, la salvaje necesidad de tacto, necesidad carnal de liberación, de sexo. Necesitaba sexo. Necesitaba liberación. Era una necesidad primitiva.

Abrí un ojo y pude ver a Kyrie sentada en el suelo junto a la cama, desnuda a excepción de su sostén, que estaba de lado dejando entrever sus pechos. —Vete. Déjame. No deberías verme así.

Ella me observaba con lágrimas en los ojos. —No me iré, Valentine. No quiero. —Sollozó y se secó las lágrimas, después se movió con cautela sentándose junto a mis pies—. Háblame, estoy aquí. Puedes decirme cualquier cosa. Te amo. Sé que este no eres tú, esto es, lo que sea que ella te dio.

—Una píldora. —Me esforcé por tocarla—. Algo experimental. Un potenciador de libido. No, no como la Viagra. Esto no sólo me pone duro, me hace... necesitar. Dios, no lo se —maldición, esto duele— “necesidad” no es ni de cerca una palabra lo suficientemente fuerte.

Quitó el cabello de mi ojo en un gesto afectivo con su dedo. — Valentine... ¿qué puedo hacer?

—Nada. Nada. —Apreté mis ojos cerrados y cabalgue la ola de bulliciosa, frenética y voraz hambre.

Ni si quiera podía soportar la idea de mirarla, era demasiado duro, demasiado. Era tan encantadora, tan hermosa, tan exuberante. Sus largas piernas musculares y bronceadas se cruzaron para poner su núcleo en las sombras. Su estómago, plano y firme aunque amortiguado con una capa de suave carne como la ceda. Sus costillas

ondeaban visibles cuando ella hacía pequeños movimientos. Sus tetas se derramaban sobre el borde de su sujetador, un sostén blanco normal, en ese momento ella era la cosa más sexy que jamás había visto. El sujetador estaba mal ajustado y ella estaba demasiado molesta como para acomodarlo. Un indicio de la aureola de la teta izquierda se burlaba de mí, me hizo gruñir desesperado por tener mis manos libres, para rasgar la estúpida prenda lejos y poder ver sus perfectas tetas.

—No puedo sólo sentarme aquí y verte volver loco, Valentine.

—Entonces no lo hagas. Sólo vete. Lárgate como la mierda de aquí. —Gire mi cabeza y mantuve mis ojos cerrados, esperando escuchar el click de la puerta al cerrarse detrás de ella.

En su lugar, sentí que la cama se hundía mientras se sentaba a mi lado. —Nunca. —Su voz fue baja y vacilante—. Estoy aquí, Valentine. Te amo. Todavía te pertenezco. No me estoy yendo.

—Tienes que, tienes que alejarte de mí. Es demasiado. Eres demasiado. Puedo jodidamente olerte, Kyrie. Puedo oler tu sudor, y —Dios, Dios— puedo oler tu coño. Prácticamente puedo saborear tu piel. Jesús, Kyrie. Estoy tan duro que duele. —Me retorcí tirando de las esposas, y por un segundo estuve de vuelta en la cama esperando a que Gina tomara lo que quería. Tuve que mirar a Kyrie, tratando de recordarme a mí mismo que ya no estaba allí.

Ella estaba llorando, silenciosas lágrimas corrían por sus mejillas. —Déjame ayudarte.

—¿Cómo? ¿Cómo podrías ayudarme? —No me atreví a abrir mis ojos. Si la miraba, la necesidad sería abrumadora.

—Ayudar... a liberar la, la presión.

Mis ojos golpean abiertos y mi mirada se centra en Kyrie como un láser. —¿Harías eso? Incluso después de lo que... ¿de lo que casi hice?

Su rostro se arruga. —Pero no lo hiciste, Valentine. No lo hiciste.

—Quería hacerlo, sin embargo.

—Pero *no* lo hiciste.

Una ráfaga caliente de desesperada necesidad se elevó a través de mí. No podía respirar por la presión, por la necesidad, por el dolor en mis huesos y mi sangre. Kyrie estaba sentada a lado mío y podía olerla. No exageraré cuando le dije que podía oler su coño. Mis sentidos estaban en sintonía por la droga y cuando se movía, podía olerla, perfume, almizcle y sudor, la esencia de toda una mujer.

Arqué mi espalda, empujando el pecho hacia arriba, clavando mis talones en el colchón, tirando de las esposas. Salvajismo, un hambre feroz, una sed primitiva me conducía, mis ojos aún en Kyrie. Si la tuviera a mi alcance, en este momento, no habría ninguna fuerza en la tierra que pudiera detenerme de tomarla hasta estar saciado.

Tragó saliva duro, su garganta moviéndose. La vi mover su terso cuello y mi boca y labios dolían por probar su piel, por besar la perfecta columna de su cuello y su clavícula.

—¿Valentine?

—Te necesito, —le susurré, retorciéndome en la cama.

Su mirada se movió, dudando, recorriendo mi cuerpo de arriba abajo, tierna y asustada, todo a la vez. —Te amo, Valentine.

Estaba esperando. Sabía lo que estaba esperando. Fue la cosa más lejana en mi mente en ese entonces, sin embargo. Todo en lo que podía pensar era en ella, su cuerpo, su piel, su caliente y húmedo núcleo. La curva de sus pechos, los gruesos músculos de sus muslos. Sus dulces y suaves manos cariñosas. La quería desnuda contra mí. La tomaría, si pudiera.

Gracias a Dios que estaba encadenado de nuevo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras luchaba contra el demonio dentro de mí. Ella continuaba aquí. Incluso después de la forma en la que la asalté, apenas y logré hacerme retroceder, ella continuaba aquí.

—Te amo, Kyrie. —Le gruñí, apretando los dientes para pasar el dolor que me provocaron las esposas cuando luché.

Dejó escapar un suspiro tembloroso, miró el techo como si tuviera alguna fuerza secreta. Tomó una respiración profunda, se limpió la cara con las dos manos. Luego miró de reojo hacia mí. Su mirada era repentinamente inescrutable, irreconocible. Había una oscuridad en sus ojos que no podía entender, no podía descifrar.

Kyrie se giró hacia mí, lentamente, se movía como si fuera a través del agua, sus ojos nunca dejaron los míos. —Te amo, Valentine Roth. ¿De acuerdo? Te amaré siempre. No importa qué.

Sus manos se deslizaron sobre mi pecho, sus palmas contra mis pectorales. Después se colocó a horcajadas sobre mí, muslos rodeando mi cintura. Parpadeé, parpadeé con fuerza para limpiar la inquietante visión de una mujer diferente en esa misma posición, manos sobre mi pecho, su núcleo cerniéndose sobre mis abdominales, una cortina de cabello sobre su cara. Parpadeé y lance un suspiro tembloroso, tirando de las esposas. La torcida y distorsionada realidad, se resolvió nuevamente centrándome en el punto central, mostrándome a Kyrie en toda su gloria. Ella se echó hacia atrás aún sentada sobre mí. Alcanzó detrás de su espalda, liberando el broche de su sostén y lanzándolo a un lado. Miró hacia mí, una furia oscura e irreconocible en sus ojos.

—Esto es para tí, Valentine. Porque te amo. Porque me salvaste. Porque me has dado mucho. —Está respirando profundamente, no jadeando, simplemente arrastrando profundas y calmantes respiraciones y luego dejándolas salir—. ¿Me conoces? ¿Me ves? ¿Me sientes? Lo haces. ¿No es así, Valentine?

—Kyrie... —Fue toda la tranquilidad que tenía para ofrecer.

Tomó toda mi fuerza de voluntad mantenerme inmóvil mientras ella yacía sentada a horcajadas sobre mí. Incluso más de lo que me costó alejarme de ella antes.

—¿Me amas, Valentine? — Parecía tan desesperada por escucharlo, por recordarlo.

Tragué el nudo de emoción en la garganta, más allá de la furiosa tormenta, el dolor de tenerla en mis manos, para besar su piel, para degustar la sal de su carne, el dulce sabor de los jugos entre sus muslos. —Si...joder si, Kyrie. Demasiado. Tú no—Oh Dios, ayúdame...no tienes que hacer esto.

—Sí, tengo. Tengo que hacerlo. No puedo verte soportar esta tortura por más tiempo.

—Esa no es la razón. Sobreviviré. Sobreviví una vez. Sobreviví a lo peor. Estaré bien —Aquello no la ayudó para nada. Calló de bruces, luchando con sollozos. —Dios, Valentine. ¿Qué te hizo?

Negué con la cabeza. No podía volver a eso. No ahora. No con Kyrie sentada encima de mí. No con esta necesidad dentro de mí, no con la droga agarrándome, destrozándome, controlándome. Incluso darle sentido coherente a mis palabras tomó esfuerzo y tener que contar lo que he soportado me arruinaría. Necesitaba fuerza para eso, y yo era débil en ese momento.

Otra oleada de hirviente magma caliente de fervor sexual me tomó, enviando una capa de sudor recubriéndome mientras luchaba por mantenerme quieto, para no empujar hacia arriba. Podía sentirla, cerca. Tan cerca. Su coño estaba a pulgadas de mi polla, deslizándose por mi ombligo. Todo lo que ella tenía que hacer era echarse hacia adelante impecablemente y tomarme dentro, y encontraría mi alivio.

—Por favor, por favor...joder, Kyrie...por favor... —estaba suplicando. No pude evitar suplicarle para que me tenga misericordia. Yo estaba apenas incluso consciente de lo que estaba diciendo.

No tuve control ninguno. Mi cuerpo se retorció y sacudió debajo de ella, y ella lo aguantó, con su carnozo labio inferior atrapado entre sus dientes, ojos vacilantes y húmedos.

Y luego...dulce Jesús...sentí su pequeña mano caliente gentilmente fuerte en mi polla y supe que era su toque, supe incluso con mis ojos cerrados que era la sensación de su mano a mi alrededor. Respiré

hondo, solté el aire y me empapé de la dicha de su toque, la gloria de su cuerpo encima del mío y traté furiosamente de bloquear cualquier otra cosa que no fuera el conocimiento de que esta era Kyrie, mi Kyrie. Sabía su olor, sabía el olor de su desodorante y el acondicionador en el pelo y la loción en su piel, la forma en que todo mezclado con su sudor y el olor indefinible era único de Kyrie. Sabía la sensación de sus muslos apretados en mis caderas, sabía que por la forma en que ella contuvo el aliento y se movió hacia adelante estaba a punto de deslizarme dentro suyo. Luché por mantenerme quieto, por detenerme de conducirme hacia arriba y dentro antes de que ella estuviera lista, luché por dejarla hacer esto, en lugar de tomar lo que tanto necesitaba. Gruñí en mi garganta y apreté los dientes hasta que pensé que mi mandíbula se rompería por la presión.

—Abre los ojos, Valentine. Mírame mientras hacemos esto —Su voz era baja, apenas un murmullo, pero cortó a través de mí.

Forcé mis parpados a abrirse,forcé mi mirada en la suya. Ojos tan azules, como zafiros pulidos, como el mar Egeo, encerrados en los míos, el amor, el afecto y la necesidad de calidez ahora luchaban con la oscuridad, con una rabia profunda, con la frenética miseria. Ella sabía. Supo con sólo mirarme, por negarme a responder a su pregunta, lo que me habían hecho. Tal vez no los detalles, pero ella sabía.

Y sabía también que esto, lo que estaba pasando en este momento, iba a cambiar las cosas entre nosotros. Quería pedirle que no lo hiciera, que me dejara sufrir. Pero era tal mi debilidad que no podía. No podía.

Con un pequeño suspiro de labios entreabiertos y sus ojos azules más azules en los míos, Kyrie se sentó sobre mí, empalada en mi polla. Gemí de alivio, podría haber llorado por el familiar dulce calor húmedo de su apretado coño a mí alrededor. —Dios...Kyrie...oh Dios. Te sientes tan bien. Nada...nada se ha sentido tan bien como tú en este mismo momento.

Ella gimió mientras conducía su culo abajo alineado a mis caderas, llenándose a sí misma de mí. —Roth... mi Valentine. —Sus ojos se

cerraron involuntariamente y y su cabeza cayó entre sus brazos mientras se abrazó a sí misma en mi pecho.

—Te amo—Te amo —oh, oh Dios, Kyrie...te amo —tomó todo lo que tenía en ese momento separar la locura de la necesidad y el glorioso alivio para dar sentido a mi propia mente y pronunciar las palabras para ella.

Ella lloró y cayó hacia adelante, aferrándose a mi cuello con fuerza desesperada, casi ahogándose, retorciendo las caderas en una ondulación lenta. —Roth. Roth. Roth

Nunca nadie ha dicho mi nombre de la manera en que ella lo hizo. Mi apellido, en sus labios, en un momento como este, era una oración, una súplica susurrada y una expresión de cariño insondable.

—Kyrie.

La humedad se deslizó caliente por mi cuello en donde su cara estaba presionada en mi carne, humedad de lágrimas. Su boca se deslizó en mi carne, tartamudeando hasta mi pecho, con sus labios presionados en un beso, contenidos allí por un momento mientras levantaba sus caderas para atraerme, deslizando su húmedo y resbaladizo coño contra mi palpitante y dolorida polla. Sus manos sostenían su peso sobre mis hombros, empujándome hacia abajo en la cama.

Y ella se movía. Se deslizó hacia abajo, su culo a mis caderas, su coño apretando a mi alrededor. Oh, y también sabía esto, la forma en que sus músculos se apretaron alrededor de mí, la forma en que su respiración llegaba en jadeos cortos, la forma en que su rostro se arrugó y sus labios se abrieron. Estaba cerca.

Pero no lo hizo. Se aguantó. Sentada firmemente en mí, con mi pene enterrado profundamente dentro de ella, e inclinada hacia atrás. Me miró. Debatiendo algo internamente. Se inclinó hacia un lado, agarró sus pantalones vaqueros del piso y cavó en el bolsillo trasero del pantalón, sacando una pequeña llave.

—No, Kyrie, no lo hagas. Apenas y me estoy conteniendo.

Me ignoró e insertó la llave en la esposa que me rodeaba. La llave giró en la cerradura y, por primera vez en la que no estaba seguro de cuánto tiempo, yo estaba totalmente libre. No me atrevía a moverme, no me atreví a mirar a mi muñeca. Un giro, y también mi otra mano estaba libre. Y entonces, así, la única cosa que me mantuvo en lugar fue mi propia voluntad.

—Confió en ti, Valentine... —No estaba seguro de lo que diría, si pudiera dar sentido a la turbulencia de mi alma.

Mi cuerpo estaba arrollado, temblando, tenso como un depredador listo para saltar sobre su confiada presa. Era como un cable, electrificado, peligroso. Más que nada, desesperado por moverme, por sentirla deslizándose a mi alrededor, por deleitarme en el delirio de su cuerpo. Pero no me atreví a moverme por miedo a herirla, por miedo a dejar la bestia libre. Era una bestia, éste químico dentro de mí, un demonio. A esto no le importaba nada ella, yo, o nosotros. Todo lo que le importaba era la liberación sexual, el febril deseo animal, el hambre, el choque de cuerpos. Pero a mí sí. Así que luce.

Hasta que ella se inclinó hacia adelante y sentí el roce de seda suave de sus pechos contra mi pecho, sentí el impacto de un rayo de deseo voraz, un rayo de amor tan caliente, tan profundo, tan devorador que no pude contenerlo. No pude contenerme, no pude hacer una sola maldita cosa más que empujar hacia arriba en ella, gruñendo su nombre.

—KYRIE, KYRIE, KYRIE...

Y moví, moví y moví. Mis manos estaban vivas, deambulando por su cuerpo, recorriendo su piel de la nuca al culo, hombro con hombro, tocándola por todas las partes que podía alcanzar, acariciando sus rodillas y los muslos y el vientre y las costillas y la cintura y el contorno de sus brazos y sus mejillas, su los labios, en la frente

No podía dejar de tocarla y de empujarme, empujarme.

Pero estar debajo de ella, como había estado debajo de...

Con una maldición, me senté, necesitando encontrarme en cualquier otra posición. Kyrie se sentó conmigo, envolvió sus piernas alrededor de mi cintura y sus brazos alrededor de mi cuello.

Sus labios tocaron el cartílago de mi oreja. —Valentine. Está bien, amor. Está bien. Lo que sea que necesites. Haz lo que necesites hacer. Tómame cómo necesites tomarme. —Se levantó, alzándose a sí misma con sus brazos alrededor de mi cuello, sacando mi polla casi de su coño, vaciló, conteniéndose, conteniéndose, conteniéndose, y luego bajó con fuerza—. Tú me conoces, cariño. Ya sabes cómo me gusta. Sabes lo que puedo tomar. Te amo. Confío en ti.

—Dios, Kyrie. No te merezco. —No tenía ni idea de dónde había salido eso, pero se sentía verdadero, y ensartó mi corazón, y abrasó mi alma.

—Sí puedes. Soy tuya. Estoy aquí contigo. Hago esto de buena gana. Estoy aquí porque quiero estarlo. Te encuentras dentro de mí, porque esto es lo que quiero. Tómame. —Su voz tembló por la emoción—. Tómame, Valentine.

La acuesto sobre su espalda, frenética, jadeando, sudando, con su alma agitándose, su cuerpo adolorido y su corazón estrellándose y derritiéndose. Su espeso cabello rubio extendido sobre la almohada blanca de la cama, las sábanas y el edredón hace mucho hechos a un lado de una patada. Mantuvo sus talones enganchados alrededor de mi cintura, extendiéndose para mí. Me tomé un momento para absorber su belleza, para empaparme de la realidad de su presencia. Tan hermosa. Perfecta. Preciosa, delicada, fuerte.

Temblé por completo, todavía tratando de contenerme, para ser suave, para luchar contra la locura de esta rabia química. Esta era Kyrie. Mi Kyrie. No podía...

Se abrió paso a través de mis pensamientos. —Vamos, Valentine. Soy yo. Está bien. Puede dejarte llevar.

El último vestigio de mi autocontrol se hizo añicos por completo por sus palabras, por la absoluta sinceridad en su voz.

Salí de ella, rompiendo el dominio de sus talones alrededor de mi cintura. Plantó sus pies en la cama, mirándome con una emoción cargada en sus ojos azules tiernos y confiados, sus manos extendidas en las sábanas, agarrando con el puño la tela jersey, con el pecho agitado, sus senos meciéndose al tiempo que respira. Dejé que mis ojos recorrieran su cuerpo, de pies a cabeza, desde su maraña de cabello rubio miel hasta la rosa grieta de su sexo.

Y entonces no me pude contener más.

La agarré por las caderas haciéndola rodar sobre su estómago. Kyrie me conocía, sabía lo que quería y me lo daba. Levantó sus rodillas por debajo de su vientre, alzó su culo en alto en el aire, los muslos separados tanto como podían, su columna vertebral arqueada que presionar su pecho contra el colchón, sus brazos extendidos delante de ella, con sus dedos agarrando las sábanas. Su rostro giró hacia un lado, observándome.

Temblando violentamente mientras luchaba contra la urgencia de estrellarme de golpe contra ella con un abandono implacable, agarré mi polla en una mano y la otra palma apoyada en la curva redonda y amplia de su culo. Encontré la humedad resbaladiza y caliente de su coño, aspirando el dulce aroma de su excitación y guié la punta de mi polla en su interior, lentamente. Despacio. Tomó todo lo que tenía hacer esto con cuidado, para conservar las riendas de la locura.

—Oh-oh-oh Dios, Roth. Mierda. Sí, Dios sí. Más. —Su voz fue ahogada por la cama, con sus ojos cerrados herméticamente, con éxtasis en su rostro—. Más duro, cariño. Fóllame. Fóllame, Valentine.

La follé. La follé con un abandono total, haciendo retroceder mis caderas y volviéndolas a empujar con fuerza, mi piel golpeando ruidosamente contra la suya, el músculo generoso y la piel aterciopelada de su culo glorioso golpeando, temblando y temblando al tiempo que la follaba una y otra vez, gimiendo con cada embestida, empujándome y excitándome. Y ella lo tomó, mi Kyrie lo tomó, al principio lloriqueando, gimiendo en su garganta, quedándose quieta y simplemente tomando lo que le daba.

Comenzó a empujarse contra mis embestidas, su columna vertebral arqueada hacia arriba para llevar sus caderas hacia atrás en sincronía con mi estocada, y luego se empujó con sus manos y se hizo hacia atrás para encontrarse con la conducción de mi polla. Y ahora gemía con cada reunión de nuestro cuerpo, gritando en el colchón mientras mi polla la llenaba, su coño apretándose a mi alrededor, apretándose y agarrándose con espasmos involuntarios. Sostuve sus caderas, mis manos envueltas alrededor del pliegue en donde su cadera se encuentra con su muslo y golpeándose hacia atrás en mis embestidas, levantando su cuerpo de la cama para sentarse en mi polla, abarrotándose a mí mismo más y más profundo en su núcleo húmedo y palpitante.

—Me estoy... me estoy corriendo, Roth. Me vengo. Oh Dios, oh jodido Jesucristo, me vengo, Roth. Córrrete conmigo. Por favor cariño. Córrrete conmigo. Ahora. ¡Oh mierda, oh mierda, oh mierda! —Estaba llorando, sollozando mi nombre, tratando de empujarse hacia atrás, pero perdiendo todo control muscular mientras su cuerpo detonaba, destrozado, flácido—. ¡ROTH! ¡ROTH! Oh mi Dios, Valentine, oh-oh-oh...

Entonces me encontraba absolutamente sin sentido, una bestia en celo y voraz de hambre, estrellándome en Kyrie con ferocidad temeraria, gruñendo con cada embestida, gruñendo y maldiciendo. Golpeé su delicioso culo moviéndose con ambas manos y abrí sus cachetes, deslizándome aún más profundo, tan profundo que casi dolía, gritó con una especie de dolor raptó mientras la sostenía de esa forma, sus nalgas separadas, su cuerpo se sacudió hacia adelante con la fuerza primigenia de mis embestidas.

Mi estómago duele con la presión de mi inminente liberación y mis bolas palpitan, apretándose contra mi cuerpo y palpitando, mis muslos tensos, flexionados y haciéndome daño por el esfuerzo. Me sacudí, temblé y sentí un afloramiento volcánico comenzando en alguna parte de mis átomos, en el núcleo de mí ser. Kyrie sollozó, débil con un éxtasis orgásmico, siendo sostenida solamente por mis manos al tiempo que perdía el ritmo y me encontraba jadeando buscando aire, haciendo un sonido que era terriblemente como un sollozo cuando me

estrellé contra ella, más y más fuerte, su culo temblando con cada embestida titánica, sus sollozos volviéndose un sólo gemido interminable mientras comenzaba a alcanzar el clímax una vez más. Sentí su coño teniendo espasmos, sus músculos internos empezando a exprimirse a mi alrededor mientras sentía que mis bolas se presionaban hasta que dolían, mi polla hinchada y palpitante.

Y ahora era incapaz de siquiera realizar una embestida. Todo lo que podía hacer era mantener su culo agarrado con fuerza contra mi parte delantera y clavado a ella. Mi visión se tuerce y se distorsiona. Veía blanco. Mis pulmones se hincharon hasta que no podía respirar y mis cuerdas vocales se congelaron, mi estómago se tambaleó, se volcó y se hundió, mi sangre cantaba, mi mente daba vueltas y toda la tierra giraba a nuestro alrededor y se detuvo, se paró...

—¡KYRIE! —grité su nombre cuanto me corrí, todo mi ser explotando, mi corazón deteniéndose.

Sentí el espeso incesante de semilla disparándose fuera de mí en chorro tras chorro, ahora estaba sacando y metiendo, todavía corriéndome, corriéndome otra vez y ella empujando contra mí gimiendo mi nombre. Me iba a correr de nuevo, los fuegos del orgasmo furiosos nunca apagándose en mi interior, al rojo vivo y catalíticos. Esos fuegos se congelaron, se fundieron y se volvieron líquidos, saliendo a propulsión de mi polla y entrando en Kyrie con otro espasmo tenso.

La distorsión blanca de mi visión se aclaró y finalmente fui capaz de soltar a Kyrie. Ella se desplomó hacia adelante, rodó hasta quedar sobre su espalda y me agarró mientras caía, acunando mi cabeza contra su pecho.

Escuché los latidos de su corazón, frenéticos y jadeando salvajemente.

Sin embargo, incluso mientras jadeábamos en busca de respiración, supe que el monstruo aún no se había saciado.

Icarus

Roth y yo tendemos a ser bastante salvajes en la cama. Salvajes. Justo como acabamos de ser. Era un hombre resistente con un apetito sexual insaciable y yo era una joven mujer cerca de su plenitud sexual, mi apetito tan voraz como el suyo. En los primeros meses desde que envió por mí, tuvimos todo tipo de sexo increíble. Follamos en todas las posiciones imaginables, en la cama, en el piso, contra la pared... literalmente en todas partes. Habíamos follado sobrios, borrachos y enojados uno con el otro.

Fue bastante épico en realidad. Ni siquiera recuerdo porqué estábamos enojados. Uno de esos días frustrantes donde cada pequeña cosa salía mal y toda la frustración y el coraje de las últimas semanas ya estaban acumulados, terminando en una pelea a gritos. Yo gritaba “¡PÚDRETE!” y él sólo me gruñía. Y entonces, sólo como eso, estaba golpeándome contra la puerta corrediza de cristal del balcón del hotel, arrancando mis ropas y penetrándome. Había gritado con ira, entonces se retiraba y se empujaba de regreso dentro mío, no tenía más remedio que envolver mis piernas alrededor de su cintura y aguantar, cavando mis uñas en sus hombros, golpeando mi culo hacia abajo lo más fuerte que podía en un intento de hacerle daño. Para el momento en que ambos acabábamos, ninguno podía recordar por qué habíamos estado discutiendo.

Todas las maneras en que nos habíamos follado entre nosotros y sin embargo ninguna de ellas podría acercarse a la loca ferocidad de lo que acababa de suceder.

Estaría *verdaderamente*, bastante adolorida más tarde. Y sabía que tendríamos una larga y dolorosa charla pronto. Nada ha sido resuelto. Nada estaba bien aún. Roth no estaba bien.

Y nosotros no habíamos terminado todavía. Podía decirlo por la forma en la que estaba tenso todavía, su respiración ya no era desigual, viniendo en largas y profundas tirones.

—Roth, escucha...

—Kyrie, lo lamento...

Puse mi mano sobre su boca. —No. Eso es lo que iba a decir. No te disculpes. Simplemente no —. Me aseguré de que me viera, me aseguré de que estuviera mirándome a los ojos. Podía ver aún el salvajismo acechando allí y eso me asustó un poco. No estaba segura de que incluso pudiera tomar otro bombardeo como ese. Todavía no, al menos.

—Roth, bebé. Te amo. ¿Crees que no sabía lo que sucedería cuando te quitara las esposas? Lo sabía. ¿Bueno? Lo sabía. Y está bien.

—¿Te lastimé?

Negué con la cabeza. No lo hizo. No realmente. Estaría adolorida más tarde, y probablemente estaría caminando gracioso... pero ha valido la pena. Necesitaba que Valentine supiera que era yo. Que supiera que estaba con él. Y, sinceramente, he estado preocupada de que literalmente enloqueciera si no hacía algo. Le habían dado una droga experimental del libido y quién sabría cómo lo afectaría. Había estado con dolor, literalmente torturado por la necesidad y yo me sentía incapaz de dejarlo continuar en tal desesperante agonía.

Reuní mis emociones, mis preocupaciones, mis pensamientos y los empujé hacia abajo, tirándolos lejos. No podía llegar a un acuerdo con todo esto, todavía no. No podía hacer frente a la rabia que sentía contra la mujer que le había hecho esto a Valentine. Ella había torturado al hombre que amaba en sólo Dios sabía cuántas maneras diferentes y el odio que sentía era demasiado potente como para manejar justo ahora, no con Valentine en el estado en que estaba.

—Kyrie, deberías saber ahora que cuando esta droga desaparezca, voy a estar enfermo. Lo digo en serio. Violentamente enfermo. Como la gripe y el síndrome de abstinencia al mismo tiempo. Es...es horrible, Kyrie.

—Trataremos con esto cuando llegue, Roth. Estaré aquí. ¿Bien? No me iré de tu lado, pase lo que pase.

Se aferró a mí, temblando. —¿Lo juras?

—Lo juro, Valentine, lo juro.

Se dio la vuelta sobre su espalda, junto a mí. —Dios, esto es implacable.

—¿Qué?

—La droga —. Puso una mano sobre su entrepierna y se tomó a sí mismo, apoderándose de su endurecida polla.

—Es una locura. Me siento loco. Literalmente, como si me hubiera vuelto loco. Y no puedo controlarlo, Kyrie. No puedo. No puedo.

Empujé su mano a un lado y vi que se estaba endureciendo de nuevo. Roth tenía un muy corto periodo de remisión, pero esto fue rápido incluso para él. —Roth. Mírame —. Él fijó sus pálidos ojos azules en los míos. —No te muevas. Déjame cuidar de ti ¿de acuerdo?

—¿Cómo? —el arqueó su espalda y flexiono sus caderas. —¿Cuidarme cómo?

—No obstante lo necesito.

—Tú no puedes tomar nada más, Kyrie. Te conozco. No voy a hacerte eso otra vez. Te voy a lastimar de verdad, y nunca hubiera...nunca hubiera...

Me incliné y lo besé para silenciarlo. —Lo sé. Tienes razón, no puedo. Pero hay otras cosas, bebé.

Estaba completamente hinchado para entonces y lo tomé en mi mano. Vi en su cara un cambio del dolor al placer cuando deslicé mis dedos por su longitud. No estaba allí trazando su liberación, no haciéndole esperar por el pago. Mi único objetivo era llevar a Valentine a liberarse lo más rápidamente posible. Escupí en mi mano y unte la saliva sobre mis palmas, y luego envolví ambas manos alrededor de su gruesa polla, acariciándolo minuciosamente. Él gruñó, empujando en mi puño, doblando sus dedos en las sabanas.

—Mírame, Valentine —. Ralentiqué mis golpes hasta que abrió sus ojos y encontró mi mirada.

—No quites tus ojos de mí ¿de acuerdo? Obsérvame. Mírame hacer esto.

Sus ojos torturados, conflictivos, agonizantes fijos en mí. No traté de sonreír para él, no traté de ocultar mi propia confusión interna. Estaba cubierto de sudor, su pecho elevándose con jadeos desiguales, sus caderas moliendo despiadadamente. Sus pies escarbando en las sabanas, su talón clavándose para empujar completamente su torso de la cama mientras su polla latiente y engrosada, palpitaba en mis manos.

—Jesús, duele. Estoy cerca, Kyrie.

—Lo sé, bebé. Lo sé. Puedo sentirlo.

Me mantengo acariciándolo más y más rápido, hasta que estuvo frenético con el inminente clímax. Envolviendo mi puño abajo, alrededor de su base, continué bombeando duro y rápido, ahuecando la parte superior de mi mano alrededor de la cabeza de su polla y escupiendo sobre el otra vez, proporcionando más lubricación, apretando mi puño alrededor de él. Lo acaricié minuciosamente de la manera que sabía que lo conduciría a la locura. Él gimió y gruñó y empujó en mis golpes, y supe por la forma en que su ritmo vaciló lo cerca que estaba de estallar.

Me incliné sobre él y succioné con mis labios alrededor de su suave y ancha cabeza de seda, acariciando con fuerza su base, con ambas manos moliendo arriba y abajo por su longitud, trabajando con mi lengua y garganta.

—Kyrie, Dios Kyrie...voy a venirme...

Gemí, tarareando alrededor de su pene, acariciando y bombeando, succionando hasta que estuvo enloquecido y demente moliendo duro en mi boca. Seguí sus embestidas, manteniendo mis labios alrededor de su punta hasta que sentí su estómago tensarse y su espalda arquearse. En el momento de su clímax, balancé mi cabeza hacia abajo para llevarlo hacia mi garganta, tirando su pene lejos de su cuerpo y

abriendo mi garganta para poder tomarlo más profundo, bombeando mi puño alrededor de su base, trabajando los músculos de mi garganta alrededor de su cabeza y acariciándolo con mi lengua. Él estaba gimiendo y maldiciendo, haciendo sonidos incoherentes, jadeando hasta que sentí el chorro caliente golpear la parte trasera de mi garganta y me alejé, tragando. Bajó su cuerpo a la cama, sus manos en puños en las sábanas mientras luchaba por el control. Yo sabía lo que quería hacer.

Solté su pene el tiempo suficiente para mover sus manos a mi cabello e inmediatamente se apoderó de mis raíces, con delicadeza pero insistentemente empujó mi cabeza hacia abajo. Fui con él, retomando mi agarre en la base de su pene para acariciarlo, balanceando mi cabeza en rápidas zambullidas, chupando, tomando la siguiente cálida, salada estela que bajó por mi garganta.

Él gimió y me levantó, metiendo superficialmente la punta para que se deslizara a través de mis labios y moví mis manos sobre él en largos, suaves apretones, untando mis manos alrededor de él; lo sentí tenso en mis manos y empujando con fuerza. Abriendo mi garganta, lo llevé lo más profundo que podía y sentí el esfuerzo final, su semilla deslizándose por mi esófago. Retrocedí para tragármelo.

Valentine quedó inerte en la cama y me senté limpiando mi boca con el dorso de mi muñeca, aún apretando y acariciando su polla palpitante de leche, hasta el último espasmo de su liberación. Vi como una película blanquecina rezumando de su punta y lo usé para untar sobre su longitud, él gimió jadeando entrecortadamente para respirar.

—Suficiente...basta Kyrie —dice con voz áspera. Lo dejo ir, sentándome a su lado, su respiración relantizando. Gradualmente, parecía volver a algo parecido a la normalidad. —Quédate aquí conmigo. Estoy cansado, Kyrie. Tan cansado.

—Descansa, Valentine. Estoy aquí y no voy a ir a ninguna parte.

Se giró hacia su lado izquierdo y yo me hice cucharita detrás de él, abrazándolo cerca hasta que lo sentí quedarse dormido. Inquietamente,

con el corazón dolorido con amor, la mente resistiendo el peso de preguntas sin respuestas, me deslicé en el sueño yo misma.

* * *

Me desperté con el sonido de las náuseas de Roth, vomitando. La cama estaba vacía y él estaba sobre sus manos y rodillas en el pequeño cuarto de baño. Vomitando. Mi bolsa de ropa estaba en el piso cerca de la cama, así que me vestí rápidamente, odiando la sensación de ponerme ropa limpia cuando sabía que necesitaba desesperadamente una ducha. No había ninguna otra opción, sin embargo. Me paré en la puerta del cuarto de baño, inclinándome para descansar mi palma en la espalda desnuda de Roth. Todavía estaba desnudo y todo su cuerpo goteando sudor. Su piel estaba caliente al tacto, su cabello mojado, enredado y pegado al cráneo.

Jadeando, Roth se enderezó ligeramente, empujándose hacia arriba con una mano en el borde del retrete, temblando visiblemente. —Ayúdame...ayúdame a acostarme—. Luchó por pararse y lo sostuve, ayudándolo a tropezar hasta la cama. Tapó sus ojos con el antebrazo, su pecho subiendo y bajando. —Cubeta. Necesito una...necesito una cubeta.

Fui a la parte superior, encontré un gran cubo de plástico en un armario de almacenamiento cerca de la cabina y lo puse en el suelo junto a Roth. Él levantó una mano, alcanzándome. Me arrodillé en el suelo, tomé su mano y coloqué su palma en mi mejilla. —Estoy aquí, Valentine. Estoy aquí.

—No sé qué haría sin ti —murmuró.

—No tienes que averiguarlo.

Su estómago se convulsionó, su nuez de Adán saltó y yo traje la cubeta más cerca de él. Agarró un lado de la cubeta, apoyándose, entre arcadas arrastró un suspiro tembloroso, y luego vomitó. Sostuve la cubeta en una mano y aparté el cabello de sus sienes con la otra. Cuando pasó la oleada, descansó su frente en el borde de la cubeta, sin aliento, su

estómago todavía agitado. Con arcadas de nuevo, tosió, escupió babeando y luego vomitó otra vez. Nada ocurrió esta vez, sólo bilis.

Rodó lejos, dejándome tomar la cubeta. —No tengo nada que vomitar —dijo.

—Veré si puedo encontrar algo. Un poco de agua, al menos —dije, poniendo la cubeta en el suelo junto a él. —Aquí está la cubeta en caso de que la necesites.

—Sólo...apúrate.

Corrí dentro de la cocina, donde encontré a Harris haciendo café.

Levantó su mentón hacia mí. —¿Cómo lo está haciendo?

—No es bueno —. Busqué en el pequeño refrigerador por una botella de agua, encontré un paquete de galletas saladas en un armario. —Ella le dio algún tipo de droga experimental. Los efectos secundarios son desagradables. Está más enfermo que un perro.

A juzgar por la expresión cuidadosamente en blanco en el rostro de Harris, él nos había oído. —¿Debemos buscar un Doctor?

Negué con la cabeza. —Aún no. Con suerte, lo superará. Tendremos que ver, supongo—. Me detuve en la puerta. —¿Dónde estamos ahora?

—A pocas millas de la costa de Creta.

Intenté levantar un mapa del Mediterráneo en mi cabeza. —¿Espera, Creta? ¿No es en la dirección opuesta de donde venimos?

Harris asintió. —Sí. Pero volviendo por donde vinimos es probablemente la peor cosa que podríamos hacer. Nos dirigimos a Alejandría.

—¿Alejandría? ¿Como en África?

Asintió con la cabeza. —Al último lugar que esperarían que fuéramos. El Sr. Roth no tiene contactos de negocios allí, ni amigos. Así que es el lugar perfecto para ir por esa razón. Podemos ocultarnos hasta que el

Sr. Roth se sienta mejor y tendremos la oportunidad de hacer un plan —. Giró la tapa del termo de café. —Estamos parando en Creta a cargar combustible. Un pequeño lugar llamado Sitia. Podemos conseguir algo de combustible y alimentos y con suerte aguardar a que pase el mal tiempo que se dirige en nuestro camino.

—¿Hay una tormenta viniendo?

Harris asintió, golpeando un pulgar contra el lado del termo. Sus ojos no encontrándose con los míos, un leve rubor tiñendo sus mejillas. —Sí. Una grande, viniendo desde el oeste. Fuertes vientos y lluvia. Esto hará algunas olas bastantes tenebrosas, estoy pensando. Es mejor tomar refugio. Realmente no somos lo suficientemente grandes como para hacer frente a una tormenta, sobre todo si el Sr. Roth está enfermo.

Nunca vi Sitia. No dormí. No dejé la habitación, excepto para vaciar la cubeta y traerle más agua para beber. Pasó tres días vomitando, tres días donde el barco se balanceó y batalló bajo el diluvio de lluvia, tres días de infierno.

El paso de la tormenta coincidió, irónicamente tal vez, con la reducción de la enfermedad de Roth. La ira hierbe muy dentro de mí, enterrada bajo la forma de preocupación y amor.

Después de que fue capaz de mantener algo de agua y galletas, cayó en el sueño de los muertos, y no hizo mucho más que removerse en todo el viaje desde Sitia a Alejandría.

Consecuencias

Me encontraba en la proa del yate, una manta envuelta alrededor de mis hombros. Con el amanecer. El sol se elevaba por encima de la silueta extranjera de Alejandría. Capiteles, altos y delgados, atravesaban el paisaje urbano, al lado de las torres redondeadas y torciendo las cúpulas. Una voz vacilante, alta y fina rompió el silencio, cantando a viva voz una extraña canción.

Escuché sus pasos arrastrando los pies detrás de mí, y no tuve que girarme para saber quién era. —Eso es un muecín.

—¿El canto? —Me volví y lo miré.

Tenía una toalla envuelta alrededor de su cintura, además de eso, se encontraba desnudo. Asintió. —Sí. Está llamando a los fieles a la oración. Escucharás eso cinco veces al día.

Nos sentamos, lado a lado, escuchando a la llamada del muecín haciendo eco por toda la ciudad. Después de unos minutos, la canción se desvaneció y fuimos dejados con las vueltas más suaves de las olas chocando contra los costados de los barcos. Podía sentir rumiar a Valentine, lo sentía pensando, tratando de formular un pensamiento.

—No ha terminado —dijo, su voz suave y sus palabras nítidas y formales, una vez más—. Ella vendrá por mí. Y ahora, por ti. Y por Harris. Vendrá, y contará con la ayuda de su padre.

—¿Qué hacemos?

Dejó escapar un largo suspiro. —Debería ocultarte en alguna parte. En el rincón más alejado de la tierra. En Indonesia. En Rusia. Tal vez en Tierra del Fuego. Alojarte en un pequeño apartamento. Asegurarme de que ni siquiera yo sepa su ubicación precisa. Colocarle un guardia y pagarle lo suficiente para asegurar su lealtad inquebrantable.

Me giré sobre mi trasero para mirarlo a la cara, presionando mis rodillas en su muslo. —No, Roth. Eso no va a suceder. No voy a separarme de ti de nuevo.

—Necesito mantenerte a salvo. No puedo dejar que se apodere de ti. No puedo. No lo permitiré. —Gruñó la última parte, pronunciando las sílabas con un veneno incrementado.

—Entonces no lo hagas. Pero no voy a dejar que te desaparezcas de mi vista. Crucé el mundo para encontrarte, Roth. Me arriesgué a morir. —Tomé sus manos entre las mías—. Me dispararon. Fui perseguida en un coche. Vi morir a hombres. Yo... probablemente maté al menos a una persona. Solamente para estar a tu lado.

Retiró sus manos de las mías. —Lo sé. —Su voz temblaba, fina y con dolor—. Lo sé, Kyrie. Y yo... yo me odio a mí mismo por eso.

—Y lo haría todo de nuevo. En un instante. Sé que no ha terminado. Sé que nos encontramos en peligro. Sé a quién nos enfrentamos.

—No. No lo sabes. —Se levantó, paseándose hacia el mismo punto del mirador, agarrando la barandilla. La toalla colgaba de sus caderas, dejando al descubierto el arco musculoso de sus huesos de la cadera—. Realmente no lo saben. ¿Qué vieron? ¿Esos hombres? Eran... solamente eran su personal doméstico. Ni siquiera eso. Un guardia de muestra. Su padre dirige un... no es simplemente un cártel o algo tan simple. Es más que eso. Él tiene un imperio, Kyrie. Acceso a literalmente todo. Un pequeño ejército, y eso no es una exageración. Puede manejar tanques. Lanzamientos de cohetes. Y nosotros tenemos a... Harris.

—Y a ti y a mí.

Asintió. —Cierto. Pero sigo estando débil por encontrarme enfermo. Todavía puedo sentir la droga en mi sangre. Y, aparte de eso... no estoy bien. —Me miró por encima del hombro—. ¿Y tú?

—Yo no soy nadie. Solamente soy tu novia, y no hay nada que pueda hacer, ¿verdad? —Bajé la cabeza y me quedé mirando la cubierta entre mis pies—. Ese es tu punto, ¿no?

—Kyrie... —claramente se encontraba confundido por el giro de la conversación, mi auto-odio repentino y virulento.

—Es verdad, y lo sabes. —Entonces me puse de pie, apreté más la manta a mí alrededor, me moví hacia la barandilla de estribor y me incliné sobre ella—. Es cierto, y lo sé. Aprendí algunas cosas rescatándote, Roth.

—Kyrie, eso no es...

Seguí adelante. —Me di cuenta de lo inútil que soy. Tengo un título que nunca voy a usar, y jamás planeé hacerlo. ¿Trabajo Social? ¿En qué demonios pensaba? No soy una empresaria como tú. No tengo un conjunto de habilidades específicas, ni nada. Soy tu novia. Eso es todo lo que soy. Sé que me quieres. No dudo de eso. Y ni siquiera dudo el por qué lo haces. ¿Cuál es esa estúpida frase que habla del caballo regalado?

—A caballo regalado no se le mira el diente.

—Sí. Eso. Cualquiera que sea la mierda que se supone que signifique eso. No lo voy a hacer, es mi punto. Me amas. ¿Por qué? No estoy segura. No me importa. Me alegro de que lo hagas, porque te amo, y no sé lo que haría sin ti. Tú, me salvaste primero, Roth. Iba a morir de hambre, o iba a quedarme sin hogar, si no hubieras hecho lo que hiciste. Y ahora estoy aquí. Te tengo. Tengo el recuerdo de los últimos meses que pasamos juntos. ¿Ver el mundo contigo? Dios, Valentine, esos meses fueron los mejores de mi vida. Pero cuando desapareciste, me di cuenta... me vi obligada a preguntarme a mí misma, ¿qué hago? Y no pude llegar a una respuesta.

Roth no respondió de inmediato. Me perdí en el movimiento del agua a unos metros más abajo, tratando de ver a través de la oscuridad de las ondulaciones en constante movimiento. Lo sentí a mi lado, pero no pude darme vuelta para mirarlo. No me tocó. Simplemente se inclinó sobre la barandilla junto a mí. Eso debió haber sido una bandera de

advertencia para mí, pero me encontraba tan perdida en mi propia crisis que no lo vi.

—Supongo que debes saberlo. Antes de salir de Nueva York juntos, hice algunas... disposiciones. En caso de que algo me suceda a mí, serás la beneficiaria. Por lo cual quiero decir, cada centavo de mis activos líquidos te pertenecerá. La estructura de nuestra empresa se desplazará para agilizar las cosas, lo que sólo significa vender y combinar filiales, todas las ganancias también irán para ti.

—Pero, Valentine, yo soy...

—La única persona que me importa. He dispuesto que Harris también sea beneficiario, pero por mucho que me importe y confíe en él, sigue siendo solamente un amigo y un empleado. Tú, eres... No sé. Familia, supongo. La mujer que amo. No he hablado con mi padre desde el día que me aisló y me echó fuera. Tampoco lo haré alguna vez. No tengo hermanos, ninguna otra familia, sin dependientes, a nadie. Solamente a ti. —Se agarró de la barandilla y retorció las manos alrededor de ella, como si quisiera estrangularla.

—No tengo planes de permitir que nada me suceda. Planeo vivir. Tengo la intención de hacer todo lo que se encuentre a mi alcance para que tú y yo vivamos, sin importar lo que se necesite. Mi único punto al contarte sobre las disposiciones que he hecho es para tranquilizarte. Nunca te enfrentarás a quedarte sin vivienda o a tener hambre de nuevo. Nunca. Así las cosas, en caso de que decidas... si decides dejarme, si rompiéramos, quiero decir, igualmente serías beneficiada. Lo suficiente para que nunca tengas que trabajar ni un solo día en tu vida, incluso si te mimas tan salvajemente cómo te puedas imaginar.

—Roth... —Tuve que parar y respirar—. Déjame ver si lo entiendo. Si fuera a dejarte, diciéndote que quiero regresar a Detroit y ni siquiera sé lo que haría, pero sólo hipotéticamente...

—Si fueras a querer eso, te dejaría ir. Lucharía por ti, pelearía hasta que quedara claro que de verdad te quieres ir. Pero si lo hicieras, llamaría a Robert. Entonces crearía una serie privada de cuentas a tu nombre, que

te dieran acceso ilimitado a uno punto seis mil millones de dólares. — Tocó la barandilla con su dedo índice—. Esa cuenta ya está definida, en realidad, con algo así como la mitad de esa cantidad en la misma. Está solamente a tu nombre. Yo no puedo acceder a ella, y una vez que llegue a ese número, el acceso de Robert como albacea se cancelará, dejándote como la única parte que pueda controlarla.

Mi mente daba vueltas. —Roth, no lo... no lo entiendo.

Se encogió de hombros. —No quiero que te sientas dependiente de mí. Después de que ordenemos todo este problema, te daré los códigos y las cartas que necesitas para tener acceso al dinero. De esa manera, puedes hacer lo que quieras. Puede averiguar lo que quieras. ¿Quieres ser una artista? Puede sentarte todo el día e intentarlo. Contrataré a los mejores artistas del mundo para que te enseñen. ¿Quieres cocinar? Eliza te puede enseñar. ¿Quieres ser una filántropa? ¿Regresar a la universidad y obtener un título diferente? ¿Ejercer de una actividad? Haré que suceda. Todo lo que quieras. Pero no tendrás que pedirme nunca ni un centavo. Si dejas de amarme, aún así seguirá siendo de esa forma.

—¿Por qué?

Se puso rígido, firme y tenso. —Ya sabes. —Las dos palabras apenas fueron susurradas, un murmullo casi perdido en el regazo del agua y en el sonido de la brisa.

—Papi.

Asintió. —Exactamente. —Dejó escapar un suspiro, mirando fijamente hacia la extensión del océano—. Fue un accidente. Te dije la verdad, Kyrie. Te lo juro, lo que te conté fue la verdad. Nunca quise que eso sucediera, que tu padre muriera. Pero lo hizo, y fue mi culpa. Cuando murió, yo fui el responsable de la dirección de dio tu vida. Solamente yo soy el responsable.

—No quiero tu dinero, Roth.

—Qué mal. Ya lo tienes. No necesitas tocarlo, si quieres. Puedes pretender que no está ahí. Pero ahí se encuentra, y es tuyo ya sea que lo quieras o no.

Me froté la cara. —¿Cuánto dijiste?

—Uno punto seis mil millones de dólares. —Hizo un gesto con su mano—. Un número bastante quisquillosamente específico, supongo, pero Robert hizo algún tipo de ecuación elaborada. El número está formulado para que puedas vivir una vida de... excesos, de verdad, y no tengas que pensar ni siquiera en lo que gastas. Coches, casas, personal, impuestos, viajes a cualquier lugar durante todo el tiempo que quieras. A menos que decidieras que quieres ser dueño de... dios, ni siquiera lo sé, decenas de casas de cincuenta millones de dólares o algo así, nunca podrías gastar todo eso. Así es como se le ocurrió con el número, dijo. Suponiendo una cantidad específica de dinero gastado por día, todos los días, durante cien años.

Traté de convocar a las palabras, y no pude. —Roth. Eso es una locura. No creo que ni siquiera pueda imaginar la cantidad de dinero que es.

Negó con su cabeza. —No puedes. De verdad no puedes, Kyrie. Podrías gastar un millón de dólares cada día durante un año entero, y aún así quemar... apenas un tercio de eso.

—Ni siquiera puedo hacerme la idea de un millón de dólares, Roth, mucho menos de mil millones.

—Ese es el punto.

Después de eso nos quedamos en silencio, los dos perdidos en nuestros propios pensamientos.

Había pasado mucho tiempo sin pensar deliberadamente en la revelación de Roth con respecto a mi padre. No podía hacerlo. No tenía sentido hacerlo. Lo amaba, y si pensaba en lo que había pasado entre él y mi padre, me volvería loca. No podía pensar en lo que Roth me había dicho de mi padre, ni tampoco de cómo no había sido totalmente legítimo en sus negocios. Pero no importaba. Ya no. Ahora no. Papá

estaba muerto. Había estado muerto por un largo tiempo. Había sanado tanto como lo haría en mi vida. Saber que Roth había sido el que había apretado el gatillo por accidente no cambiaba la realidad de la muerte de papá, no cambiaba lo que después había sucedido.

Así que intencionalmente me mantuve en la negación. No podía cambiar los hechos y no sabía qué hacer con la verdad. Así que lo alejé todo, negándome a pensar en ello y simplemente disfruté el estar con Roth. ¿Saludable? Tal vez no. ¿Pero qué otra cosa se supone que tenía que hacer?

Y ahora, con todo lo que había sucedido desde que desperté sola en Francia, importaba aún menos. Lo que importaba era que tenía a Roth de vuelta. Estaba vivo. Estábamos juntos.

Mi giré, encarándolo. Me deslicé más cerca así podía poner toda mi atención en su cara. Estaba cerrado, una expresión en blanco en su cara, salvo por un ligero pellizco entre sus cejas. —¿Valentine? —Puse mi mano en su pecho, tranquilizándome a mí misma con el constante tamborileo de sus pulsaciones bajo mi palma—. Antes dijiste que no te encontrabas bien.

No se giró a abrazarme, no envolvió sus brazos a mí alrededor, no miro hacia mí. —Yo no lo estoy.

—Háblame.

Agito su cabeza. —No puedo. No sé cómo.

—Por favor, Valentine. Háblame. Dime lo que pasó.

Se alejó de la barandilla, sujetándose aún del metal por lo que adoptó una posición inclinada hacia atrás, una postura de torturado conflicto, empujando y tirando a la vez, como si fuera incapaz de entender incluso dentro de sí mismo lo que quería hacer. Enderezándose abruptamente, se alejó de mí, pasando sus manos a través de su cabello.

—No puedo, Kyrie. No puedo.

Lo perseguí. —¿Por qué?

No me respondió, solamente se volvió y pasó junto a mí, agarrando la toalla que estaba rodeando su cintura. —No puedo, solamente... Sólo no puedo. ¿De acuerdo? No puedo.

Dejé que se fuera. Permanecí en la cubierta por varios minutos, recobrándome a mí misma. ¿Debería perseguirlo? ¿Mantenerme tras él hasta que me cuente todo? ¿O se supone que lo deje ir?

Tenía una idea en cuanto a lo que le había sucedido. Con una sensación de hundimiento en el estómago. Un nudo de miedo. Las esposas alrededor de sus muñecas y tobillos. El hecho de que fue esposado desnudo a una cama, incapaz de escapar. El hecho de que le haya dado una droga experimental e ilegal, para forzar a su libido a aumentar.

Todos los hechos sumados a una clase de horror que no estaba segura de cómo manejar.

Pero tenía que averiguarlo. Tenía que saber lo que había hecho con él. La rabia que sentía dentro de mí estaba burbujeando a la superficie, volviéndose más potente y aterradora con toda su intensidad. Alejando la rabia, descendí a los camarotes, encontrando a Roth en la ducha. Su enorme, y poderoso cuerpo era demasiado grande para el pequeño espacio, y él cayó al suelo, encorvado, con la cabeza entre las rodillas. El agua que caía estaba fría y su piel estaba enrojecida por haber sido fregada.

Apagué la regadera, y desplegué una toalla. —Valentine. Estoy aquí. Está bien. Sal de la ducha.

Su cabello rubio estaba mojado y aplastado contra su cráneo, sus brazos envueltos alrededor de sus rodillas, con las manos en puños delante de él. —Necesito un momento, Kyrie.

Me agaché a su lado. Toqué su hombro, sentí mi corazón agrietarse cuando se apartó de mí. —Roth, por favor. Soy yo. ¿Está bien? Por lo menos sal de la ducha.

Se desplegó así mismo lentamente, con cuidado, temblorosamente. Envolví la toalla alrededor de él, frotando suavemente para secar la piel de sus hombros, brazos, pecho, cintura, piernas... dudé, luego seque su trasero y después la parte frontal, dándome cuenta en una especie de manera general de lo que estaría sintiendo si hubiera sido sometido a lo que temo que pasó. Terminó secando su cabello y envolviendo una toalla limpia y seca alrededor de su cintura. Permaneció quieto a pesar de todo, no reaccionó ni ligeramente. Quería llorar por su flojo letargo.

Nos habíamos duchado juntos decenas de veces, y siempre nos secábamos el uno al otro. Le encantaba verme frotar su cuerpo con la toalla, por todas partes, y siempre lo hacía de la misma manera en que acabo de hacer ahora, y por lo general para cuando llegaba a su cabello, estaría excitado, incluso aunque acabáramos de tener sexo. El hecho de que él ni siquiera estuviera volteando a verme... mi estómago se revolvió, mi pecho se contrajo y mi corazón dolió.

Harris siempre parecía saber exactamente lo que había que hacer, había dejado una pila de ropa nueva en la cama, bóxers, pantalones, una camiseta, una sudadera de cierre con capucha, calcetines gruesos y resistentes botas de montaña. Ayudé a Valentine a vestirse, sintiéndome cada vez más enferma con cada momento que pasaba. Cuando estuvo vestido con unos vaqueros y una camiseta, se desplomó en la cama, sentado en el borde y mirando hacia sus pies descalzos.

—¿Qué quieres Kyrie? —Su voz era baja y distante.

Me senté a su lado. —Dime que pasó. Dime, dime que pasó, Valentine, todo.

—¿Por qué?

—¿Tengo que saber?

No respondió por un largo, largo tiempo. Me senté en silencio, esperando, sin tocarlo. Finalmente, Tomó una respiración profunda, la dejó escapar, y comenzó. —Sé que es un hecho que cerré las puertas antes de que nos fuéramos a la cama esa noche. Puse la alarma.

Recuerdo haberlo hecho. Te quedaste dormida después de que... después. Te puse en la cama, pero yo aún no estaba cansado. Me quede un rato, contestando algunos correos electrónicos de Robert. Cuando finalmente me sentí lo suficientemente cansado para dormir, cerré todo. Puse nuestros teléfonos a cargar, cerré con llave y encendí la alarma. Recuerdo... me desperté por una fracción de segundo. Sentí un pinchazo en el cuello. Me las arregle para abrir los ojos lo suficiente para ver a un hombre que no conocía de pie junto a mí, con una jeringa en la mano. Entonces sentí una frialdad corriendo a través de mí. Luché contra él, Kyrie. Luché tan duro, pero no podía hacer una maldita cosa. Me fui hundiendo. Todos se volvió negro. Y cuando desperté, estaba esposado a la cama en donde me encontraste. —Tragó saliva, sostuvo su cabeza entre sus manos, con las palmas en los extremos de su cabeza, sus dedos curvados en su cabello—. Tan pronto como abrí los ojos y mire los alrededores, supe dónde estaba. Sabía quién me tenía.

—Gina

—Sí, Gina Karahalios. Estoy asumiendo que, ¿Harris te puso al corriente de lo que sabía? —Miró hacia mí, y yo asentí—. Bueno, supongo que para ahora me entiendes lo suficiente para saber que no estoy precisamente disponible a compartir información de mi pasado. Sólo le dije a Harris lo indispensable para permitirle mantener en control la situación. Había pasado el tiempo suficiente para que yo creciera lo suficiente, supongo. Debería haberlo sabido mejor.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto tiempo, qué?

—¿Cuánto tiempo había pasado?

Inclinó la cabeza, apoyando sus brazos en sus rodillas. —Diez años. Casi hasta el día de hoy, en realidad. ¿Es qué, finales de septiembre ahora? Hice mi movimiento para alejarme de la operación de Vitaly el veintiocho de agosto. Recuerdo exactamente la fecha. Era un martes.

Estaba todo planeado. El dinero ahorrado por una docena de bancos de todo el mundo. Un barco listo.

Iba a navegar a Estambul, e ir por tierra desde ahí a Francia, luego tomar un tren a Londres y volar de allí a Nueva York. Ellos nunca me encontrarían. Nunca nadie me iba a encontrar. Solamente... no contaba con Gina. Ella lo sabía de alguna manera. No los detalles pero, se había percatado del hecho de que pensaba marcharme. Y no estaba dispuesta a permitir que eso sucediera. Era posesiva conmigo. Desquiciada, en realidad. Sabía eso pero pensé que si me escabullía, finalmente se olvidaría de mí. —Hizo una pausa, respirando lenta y profundamente, mirando hacia la pared como si viera los acontecimientos de hace diez años—. Sabía lo loca que estaba. Lo había visto. Era una de las razones por las que me iba. Una noche, estábamos en un club, Gina y yo. Acababa de cerrar un gran trato. Vendí una docena de cajas de AK's valorizadas quizá en menos de un millón, a un traficante de drogas israelí de poca monta por más de dos millones. Estuvimos celebrando. Gina fue al baño y yo me quede en el bar, bebiendo. Esta chica se acercó a conseguir algunas bebidas, me vio y comenzó a charlar conmigo. Bastante inocente. Ni siquiera estaba realmente coqueteando. Me aseguré de parecer desinteresado, pero no tan groseramente. Dije quizás media docena de palabras para ella. Apenas y la miré. Hablamos sobre el maldito clima, por el amor de Dios.

-Bueno, Gina regresó y nos vio hablando, asumiendo lo peor, supongo. No lo sé. Se acercó, se sentó a mi lado y la chica se fue. Creí que eso era todo. No pensé en ello nuevamente. Me dormí tarde. O temprano, supongo. Gina siempre fue una madrugadora, no importaba a qué hora nos fuéramos a la cama. Así que desperté a media mañana y ella se había ido. No era la gran cosa, ¿verdad? Hice un poco de café, tenía un bagel y salmón ahumado. Fui a tomar una ducha, y Jesús, todavía puedo verlo. La chica del club. Tenía las manos atadas a la cabeza de la ducha y había sido torturada. Joder, era horrible. Eventualmente le cortaron la garganta, pero no antes de que Gina le hubiera hecho un montón de... otras cosas. Fue jodidamente horrible, Kyrie. Sólo por hablar conmigo. Y nadie podía hacer nada al respecto. Fui a buscar a

Gina para enfrentarla y ella actuó como si no supiera de lo que estaba hablando. Para el momento en que llegue a la habitación, el cuerpo había desaparecido, no había señal de que incluso hubiera estado allí. No hubo reporte de la policía, ningún reporte de personas desaparecidas, sin obituario. Nada. Para todos los efectos, la chica simplemente había desaparecido. La gente sabía, sin embargo.

Quería llorar por él, pero no me atreví. —Dios, Valentine. Eso es tan... horrible.

—No le podía demostrar nada a nadie. Nadie había visto que se le llevara, nadie podía decir incluso una palabra de ella. Y Gina actuó inocente. Pero más tarde esa noche, hizo un punto en decirme que yo le pertenecía. Ella tenía esa pequeña sonrisa en su rostro todo el tiempo que nosotros... —Se cortó antes de terminar, agitando una mano.

—Valentine, está bien. Nosotros estamos juntos ahora. Te amo. Eso es lo único que importa

Asintió con la cabeza. —Sí. —Una larga pausa—. De todas formas. El punto es, traté de huir. Y ella envió a un hombre detrás de mí. No sólo para matarme, sin embargo, tenía que hacerme sufrir primero. Si me hubiera disparado por la espalda, yo nunca habría tenido una oportunidad. Pero trató de inmovilizarme primero. Me apuñaló por la espalda. Luchamos, y yo gané. Hice que me dijera quién lo había enviado, y por qué. Me lo dijo. Y puse una bala en su cráneo. Eso es algo que nunca olvidaré, tampoco. Me alejé y creí que eso era todo.

—Terminé en Nueva York. Utilicé el dinero que había ahorrado para comprar una casa en Long Island. La renové. Hice todo el trabajo yo mismo. Vendíéndola por beneficio, lo hice nuevamente. Comparando un complejo de apartamentos en el Bronx, arreglando los apartamentos, y rentándolos. Tenía un negocio en marcha dentro de unos pocos años, haciendo dinero en serio, dinero legítimo. Diversifiqué. Contraté a alguien para que se hiciera cargo del negocio de bienes raíces, comencé a comprar empresas, mejorándolas y vendiéndolas. Entonces conocí a tu padre... y en ese momento, no

había escuchado ni un sonido acerca de Gina o su padre. Pensé que eran historia.

—Y entonces, diez años después, desperté esposado a la cama en la finca de Gina en Oia.

Me deslicé fuera de la cama, arrodillándome entre las piernas de Valentine. Tomé sus manos entre las mías. —¿Valentine? ¿Qué fue lo que ella te hizo?

Cerró sus ojos y trató de tirar de sus manos. Habló con los dientes apretados. —Ella... sabes lo que hizo.

—Dime

Su pecho subía y bajaba, venas sobresaliendo púrpura en su cuello, en su frente. —¿De verdad quieres oírme decir eso? Muy bien. Ella me desnudó, me esposó a la cama y me manoseó. Me tuvo duro. Me folló. No la dejaría hacer que me corriera sin embargo y se enojó. Ella me puso un anillo para el pene, así que mi erección no se iría. No podía. Hice todo lo que pude. Intenté detenerlo. Tiré de las esposas tan fuerte que mis muñecas comenzaron a sangrar. Tan duro por tanto tiempo. No la dejaría que me hiciera correr. Así que...ella me obligó a tomar esa pastilla. Dos de sus matones me forzaron a abrir mi boca y pusieron la pastilla en mi lengua. Cerraron mi mandíbula y taparon mi nariz, así que tuve que tragar para respirar. Jodidamente cerca de ahogarme. Pero ella hizo que tomara la pastilla. Unas horas más tarde, regresó. Y esta vez...bueno, ya viste como estaba. Me convirtió en un monstruo. Aún luchaba. Luchaba por...por ti. Sabía que estaba mal. La necesidad, estaba mal. No era yo. Pero no podía detenerlo. No podía detener mi cuerpo de reaccionar a los químicos. Lo intenté, Kyrie. Lo intenté, joder, lo intenté.

Su voz se quebró. Sus hombros temblaban. Metió la barbilla contra el esternón y se estremeció, sus manos se apretaron alrededor de las mías, convirtiéndose en puños alrededor de mis dedos, aplastándome. Lo dejé, tragué el grito de dolor. Un gemido lo dejó, raspando entre sus dientes apretados. —Tomó lo que quería. Se puso encima de mí y me

violó. Se corrió sobre mí una y otra vez, y traté de detenerlo a pesar de lo que duele.

Se detuvo.

—Tomó lo que quería de mí por sí misma, pero no fue suficiente —. Continuó. —Ella quería romperme. Pero aguanté. Me negué a correrme. No sé cómo. Entonces la pastilla se disipó. Viste lo que sucedió, los efectos secundarios de la droga dejando mi sistema. Pasé por eso. Ella regresó, me encontró cubierto de vómito. No podía tener eso, por supuesto. No podía follar a un hombre cubierto de vómito, entonces hizo que sus matones me quitaran las esposas. Traté de escapar. Vomité todo sobre uno de ellos y me las arregle para conseguir su arma en el proceso. Le disparé. Pero ni siquiera podía pararme por mí mismo. Me limpiaron. Eso me dolió bastante malamente —. Se detuvo otra vez, frotándose la cara, y luego comenzó de nuevo. —No tomaría la pastilla por segunda vez. Había matado a uno de sus hombres y había tomado dos de ellos para suministrarme la pastilla la última vez. Así que ella decidió...pasar un buen rato. Torturándome. Vertió agua en mi boca, hasta mi nariz. Es como ahogarse, pero peor. *Pánico*. No puedes respirar y ella sabía exactamente cuándo parar para que no muriera realmente. Y entonces empezaba todo de nuevo. Aprovechó un momento cuando estaba jadeando, puso la pastilla en la boca y luego siguió vertiendo agua en mi garganta y obligándome a tragar. Incluso después de que la tragué, se mantuvo torturándome. Una y otra vez. Sólo para hacerme daño. Porque lo disfrutaba —. Finalmente abrió los ojos y me miró. —y entonces tú y Harris me rescataron.

—Valentine... —no sabía que decir.

—Nunca le di la satisfacción que quería. Si no me hubieras rescatado, habría sucumbido. Ella me habría roto —. Agachó la cabeza y cerró sus ojos—. Ella me rompió. No le di lo que quería de mí. No la dejé que me hiciera correr. Pero aún así me rompió.

Retiré mis manos de las suyas, me acerqué y tomé su rostro entre mis manos. —No. No lo hizo. Tú no estás roto, Valentine.

—Sí. Lo estoy. Lo estoy —. Sacudió su rostro de mis manos—. Mira lo que te hice. Te tuve atrapada en la cama. Estuve cerca de...casi de hacerte lo que ella me hizo. Sólo porque no luchaste no significa... —Se ahogó, jadeó y comenzó de nuevo—. Te obligué. Te maltraté.

No pude contener las lágrimas. —No. Valentine, no—. Negué con la cabeza, apoderándome de su rostro—. Mírame, Valentine. Por favor.

Giró su rostro fuera de mi agarre, cerró sus ojos y se negó a enfrentar mi mirada. —No va a suceder otra vez. Lo prometo —. Murmuró las palabras, sílabas cayendo de sus labios como frías y duras piedras.

—Valentine, no. Mírame. Eso no es lo que era.

Estaba mintiendo un poco, sin embargo. Ese no había sido mi Valentine haciéndome el amor, no había sido mi Roth follándome. Había sido otra persona, otra cosa. Él no me forzó. Se había detenido. Pero lo que hubiéramos hecho cuando estaba en la agonía de la droga, esos no habríamos sido nosotros, ninguno de los dos. No podía imaginar lo que era o como me sentía al respecto, sin embargo no éramos nosotros.

Roth no me miraba. No me tocaba. No me dejaba tocarlo. Puse una mano en su mejilla tratando de ser gentil y tierna. Él se apartó.

Y eso me asustó.

—Valentine , por favor...no te apartes de mí ahora. Por favor, no lo hagas.

Él no contestó. Ni siquiera reconoció mis palabras.

—Mírame, Valentine. ¡Por favor! —él negó con la cabeza. El pánico corriendo caliente en mi sangre—. ¡MIRAME! —grité.

Él se estremeció y sus ojos se opacaron. Se aflojó. Sin resistencia. —Está bien, Kyrie. Te estoy mirando.

Lloré. —Lo siento, Valentine. Lo siento. Lo siento mucho. No debería haber... —caí al piso, llorando. Él no me tocó. No me consoló. No dijo

una palabra. Me obligué a detenerme y sentarme. Lo miré. —No me maltrataste Valentine. No me obligaste. No tomaste nada que no te diera.

—Está bien —. Su voz era apagada.

—¿Roth? —Me paré, cayendo de espaldas, la columna vertebral contra la pared. —¿Valentine?

Él parpadeo, mirándome. —¿Si?

—Di algo.

—¿Qué te gustaría que dijera, Kyrie? —Sin entonación, sin inflexión. Sin Roth.

Lo había perdido. Él se había ido. Negué con mi cabeza, me arrodillé y me deslicé hacia él. Puse mis manos en sus rodillas. Me miró con indiferencia. —¿Roth? Por favor. No hagas esto. No te alejes de mí. Esta soy yo ¿de acuerdo? Siento haberte gritado. Estoy sólo...estoy asustada. Confundida. Enojada. No contigo, con ella.

—Está bien. No importa.

—Sí importa, Valentine. No está bien.

—Bueno.

Quería gritarle de nuevo, decirle que despierte, que regrese a mí, pero no pude. Caí hacia atrás sobre mi trasero, luchando con las lágrimas, sollozando, mi pecho agitado. Me senté por un largo tiempo, sólo mirando a Roth. Él a su vez se sentó con la mirada perdida, inmóvil, en blanco. Finalmente, me levanté, limpie mi cara y fui hacia la puerta.

Me giré para mirar atrás a Roth. —La estás dejando ganar. Estás dejando que te rompa. Te amo, Valentine. Estoy aquí. Pelearé por tí. Peleare por nosotros. Pero si te rindes ¿para qué luchar?

Me fui a la parte superior, encontré a Harris detrás del volante, con los pies apoyados, un cigarrillo humeando entre dos dedos, un libro de bolsillo en la otra mano.

Cuando me vio, puso el libro boca abajo. —¿Cómo esta él?

Sólo podía mover mi cabeza. —No...no está bien —. No me atrevía a decirle a Harris lo que había sucedido. Supuse que adivinaría la verdad.

—Dale tiempo.

Me encogí de hombros. —Supongo.

—He estado esperando para decidir lo que debemos hacer, dónde deberíamos ir. Deberíamos estar a salvo aquí por un tiempo, pero tienen contactos en todo el mundo. Se enterarán de que estamos aquí, bastante pronto. Necesitamos un plan.

Me sentí fría y vacía. —Sólo...sólo llévanos de vuelta a Nueva York. Si la perra nos quiere, puede venir por nosotros.

—Kyrie, no pienso que eso sea... —le dirigí una mirada y la expresión de mi rostro fue todo lo que necesitó. Levantó sus manos en rendición.

—Bien. Muy bien. Nueva York es.

Proyecto Manhattan

El alivio que sentí mientras ponía mi mochila en el dormitorio principal de la torre de la casa de Manhattan llegó en una gruesa, caliente, sofocante ola de lágrimas. Dejé caer la bolsa al suelo, mirando alrededor de la habitación familiar. Cama grande, edredón blanco plegado prolijamente en los bordes. La pared frente a la cama se deslizaba para revelar un televisor desde el piso hasta el techo que podría funcionar como una pantalla de ordenador. Una serie de puertas dobles llevando a un vestidor más grande que la mayoría de las viviendas unifamiliares de clase media. La puerta de al lado conduciendo al baño, otro universo extenso de mármol oscuro, vidrio impecable y metal pulido, líneas modernas y curvas elegantes y una iluminación suave. La pared exterior era enteramente de cristal, toda la pared diseñada para deslizarse abierta para introducir el gran balcón de esquina y dormitorio en un gigantesco espacio de interior a exterior. El balcón donde Roth me había dicho la verdad sobre el asesinato de mi padre. El balcón donde todo lo que siempre conocí cambió.

Me alejé del balcón. Roth se encontraba en la puerta, inmóvil, con la mirada perdida sobre mi hombro en el horizonte. —Estamos en casa, Valentine.

Él asintió. —En realidad lo estamos.

Había estado casi catatónico todo el camino hasta aquí. Incontables horas en el barco, de Alejandría a Estambul. Un viaje aterrador en una avioneta bimotor de Estambul a París. A partir de ahí un pequeño jet, apenas más grande que la avioneta, cuatro asientos cómodos, sin azafata. Sólo Harris, Roth, yo, y el piloto, que no hablaba inglés y al que se le dio un sobre grueso lleno de euros para sacarnos de un aeródromo privado en las afueras de París. No se intercambiaron nombres, ni preguntas, ni se presentó un patrón de vuelo. Horas de todavía más vuelo bajo sobre el Atlántico. Nadie habló. Harris tenía una computadora portátil en la que escribió sin parar todo el viaje. Roth

miró por la ventana, parpadeando lentamente cada pocos segundos, respirando profundamente, dedo índice golpeteando sus labios. Nadie durmió.

Ahora me encontraba de pie en el centro de la habitación, frente a Roth, buscando algo que decir. Algo que hacer. ¿Besarlo? ¿Decirle que lo amo? ¿Ponerme de rodillas y chupársela? ¿Irme? ¿Ir a quedarme con mi amiga Layla? ¿Encontrar un hotel? ¿Quedarme en una de las habitaciones de huéspedes?

No. Nada de eso iba a funcionar. Le dije que lo amaba. Traté de besarlo. En algún lugar del Mediterráneo, en parte Estambul. En el medio de la noche, la luz de la luna brillando a través de la portilla, bañándonos a ambos en la luz de plata. Ambos estábamos despiertos, sin poder dormir. Me di la vuelta, poniendo mi cabeza contra el pecho de Roth. Él no pasó su brazo alrededor de mí. Ni siquiera respondió o registró que sabía que me hallaba allí. Me incliné, besé su mandíbula. Nada. Besé su mejilla. Nada. Besé sus labios. Estaban secos, partidos, agrietados. No hubo respuesta, sólo una mirada en blanco en el techo. Me encontraba preocupada y asustada. ¿Esto todavía era la droga? ¿O era un trauma psicológico? No lo sabía, y no sabía qué hacer al respecto.

Ahora, parada en el centro de la habitación, sentí todo bien dentro de mí. Todas las emociones que había enterrado profundamente, una y otra vez, comenzaron a desbordarse. El miedo que me negué a mí misma. El pánico que no me permití sentir. El dolor a lo que Roth había soportado. El malestar enfermo en mi estómago en la forma en que Roth me folló en ese barco. La mirada en sus ojos. El hambre feroz, el poder brutal. La forma en que me tomó, casi obligándome. Y entonces la forma en que escondí mi propio miedo profundo de él, mi rabia por Gina. La forma en que pretendí que él follándome estaba bien. Aunque sabía, sabía, que no era Roth. No era el hombre al que amaba tomarme, dándome placer. Eso era una droga, violándome a pesar de mi consentimiento. Eso era un monstruoso químico podrido montándome, usándome. Pero lo hice por Valentine. Él había estado en agonía. Loco. Y yo lo extrañaba. Lo necesitaba. Esperaba,

ingenuamente, que mi amor sería suficiente. Que mis sentimientos por él lo traerían de vuelta a sí mismo de alguna manera.

Me había equivocado.

Y ¿ahora...?

Me encontraba agotada, física y mentalmente. No podía soportarlo más. Lo intenté. Apreté mis rodillas y dientes e inhalé respiraciones profundas, dentro y fuera, dentro y fuera, por la nariz, por la boca. El mareo se apoderó de mí. Mi respiración salió en jadeos asustados, rechazando mis esfuerzos para respirar de manera uniforme y regular. Mi estómago se retorció y se levantó en mi garganta, caliente y anudado en un bulto duro como una piedra. Fui tan fuerte como podía ser, por todo el tiempo que pude. Ahora no podía mantenerlo más. No podía contenerme.

Mis rodillas cedieron y caí al suelo sobre mis manos y rodillas, ahogándome con mis sollozos. Eran silenciosos al principio, pequeños chillidos ásperos en mi garganta, pero entonces mi voz se atrapó, un sollozo alojado en mi garganta, y no podía respirar. Mis brazos temblaban, sin poder soportarme más. Sentí la alfombra contra mi frente, mi pecho ardiendo, pulmones doloridos con mi incapacidad para respirar. Me caí de nuevo, esta vez de lado, y me acurruqué. Algo se rompió dentro de mí entonces, y el palpitante silencio se rompió, un sollozo se convirtió en un gemido. Me cubrí la cara con mis manos, metí mi frente contra mis rodillas, los talones en mis nalgas, y lloré.

Momentos se volvieron minutos y no podía calmarme, no traté.

Sentí el suelo tambalearse y caer por debajo de mí, sentí manos por debajo de mi cuello y cadera, rodando y levantándose, entonces me hallaba en el aire y el olor familiar de Roth llenó mis fosas nasales, la dolorosamente dulce sensación de su pecho en mi mejilla, y nos encontrábamos en la cama y él me tenía en sus brazos, agarrada cerca.

—Kyrie... Kyrie... —Su voz era un murmullo rasposo y áspero, llena de emoción y demasiado baja, apenas audible—. Estoy aquí, amor. Estoy aquí.

Giré contra su pecho, lo miré. Sus ojos se hallaban húmedos. Roth. Mi Valentine, el poderoso, indomable Valentine Roth... estaba llorando. ¿Por mí? ¿Por él mismo? ¿Por nosotros? No limpió sus lágrimas a medida que corrían por sus mejillas. Una lágrima... dos. Tres. Cuatro. Sin restricción. Sus ojos se encontraban rojos, sin pestañear, mirando por encima de mi cabeza. Su pecho subía y bajaba como si estuviera luchando una batalla que sabía no podía ganar.

Presioné la palma de mi mano en su mejilla. —¿Valentine?

—Lo jodí todo. Me rendí. Traté de luchar. Sabía que eras tú. Sabía que lo que la droga estaba haciéndome era malo, pero no podía luchar contra ello. Y sabía que harías cualquier cosa por mí. Cualquier cosa. Y lo hiciste. Tú, tomaste todo lo que podía hacerte. Te lastimé. Te... violé. A nosotros. Le hice eso a nosotros.

—No eras tú, Valentine...

—No podía parar.

Me senté más recta, lo miré a los ojos. Miró profundamente en mí. — Valentine, escucha. Por favor escucha. ¿Lo que pasó en el barco? No pasó nada que no hayamos hecho antes, ¿no? ¿Te pedí que pararas?

—No, no después...

—Exactamente. No eras del todo tú, y lo entendí. Pero te amo. Te amo demasiado. No te odio. No me siento violada por ti.

—Lo sé. —Tuvo que detenerse para respirar, tragar, parpadear—. Y te amo. Pero... ¿qué pasa ahora? ¿Con nosotros?

Se suponía que él debía decirme eso. —No lo sé.

—Siento como... como si algo estuviera roto entre nosotros.

—No. —Mi voz era tan pequeña, que no estaba segura que Roth me oyó. Lo dije más fuerte—. No, Roth. No puedes pensar de esa manera. No puedes dejarla ganar. Me amas. Te amo. Eso es todo lo que importa.

—¿El amor es suficiente?

—Tiene que serlo —dije—. Tiene que serlo. Ella no puede ganar, Roth. No puede. No podemos dejar que lo haga. —Inhalé una respiración profunda, dejándola escapar lentamente—. No me arriesgué a muerte y vi hombres muertos y crucé el mundo para encontrarte, sólo para perderte así. Sólo para perdernos por sus jodidos juegos.

—Cada vez que cierro los ojos, estoy allí en esa habitación. En realidad no he dormido desde entonces. Realmente no. Cada vez que lo hago, sueño con ella. De haber sufrido un ahogamiento simulado. De ser violado. De sentirla en mí, sintiendo su piel. Veo su cabello, y sus pechos falsos. Siento sus uñas en mi piel. Probablemente tengo cicatrices de sus uñas clavándose en mi pecho. Siento todo de nuevo, todo eso. No puedo dormir. Ni siquiera puedo intentarlo.

—Dios, Valentine. ¿Cómo pudo? ¿Por qué? —Dejé que las lágrimas se deslizaran libremente por mis mejillas.

Se encogió de hombros, fingiendo una indiferencia que de ninguna manera creí. —Porque pudo. Me quería. Sentía que le pertenecía. —Se frotó el pecho—. Es un jodido animal.

No pude evitarlo. Toqué mis labios contra su pecho. Con ternura, con gentileza nerviosa, besé su piel, las cicatrices donde sus dedos dejaron marcas en él. Me incliné sobre él, no a horcajadas, simplemente echada junto a él y besando su pecho. Por todas partes, pulgada a pulgada. Aplasté mis palmas sobre su piel, trazando la protuberancia de sus costillas, los surcos de su abdomen musculoso, besé su cuello. Estaba todo tenso, sin moverse, sin respirar.

—Kyrie...

—Sí, Valentine. Soy yo. Soy yo. Mírame. Siénteme. Soy yo. —Besé su mejilla. La comisura de su boca. Su frente. Al lado de su nariz. Su ojo,

tan suavemente, sintiendo el párpado revolotear debajo de mis labios. Luego la otra comisura de su boca—. ¿Ella hizo esto, bebé? ¿Te besó de esta manera?

Sacudió su cabeza. —No —susurró, apenas audible.

Lo besé, sintiendo la superficie agrietada de su boca contra la mía. —Estos son mis labios contra los tuyos. ¿Me sientes? ¿Me conoces? —Me aparté, y sus ojos estaban cerrados, su expresión tensa y dolorida—. Abre los ojos, Valentine Roth, y mírame. Mírame. A mí.

Sus ojos se abrieron, atormentados azules claros del mismo tono que el Mediterráneo fijándose en los míos. —Kyrie. Te veo, querida. Te veo. Pero...

—¿Qué? ¿Pero qué?

—Cuando me besas, cuando me tocas, duele. La siento a ella. Me concentro en ti, pero lo único que siento es a ella. —Se levantó de la cama, caminó sin camiseta por la habitación y tocó el panel junto a la puerta al balcón.

Toda la pared de cristal se deslizó en silencio a un lado en una abertura, dejando entrar el estruendo de las bocinas, los gritos y risas y el clamor de Manhattan decenas de pisos más abajo. El sol se estaba poniendo, enmarcado entre las interminables torres de vidrio y acero reflejado. Roth se paró agarrando la barandilla del balcón con las dos manos, una postura familiar. Sus hombros caídos, su cabeza colgando.

Ahogué un desgarrador y repugnante sollozo mientras el hombre al que amaba se alejaba de mí, cada línea de su cuerpo duro y conflictivo, tenso. Lo miré, lo observé y me negué a mirar hacia otro lado hasta que el cansancio hizo mella, tirándome abajo como una contracorriente.

Me despertaron los sonidos de la ciudad, una brisa flotando sobre mí. La cama a mi lado estaba vacía. La noche había caído hace mucho tiempo. Me incorporé lentamente, rígida y dolorida. Me dolía el corazón. Ni siquiera tuve un momento para olvidar, la ilusión de un segundo que todo estaba bien. Quería ese momento; lo necesitaba.

Eché un vistazo al balcón, vi a Roth sentado en una de las sillas, los pies sobre la barandilla, todavía sin camisa y con un jean azul, descalzo. Me levanté, estiré mi espalda y mi cuello. Todavía llevaba la misma ropa que había estado usando en Alexandria, a pesar de varios días de viaje. No importaba, sin embargo. No entonces. No en ese momento.

Lo olí cuando me acerqué a él, el whisky escocés en su aliento. Miró detenidamente hacia mí mientras me deslizaba entre el respaldo de la silla y la pared y tomé el asiento al lado de él. Tenía la botella en una mano y una copa con hielos en la otra, un cubo de hielo se derrite en la mesa, junto con una segunda copa, vacía y limpia. Tomé la copa vacía, chocaron cuatro cubos de hielo en ella y le arrebaté la copa de la mano de Roth, servida hasta que casi desbordaba.

Tomé un sorbo, siseé y me estremecí ante la quemadura y luego tomé otro sorbo, que bajó más suavemente. Un tercer sorbo transformó la quemadura en un ardor reconfortante. Nos sentamos bebiendo whisky en silencio, en la relativa oscuridad de la noche, Manhattan siempre despierta, llena de gente e incesante a nuestro alrededor.

La botella tenía tres cuartas partes vacías, y yo sospechaba que había estado aquí bebiendo la mayor parte de la noche. Yo no sabía qué hora era, y no me importaba.

—Estoy un poco borracho, me temo. —Arrastraba su voz, un sonido de tropiezo a mi lado—. Muy, en realidad. Probablemente no podría ponerme de pie, aunque lo intenté.

—Está bien. —Tomé otro largo sorbo—. Puede que te acompañe.

Tomó un trago, tintineando el hielo y haciendo ruido. Giró la cabeza descuidadamente para mirarme. —¿Por qué sigues aquí? —enunció sus palabras con mucho cuidado, precisamente, su acento desagradable me atraviesa con más fuerza que nunca.

—Porque te amo. Yo te elegí. ¿Recuerdas? Me trajiste aquí. Me hiciste tuya. Y entonces me contaste tu secreto. Y aún sabiendo que mataste a mi padre, yo todavía te elegí. No podía permanecer lejos en ese

entonces, y no puedo estar lejos ahora. No lo haré. Sólo no puedo, Roth. Acostúmbrate. No te voy a abandonar, especialmente no ahora. ¿Cómo podría pretender amarte si me alejara ahora? Me necesitas, ahora más que nunca.

—Nunca antes necesite a nadie. Ni nada. Mi padre me echó, me repudió. Y maldita sea, sobreviví. Casi no lo hice, un par de veces. Casi me gané mi asesinato más de una vez. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo cuando empecé a contrabandear armas para Vitaly. Me metí por accidente, tú debes saberlo. —Me miró, parpadeó con ojos somnolientos—. Nunca tuve la intención de entrar en eso. Empecé como te dije, comprando barcos de pesca y en bienes raíces, ese tipo de cosas. Y entonces salí a tomar algo con un hombre que se rumorea que tiene varios bloques de apartamentos en Moscú a la venta. Estábamos en... ¿Kiev? Quizás Kiev. Y él, este hombre, él me preguntó si quería hacer unos diez de los grandes rápidos y fáciles. Bueno, por supuesto, ¿quién no? Y cuando dijo todo lo que tendría que hacer era llevar una maleta de Kiev para Estambul, sabía que no era bueno. Pero acababa de fracasar en una venta, una grande. Y debía dinero. Había pedido prestado, por lo que estaba endeudado. Necesitaba diez de los grandes. Así que lo hice.

Roth tomó otro trago largo, vació la copa, a continuación, puso la copa sobre la mesa entre nosotros.

—Conocí a Gina dos semanas más tarde —continuó—. En Atenas. Ella me llevó de casa a su apartamento. Recuerdo que estaba en la puerta de su apartamento en Atenas, preguntándome en qué me estaba metiendo. Yo había visto la locura en sus ojos ya. No podías no notarlo, ni siquiera en ese entonces. Dos copas juntos, y ya sabía que era peligroso. Pero fui a su apartamento con ella de todos modos. Más tarde, después de que habíamos follado, ella estaba a mi lado y me miró. Recuerdo lo que dijo. Lo recuerdo textualmente. «Sabes, Val, ahora que me has follado, nunca puedes dejarme. No te lo voy a permitir».

Él parpadeó y levantó su mano hacia su boca como si hubiera olvidado que le saqué su copa, ahora vacía.

—Gina, estaba mal de la cabeza, por las cosas que quería que hiciéramos. En la cama, me refiero. Estoy sinceramente demasiado borracho para ser discreto en este momento, así que lo siento. Ella quería atarme. Quería vendarme y hacerme todo tipo de mierdas desagradables. No el verdadero BDSM, sólo... demandaba el control total. Buscaba mi sumisión total, sexual y de otra manera. —Él bajó la cabeza, mirando a sus rodillas—. Accedí a un montón de lo que ella quería. La mayor parte. No fui más allá en un par de cosas. Ella se excitaba con el dolor. Dando y recibiendo. Le permití hacerme daño, pero yo no la lastimaría. No dejé que me sujetara con pinzas. Se puso loca cuando le dije que no a eso. Le di el control, sin embargo. La dejé tenerlo. Me mató, en el fondo. Lo odiaba. La odiaba más con cada día que pasaba.

»Cada vez que hice lo que quería, era porque tenía miedo de ella, miedo de su padre. No de ella físicamente, sino del de su imprevisibilidad. Al igual que, si yo no hacía lo que quería, me iba a dormir nervioso. Me podría despertar atado como un cerdo. Lo hice una vez, en realidad.

Fui a la cama después de una discusión y desperté atado. Deslizó algo en mi bebida, pero yo ya estaba borracho y enojado y no lo sentí. Me desperté con los pies y las manos atadas, con las manos a los pies detrás de mi espalda. Ella me dejó así durante horas. Porque yo no... dios, tan asqueroso de pensar en eso en este momento, pero ella me quería para que se la chupara. Yo no lo haría. Joder, no, no lo haría. Discutir era bastante malo, me preocupaba no volver a despertar. Ella cortaría mi garganta en mi sueño. —Lanzó una mirada de reojo a mí—. ¿Tiene sentido mi necesidad de control ahora, amor?

Pensé en las veces que me había dado el control sexual, dejándome hacer lo que yo quería con él. Ahora, al oír esta historia, le da mucho más sentido. Hace a la confianza que me había mostrado mucho más embriagadora. Yo sólo podía asentir, tratando de contener la emoción.

—Sí. Tiene mucho sentido. Me hace amarte aún más por permitirme tener el control de la forma en que lo hiciste.

Él asintió con la cabeza. —Eso fue duro. ¿Ese día en la ducha? ¿Recuerdas eso? ¿Lo que hiciste con el dedo? Yo siempre, siempre lo tuve como límite. Dejar que ella haga ese tipo de cosas para mí. Nunca lo haría. Era sólo... mi límite personal. Y ella lo odiaba. Eso la hizo así, tan enojada todo el tiempo. Pero te permití hacer eso. Te di eso a ti. Porque... te conozco. Te entendí. Sabía que no me harías daño, no me avergonzarías. No me exigirías algo que no pensaste que me importaría dar.

—Nunca, bebé. Te amo. Te amo demasiado.

—Lo sé. —Él miró mi copa vacía y derramó otra—. Ponerte al día rápido, ¿verdad, amor? —En todo el tiempo que lo conocía, nunca había sonado tan inglés. Lo había oído sonar formal, casi sofocante, preciso, pícaro y nítido. Lo había oído sonar ronco, áspero y vulgar. Pero ¿esto? Este era un costado de Valentine que no sabía que existía.

—Sí, llegando hasta allí —le dije.

El silencio se asentó sofocante entre nosotros. Y luego volvió la cabeza para mirarme, una extraña expresión en su rostro. —Mataría por ti. ¿Lo sabes, cierto? Cuando lleguen, los mataré. A todos. A todos los que envien.

Tragué saliva. —Lo sé. Ojalá pudiéramos... vender todo. Tomar tu dinero e irnos. Comprar un barco grande y vivir allí. Como estábamos. Sólo tú y yo. Nunca nos encontrarían. Voy a vivir esa vida contigo.

Negó con la cabeza. —Deseo que pudiéramos, también. Pero Kyrie, he... he aplazado esto el tiempo suficiente. Ocultándome de ellos el tiempo suficiente. Evitándolo. Pretendiendo que no sabía que estaban viendo y esperando. Tengo que terminar con esto. —Su mirada se aclaró, la neblina del alcohol quemando bajo la intensidad de su expresión—. Déjame esconderte. Enviarte con Harris a algún lugar que nunca

encontrarán. Permíteme manejar esto. Manejarla. Me encargo de las cosas, y luego podemos...

—No. —Me puse de pie—. No, Valentine. No sucederá. No me iré de tu lado. No tengo a donde ir. No tengo a nadie y nada más que a ti. Me quedaré.

—¿Qué pasa con Cal? ¿Y Layla?

Me encogí de hombros miserablemente. —Los amo. Por supuesto que sí. ¿Pero mi hermano? Cal tiene su propia vida. Él no sabe nada de nada de esto, y es mejor así. Es un chico de universidad. Él juega Beer Pong, hace tontas nuevas promesas de fraternidad y estudia para los exámenes parciales. ¿Y Layla? No quiero involucrarla. No voy a ninguna parte cerca de ella, todo esto podría extenderse y ponerla en peligro. Ella es mi mejor amiga. Más cercana que una hermana. Y yo simplemente no puedo ponerla en riesgo.

Roth asintió. Se levantó, puso sus manos sobre mis hombros para mantener el equilibrio. —Bueno, entonces.

Esperé, pero no dijo nada más. —¿Bueno? Después de eso, ¿y todo lo que tienes que decir ahora es “Bueno”?

Frunció el ceño hacia mí. —¿Qué quieres que te diga, Kyrie?

—No sé. —Me di la vuelta, vi las luces traseras de color rojo y los faros blancos fluyendo en direcciones opuestas muy por debajo de mí. Mi voz era pequeña y rota. —Cualquier cosa. Dime que me quieres. Dime que todo va a estar bien.

Su silencio fue largo y tenso. —No puedo decirte que todo va a estar bien. No voy a mentirte.

Giré en mi lugar y puse mi espalda contra la barandilla. Esperé, lo observé. Tenía los ojos lúcidos y me buscaba. Todavía estaba borracho, pero en la etapa deprimida, oscura y sin esperanza. —¿Eso es todo, entonces?

—Estoy borracho, Kyrie. No he dormido en días. No me he duchado en un tiempo. Soy un desastre. Estoy jodido. No sé lo que estoy sintiendo o cómo lidiar con ello. Tengo miedo a dormir. Tengo miedo de tocarte. De permitirte que me toques. Soy... un inútil en este momento.

Dejé escapar un largo suspiro tembloroso. Junté coraje. Mi determinación. —Vamos. —Tomé su mano, llevándolo adentro.

Él me siguió, me dejó llevarlo al baño. Se quedó quieto, con los ojos estrechos y tapados, mirándome mientras con cautela desabroché sus pantalones. —¿Qué estás haciendo, Kyrie?

—Estás tomando una ducha, y yo voy a ayudarte. Necesito una, también. Tomemos esto lento, ¿de acuerdo? En un momento, una hora, un día a la vez.

Bajé la cremallera, tiré la ropa hacia bajo. Me arrodillé, lo ayudé a dar un paso fuera, le permití mantener el equilibrio con una mano en mi hombro. Se puso de pie delante de mí, con unos bóxers grises de Calvin Klein, musculoso, tonificado y hermoso. Encendí el agua, la puse más caliente y dejé que hiciera vapor en el cuarto de baño. Me paré frente a él, todavía con mis vaqueros y camiseta. Quería que él me alcanzara, que me ayude a sacarme mi camiseta, sacarme mi pantalón. Pero no lo hizo. Él se quedó allí, y mi corazón se rompió un poco. Pelé mi camisa lentamente, sin apartar los ojos de él. Me desabroché y abrí la cremallera de mis vaqueros, saliendo de ellos. Esperé en mi sujetador y mis bragas, mirando como su pecho subía y bajaba con respiraciones profundas, sus ojos moviéndose sobre mi cuerpo.

Sin mirar a otro lado que su mirada azul en conflicto, llegué detrás de mi espalda y liberé los ganchos de mi sujetador. Encogiéndome de hombros para sacármelo, dejé que la ropa interior cayera sobre el mármol. Tiré de la cinturilla de mis bragas hacia abajo con mis pulgares, dejándo la ropa interior caer en el piso, y dio un paso libre. Y entonces yo estaba desnuda delante de él, sus manos temblaban a los costados, las cejas bajaron, los músculos tensos, con los puños apretados, el pecho agitado.

Esperé.

Dio un paso hacia mí y mi corazón se alegró, mi pulso latiendo un poco más rápido. —Kyrie...

—Roth. Estoy aquí. Soy tuya. No tengas miedo.

—No tengo miedo —gruñó.

—Entonces tócame. Pruébalo.

—¿Tengo que probarme a mí mismo a ti?

Apagó el dolor. —No. Eso no es lo que quise decir. Tú no me harías daño. Yo no voy a hacerte daño. Yo no soy ella. No volverás más ahí. Estás conmigo. Estás a salvo. —Di un paso hacia él. Puse mis manos en su cintura, acariciando su espalda, tratando de bloquear el dolor en mi corazón por la forma en que él se estremeció ante mi tacto—. Soy yo, Valentine. Puedes confiar en mí, ya lo sabes. Te amo. Yo sólo... necesito que me ames también.

Él parpadeó, cerró los ojos, habló con los dientes apretados. —Estoy tratando, Kyrie. Estoy jodidamente tratando, ¿entendido?.

Casa

Valentine

La guerra dentro de mí era una embestida de furiosa necesidad contra el miedo, el recuerdo y el tormento. Ella se paró desnuda delante de mí, con su curtida piel tensa, sus exuberantes curvas, su cabello rubio revuelto por el sueño y el viento y los ojos enrojecidos y húmedos de lágrimas. Estaba tratando de ocultar sus emociones de mí, estaba tratando de ser fuerte para mí, pero yo la podía leer como si fuera un libro abierto. No podía ocultármelo, y yo odiaba que sintiera que tenía que hacerlo. Me necesitaba. Me quería. Lo que había pasado entre nosotros en el barco... la jodí, no importa lo que dijo. Pero estaba siguiendo adelante. Perdonándome. Pero sin embargo...dudaba. Lo sentía. Lo veía en ella.

No había estado bien. Lo había hecho por mí; ella misma se había entregado a mí porque había visto mi necesidad. Pero ese no había sido yo. No habíamos sido nosotros. Era algo que no cabía en mi cabeza, algo que no podía definir o explicarme a mí mismo adecuadamente.

Y ahora ella estaba, desnuda y dispuesta. Diciéndome que me amaba. Rogándome que la tocara. Que la amara. Y Jesús, yo quería. Lo necesitaba. Yo la necesitaba. Tenía que recordarnos a los dos quién era yo. Tenía que saber que Gina no me había, de alguna manera, despojado de la gentileza y la pasión, de mi capacidad de amar; y no menos importante, tenía que saber que no me había robado mi fuerza o mi masculinidad.

Pero sentía miedo. Profundamente arraigado, poderoso, aterrador y paralizador.

Pero el miedo no es varonil. Cuando me escapé de Gina y de su padre, tenía algo de dinero y mi nombre. Nunca pretendí ser nadie más que yo mismo. Sin embargo, cuando huí del clan Karahalios, no sólo estaba

corriendo del fantasma de la muerte, lo cual era lo que Vitali y Gina querían que hiciera, sino de mi propia falta de control con Gina. Yo había accedido a ella de muchas maneras. Me había rendido una y otra vez. Había hecho cosas, le permití hacer cosas que yo no habría querido hacer. Todo porque había tenido miedo. Más de lo que alguna vez le revelaría a Kyrie, o incluso admitiría a mí mismo. Había enterrado todo eso profundamente una vez me había liberado de Gina, y lo dejé allí, enterrado y negado por casi una década. Y ahora todo esto estaba surgiendo. Regresando. Escenas de mi pasado centellando detrás de mis ojos.

Estaba paralizado.

No sólo por lo que Gina me había hecho mientras estaba esposado a la cama. Yo pude superar eso. La había resistido. Ella no me había roto. Me aferré y resistí.

No, las pesadillas reales vinieron de los recuerdos de las noches en los últimos años, noches en las que me había pasado preguntando qué me haría hacer Gina después. Había sido sólo un niño. No era virgen cuando nos conocimos, para nada. No era inocente, pero de ninguna manera habría estado preparado para la locura y crueldad insaciable de una mujer como Gina. Había tenido miedo de ella. Maldita sea, lo había tenido. Todavía lo tenía. Al mal no le temo. A la muerte no le temo. A la violencia, la tortura y la sangre no le temo. A la impredecible ansia de sangre, la crueldad por el bien del sadismo y la forma en que saboreaba el miedo, deleitaba la agonía y disfrutaba la manipulación y la locura – eso era a lo que temía.

Así que, de pie allí con Kyrie desnuda y esperando a que yo sea su hombre-el hombre que era, el hombre que había sido y debería ser, todo lo que podía sentir era el miedo de los días pasados.

Recordé el miedo. La sensación de suciedad en mi piel después de Gina finalmente me dejó. Queriendo fregar mi piel hasta que se desangrara para sacar la capa de autodesprecio fuera.

Cuando finalmente escapé hacia Nueva York, no toqué a una mujer por más de un año. No podía soportar ser tocado, besado, o hablado a menos que fuera por negocios. Y la primera vez que finalmente lo hice, fue con una acompañante. Una prostituta. Los términos se habían establecido de antemano. No habría ninguna cita. Sin ilusión de romance. Ella no hablaría. No me tocaría. Si quisiera que me detuviera, ella diría mi nombre: “Sr. Roth”. Momento en el que ella recibiría media paga y saldría inmediatamente. La primera vez había sido un bastardo. Le pague el triple. No la lastimé, pero fui brusco, duro y exigente. Había hecho lo que tenía que hacer para aliviar el dolor, y luego la mandé a casa. No había dicho una palabra. Fui brusco, frío y cruel. La siguiente vez, con la siguiente prostituta, me había esforzado por ir más lento, por ser más amable y gentil. Conforme pasó el tiempo, manejé un balance. Establecí mis exigencias desde el principio. Dejando muy claro que esto iba a ser una transacción de un solo lado, nada más. Fue sobre mí tomando lo que necesitaba y haciéndolo. Entonces uno de las acompañantes rompió las reglas. Ella me besó. Me tocó. Y se negó a fingir venirse. Todas fingían; yo lo sabía, y no me importaba. Esta, no fingió. Me dejó hacer lo que deseaba y luego ella... me besó. Me preguntó si quería intentarlo de nuevo, pero esta vez no por negocios, no por dinero cambiando de manos. Sólo un hombre y una mujer en la cama juntos. También se quería venir, me dijo.

Fui con esto. No seguí su ejemplo, pero en lugar de tomar lo que quería, preste atención a sus señales físicas y traté de hacerla venir... Al hacerlo, descubrí un placer más profundo. Algo más caliente y más intenso que mi propio orgasmo.

Hacer a aquella acompañante –cuyo nombre nunca pregunté –sentir placer me dió algo, hizo algo en mí.

Cuando terminó la noche y la chica finalmente se fue a su casa, me senté en el balcón de mi torre de apartamentos, pensando. Reflexionando. Y decidí embarcarme en una búsqueda. En lugar de tomar el placer, lo daría. Bajo mis términos, bajo mi control. Así que le envié a la acompañante un cheque por medio millón de dólares y una nota agradeciéndole por enseñarme una valiosa lección.

Y luego conocí a Kyrie.

Había habido otras mujeres en los años entre ese primer encuentro y el envío del primer cheque a Kyrie. Pero cuando tomé mi decisión, cuando sabía sin duda alguna que tenía que hacerla mía, dejé de ver a nadie más. Corté lazos con el servicio de acompañantes. Borré todos los números de teléfono de las mujeres dispuestas y discretas que tenía a disposición. Durante un año, ni un sólo toque, ni una mirada. En el momento en que tuve a Kyrie durmiendo en el cuarto de huéspedes, estaba loco de necesidad. Había construido a Kyrie en mi cabeza. La convertí en esto... una diosa. Era la mujer que cambiaría mi vida, una mujer sin comparación.

La convertí en algo que ninguna persona podría igualar.

Y entonces... Kyrie hizo lo imposible. Ella no sólo estuvo a la altura de mis expectativas, sino que las hizo pedazos. Las desafió. Las superó y me hizo necesitarla aún más desesperadamente. Dios. Y luego le dije mi secreto, esperando que fuera el fin. Ella me había abandonado. Yo me hundí en la desesperación. Pero regresó y me empujó. Me regresó a la vida. Me sanó. Me hizo creer en el amor.

Yo le había dicho que la amaba, pero no había sabido lo que era el amor. La necesitaba. La deseaba. ¿Pero el amor? ¿Qué era eso? Yo no lo sabía.

Ella me enseñó. Aún sigue enseñándome.

Su voz en el presente me sacó de mi silencio. Me había perdido en mis pensamientos por quién sabe cuánto tiempo, con el agua de la ducha de vapor fluyendo a nuestro alrededor.

—¿Roth? —su voz era suave y vacilante. Me tendió una mano, con una invitación.

—Ven a la ducha conmigo. No tenemos que hacer nada. Sólo tienes que estar cerca de mí. Tú no tienes que hacer nada o decir algo. Sólo...estar aquí conmigo, ¿de acuerdo? —la resignación en su voz me cortó profundamente, donde me encontraba.

Le estaba fallando.

Todavía estaba en mi ropa interior, pero de todos modos ella me llevó a la ducha, y la dejó. Ajustó el agua por lo que no estaba hirviendo, y luego retrocedió bajo el chorro, frente a mí, dejando que la corriente caliente corriera por su espalda y en su pelo, aplastando los mechones rubios en el cráneo y pegándolos en su mejilla. Ella inclinó la cabeza hacia atrás y se pasó las manos por el pelo, echándolo hacia atrás, dejando correr el agua sobre su cara y en su boca. No podía apartar la mirada. Vi como ella escupió una bocanada de agua y cómo esta se fusionaba en su pecho con el riachuelo de agua de la alcachofa de la ducha. Vi como ella se retorció en su sitio, dejando que el ritmo de agua caliente golpeará sobre su piel perfecta hasta que esta fuera de color rosa. Vi como encontraba el champú, con mis ojos siguiendo sus curvas mientras se inclinaba para tomar la botella de debajo de la mesa, y como ella enjabonó el champú en el pelo.

Sentía frío, mojándome con la niebla y el vapor aún sin estar bajo el chorro caliente. Mis bóxers estaban mojados, moldeando mi piel.

La miré, pero no la toqué. Mil pensamientos hirvieron en mi mente: ¿Merecía tocarla? ¿La había violado? ¿La había violado a pesar del hecho de que ella había estado dispuesta? ¿Era posible? No tenía sentido, pero allí estaba. Me sentía como si hubiera de alguna manera violado a la mujer que amaba. Roto su confianza, lastimándola. Roto algo entre nosotros.

Y sí, sentí el estigma de lo que Gina me había hecho. La vergüenza, la impotencia. También la vergüenza, por el hecho de que incluso ahora, a través de la culpa y la confusión y el miedo, sabía que el sexo que habíamos tenido en el barco, cuando estaba en las garras de la droga, había sido el más intenso sexo salvaje que habíamos tenido. Y creo que Kyrie también lo sabía, añadiendo eso a su conflicto interno.

Pero allí estaba ella, diciéndome que me necesitaba. Diciéndome que quería mi tacto. Al vacilar, al permitir que la duda me gobernara, yo estaba dejando que Gina ganara. Me estaba rindiendo ante la debilidad, dejando que mis temores y dudas me mantuvieran paralizado.

Kyrie merecía más de mí.

Enjuagó el champú de su cabello y usó su acondicionador, luego comenzó a hacer espuma con el gel de baño en su piel. Empezó por sus hombros, bajando por los brazos y su cintura. Tragué saliva, observándola.

Su belleza sensual cortó a través de mis miedos, su flagrante necesidad de mí destrozó mi confusión, y la vulnerabilidad en sus ojos cercenó mi duda.

Ella extendió la esponja jabonosa sobre sus pechos, frotando las puntas de color rosa y deslizando sus palmas resbaladizas bajo un pecho, y luego el otro. Mi garganta hinchada se cerró y mi corazón comenzó a latir. Por primera vez en el frenesí de los días, sentí el martilleo de mi pulso, el calor en mi piel, el deseo endureciéndome y no tenía miedo de él.

Tenía que recuperar alguna semblanza en mí mismo.

Soy Valentine Roth, me dije. Tengo el control. No seré reducido a un hombre débil por gente como Gina Karahalios.

Me obligué a creerlo. Lo sentí y me aferré a la frágil malla de determinación.

Me encontré con la mirada azul pálido de los ojos de Kyrie, dejándola ver todo dentro de mí, sin ocultar el papel del conflicto, del hambre, de la necesidad, el miedo y la incertidumbre.

Todo estaba allí, pero lo tenía controlado.

Tenía que estarlo.

Apreté los puños y los solté, dejando escapar un lento suspiro. Empujé hacia abajo los empapados bóxers y les dí una patada a un lado. La tela húmeda chocó contra el muro de mármol con un golpe, colgándose allí por un momento, luego deslizándose hasta el suelo. Los ojos de Kyrie y sus fosas nasales se abrieron y ella se congeló en su lugar, con la esponja flotando en su vientre.

Di un paso hacia ella, encontrando mi voz. —No te detengas ahora, Kyrie —.Mi voz era un bajo murmullo gruñido. —Sigue lavándote para mí.

Su labio inferior temblaba y su boca se abrió ligeramente, con los ojos cargados de la misma miríada confusa de emoción que hierve en la mía. Se pasó la lengua por su labio superior, no con un movimiento seductor, sino uno de duda. Me puse a sólo pulgadas de ella y los picos de sus pechos estaban a un pelo de mi pecho. Si ella respiraba hondo, nuestra carne se uniría. Pero no lo hizo. Ella no estaba respirando, y yo tampoco.

Este era el momento que nos definiría, ambos lo sabíamos.

O bien nos reconstruiría, o nos destruiría.

Ella acarició la esponja de baño en su estómago, moviéndolo en pequeños círculos con sus ojos puestos en mí. Pude ver la esperanza florecer en las piscinas azules de su mirada, y era una flor tan delicada, tan frágil, una cosa tan pequeña, que necesitaba un toque suave para fomentarle la vida. Me trasladé por debajo de la corriente de agua y su mirada recorrió mi cuerpo, de pies a cabeza y de nuevo a mi entrepierna. Bajo su mirada, me sentí retorcerme, endurecerme, y surgir en una plena erección. Ella parpadeó con fuerza y apretó la toalla, puso una porción de gel de ducha sobre la tela blanca y la apretó y retorció.

Y luego extendió su mano hacia mí. —Creo que estoy limpia —dijo con voz trémula.

Sentí la esponja tocar mi pecho, y si yo no estaba respirando antes, toda la capacidad para respirar dejó mi cuerpo en ese instante, al sentir la esponja en mi piel y una de sus manos en mi pecho, untando el jabón a través de mi cuerpo. Su otra mano se deslizó hasta resbalar a través de la cresta de mi hombro, descansando con su pulgar cerca de mi clavícula y sus dedos en la base de mi cuello. La esponja se deslizó de mi pecho hacia mi cadera. Levantó su cabeza de nuevo, con sus ojos fijos en los míos y luego se inclinó, poco a poco, lentamente, con sus

ojos elevados hacia los míos, observando mi reacción. El agua llovía caliente, limpiando el jabón. Sus labios acariciaron mi piel y mi corazón dejó de latir. Lo sentí trastabillar en su ritmo; ella me besó de nuevo, deslizando sus labios sobre mi corazón, y éste reanudo su latir con el suave y caliente pasar de sus labios, palpitando más duro que antes. Parpadeé contra el agua en la cara y la vi besar mi pecho sobre mi corazón, una, dos, tres veces. Deslizó la esponja alrededor de mi espalda y la llevó de arriba a abajo, inclinándose contra mí y besando mi pecho, el hombro, el hueco de mi cuello. Sus besos eran lentos y cuidadosos, cambiando de mano en mano, acariciando mi espalda con el jabón, la mano y la esponja.

Mi garganta se sentía gruesa, como si un bulto duro reposara allí.

Kyrie dejó que el agua enjuagara el jabón y luego se movió detrás de mí, sentí sus pechos lisos, suaves, húmedos y firmes contra mi espalda. Su mano se movió sobre mi pecho, sobre el esternón. Me eché hacia atrás, presionando mi espalda con su parte frontal, ella respirando en mi oído, con sus labios en el cartílago mi oreja, no susurrando o besando, sólo allí, respirando, una presencia. La esponja se movió a la cadera, sobre mi vientre hacia la otra cadera.

Dios, el toque de sus labios, el calor suave de su piel contra la mía, su presencia, tranquila y reconfortante, el amor, la esperanza y la determinación que exuda de ella... Me empapé de todo esto y dejé que se extendiera como una curación que apacigua las heridas dentro de mí.

Me senté en el banco y Kyrie se movió para estar delante de mí. Mis manos se posaron en mis muslos. Pasamos un buen rato en la corriente de agua caliente, mi mirada deambulando de su cara a sus pechos y hacia abajo hasta su centro, sus muslos y la suya moviéndose sobre mí de la misma manera, como si volviera a aprender mi cuerpo, mis características, como si me viera por primera vez.

—Necesito... —comenzó Kyrie, pero no pudo terminar, con su voz fallando.

—¿Qué, Kyrie? Dime —Levanté la vista hacia ella.

—Tus manos. E-en mí. Necesito que me to-toques. Por favor. En cualquier parte. Sólo... sostenme, tócame...—Su voz agitada, entrecortada—. Por favor.

Como si su súplica fuera una llave desbloqueando grilletes invisibles alrededor de mis muñecas, mis manos se levantaron y se posaron en sus caderas. Exhaló un suspiro de alivio. Sus ojos se cerraron y pude sentirla estremecerse por completo. ¿Nervios? ¿Miedo? ¿Necesidad?

Eran los tres, lo presentía.

Deslicé mis palmas desde sus caderas hasta su cintura y descansó sus manos en mis hombros. Recorrí mis palmas a través de su espalda, corriendo el agua en su piel, saboreando el chorro en mis labios. Cerré mis ojos y me sentí avanzando. Bajando. Bajando. Mi boca separada, mis labios tocaron su piel, caliente, sedosa, húmeda, la piel de su estómago debajo de mi boca. Un beso. Su voz rasposa en un gemido entrecortado, casi un sollozo. Moví mis manos hacia abajo por su columna para sostener sus caderas una vez más y mis labios se deslizaron hacia arriba por su piel para besar sus costillas, luego entre sus perfectos senos y ahora mis manos la sostenían para mí, ahuecando su trasero. No era consciente de que la sostenía ahí, pero lo hice, en algún momento, y ella estaba inclinándose sobre mí, hacia mi beso. Masajeé el músculo y la piel de su trasero, amasando, acariciando.

Descansé mi cabeza en su estómago y dejé salir un suspiro.

—Kyrie. Dios, mi Kyrie. —Era una plegaria de alivio.

—Sí, Valentine. Tuya. Tu Kyrie.

—¿Por qué? —La besé de nuevo, justo entre sus senos, y luego levanté la mirada hacia ella. ¿Por qué?

Ella sabía lo que estaba preguntando.

—Porque me hiciste tuya. Porque quiero ser tuya. Amo saber que te pertenezco. —Acunó mi cabeza en sus manos, sus dedos curvándose en

el cabello de mi nuca, sus pulgares acariciando mis pómulos, mis orejas. Alzó mi rostro, así que estaba mirando hacia su mirada azul tormenta—. Y Valentine... eres mío. No le perteneces a ella. Me perteneces a mí. ¿No lo haces? —Eso último era partes iguales de plegaria, demanda y declaración.

—Sí... —Exhalé—. Lo soy. Completamente.

La contemplaba desde entre sus senos, y respiró profundamente, hinchando su pecho y dejándolo salir. Sus ojos permanecieron en los míos mientras ella cambiaba, giraba su torso sólo ligeramente, y ahora su pezón rozó a través de mi rostro, bajó y encajó entre mis labios. Tomé el firme pico dentro de mi boca y la saboreé, y mis ojos se cerraron, mis manos aún esparcidas en la firme y generosa nalga.

El sabor de su piel, el calor del agua, sus manos en mi rostro y mi cabello... mi universo se redujo a esas cosas.

Me rendí, dejando que mi necesidad tomara el control.

Dejando que mi amor tomara el control.

Giré, tiré de las caderas de Kyrie para sentarla en el banco y me arrodillé delante de ella. En ese momento nuestros rostros estaban al mismo nivel y ella separó sus rodillas, me colocó en la “V” entre sus muslos y envolvió sus manos alrededor de mi cuello. Me aplastó contra ella, nuestros cuerpos juntos, mis brazos fueron alrededor de su cintura, manos en su espalda, en su cabello húmedo. El agua salpicaba en nosotros, aún caliente. El tiempo fue olvidado. Todo fue olvidado mientras ella palmeaba mis mejillas y nuestros ojos se encontraron, los suyos húmedos con lágrimas, los míos indecisos y vulnerables.

Me besó. O, la besé. Ambos a la vez, quizás.

No era un beso profundo y eterno. Era un estallido de pasión, una momentánea erupción de necesidad entre nosotros. Y entonces separé mis labios de los suyos, me incliné y besé la cuesta de su seno izquierdo, y luego el derecho, después tomé su pezón entre mis labios. Sentí, más que ver, que dejó caer su cabeza, ella sostuvo mi cráneo

apretada con sus manos temblorosas, dedos estremeciéndose en mi húmedo cabello. Entonces el otro pezón, un beso reverente, la lengua deslizándose gentilmente por encima del pico. Y hacia abajo, un beso en su vientre.

—¿Roth...?

No respondí. No podía. Mi boca estaba ocupada besando, deslizando mis labios a través de su piel húmeda, besando su cadera, la línea cerca de su muslo. Los músculos de sus cuádriceps, luego dentro y alrededor de la suave piel interna. Conocía por saborear y por tocar la humedad y suavidad de su núcleo, conocía indeleblemente cada pliegue, cada milímetro de carne. Se estremeció, suspiró y dejó que sus muslos se desmoronan. Cedió.

Confianto.

¿Cómo podía aún confiar en mí? Sin embargo, lo hacía, y no lo cuestionaría.

Pero la ganaría.

Mis pulgares viajaron delicadamente desde la cima de su vagina hasta la lisa y cálida grieta de su apertura, bajo los pliegues, separándola muy suavemente.

Un beso, al principio. Sólo un beso.

Suspiró, un profundo y desesperado respiro.

—Te amo, Kyrie. —Fue un murmullo, una admisión entre dientes. A penas audible, quizás ahogada por el ruido de la ducha.

Ella lo sabía, pero tenía que mostrárselo.

Casi cayendo del banco, sosteniéndose de mi cabeza, abrió sus ojos y estiró su cuello para mirarme, una necesidad arrebatadora en su expresión.

—¿Qué dijiste, Roth?

Levanté la mirada hacia ella.

—Dije... te amo.

Parecía como si, de alguna manera, se hubiera derretido por dentro.

—Oh, Valentine. Valentine. Mi amor. —Sus ojos derramando lágrimas, ella tragando duro.

Besé su otro muslo, como lo hice con el primero, de afuera hacia adentro, mis pulgares acariciando su suave y húmeda piel. Suspiró pesadamente, inhalando y aferrándose a mí. La siguiente vez que mis labios tocaron la carne de Kyrie, se presionaron contra su entrada y mi lengua la separó y se deslizó dentro. Jadeó y saboreé su esencia. Aferré mi cabeza, mi rostro, recorrí mi lengua arriba y dentro, lamiéndola, separándola más. El mármol estaba duro debajo de mis rodillas, pero no me importaba. El agua seguía caliente, pero empezando a enfriarse. No me importaba. La saboreé, mis pulgares manteniéndola separada para mi lengua. Encontré la pequeña y dura protuberancia de su clítoris y la saboreé también, y esta vez lloriqueó, sus dedos curvándose febrilmente en mi cabello. Golpeé mi lengua contra su clítoris una vez más, y otra vez con sus caderas moviéndose al ritmo de mi lengua.

Deslicé el dedo medio de mi mano izquierda hacia la entrada de su coño y luego dentro, empujando dentro y dentro. Se inclinó hacia atrás y levantó sus caderas, expulsando un áspero aliento. Ahondé dentro de su impecable calor con un dedo, curvándolo y deslizándolo hacia fuera, luego de nuevo dentro. Su agarre en mi cabeza se apretó, y me acercó, inhalando una bocanada y dejándola salir con un gemido.

—Valentine, oh Dios. Eso se siente bien, bebé. Sigue haciéndolo.

Miré hacia ella mientras deslizaba mi lengua contra su clítoris y sus ojos se encontraron con los míos. Su mirada estaba entrecerrada, ardiente. Sostuve su mirada mientras deslizaba mi dedo anular junto con el medio y luego encontré la porción de piel arrugada y áspera contra la pared interna, acariciándola, succionando su clítoris entre mis labios.

Se resistió contra mí, gimiendo. Presioné mi cara contra su centro y la lamí en un ritmo lento, acelerando con la lengua y los dedos mientras su retorcimiento se volvía frenético, mientras sus jadeos se tornaban desesperados. Cuando su respiración entrecortada y las sacudidas de sus caderas alcanzaban un frenesí, diciéndome qué tan cerca estaba, disminuí hasta casi detenerme.

—No, no, Valentine, no pares, por favor no pares. Necesito venirme. Necesito que me hagas venir. Hazme venir, bebé, por favor.

—Te vendrás cuando esté listo para dejarte venir.

Gimió en protesta.

—Ahora. Por favor. ¡Estoy justo allí!

Pero no la dejé. Me detuve completamente, retirándome y cerrando el agua. Desdoblado una gran toalla blanca envolví a Kyrie en ella, levantándola en mis brazos, y llevándola a la cama. La coloqué suavemente y utilicé el exceso de tela para secarla de pies a cabeza. Su piel estaba colorada, sus mejillas enrojecidas, su pecho levantándose y cayendo rápidamente, sus rodillas presionadas juntas. Sus ojos estaban muy abiertos, tiernos, vulnerables y desesperados. Arqueó su espalda fuera de la cama, frotando sus muslos juntos. Me buscó, sentándose.

—Te necesito —murmuró.

—También te necesito —respondí—. Más de lo que podrías imaginarte.

Kyrie se quitó la toalla de debajo de ella y me la entregó, observando mientras me secaba y luego la tiraba a un lado. Me arrastré sobre la cama, raspando mis manos a través de sus senos y hacia su vientre, para luego agarrar sus muslos. Dejó salir un suspiro, separando sus muslos para mí. Trató de alcanzarme, deslizando sus dedos en el cabello húmedo encima de mi oreja.

Cuando moví mi cara más cerca de su centro, negó con un gesto.

—No, Valentine. No más de eso. Por favor. Sólo hazme el amor.

Me detuve, dudando y ella se inclinó hacia adelante, tomando mi rostro en sus manos. Tiró de mí con suavidad, pero con insistencia, hasta que me moví hacia arriba, inclinándome sobre ella.

—No me quieres...

No me dejó terminar, sus palmas aún en mi cara.

—No. No necesito eso. Todo lo que necesito es a ti. Sólo nos necesito.

Todo lo que pude hacer fue besarla. No era sólo un beso, sin embargo. Era más. Era una plegaria. Una admisión de necesidad, una declaración de amor.

Cuando vives con alguien, su relación inevitablemente deja atrás la etapa exploratoria de luna de miel donde cada toque y beso es nuevo y emocionante. Se vuelve más intenso en algunas formas, sin embargo. La novedad cae, reemplazado por la familiaridad. Sabes cómo ella responderá. Sabes, sólo por la forma en que te mira, que te quiere. No necesitas la concentración, el beso que se mueve en la desesperación, el deslizamiento de la palma sobre la piel que se convierte en una caricia y luego en remover la ropa frenéticamente. No siempre necesitas el juego previo. Se miran el uno al otro, y lo sabes. Simplemente lo sabes. Llegan el uno al otro y se fusionan. El ritmo es instintivo. Respiras en sincronía. Sus caderas se encuentran, manos encuentran la piel, frentes juntas, ojos pestañeando y destellando, bloqueados. Te deslizas dentro de ella. No necesitas mirar o guiarte dentro, sólo encajas. Coinciden. Ella levanta las caderas lo justo, y te encuentras allí y ella deja salir un dulce suspiro de amor mientras la llenas, y luego todo cae, encuentras tu ritmo, terminan juntos y no necesitas decir ni una palabra.

Kyrie y yo tenemos eso. Meses de viajar por el mundo juntos nos dio el tipo de intimidad y familiaridad uno con otro que normalmente toma años desarrollar. Conozco sus reacciones; sé sólo por las expresiones en su rostro cuando me necesita. Hacemos el amor en silencio la mayoría del tiempo. No palabras, no maldiciones frenéticas. Sólo cuerpos moviéndose en perfecta sincronía.

Pienso que su momento favorito, sin embargo, es el momento cuando la tomaba exactamente de la forma en que quería, cuando no le preguntaba qué quería, cuando no era dulce, o tierno o considerado. Cuando yo simplemente la tomaba. Ella amaba esos momentos. Florecía en esos momentos, cobraba vida, respondía con fervor. No sólo tomaba lo que le daba, o mejor dicho, sucumbía a lo que le daba; si no que me presionaba, demandando más, las llamas de fiera sexualidad avivándose más y más.

Ella necesitaba eso ahora.

La oscuridad cayó alrededor de nosotros, los sonidos de la ciudad vigilante fuerte al otro lado de la ventana. Ambos necesitamos saber, a pesar de todo el infierno que hemos pasado, a pesar de todo lo que aún viene, que Kyrie es mía, y yo soy suyo, y que nos tendremos el uno al otro y estamos bien.

Así que la besé. Para reclamarnos.

La besé y saboreé el miedo en sus labios, saboreé las lágrimas e inhalé las torturantes dudas. La besé, y no era un beso dulce. No era un beso que quemaba lento. Era abrazador y demandante. Dejé que la determinación desesperada me saturara, dejé que la necesidad en mis huesos de retomar el control sangrara fuera y sabía que ella lo probaba de mí, lo sentía, lo respiraba.

Me encontraba acostado en mi espalda y ella estaba en su costado a mi lado, sus senos aplastados en mis costillas y su boca demandando en la mía. Le di todo de mí en el beso, dejé mis manos atrapar su cabello, agarrar su cráneo y presionarla más cerca, presionarla en el beso, el beso... se expandió y profundizó y desarrolló, quebrándose en millones de pedazos brillantes, ninguno de nosotros respirando, sin necesitarlo todavía, necesitando sólo el beso, nuestros labios, nuestras bocas, nuestros latidos y nuestras manos. Su palma viajando a través de mi pecho, bajando por mi cintura; nunca antes había sentido el dolor por el toque, sentido la carga de necesitarla tan ferozmente. Sólo podía besarla y tragarme mis miedos, ahogar mis pesadillas en la dulzura de

sus labios y el influjo de su aliento en mi boca mientras ambos rompíamos a jadear, parpadear y aferrarnos el uno al otro.

La ciudad fuera de nuestra torre era silenciosa, olvidada. Callada.

Estrellas, átomos, dolor, órbitas, políticas, enemigos... todos se desvaneció en la nada.

Aquí sólo estaba Kyrie. Únicamente su boca devorando la mía, su cabello cayendo alrededor de mi cara, haciendo cosquillas en mis pómulos y agrupándose en la almohada.

Tenía que sostenerla. Mis manos hambrientas por ella. Encontré su piel, acariciando mi toque a través de su columna vertebral, alrededor de sus hombros, bajando a su cintura y los bordes de sus costillas reforzados por piel exuberante. Ahuequé mi palma alrededor de su cadera, acariciando su trasero, su muslo, su brazo y su mano en mi mejilla, el beso tropezando y disparándose, estallando en algo más allá de un beso, cambiando de la luz de las estrellas a nova, de una explosión incendiaria a una detonación atómica.

Ella también estaba tocándome, sus dedos necesitados trazando mis bíceps, mi pecho, el arco de mi cadera y descendiendo a mis piernas, el vello en mi muslo y la porción rizada de cabello alrededor de mi polla, ahora su mano envuelta a mi alrededor en una lenta y vacilante caricia. Di un grito ahogado, rompiendo el beso, mi corazón martilleando por la sensación de su mano en mí.

Entonces una caricia, dulce y ligero rose descendente avivando el fuego en mi vientre. El frenesí de mis latidos volviéndose un trueno en el tímpano, sus dientes tirando de mi labio inferior y su rodilla deslizándose sobre mi muslo.

Esto era algo feroz pero frágil entre nosotros.

La mano de Kyrie abandonó mi polla, su rodilla presionó en el colchón al otro lado de mi cuerpo y la “V” de sus muslos extendidos acunó mi cintura. Se encontraba encima de mí, y yo jadeaba y entraba en pánico, al instante débil y sin aliento, desesperado, puños en la sábana y los ojos apretados.

—Respira, Roth... respira para mí. Vamos, nene. Está bien. Soy yo. Soy yo. Mírame, nene. Mírame. ¿Puedes abrir tus ojos? —Escuchaba su voz, pero todo lo que podía sentir era el peso de Gina sobre mí, todo lo que podía sentir era la impotencia, encadenado para su placer, a merced de una mujer que no tenía ninguna misericordia.

Unas palmas en mis mejillas, unos dedos pulgares debajo de mis ojos, acariciándome suavemente. Unos labios en mi pómulo, mi mandíbula. —Soy yo, Valentine. Es Kyrie. Abre tus ojos y mírame. Mírame.

Escuché su voz. Sabía que era Kyrie. Pero el pánico no me permitió responder.

Luché contra él.

Soy Valentine Roth, y tengo el control.

Sacudiéndome todo, temblando, jadeando entrecortadamente, obligué a mis ojos a que se abrieran. Viendo la visión inestable y vacilante de la belleza perfecta de Kyrie St. Claire. No Gina. El peso de su cuerpo encima de mí era familiar, hermoso. Tenía el cabello rubio, grueso y todavía húmedo, colgando a un lado. Sus ojos eran azules de un cerúleo profundo, cariñosos y preocupados. Ésta era Kyrie. Mi Kyrie. Me obligué a mirarla fijamente, a asimilar su belleza, a empaparme de la realidad de que ella se encontraba aquí conmigo. Dejé que su presencia me penetrara, dejé que la verdad del ahora reemplazara el temor de lo que había sido.

Obligué a mis puños a que se abrieran y soltaran las sábanas, Kyrie tomó una de mis manos entre las suyas, pasando los dedos de su mano derecha por mi mano izquierda, el dorso de mi mano contra la almohada en mi cabeza, su peso descansando en nuestras manos unidas. Y entonces su mano izquierda se fusionó con mi derecha y se estaba inclinando sobre mí, una cortina de cabello bloqueando el mundo.

—¿Me ves, amor? —Su voz era tan pequeña, diminuta pero insistente.

—Te veo.

—¿Me reconoces? Soy yo.

Todavía me era difícil respirar. No podía apartar la mirada. No me atrevía. El océano infinito azul de su mirada me sostenía, y de buen grado me dejé ahogar en él.

—No apartes la mirada de mí. —Levantó sus rodillas, sus espinillas contra el colchón, sus tobillos bajo su culo.

—Nunca. —Sentí que mi pulso dubitativo se convertía en golpes de martilleo mientras elevaba sus caderas.

Se retorció sobre mí, deslizando su núcleo por encima de mi polla endurecida. Sostuvo mi mirada, moviendo su cuerpo en un ritmo sinuoso, llevándome a tener una erección furiosa con el deslizamiento lento y húmedo de su sexo. No podía respirar y no necesitaba hacerlo, porque me estaba besando y me daba su aliento.

—¿Preparado, mi amor? —Se quedó quieta, cerniéndose sobre mí, la punta de mi pene encontrando los labios de su coño.

—Sí... sí.

—Mírame, amor. —Sus cejas enarcadas hacia abajo, y su boca abierta.

—Lo hago. —La miré, mis manos enredadas en las suyas, sus senos sacudiéndose por lo que sus pezones rozaban mi pecho.

—Te amo —dijo.

Fue un momento congelado en el tiempo, la pausa momentánea antes de unirnos, antes de que nuestros cuerpos se fusionaran, sus ojos en los míos, el sonido de su voz resonando en mis oídos. Y luego, antes de que pudiera responder, antes de que pudiera citar a las tres sílabas turbulentas en mi interior, ella se empaló a sí misma.

Kyrie agachó su cabeza y bajó su columna vertebral, dejando escapar un gemido entrecortado y moviendo sus caderas contra las mías, enterrándose muy pero muy profundo dentro de su calor resbaladizo celestial.

Dejé que se moviera. La dejé deslizarse, acariciarse, gemir, moverse y agitarse. Sostuve sus manos y miré fijamente sus azules ojos, y no me atreví ni siquiera a respirar. Ella se sacudió y luchó por respirar. Se estremeció, cerniéndose sobre mí, mi pene casi dilatado, sus ojos pesados y perforando los míos, exigiendo que la viera, que la viera, que la sintiera, que sintiera las grietas entre nosotros llenándose, que sintiera la conexión rota uniéndonos y reparándonos.

Vi.

Sentí.

Pero no me podía mover. No de esta manera. No con ella encima de mí. Era una guerra en mi interior. La parte herida de mi psique se negaba a ser enterrada, se negaba a ser ignorada, y esto, sujetado por la mujer que amaba, esto no estaba bien. No lo había superado, no estaba curado, y fingir no iba a funcionar.

Yo era un hombre que se encontraba en control. De mí mismo, de mi entorno, de los que había contratado. De mi vida, de mis emociones, de mis reacciones. No permitía que nada en mi vida pusiera en peligro mi control. Me negaba. Durante diez años, me negué. Y entonces llevé a Kyrie a mi casa, la metí en mi torre y la dejé entrar en mi vida. Ese fue el principio del fin de mi control. Ella tenía una forma de desparasitarse bajo mi control, moviéndose en cada grieta de mi vida, de mi alma, de mi mente, y tomando el mando. Mi control, en cuanto a Kyrie se refería, era inexistente.

Haber sido rehén de Gina, habiéndome sido arrebatado cada pedazo de control, eso había dejado una cicatriz más profunda de lo que quería examinar. No solamente mental, emocional o sexual, sino en todos los aspectos de mi vida. De mi sentido de mí mismo.

Tenía que recuperarlo, pero no sabía cómo.

Kyrie era una mujer que nunca debería estar triste. Que nunca debería sentir dolor. Ningún dolor, o encontrarse sola, o con miedo. Era demasiado hermosa, demasiado perfecta, demasiado viva, fuerte y maravillosa para tal negatividad. La vida engendraba dolor. Vivir, si lo

hacías correctamente, te dejaba vulnerable al dolor. Había pasado diez años sin vivir. Vivo, pero moviéndome por la vida vacío de vitalidad, lleno de propósito, pero carente de esa chispa que hace que la vida valga la pena vivirla. Kyrie me había dado eso, y ahora veía su propia chispa consumiéndose, oscureciéndose, humedeciéndose y apisonándose.

No podía dejar que eso se interpusiera.

Le debía más que eso.

Podría fomentar la chispa dentro de ella. Ventilarla en llamas, y calentarme con su calor.

A veces, creo que, cuando no se sabe cómo dar un paso más por ti mismo, tienes que centrarte en alguien más, y dar el paso por ellos. Vivir por ellos. Ser fuerte por ellos, incluso cuando tienes tanto dentro de ti mismo necesitando ser curado.

Kyrie se derrumbó hacia delante, enterró su cara en mi cuello, sus manos atrapadas entre nuestros pechos, su palma sobre el latido de mi corazón, y sollozó, todo su cuerpo convulsionándose mientras llegaba al clímax. —Valentine... Por favor.... —Entonces perdió su voz, asfixiándose y jadeando. Sus caderas se dirigieron hacia abajo, y luego se lanzó hacia delante, vaciló, agitó sus caderas muy suavemente, y luego cayó con fuerza, chillando en mi cuello—. Dios, oh Dios, oh Dios, Valentine, mierda, te necesito. Te necesito. Cariño, por favor, por favor, te necesito.

Deslicé mis manos por su espalda, cerré los ojos y respiré llenándome del aroma de su piel y de la humedad, del olor limpio del champú de su cabello. Asimilé el aroma de Kyrie, llené mis manos con las curvas de su culo. La aspiré, acaricié su carne, la sentí estremeciéndose encima de mí, escuché la súplica y sentí que la parálisis se rompía.

Me lancé hacia arriba para sentarme, Kyrie todavía empalada en mí, y envolví mis brazos alrededor de su cuello, mordiendo el hueco situado en la base de su garganta, en la extensión frágil de su cuello. Kyrie gimió, se abrazó a mí, deslizó sus brazos alrededor de mi cuello y me

acercó más de forma aplastante mientras nos obligaba a girar y a deslizarnos hasta el borde de la cama. Se quedó sin aliento ante la sorpresa cuando me puse de pie, ahuecando mis manos por debajo de su culo, soportando su peso perfecto con mis manos y con la tensión de nuestros cuerpos unidos. Conmigo de pie, con sus piernas envueltas alrededor de mi cintura, sus brazos a mi alrededor, su cara hundida en mi garganta, besando, chupando, mordiendo.

Sentí el apretón de su coño a mí alrededor y gocé de la contracción pulsante de los músculos llegando al clímax. Tenía que moverme. Tenía que llenarme, y retirarme. Tenía que abrazarla, como si fusionara cada centímetro de nuestro cuerpo, cada átomo y molécula de nuestro ser.

—Kyrie... —Levanté mis caderas contra las suyas y sentí que se empezaba mover conmigo, un movimiento vibrador de su cuerpo debajo del mío, encontrando mi estocada con un movimiento lento hacia abajo suyo.

—Valentine. Dios, sí. Así.

—Te amo, Kyrie. Te amo. —El calor se hinchó en mi interior, una ola creciente de necesidad ardiente difundiéndose a través de mí, volviéndome a la vida desde los dedos de mis pies hasta los dedos de mis manos, desde el cuero cabelludo hasta mis suelas, desde mi alma hasta la mente y al corazón, todo mi ser quemándose mientras encontrábamos un ritmo mutuo, juntos—. ¿Sientes esto? ¿Sientes cómo encajamos?

—¡Sí! —Jadeó, sollozó, levantando la cara de mi cuello y mirándome fijamente con sus ojos húmedos y enrojecidos. Su cabello se encontraba despeinado, húmedo y enredado, su piel húmeda por la ducha.

Para mí nunca había estado más hermosa, que en este momento.

Ahuequé la piel pálida y los músculos de su culo, lo levanté y luego la empujó hacia abajo sobre mí, mientras daba estocadas con todo el poder de mi cuerpo. Gritó en silencio, inclinando su cabeza y moviéndose contra mí.

Un rayo de luz de la luna brilló a través de la puerta abierta y se reflejó en el espejo del armario. Kyrie rodó sus caderas contra mí mientras yo cruzaba la habitación y me dirigía hacia el armario. Gimió entrecortadamente al tiempo que la dejaba en el suelo y salía de ella.

—¿Qué... qué estás, qué estás haciendo? —demandó saber. La agarré por los hombros y la giré en el lugar para que enfrentara los tres espejos—. Oh.

—Mírate, Kyrie. Mira lo hermosa que eres. Míranos juntos. Obsérvanos —le dije—. No mires hacia otro lado.

Deslicé mis manos sobre sus pechos, cubriéndolos, levantándolos, amasando su plenitud. Pellizqué sus pezones con el pulgar y el dedo índice de cada mano, haciendo rodar sus brotes duros, rosados y delicados hasta que jadeó. Tomé una de sus manos en las mías y moví nuestros dedos unidos hacia abajo, y más abajo, entre sus muslos.

—Déjame verte tocándote, querida. Déjame ver que coloques tus dedos en tu coño —le gruñí al oído, deslizando mi dedo medio y el de ella en su apertura—. Déjame ver mientras haces que tus dedos se mojen.

Kyrie contuvo el aliento con fuerza mientras nuestros dedos se deslizaban en su coño y curvé mis dedos hacia adentro, rozando lo alto de su pared interior, buscando ese lugar y guiándola para que lo toque.

—Así, Kyrie. Sigue tocándote. No te detengas. —Retiré mis dedos y observé mientras se frotaba a sí misma—. Quiero verte correr, de esta forma. Córrete para mí, Kyrie. Hazte venir a ti misma.

Presioné dos dedos en su clítoris y la masajeeé en un círculo lento y suave y sentí que sus caderas se movían, un ligero aleteo que coincidía con mi toque circular. Su boca se abrió y sus ojos se agrandaron, aceleré, haciendo una pausa de vez en cuando para pellizcar su clítoris entre mis dedos, para hacerlo chasquear, para frotarlo, luego me moví en círculos cada vez más rápidos alrededor de él. Extendió su mano libre para agarrarse de mi cabeza, sus ojos no se hallaban en los míos en el espejo, sino en nuestras manos moviéndose en su sexo, en la forma en la que sus caderas comenzaron a moverse y a girar. Sus tetas

empezaron a balancearse y a rebotar al tiempo que sus movimientos se hicieron cada vez más frenéticos, sus muslos temblando, sus piernas abriéndose mucho más.

—Coloca dos dedos más en tu interior, Kyrie —ordené, mis labios moviéndose contra su oreja—. Fóllate con tus dedos, mi amor. Déjame verte hacer eso.

—Oh, oh... ooh, Dios, Valentine. —Metió sus dedos índice y anular en su interior, sus dedos se curvaron para frotarse contra su punto G—. Estoy cerca, estoy tan cerca.

—¿Estás viendo? —exigí saber.

—Sí... sí, lo estoy viendo.

Sus rodillas comenzaron a cerrarse a medida que movía más y más rápido alrededor de su clítoris y sus tres dedos follaban con más y más fuerza en su interior, sus ojos comenzaron a revolotear, su respiración era poco profunda y áspera.

—Me estoy corriendo, Valentine, oh... Jesús, me estoy corriendo —se interrumpió, con sus dientes apretados, todo su cuerpo agotándose y ahora gritaba con los dientes apretados mientras un orgasmo la atravesaba.

Entonces me puse de rodillas, saqué mis dedos de su clítoris y agarré sus caderas, tiré de su culo hacia atrás. Plantó su palma en el espejo, sus ojos deslizándose de golpe hacia los míos. Sacudiéndose por completo, todavía tensa y gimiendo por las réplicas, se inclinó hacia delante, abriéndose para mí. Agarré mi polla en una mano y la arrastré por su clítoris, empujando hasta que se balanceó con un gemido.

—Dentro de mí... te necesito dentro de mí, Valentine.

—Necesitas mi polla ¿no es cierto?

—Así es, Dios, Valentine, la necesito muchísimo.

Coloqué la punta de mi polla entre sus labios vaginales resbaladizos y la dirigí hacia su apertura apretada y mojada, gruñendo mientras sentía a sus paredes internas todavía temblando, apretándose inmediatamente a mí alrededor. Desnudo dentro de ella, con nuestros ojos fijos en el reflejo del espejo, me empujé profundamente en su interior, hasta que mi estómago encontró la extensión sólida y redonda de su culo.

—Ohhhhh... sí, sí, cariño, ¡SÍ! —jadeó, levantando la voz a un grito mientras retrocedía y embestía de nuevo en ella.

—Te gusta eso, ¿verdad, Kyrie? —Agarré el pliegue de sus caderas en mis manos mientras sacaba tanto mi palpitante polla que casi perdía su calor, y luego metía a su culo en mi estocada, gruñendo de placer cuando el generoso montón de carne se movió.

—Me encanta... joder, lo necesito.

—Lo necesitas, ¿verdad? —Salí de nuevo y me hundí profundamente, con fuerza.

—¡SÍ! Lo necesito con tantas ganas. —Cerró sus ojos brevemente mientras establecía mi ritmo favorito, saliéndome lentamente y follándola con fuerza y rápido—. Te necesito... a ti, necesito esto... mierda, oh Dios eso se siente tan bien, nos necesito.

Con una mano plana contra el espejo para apuntalarse a sí misma, se inclinó casi el doble, sus tetas balanceándose y rebotando con cada choque de nuestros cuerpos, abrió sus ojos tanto como pudo y mantuvo su mirada fija en la mía.

—Tócate, Kyrie. En este momento, mientras te estoy follando, toca tu clítoris. Hazte venir de nuevo.

Vi como ella deslizaba la otra mano entre sus muslos y colocaba dos dedos en su clítoris, capturando su labio entre los dientes e inmediatamente encontrando el ritmo que necesitaba.

Y ahora, sus dedos moviéndose en sincronía con el ritmo de mis caderas que la conducían, sus cejas se bajaron y su respiración se hizo

más y más rápida, comenzó a empujarse de nuevo hacia mí, golpeando su culo contra mis embestidas, con más y más fuerza. Bajó su mirada de golpe y luego la llevó hacia un lado, mirándonos de perfil en el espejo lateral. Me observé en el espejo del lado opuesto, y ahora los dos mirábamos, veía a mi polla gruesa y húmeda saliendo de su coño y luego enterrándose en su cuerpo, observando todo su cuerpo de roca hacia adelante con el poder de mi empuje, sus tetas balanceándose hacia adelante, mis bolas golpeando contra su corrupción.

Entonces sus dedos se movieron de una forma borrosa y sentí que su coño se cerraba, sentí su cuerpo enroscándose y tensándose mientras se preparaba para correrse. Tan pronto como sentí que empezaba a correrse, le di una palmada en el culo con fuerza, sincronizando la grieta de mi mano en su piel con una follada guiada e implacable

—¡Oh mi jodido DIOS! —gritó Kyrie ante el golpe, arqueó su espalda hacia arriba, retorciéndose mientras la perforaba, cediendo ante mi propio impulso ascendente de terminar.

—Ese no es mi nombre —gruñí.

—Oh... ¿oh mi jodido Valentine? —Fue en parte una declaración y en parte una pregunta, sin aliento mientras se corría.

—Eso está mejor. —La empujé hacia atrás con mis embestidas, nuestros ojos reunidos en el espejo central—. ¿Esto es lo que querías? ¿Lo es, amor? ¿Quieres que hable contigo? ¿Qué te diga lo bien que te sientes? ¿Quieres que te diga lo perfecto que se siente tu pequeño coño dulce cuando aprieta mi polla de esta forma? ¿Quieres que te diga lo mucho que amo follarte? No puedo vivir sin esto. No puedo, querida. No lo haré.

—No tienes que hacerlo. Sigue follándome, Valentine. Por favor. Por favor sigue follándome. Justo así. Fóllame siempre. Fóllame hasta que ruegue que pares.

—¿Lo harías? ¿Rogarías que me detenga?

—Jamás. Solo te rogaría que me dieras más. —Ahora colocó ambas de sus manos en el espejo y se presionó hacia atrás para encontrar mis embestidas, para follarme en respuesta—. Justo así, Valentine. No pares nunca.

—No lo haré. Te lo prometo. Te amo demasiado. Amo esto demasiado.

—Tú, mierda, Valentine, eres tan grande. Tan grande que casi duele. Sin embargo me duele de una forma buena. —Se quedó sin aliento y comenzó de nuevo—. ¿Recuerdas la última vez que me follaste en este armario?

Un destello de memoria me atravesó mientras me acercaba al clímax: Kyrie, inclinada contra el espejo, con las manos en el cristal, los pies separados al igual que ahora, un vibrador en su culo, su culo amplio y redondo balanceándose y rebotando mientras la follaba más y más duro, sus gritos llenando la habitación, enredándose con mis propios gruñidos.

—Dios, eso fue increíble —dije.

—Sí, lo fue —estuvo de acuerdo—. Pero... esto... esto es mejor. —Encontró mi ritmo, y sentí que perdía el control, moviéndome con dureza y profundidad, rodó sus caderas contra mí, sus ojos penetrando los míos—. Quiero sentir que te corres, Valentine. Córrete para mí bebé. En este momento, cariño.

El calor me atravesó, la presión en mis bolas tensándose y apretándose hasta que me encontré gruñendo y gimiendo, mis caderas al ras contra su culo, mi pene enterrado profundamente y empujándose para ir más profundo.

—Me estoy corriendo, Kyrie. —Me salí, al borde de la detonación, y luego entré de golpe en mi hogar—. Kyrie... Dios, mi amor... me estoy... me estoy corriendo —se sacudió conmigo mientras yo explotaba en su interior, gritando mientras terminaba—. Eres mi todo... —jadeé, gimiendo mientras otra ola de mi semilla salía de mí y la llenaba—.

Esto es... todo. Oh mi Dios, Kyrie... te amo tanto... Te necesito... Te amo...

Sus ojos vacilaron con la intensidad del momento, nuestras miradas fijas mientras me empujaba una última vez, desencadenando una explosión final al entrar en su interior. —Te amo, Valentine.

Entonces nos quedamos quietos, mi pene todavía sepultado en su interior, los dos temblando. Me salí y se enderezó, retorciéndose en mis brazos. Nuestras bocas chocaron, los brazos, manos y piernas temblando, nuestros corazones latiendo en un frenesí mutuo, nuestras lenguas enredándose. Nos separamos, jadeando, y Kyrie tomó mi mano y me llevó a la habitación. La solté al tiempo que se arrastraba para subirse en la cama, su culo agitándose de lado a lado con un dominio sofocante, y a pesar de que acababa de correrme, me estaba retorciendo con una necesidad renovada. Se dio la vuelta para yacer sobre su espalda, con las rodillas levantadas, y sus muslos entreabiertos.

—Dios, eres tan hermosa —murmuré—. Tan hermosa. Y toda mía.

—Dilo otra vez, cariño. Dime que soy tuya.

Me coloqué a los pies de la cama, asimilando su belleza, poniéndome duro con una erección mientras la miraba fijamente. —Eres mía, Kyrie.

—Sí. Soy tuya. —Extendió su mano—. Ven aquí, Valentine.

Lleno

Valentine subió a la cama y se arrodilló entre mis piernas. Atraje mis talones al ras con mis muslos, abriéndome para él, mirando hacia él. Su piel se revistió con una capa de sudor, tensando sus abdominales con cada ráfaga de respiración que tomaba. Sus grandes, fuertes y suaves manos descansaban en sus rodillas y su cabello rubio estaba húmedo y enredado, su barba era espesa.

Con la barba se parecía aún más a un dios nórdico, 1.82 m de alto, cuatro pulgadas de músculo tonificado y piel bronceada. A pesar de que durante los meses que transcurrieron de nuestra gira mundial, había adquirido algo de peso y perdido un poco de su perfecto y cuidadosamente perfeccionado físico, por no tener acceso regular a un gimnasio. Me gustaba más de esa manera, sin embargo. El cabello despeinado y demasiado largo que colgaba suelto sobre sus hombros, con la barba sin recortar le daba un aspecto aún más robusto y la pérdida de tono lo hizo aún más suave para acurrucarse contra él, además de hacerlo parecer aún más grande.

Aún era un enorme, rasgado y voluminoso hombre, pero uno menos perfectamente presentado. Más un hombre real con defectos que vive y respira que un modelo pulido y meticulosamente esculpido de belleza masculina.

Ahora, desnudo, sudoroso, respirando con dificultad, su pene creciendo enorme y duro, aún reluciendo con la esencia de nuestra vida sexual, él era un tipo diferente de perfección. La evidente emoción en sus ojos, la manera en que se pasó la mano por su desordenado cabello con descuidada modestia, la forma en que me miró como si nada ni nadie más existiera... hizo que mi corazón se derritiera.

Todavía no estaba completamente bien. No lo estaría por un tiempo, no lo creía. Pero estaba aquí. Estaba conmigo. Me amaba.

“Bien” era un término relativo y a menudo, sin sentido, el cual estaba aprendiendo. ¿Había estado bien durante los años que siguieron a la

muerte de papá? Realmente no. Había sido la cosa más lejana de estar bien, el día en que entré a las oscuridad de mi departamento, vacío y frío con un puñado de facturas vencidas y un misterioso cheque.

¿Estaba bien ahora? No realmente. Nada fue resuelto. Había visto cosas que nunca olvidaría, cosas con las que había soñado, pesadillas que me habían hecho despertar gritando. Pero tenía a Valentine, y se negaba como yo, dejarlo enterrado. Había empujado a través de sus dudas y temores, se negó a sucumbir. Había tomado devuelta la parte de sí mismo de la que estaba preocupado haber perdido.

—Kirie. —Su voz era baja, el redoble de un trueno distante en la oscuridad.

—Ámame, Valentine. Sólo... ámame. —Lo alcancé, envolví mis dedos alrededor de su grueso pene, froté el pulgar sobre su ancha cabeza y lo acaricié hasta que se empujaba contra mi toque.

Lo atraje hacía mí en un empuje suave. Me dejó guiarlo, arrastrando los pies hasta sus rodillas, hasta que pude alimentar con su masiva erección mi interior. Se lanzó hacia delante, llenándome, y peleé con el impulso de cerrar los ojos, teniendo la necesidad en su lugar ver en él, para conocer cada expresión y reacción. Atrapó mis talones con sus manos y los levantó, encajando mis pies bajo sus axilas, las manos apoyadas en mis espinillas.

Después, un empuje, lento y suave, un largo deslizamiento para llevar nuestros cuerpos al ras. Otro. Un tercero, y luego él se movía en mi interior aumentando la velocidad... sentí su enorme dureza en mi interior, llenándome, estirándome y mantuve mis ojos en él, observando sus músculos tensarse, flexionarse y luego aflojarse, viendo su vientre apretarse mientras empuja, observando sus expresiones cambiantes: de necesidad, hambre salvaje, de concentración, de deseo, de apreciación, de lujuria, de amor. Iba lento, frenando. Me mantuve quieta y deje que se moviera por los dos.

Estaba silencioso, excepto por los sonidos de fondo de Manhattan, un disturbio de sonidos que ni siquiera había registrado. Sólo nosotros,

juntos. Él, respirando y moviéndose, el sonido húmedo de nuestro sexo, sus encapuchados ojos fijos en mí, moviéndose de mis ojos al lugar donde estábamos unidos, viéndose así mismo mientras se desliza en mi interior. Tiré hacia atrás, deslizándome. Deslicé mis talones sobre sus hombros, instándolo más cerca, usé la fuerza de mis piernas para tirar de él hasta que se inclinaba sobre mí.

Me gruñó y se inclinó sobre mí, sin dejarme otra opción más que enroscarme en mí misma, o soltar mi agarre en él con mis piernas. Lo liberé y dejé que mis piernas cayeran en la cama, se inclinó hacia atrás, enterrándose totalmente dentro de mí. Las palmas de sus manos patinaban sobre mis muslos, a través de la longitud de mis piernas y de regreso, suavizando a lo largo de mis pantorrillas y la parte tierna de mis rodillas, luego las parte posterior de mis muslos. No estaba empujando, se mantenía inmóvil, retrocediendo al impulso de llegar al clímax.

Envolvió sus manos en la parte posterior de mis rodillas, sosteniendo allí, con las rodillas ligeramente dobladas y los pies planos sobre la cama, lo observaba, vi la determinación en sus ojos.

Aspiré una bocanada de aire mientras la sacaba con insoportable lentitud, después agitó la punta de su pene en mi clítoris, frotándose contra mí de una manera que envió ondas tan calientes y abrasadoras como el sol a través de mí, haciéndome curvar hacia delante y levantar mis caderas de la cama.

—Oh dios, Valentine. Yo—Yo voy a...

—¿Qué Kyrie? ¿Vas a qué?

—Venirme

—Bueno. Vente para mí, amor.

Tomó su gran eje en un puño y frotó su cabeza en mi palpitante clítoris, frotando en lentos círculos contundentes. —Vente para mí, Kyrie. Vente... ahora... mismo.

Me vine. No tuve elección. El bajo gruñido de su orden, la sensación de tenerlo en contra de mí pequeño bulto sensible de nervios, la expresión

de su cara, la necesidad de que estuviera en control... me poseía. Me ordenó, y yo obedecí. Me vine con fuerza retorciéndome en la cama y en ese momento empujó dentro de mí, forzándome en un grito mientras mi tenso y apretado coño fue abierto y llenado por él.

—Oh, mierda, Kyrie. Joder, te sientes tan bien. Tan jodidamente bien.
—Se retiró lentamente y se empujó duro nuevamente, en la manera en que le gusta hacer y grité de nuevo, mi clímax quemando más y más caliente dentro de mí... no me dejó otra opción más que follar contra él y gritar, gritar y gritar, mientras se movía dentro de mí. —Tan apretada. Tan perfectamente apretada a mí alrededor.

—Por favor, Valentine... por favor vente con... conmigo, —le suplique.

Gimió y cayó hacia delante. Envolví mis piernas en su cintura y mis brazos en su cuello, sosteniendo su nuca con una mano y su cabeza con otra, agarrándolo contra mí y meciéndome con sus embestidas. Y entonces sin previo aviso, nos di la vuelta de manera que estaba sobre él, sentada a horcajadas. Se puso tenso, sus ojos parpadearon abiertos y lo vi luchar contra el recuerdo de ser inmovilizado en esta posición. Bajé la vista hacia él, sacudí mis caderas y molí mi trasero contra él, enterrándolo más profundo.

—Siénteme, Valentine, —le susurre—. ¿Sientes eso?

Levanté mis caderas hasta que se encontraba completamente libre de mi cuerpo, apoyando mi peso con una mano sobre su pecho. Sus ojos se movieron, buscando los míos, sus manos estaban empuñando las sabanas. Lo metí en mi entrada y poco a poco me deslicé alrededor de él, gimiendo un suspiro mientras me llena, sintiendo cada pulgada de su polla gruesa y dura.

—Te siento, Kyrie, —gruñó, y sus caderas se movieron, empujándose así mismo en mí.

Me retorcí contra él, posicionándolo más profundamente, luego me levanté, revoloteando mi cadera en horizontal sobre su punta que apenas y estaba en mi interior, burlándome de él, desafiándolo a moverse más, más duro, a tomar esto, a tomarme.

Lo sentí romperse con el dolor y el miedo que viene con la posición a horcajadas y comenzó a follarme en serio. Para sí mismo ahora, en lugar de para mí. Aún estaba enloquecida por las secuelas de mi orgasmo y cada embestida me hizo jadear y chillar, causando que involuntariamente me empuje contra él, reuniéndome con cada uno de sus empujes. Después su forma de follar se volvió salvaje. Levantó mi pecho hacia su cara y chupó mi pezón entre sus dientes, sus caderas volviéndose más fuertes y rápidas, implacables y enloquecidas.

Succionó mi teta y me cogió duro, lo sostuve contra mí, agarrándolo con mis piernas y lo tomé todo. Amándolo todo. Quería sentirlo venir sobre mí, alrededor de mí y en mi interior. Quería sentirlo tomar su placer y ordeñarlo todo de él.

—Kyrie, estoy allí. Me estoy viniendo, Kyrie.

—Sí, Valentine, vente para mí. Vente dentro de mí. Dispárate en mi interior. Lo quiero. En este momento, bebé. En este momento, mi amor. —Me incliné sobre él, meciéndome hacia delante y hacia atrás lo más rápido y fuerte que pude, volviéndome salvaje con su naciente orgasmo. Sentí la duda en su ritmo, lo sentí sacar mi pezón de su boca, después escuché su gemido contra mis pechos, su cara hundida entre mis tetas, sus caderas perforando contra las mías, estrellándose con fuerza. Lo insté a continuar, susurrando su nombre una y otra vez.

Se sacudió debajo de mí, mirándome, todo el universo se redujo a este momento. —Kyrie... —respiró.

Mantuve mis ojos en él, mientras explotaba con un grito, con un chorro caliente y húmedo muy profundo dentro de mí, una y otra vez. Me llenó con su orgasmo, y la sensación de él perdiendo el control dentro de mí me hizo temblar y sacudirme en mi propio orgasmo rugiente, lento y profundo, calientes pulsaciones que comenzaron en mis huesos y mi estómago y se expandieron a través de mí como la pólvora.

Dios, sí, Valentine, sí, te amo, amo sentir como te vienes. Dámelo todo. Dame cada gota. —Aplasté mis tetas entre nosotros y mordí su hombro, besé el costado su sien y me molí a mí misma dentro de él, necesítándolo más y más profundo para así venirme con él. —No pares todavía, amor. Vente dentro de mí una vez más.

Palmeó los dos globos de mi culo y se movió conmigo, nuestros cuerpo apretados desde los pies a la cabeza, se fusionaron, enredaron y enmarañaron juntos, nuestras piernas entrelazadas. Enterrado dentro de mí, sólo podía moler sus caderas y ordeñar su orgasmo, y al hacerlo extraía más de mí.

Finalmente rodó conmigo, acunándome contra su pecho y jalando la manta sobre nosotros. —Te amo con todo lo que soy, Kyrie Abigail St. Claire. —Sus palabras fueron un bajo murmullo.

Estaba casi dormida, pero lo escuché. —Te amo incluso más que eso.

—¿Más que todo?

—Sip

Siguió un silencio ya que ambos nos hundimos en el sueño. —Te creo, —murmuró.

* * *

Me desperté en mi lado, las manos de Roth vagando por mi torso, ahuecando mis tetas y cavando sus dedos hacia abajo, abajo en mi interior. Antes de que estuviera completamente despierta, estaba empujando dentro de mí, conmigo murmurando una protesta por la sorpresa. Pero entonces estaba dentro de mí y yo estaba completamente despierta, sus dedos me traían a la vida con habilidad. Surgió mi deseo y coloqué mi mano en la parte posterior de su cabeza para así mantenerlo en mi cuello, jadeando mientras empujaba dentro de mí a un ritmo constante.

Sin preliminares, sin extenderlo. Sin orgasmos múltiples. Sin intercambio de palabras. Sólo el amanecer lavando las sombras de las esquinas, callejones y cañones de vidrio y acero, bocinas a todo volumen y voces gritando, riendo, motores revolucionando y Roth muy dentro de mí, en mí, en mí boca. Sólo nuestro amor perezoso por la mañana, su respiración viene en cortos jadeos, y mis gemidos.

Llegamos juntos, fuerte y rápido, menos de cinco minutos después de que estuviera dentro de mí.

Me quedé dormida con él aun en mi interior.

Desperté con el sol en alto, las sábanas arrugadas en las caderas y los ojos de Roth sobre mí desde su posición en el balcón, vestido con pantalones cortos y nada más, una taza de té en sus manos.

—Hola, bebé. —Le dije, mientras me sentaba.

—Buenos días, hermosa. —Hizo un gesto hacia la mesita de noche—. Hay café para ti allí.

Tomé la taza y bebí ávidamente del humeante café. —¿Cómo sabías a qué hora despertaría?

Sonríó. —Si tenemos sexo al amanecer, siempre despiertas de nuevo alrededor de las diez, o diez y media. ¿Crees que no sé tus patrones de sueño ahora?

Le sonreí y envolví la manta alrededor de mi pecho, moviéndome para unirme con él en el balcón. Me enganchó mientras pasaba frente a él. Me hizo reír y sostener la taza lejos de nosotros mientras el café se derramaba por un lado. —¡Estás haciendo que lo derrame!

—Que tragedia. —Me atrajo hacia su regazo y moví mi trasero contra él para encontrar una posición cómoda y luego comenzamos a beber, sin la necesidad de hablar, simplemente disfrutando de la mañana y de la presencia del otro.

Una vez que había terminado mi café, se puso de pie conmigo, quitándome la sábana y palmeando mi culo. —Ve a tomar una ducha, mi hermosa chica pegajosa.

—Tú me hiciste pegajosa, —le dije.

—Sí, lo hice, —dijo con una sonrisa.

—¿Por qué no te unes a mí? —Sugerí, mirando hacia él con una expresión inocente.

—Porque si lo hago, nunca vamos a salir de esta habitación. Y por mucho que me gustaría pasar los próximos días follándote hasta que ya no puedas caminar, tenemos un enemigo que está buscándonos.

Estuve sobria con ese pensamiento. —Y este es el primer lugar que va buscar.

Sacudió su cabeza. —Ella ya sabe que estamos aquí, sin duda.

—¿Qué vamos hacer?

Me empujó hacia el cuarto de baño. —Ve a ducharte. Tengo algunas ideas, pero necesito llevarlas a cabo a través de Harris.

La preocupación me mantuvo congelada en mi lugar. —Tengo miedo, Roth.

Su expresión se oscureció y sujetó mis hombros con sus manos, sus ojos duros. —Ella jodió al hombre equivocado. Secuestrarme fue un error. ¿Tratar de matarte? ¿Amenazarte? —Su voz era clara y fría como el hielo—. Eso fue lo peor que puedo hacer.

—¿Qué vas a hacer?

—Terminar esto. —La malicia en sus ojos me hizo retroceder con miedo.

Toque su pecho desnudo con mi mano. —Valentine... sólo no—por favor, no hagas nada precipitado. Se cuidadoso. ¿Está bien?

Sus cejas bajaron. —Creo que estamos más allá de ese punto, mi amor. Muy adelante.

—Sólo hazme una promesa, entonces, ¿por favor?

—Sí puedo.

—No trates de esconderme, y no me dejes de lado. No importa qué.

No respondió durante unos instantes. Eventualmente, retrocedió, lejos de mi toque. —Habrà sangre, Kyrie.

Tragué saliva. —Lo sé. —Me negué a dejar que se alejara de mí, sin importar las circunstancias. Envolví mis brazos alrededor de su cuello y puse mi mejilla en el latido de su corazón—. Prométemelo, Valentine.

Pasaron minutos. —Tienes mi palabra.

La víbora ataca

Salí de la ducha, me sequé y envolví la toalla alrededor de mi pecho.

Roth no estaba en el dormitorio, por lo que supuse que estaba en su oficina. Me vestí con pantalones vaqueros y una camiseta, me cepillé el pelo y tiré de él hacia atrás en una cola de caballo, sin molestarme en maquillarme.

Todavía nada de Roth.

Una sensación y la boca de mi estómago se revolvió: algo estaba mal.

Me dirigí por el pasillo con pies descalzos a su oficina, encontrándola vacía. No estaba en el gimnasio. —¿Roth? —Llamé —¿Dónde estás?

No hubo respuesta.

Revisé la cocina, el comedor, la cocina industrial más grande, el vestíbulo, la sala de estar y, por último, la biblioteca. La biblioteca era una enorme catedral de espacio, con estanterías que cubren las paredes del suelo al techo. Había dos pisos de estantes, rincones y recovecos con sillones, lámparas de lectura y mesas pequeñas.

Me moví a través de la biblioteca, revisando cada rincón de lectura, luego subí a la planta superior.

Mi piel se estremece, mi estómago pesado como el plomo y la sangre corre helada por mis venas. Algo estaba muy, muy mal. Debería volver a los cuartos privados, permanecer detrás de la cerradura biométrica que separa el resto de la casa de las salas de Roth.

Espera por Roth, el pensamiento me golpeó.

Pero no le hice caso. Me moví de estantería en estantería, con mis manos temblando y casi sin respirar.

El último rincón que revisé, en la esquina más alejada de la planta superior, era uno con un enorme sillón de cuero negro y una otomana a

juego. Usualmente el sillón miraba hacia la biblioteca, pero mientras me acercaba, me di cuenta de que estaba girado hacia la esquina. Una mano era visible, apoyada en el brazo de la silla. La mano era delgada y femenina, con las uñas largas y pintadas de color rojo cereza.

—Kyrie. — La voz era baja, suave y sensual, con un ligero acento. —¿Te me unes?

Retrocedí dos pasos, tres. Pero luego me detuve, congelada, mientras la mano visible se retiró y volvió a aparecer, esta vez con una pistola compacta.

— No me hagas terminar esto demasiado rápido, querida. —El cañón de la pistola apuntando a la otra silla, la cual había sido arrastrada a lo largo del otro rincón. —Ahora, Kyrie.

Con las piernas temblorosas, sabiendo que había cometido un error, di la vuelta alrededor y me senté en la silla que había indicado. Frente a mí estaba Gina Karahalios. No necesitaba una presentación para saberlo. Era alta, serena y hermosa. Su cabello largo y negro tirado en un moño sobre un hombro, piel naturalmente bronceada y libre de arrugas artificialmente, ojos oscuros como sombras y más fríos que el hielo, brillando en diversión. Llevaba un vestido verde, caro, cortado para aferrarse a sus curvas, el escote redondo profundo, con un collar de perlas negras que cubren su cuello y situado en su enorme escote falso. Tenía un bolso Chanel en su regazo.

Me tragué mi miedo y traté de mantener a raya el temblor de mi voz. — Gina ¿Qué quieres?

Ella sonrió, con una curva depredadora en sus labios artificialmente llenos. —Muchas cosas. Pero ahora mismo, a ti. Y te tengo.

—¿Dónde está Roth?

—¿Te refieres a Val? —Me guiñó un ojo —Él está tratando con una... distracción.

— Haz lo que quieras conmigo, pero déjalo en paz.

Ella se rió, un sonido acampanado de hilaridad. — Madre mía. Que original de ustedes. Aunque, no lo creo. Haré lo que quiera contigo, y luego haré lo que quiera con él. Mucho me temo que gran parte de esto dolerá demasiado.

—¿Por qué?

—¿Por qué? — Ella me miró debajo de las pestañas densamente pintadas con rímel — Porque yo siempre consigo lo que quiero. Quiero a Val. Y quiero que sufras por atreverte a tocar lo que es mío.

Buscó en su bolso Chanel y sacó un pequeño cilindro de metal, que se enrosca en el cañón de su arma.

— Él no es tuyo, Gina. Nunca lo fue y nunca lo será. Y si me pones la mano encima, todo en lo que tendrás éxito será en hacer que se enoje aún más.

Su mano se movió un poco y la pistola estalló con un ladrido corto y punzante. Un dolor agudo y caliente me golpeó en la rodilla... y grité, agarrando mi pierna, observando el chorro de sangre, grueso y brillante.

—Él es tan sexi cuando se enoja, ¿no lo crees? — Ella sonaba tan tranquila, como si fuéramos dos amigas que hablan de un flechazo mutuo.

Sólo podía gritar sin aliento, con la agonía de la voladura a través de mí robando el oxígeno de mis pulmones y el pulso de mis venas.

Oí el clic de la cámara de un teléfono celular y miré hacia arriba a través de las lágrimas para ver Gina tocando la pantalla de un iPhone recubierto en diamantes rosados, luego oí el sonido revelador de un mensaje enviado. Ella se arrastró hacia la silla, se alisó la parte delantera de su vestido, tiró del escote hacia abajo para una mejor vista, y luego se trasladó para arrodillarse junto a mí. Levantando su teléfono celular, lo sostuvo hasta conseguir un ángulo hacia abajo, capturando la agonía en mi cara junto con los sangrientos restos de mi

rodilla, presionó el cañón de su pistola en mi frente, y luego -clic- tomó una selfie.

La vi mandársela a Roth.

No me podía mover, hablar o incluso respirar. El dolor era insoportable, más allá de lo que nunca había siquiera imaginado. Ni siquiera podía llorar.

Gina se levantó de nuevo, suavizando y enderezando su vestido, colocó su teléfono celular en su bolso, que luego colgó sobre su hombro. Se volvió hacia mí. —Acompáñame.

La mire fijamente —Me-me dis-disparaste.

Me dio una mirada de bueno, duh —Y eso no será todo lo que te haré. Oh no. Ni siquiera de cerca — Gina colocó una uña larga, de color rojo cereza en la parte inferior de mi barbilla, levantándome la cara —.Pero...si cooperas conmigo, voy asegurarme de que soy la única que te tocará ¿entendido?

—Yo...

—Lo que esto significa, en caso de que seas demasiado estúpida para entender, es que si haces de esto un problema para mí, si me haces repetir lo mismo, voy a dejar que algunos de mis chicos... jueguen contigo. No vas a disfrutar de eso, te lo aseguro. —Me da un golpecito en la nariz. —Ahora. Acompáñame.

—Cómo se supone que...

Gina giró sus ojos hacia mí —Es sólo una rodilla. Tienes dos. Ahora vamos, pequeña zorra estúpida. Tengo cosas que hacer.

Apreté los dientes y di un pequeño grito mientras forzaba a mis pies. O, pie. No podía poner ningún peso en la rodilla, pero no tenía otra opción más que cojear lo mejor que podía hacia las escaleras. Gina me seguía detrás, con el cañón de la pistola apretado contra mi columna, instándome a ir más rápido. Bajar por las escaleras fue una cruda tortura. Metro a metro, paso a paso, luché, tratando de no gritar, no

llorar, no mostrar mi debilidad. Esta mujer era una víbora, el tipo de animal que olería el miedo y lo haría su presa.

Yo no sería su presa.

Ella me empujó hacia la puerta principal, donde un hombre corpulento, de tez morena, de baja estatura con un traje negro ajustado estaba parado con algún tipo de arma o máquina compacta en sus manos, esperando. Se me ocurrió mirar a mi izquierda, hacia la sala de estar, y caí al suelo, con un sollozo atrapado entre mis dientes.

Eliza. Sus ojos estaban abiertos y fijos, una piscina carmesí difundida debajo de su cráneo. La amable y dedicada ama de llaves de Roth estaba muerta.

—¿Eliza? Eliza, no. No. Nononono. —Me arrastré hacia ella, con mis uñas escarbando el suelo duro de madera y mi corazón rompiéndose en mi pecho. Fui agarrada por el centro y levantada del suelo. Una mano maltrató mis pechos, pero ni siquiera me di cuenta de ello porque estaba enfocada en Eliza, la dulce, calmada y competente Eliza.

La muerta Eliza.

Dentro de mí había un nudo duro y frío de rabia, ya en lugar, creciendo y puesto allí por la persecución a través de Francia, por el secuestro de Roth, por el giro que mi vida había tomado, todo a manos de esta mujer. La rabia por el infierno que mi hombre ha soportado. Toda esa rabia solamente se intensificó por la visión de Eliza.

Me retorcí, pateé, mordí, grité y oí gruñidos de dolor mientras conecté con carne.

—Noquéala, Tobias.

Un golpe azotó la parte posterior de mi cabeza, una lanza de dolor vertiginoso sacó el aliento de mí, estrechando mi visión en túneles.

Otro golpe, y luego un tercero, cada uno más duro que el anterior, y finalmente la negrura me tragó.

Mercenarios

Valentine

Tomó cada onza de mi autocontrol dejar que Kyrie se duchara sola. Me quedé en la puerta del baño por varios segundos, bebiendo de su exuberante y gloriosa belleza al desnudo mientras ajustaba el agua y entraba. Quería quitarme el pantalón corto e ir con ella, empujarla contra la pared de mármol, follarla sin sentido, secarla y llevarla a la cama para follarla una y otra vez, hasta que ambos estuviéramos tan cansados que no pudiéramos movernos.

En cambio, me alejé y subí a la azotea. Harris se encontraba allí, sentado en el asiento del piloto del helicóptero, fumando un cigarrillo y hojeando municiones en un artículo del periódico.

Me vio y levantó la barbilla hacia mí.

—Señor Roth. Me alegra tenerlo de regreso.

Dejé salir un suspiro.

—Te lo debo, Harris. Más de lo que alguna vez podré pagar.

Negó con un gesto.

—No, señor. No me debe. Esa chica, es algo más. No la he conocido por mucho tiempo, pero es como familia. También usted. No quiero ni un maldito centavo de usted. No por eso. La cuidé porque era la única cosa por hacer. La ayudé a llegar a ti porque era la única cosa por hacer.

Me encogí de hombros.

—De acuerdo. Pero sigo debiéndote la vida. Así que si necesitas cualquier cosa, lo que sea, en cualquier momento, es tuyo.

Los ojos de Harris eran frías esmeraldas.

—Atrapa a los hijos de puta.

—Es por eso que estoy aquí arriba, Harris. No puedo dejarla. Se lo prometí. Pero... no puedo simplemente sentarme aquí y esperar con un dedo en el culo. Tengo que hacer algo. Tenemos que atraparlos. Golpear primero.

Harris sujetó la colilla de su cigarrillo entre los dientes, dejó el resumen que estaba llenando a un lado y se inclinó detrás de su asiento para agarrar un maletín negro largo y plano. Colocó el maletín sobre sus rodillas y lo abrió, mostrando una Remington MSR. Era una versión militar, no la versión ligera y simplificada para civiles.

—Maldita sea, Harris. ¿Cómo conseguiste poner tus manos en una de estas? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Conozco a alguien.

—De acuerdo, bien. Mantén tus secretos, entonces. —Se suponía que era una broma, pero salió plano. Froté mi sien con mis dedos medios—. ¿Tienes un plan?

Asintió.

—Sip. Encontrarlos, empezar a matarlos.

—Tu plan podría necesitar algo de forma, probablemente.

Cerró el maletín, lo colocó detrás del asiento una vez más y reanudó hojear municiones en el periódico. Me di cuenta, tardíamente, que no era un periódico, sino más bien una revista, y las municiones eran balas 7.62 OTAN.

—Sí, quizás.

Hubo una explosión de concreto en mis pies, acompañado de un CRACK lejano.

—¡Mierda! —Me escondí detrás del helicóptero—. ¡Alguien me está disparando!

—No me diga. —Harris ya estaba accionando los interruptores, encendiendo la aeronave—. Tenemos que salir de aquí, sr. Roth.

Mientras lo decía, una bala golpeó el parabrisas del helicóptero, astillándolo, seguido de otra ronda al asiento justo detrás de la cabeza de Harris.

—¡No puedo dejar a Kyrie aquí!

—No están intentando matarnos. Ya estuviéramos muertos si fuera el caso. Está asegurada en tus cuarteles. Daremos una vuelta y encontraremos al tirador, y entonces volveremos por ella. —Señaló el asiento—. ¡Ahora, pon tu trasero en el helicóptero!.

Algún zumbido airado pasó por delante de mi rostro, atravesando las dos puertas abiertas de la aeronave, acompañado por un CRACK. El helicóptero estaba rugiendo, los rotores un borrón por encima de mi cabeza, creando una corriente descendiente tan poderosa que apenas puedo mantenerme levantado debajo de ella. Mis intestinos revueltos mientras me deslizaba en el asiento de pasajero, el helicóptero dejando tierra aún antes que estuviera completamente sentado.

Miré a la puerta que conducía a mis habitaciones; estaba dejando a Kyrie atrás. Le prometí que no lo haría, pero aquí estaba, haciéndolo. Otra ronda de disparos, golpeando el cuerpo, y otra, impactando la nariz del helicóptero. Estábamos siendo alejados, me di cuenta, mientras el techo de la torre se alejaba.

—No me gusta esto, Harris —grité— Están arreándonos lejos del edificio.

—¡No jodas! No veo más opciones al menos que quieras una bala directo en el cráneo.

Harris tenía el motor a máxima potencia, la nariz inclinada hacia abajo para empujarnos adelante enérgicamente, lejos del edificio a una velocidad temeraria para un área urbana. El *crack* del rifle ya no era audible, y si no estábamos siendo disparados, el tirador estaba

desaparecido. O, más preocupante, nos habían ahuyentado con éxito de la azotea y no necesitaban disparar.

Harris rondó mi torre varias veces a una distancia de unas cuantas cuadras, escaneando los techos, pero si vio algo, no dejaba verlo.

Y entonces mi teléfono sonó, dejándome saber que tenía un mensaje. Mi estómago se agitó mientras sacaba el aparato de mi bolsillo. El mensaje se mostraba en la pantalla de bloqueo. Sin embargo, no era un mensaje; era una foto.

De Kyrie.

Se encontraba en una silla de la biblioteca, agarrándose su pierna, la cuál era un desastre sangriento. Había recibido un disparo. Su rostro era una máscara de conmoción y agonía.

Una furia infernal hirvió dentro de mí, rojo llenando mi visión, bloqueando el mundo, bloqueando los pensamientos y la razón.

—Regresa —gruñí.

Mi teléfono sonó esta vez, y otra foto centelleó en la pantalla debajo de la otra. Esta era un selfie, evidentemente tomada por Gina. Ella tenía una Walther PPK silenciada sostenida en la sien de Kyrie, sus labios fruncidos, alegría en sus ojos. Apenas podías distinguir el desastre sangriento de la rodilla de Kyrie en la parte inferior de la fotografía.

Le mostré las fotos a Harris, quien le echó un vistazo brevemente y luego regresó su atención a pilotar el helicóptero.

Sus labios se comprimieron en una línea blanca. Pude ver sus nudillos blanquearse mientras apretaba los controles.

—Mierda.

No me molesté en responder. Harris sacudió violentamente el helicóptero, rotando la nariz de regreso a mi edificio y lanzándose hacia adelante. Mientras nos acercábamos a mi azotea, señaló detrás de mi asiento.

—Allí detrás hay un par de maletines. Agarra uno.

Me giré y tomé uno de los maletines de pistola, lo abrí, y saqué la pistola que contenía, una Glock 357. Había un peine precargado, el cual metí en mi bolsillo trasero. Mientras verificaba las municiones en el otro cartucho, Harris tenía el helicóptero descendiendo sobre el techo. Salté mientras los patines de aterrizaje aún estaban a noventa centímetros en el aire. Estaba directo en la puerta en cuestión de segundos, ignorando el crepitar de una ronda de disparos haciendo cráteres en el marco de la puerta, ignorando los gritos de Harris para que esperara, ignorando los sonidos silenciados de la MSR de Harris mientras dejaba salir varias rondas.

Bajé las escaleras de tres escalones a la vez, corriendo a través de la puerta hacia el interior del recibidor al otro lado de mis habitaciones privadas. Arriba en la biblioteca. Me arrodillé en el punto donde sé que la foto había sido tomada, mi lugar favorito en la esquina superior del fondo, con la antigua silla de cuero mullida. Sólo se encontraba una mancha de sangre secándose, oscureciéndose donde ella había estado. Ni una nota. Ninguna otra evidencia, exceptuando la camisa en el piso cerca de una de las estanterías.

Harris estaba esperándome en la puerta delantera, mirando fijamente hacia algo a la izquierda, en la sala de estar formal. Sentí mis pies deslizándose, como si supieran que encontraría algo horrible, y no quisieran llegar a verlo. Eché un vistazo a Harris, y vi el dolor en su rostro, luego su furia fría, calculadora y asesina.

He visto y hecho un montón de mierda desagradable en mi vida.

Nada pudo haberme preparado por la visión de Eliza, muerta en el piso con una bala en el cráneo. Caí de rodillas al lado de ella, mis vaqueros deslizándose en la pegajosa sangre.

—¡Eliza. Dios, no. No. Eliza!

—Vamos, hombre. Tenemos que irnos. —Harris estaba tirando de mí, levantándose.

—Mataron a Eliza, Harris.

—Lo sé. —Su voz era demasiado calmada, demasiado tranquila—. Esa mujer era como una madre para mí, Valentine. Créeme. Atraparemos a esos malditos. Mataremos hasta el último de esos desgraciados. Pero primero, tenemos que irnos. Tenemos que movernos.

—No podemos dejarla aquí, Harris.

—No lo haremos. Tengo un contacto en la ciudad que puede ocuparse de las cosas. Limpiar el desastre, llevar a Eliza a algún lugar donde podamos enterrarla en privado después que todo esto acabe. ¿De acuerdo?

Le dejé moverme y nos dirigimos de nuevo al helicóptero. Estaba aturdido después de eso, mi mente rondando rápidamente a través de todos los peores escenarios. Gina tenía a Kyrie. Ella le disparó.

—Nunca había herido a una mujer antes, Harris —hablé en voz baja en el auricular—. Ni una vez hice cualquier cosa para dañar ni siquiera psicológicamente a una mujer. Ni siquiera cuando Gina me rogaba que le hiciera cosas malas. Pero... voy a matarla, Harris. Voy a poner una bala en su maldita cabeza.

—No recibirías ningún juicio de mi parte en ese aspecto, jefe. Maldición, apretaría el gatillo yo mismo.

Largos minutos de silencio, entonces:

—¿A dónde vamos?

—Aeropuerto —dijo Harris—. Nos encontraremos con Henri en París.

—¿Henri?

—Sí. Me llamó anoche. Karahalios le atacó. Quemó el edificio completo donde se encontraba su bar. Envío un par de chicos a su residencia personal. Obviamente, no funcionó muy bien para los chicos de Karahalios, y ahora Henri quiere derramar sangre.

—Lamento que esté involucrado.

Me echó un vistazo.

—No tenía mucha elección. Estaban contrabandeando armas para nosotros, y no sabía en quién confiar. Necesitaba esconderla en algún lugar seguro mientras resolvía el transporte a Grecia.

Asentí.

—Lo sé. Lo entiendo. Sólo no me gusta. Él está retirado. No debería tener que estar en esta mierda.

—O ninguno de nosotros, para lo que importa.

—Sí. —Busqué las fotos en mi teléfono, manteniendo avivada la ira—. ¿Cómo la encontraremos?

—Henri trajo algunos equipos con él. Creo que, probablemente, puede rastrear ese número telefónico, a menos que ella tuviera algún tipo de encriptación en él. La encontraremos. Lo prometo.

Mi celular brilla mientras aterrizamos, indicando un mensaje de texto: Val, querido. Te conozco lo suficiente para saber que estás planeando rescatar a tu pequeña puta. No lo hagas. Solo harás las cosas peor para ella. Mucho peor. Mantente alejado hasta que te llame.

El teléfono de Harris sonó dos veces, le echó un breve vistazo, luego a mí.

—Necesitamos hacer una parada en Harlem —dijo Harris, inclinando el helicóptero hacia un lateral.

La parada en Harlem fue breve. Harris encontró una pista de aterrizaje en el tejado de un edificio que yo poseía y se fue por su cuenta. Después de cuarenta y cinco minutos de espera, regresó con una enorme bolsa de lona negra y rodando una maltratada maleta Samsonite. Lo ayudé a levantar las bolsas dentro del helicóptero, ambas muy pesadas. Armas, claramente.

De Harlem fuimos a mi hangar privado en LaGuardia. Harris había, obviamente llamado para tener el jet privado preparado y un plan de

vuelo registrado. Las horas a París fueron las más largas de mi vida. Me pasé todo el vuelo en el borde e impaciente, la rabia ondulando a través de mí con cada respiración.

Un Mercedes estaba esperando por nosotros cuando aterrizamos y Harris se desplazó al asiento del conductor, guiando el vehículo lejos del aeropuerto y dentro de las estrechas calles de París. A treinta minutos de aterrizar nos detuvimos frente a un hotel y Henri estaba deslizándose en el asiento trasero, abrochando su cinturón y hablando con Harris en un francés demasiado rápido para seguirlos. Harris asintió y luego respondió, apuntando hacia mí, indicando mi teléfono. Henri tomó el teléfono de mi mano sin una palabra. Sacó una portátil de su mochila y conectó un cable desde el teléfono a la computadora, luego comenzó a tocar las teclas rápidamente.

—Me gustaría poder decir que fue bueno verte, Henri —dije— Siento lo de tu bar. Te compraré uno nuevo cuando termine.

—*Non*. No quiero tu dinero, muchacho. Quiero a la perra muerta. Y quiero a Vitaly muerto. Puedo reconstruir mi propio maldito bar. Sabes tan bien como yo que no se puede jubilar de este negocio. Fui un tonto al pensar que podía —. Me miró por encima de la montura de sus gafas. Parecía un inocente y amable abuelo, hasta que lo mirabas a los ojos. —Pero es bueno verte.

—Gracias por lo que hiciste por Kyrie.

—No es nada. Es una chica hermosa. Y una bien derecha *¿oui?* Ella no se desmayó cuando las cosas se desordenaron —. Tipeó un par de veces más. —La perra es arrogante. No hay seguridad en su teléfono en absoluto. Será fácil encontrarla. Está en tránsito, creo. Sobre el Atlántico.

—¿Viste las fotos y el mensaje? —pregunté.

Él asintió. —*Oui*. Lo hice —. Su mirada se encontró con la mía, directa, dura como el granito y despiadada. —Debes decidir Roth. ¿Aceptar sus

instrucciones para mantener a Kyrie a salvo? ¿O tomar todas las medidas necesarias para regresarla y poner en riesgo su vida?

Limpié mi cara con ambas manos. -¿Qué harías tú?

Henri estuvo en silencio por unos momentos, cerrando su portátil y guardándola en la mochila. -Ella es una mala mujer, Gina Karahalios. Un engendro del diablo mismo. No tiene piedad. No tiene intención de apiadarse de Kyrie, o de ti. Creo que, si fuera yo, no me detendría hasta que estuviera devuelta, viva o muerta. Ella no va a vivir mucho tiempo en manos de la perra Karahalios. Creo que sabes eso.

Asentí. -Sí, estoy de acuerdo -. Apreté los dientes y dejé escapar un suspiro cuando decidí: -La traeremos de regreso.

-A toda costa -. Henri hizo una llamada telefónica, hablando en lo que sonaba como un acento ruso-francés y luego colgó.

-Ahora. Un aeropuerto privado y un vuelo a Sofía. Tengo varios... conocidos, se reunirán con nosotros allí.

-¿Sofía? -parpadee, procesándolo. -¿Cómo en Bulgaria?

Los labios de Henri se curvaron en una leve sonrisa. -Ciertamente. Uno de mis más viejos amigos vive allí. Él conoce algunas personas que pueden ayudarnos, sin hacer preguntas. Sólo necesita...oh, cien mil dólares, de Estados Unidos. Tal vez dos, fácil.

-¿En efectivo? -pregunto.

-Es preferible, creo -. Significa, obviamente, *eres idiota*.

-Traje efectivo -intercede Harris, estableciendo el destino en el GPS del coche. -Tendremos suficiente.

-¿Estos amigos tuyos... -comienzo.

Henri me interrumpe: -No son amigos. Ellos no son el tipo del que serían tus amigos, creo. Pero son profesionales. Anteriormente Spetsnaz, creo, no estoy seguro -. Me lanza una mirada penetrante. -¿Confías en mi Roth?

—Con mi vida. Con la de Kyrie que es más importante.

Asiente con la cabeza. —Bien entonces. Estos hombres lo harán.

Basta de charla.

* * *

Llegamos a una pista de aterrizaje en un campo de las afueras, a una hora de Sofía. La pista de aterrizaje no era realmente lo suficientemente grande para el jet que Harris estaba volando, pero nos llevó hacia abajo y nos detuvo justo antes del final de la pista. Una vieja furgoneta Mercedes azul esperó por nosotros, llena de humo, apestando a pescado, olor corporal y cigarrillos rancios. El conductor no dijo nada. Henri no dijo nada. Nadie dijo nada en toda la hora de viaje a la ciudad. Henri y Harris llevando varias maletas de armas con ellos, mientras yo cargaba el maletín lleno de efectivo que Harris había llevado y que, de alguna manera, tuvo la visión de conseguirlo.

Estaba cayendo de nuevo en un mundo que pensaba que había dejado atrás.

Resentido, sucio, conductores anónimos, humo acre de cigarrillo que se encrespa en el espeso aire de una furgoneta. Maletas llenas de armas y efectivo. La compleja cultura del sur de Europa: Bulgaria, Macedonia, Albania. Oscuros propósitos que no creías demasiado cerca, conocidos cuyos nombres reales y registros de INTERPOL tú definitivamente no quieres saber.

Kyrie había sido succionada a este mundo ahora también. Nuestro interludio en Manhattan me había hecho creer, sólo por unas horas, que estábamos bien. Eso estaría bien. Que podría tomar al clan Karahalios y ganar sin ninguna baja de mi lado.

Había dejado a Kyrie sola por un momento. La charla con Harris tenía que tomar cinco minutos, como mucho. Iba a hacer que se moviera buscando a Gina pero nos encontró antes.

Dios, había sido un tonto. Y Kyrie había pagado el precio.

Empujé la culpa y la ira de mi mente. Tenía que hacerlo o sería inútil. Tenía que centrarme.

Nos encontramos con los conocidos de Henri en un bar en el extremo este de Sofía. Había cinco, uno de ellos un hombre mayor de la edad de Henri, quien se movía con el mismo aire de calma, la fría capacidad que Henri poseía. Los otros cuatro eran más jóvenes. Mediados de los treinta. Ojos duros, delgados y musculosos, de cabello oscuro y barba de días, fumando una cadena ininterrumpida de cigarrillos. Los cuatro podrían haber sido de cualquier lugar de Europa o Rusia, incluso de Oriente Medio, posiblemente, y como nos sentamos con ellos, los oí hablando entre sí en al menos tres idiomas diferentes. Yo no hablaba ningún idioma con fluidez, excepto el inglés, pero pude reconocer y captar palabras, frases de la mayoría de los idiomas europeos comunes. Me senté en silencio. Bebiendo whisky barato y dejando que Henri y Harris hablaran. Estuve fuera de ese mundo mucho tiempo y sabía que lo mejor que podía hacer en estos momentos era dejar que los demás pongan las cosas en movimiento. Henri, sobre todo era un hombre al que escuchabas cuando hablaba, de quien seguías instrucciones. Él se había hecho con los años un profesional que el retiro no hizo demasiado para sobrevivir y sabía el tipo de personas que necesitábamos de nuestro lado si queríamos tener una oportunidad de conseguir a Kyrie de vuelta.

Harris y Kyrie habían tenido suerte cuando me encontraron. Gina había sido descuidada, arrogante. Había asumido que la dulce e inocente americana Kyrie no tendría ni idea de cómo encontrarme y mucho menos rescatarme. Ella no había contado con Harris. Pero ahora...ahora estaría alerta. Tenía que asumir que ella sabía dónde fuimos, estaba siguiendo nuestros movimientos.

Henri y los muchachos ex-Spetsnaz conversaron durante varios minutos. Entonces uno de los mercenarios gesticuló hacia mí con su cigarrillo. —Eres Roth. Te conozco. He oído hablar de ti.

Levante una ceja. —Poco probable.

—No. Tú trabajabas para Vitaly. Hace muchos años.

Suspire. —Lo hice.

Él asiente. —Sé eso. ¿Ahora toma tu chica? No es un buen enemigo para tener, creo.

—No él. Su hija.

—Perra —el hombre escupe en el suelo, un gesto de desprecio o repugnancia. —Peor aún.

—Estoy de acuerdo.

—Mi primo quedó con ella en un bar en Atenas. Ella lo folló. Luego lo mató.

Asiento con la cabeza. —Ese es su M.O.

Él le dio una calada a su cigarrillo y exhaló el humo por la nariz, enrolló sus labios para arrojar el resto. —Tu chica. Ella está muerta, creo.

—No aún —. Lo señale con mi vaso. —Eso es por lo que quiero tu ayuda. Para recuperarla con vida.

—No va a ser fácil.

Uno de los otros tomó la palabra. —O barato.

Miré a Harris, quien muy sutilmente se encogió de hombros. Terminé mi whisky. —Di tu precio.

Los cuatro conversaron en voz baja y luego uno, el que alegó conocerme dio unos golpecitos en la mesa con su dedo medio. —Cincuenta mil cada uno, dólares Estadounidenses. Por adelantado.

Mire a Harris que levanto su barbilla ligeramente en acuerdo.

—Bien. Pero mitad ahora y mitad después, cuando la tenga de regreso.

—No garantizaremos que esté viva ahora o después —. Se encogió de hombros. —Con esa perra no hay garantías de nada.

Apreté el vaso en mi puño, y luego meforcé a dejarlo antes de destruirlo en mi mano. —Certo. Aún así. Mitad ahora, mitad después. Independientemente de lo que...suceda.

—Da. Está bien —. Encendió otro cigarrillo con la colilla anterior.

Henri tenía su portátil abierta sobre la mesa. Él hizo girar el vino tinto en el fondo de su vaso y luego puso sus gafas sobre la mesa. —Ella está de vuelta en Grecia. En una de sus pequeñas islas. Acercarse será difícil.

—Niet —el que parecía ser el portavoz, agitó una mano. —Un pequeño bote. Muy rápido. Sin problemas. ¿Pero la seguridad? Ese es el problema. Salir es el problema. No quiero que Vitaly venga por mí cuando se haga.

—Ningún testigo —el hombre en el extremo, en silencio hasta ahora, me buscó con la mirada, en busca de una objeción.

Negué con la cabeza. —Todo lo que necesites hacer. No me importa una mierda. Pero Gina es mía.

—Yo no iría a ningún lugar cerca de ella. Por ningún dinero —. Se encogió de hombros. —Tal vez con un rifle, desde unos mil metros.

El portavoz negó con la cabeza. —Todavía es demasiado cerca.

Golpee la mesa con mi mano. —Suficiente. ¿Cuál es el plan?

Las próximas horas se pasaron pensando en una solución viable. Ingresos y rutas de salidas, los peores escenarios. Materiales necesarios. Se hicieron llamadas breves, en voz baja en media docena de idiomas. Nos separamos una vez que el plan estaba en su lugar con un acuerdo de reunirnos en el mismo campo de aviación en el que habíamos aterrizado, al amanecer del día siguiente.

Dormir era imposible.

Me las había arreglado para evitar la preocupación manteniendo mis pensamientos en el presente, en nuestros planes. Pero con las luces apagadas en un mal oliente cuarto de hotel en Bulgaria, todo en lo que

podía pensar era en Kyrie. Con dolor. Asustada. Sola. Todo lo que podía hacer era imaginar las maneras que encontraría Gina para torturarla, sólo para que volviera. Para que cayera. Estábamos caminando a una trampa. Lo sabía. Harris lo sabía. Y pienso que Henri lo sabía. ¿Pero los otros cuatro? Se les pagó lo suficiente para que no se preocuparan.

Los mercenarios habían dicho la verdad, sin embargo, al igual que Henri.

Kyrie probablemente estaba muerta.

Fecha de pago

Estaba en una habitación vacía... desnuda; mis muñecas por delante de mí atadas con cinchos, mis manos atadas con mi pies, los cuales estaban sujetos con cinchos también. Era una posición dolorosa e incómoda, mi torso estaba curvado hacia delante de manera que mis rodillas se clavaban en mi estómago, dejándome incapaz de estirar las piernas o la espalda.

La habitación era de piedra desnuda, grandes banderas grises clavadas en rocas de mortero. Antiguo. Muy antiguo. Bajo tierra. Iluminado por una sola bombilla conectada al techo. Estaba amordazada, un calcetín amargo y con mal sabor metido en mi boca, cinta adhesiva sellaban mis labios.

Habían pasado horas. O tal vez solo unos minutos. Días, ¿tal vez? No tenía forma de saber. No había ninguna ventana, ningún indicio de la luz del día. La habitación estaba fría, tan fría que me estremecía sin parar. El hambre y la sed se convirtieron desde hace tiempo en dolores familiares. Pero sin embargo, irónicamente, tenía que orinar. Me había estado conteniendo por lo que fueron días. Me negué a hacer pis en mí misma, pero no vi mucha elección. No podría contenerlo por siempre. Estaba acostada en uno de mis costados, el suelo frío y duro se clavaba en mi hombro, cadera y rodilla.

Después de atarme y amordazarme, Gina y su silencioso matón me dejaron aquí. Esperaba tortura inmediata, violación, muerte. Pero no. Ellos simplemente me dejaron aquí temblando y pudriéndome.

Al mismo tiempo en que el pensamiento pasaba por mi mente, escuche una llave en una cerradura. La puerta se abrió y Gina entró, una delgada y cruel sonrisa en sus labios. Iba vestida para un club, me pareció que llevaba un apretado vestido corto color azul, que revelaba más de lo que cubría, caminaba hacia mí haciendo clic con sus zapatos Louboutin de tacón alto. Su cabello estaba atado en una cola de caballo en lo alto de su cabeza, el extremo de ésta colgando sobre su hombro.

Tenía las uñas largas como garras de color azul zafiro. Sostenía un bolso de Christian Dior. Me di cuenta de todo eso, registrando el nombre de las marcas de alta gama como si importaran. Observe su aproximación, esforzándome por mantener el miedo fuera de mis ojos, mi respiración lenta, constante y regular.

Mi rodilla latía. El matón de Gina hirió mi rodilla, mientras que ella explicaba que no me quería sangrando sin antes haber obtenido alguna diversión de mí.

—Kyrie, querida. —Gina se puso de cuclillas frente a mi cara, arrastrando un dedo por mi cabello, retirando un mechón de mis ojos y colocándolo detrás de mí oreja. Dejó el bolso en sus rodillas, lo abrió y saco un cuchillo plegable color negro—. Siento dejarte aquí durante tanto tiempo. He seguido de cerca los intentos de Val por llegar a ti. Hasta ahora lo único que hace es beber de su vil whisky con algunos amigos. Planea venir por ti, por supuesto. Estoy contando con eso. Así que tendré mi diversión con ustedes ahora, antes de que las cosas se pongan realmente emocionantes. —Se giró hacia la puerta y chasqueó sus dedos. El matón entró arrastrando a una joven rubia—. Ella será parte de la diversión. Su nombre es... ¿cuál era? ¿Lucy?

La chica no estaba atada o amordazada. Estaba vestida y no daba muestras de sangre o hematomas. Era evidente que estaba aterrada, sin embargo. Con razón. —L-Lisa. Me llamo Lisa.

—Ah, sí. Lisa. —Gina se levantó lentamente, desenrollándose en toda su altura en un movimiento suave y sinuoso que me recordaba a una cobra levantándose—. Siéntete libre de gritar, corazón. Nadie puede escucharte.

—¿Qué? ¿Qué estás... ¿Qué vas a hacer conmigo? —Lisa se apartó de Gina... yendo directo al pecho del matón.

—¿Yo? Nada. —Gina arqueó una ceja hacia el hombre, y una sonrisa se extendió a través de su lujuriosa fea cara—. Tobías, ahora... él ha estado hablando a cerca de los planes que tiene para ti, ya que él te recogió.

—Por favor... p-por favor... no me hagas daño. ¿Qué quieres de mí? — Lisa trató de arrastrarse fuera del agarre de Tobías, pero fue en vano.

Tenía sus manos rodeando sus bíceps, y ella bien podría estar peleando contra una montaña. Él presionó su nariz en Lisa, agarrando el lóbulo de su oreja con los dientes. Lisa se quedó inmóvil, la cabeza inclinada hacia un lado, claramente queriendo alejarse de él, pero sabiendo que estaría arriesgando el lóbulo de su oreja si lo hacía. Ni si quiera podía gritar, el pánico asfixiándola, mientras se mordía lo suficientemente fuerte como para extraerse sangre.

—Solamente te queremos, chica. —Se lamió los labios después de hablar, su voz gutural y con un fuerte acento—. No eres nadie. Único ejemplo.

—Oh, cállate, Tobías. Sólo sigue adelante con todo. —Gina se movió rodeándome y colocándose detrás de mí, una mano agarrando el cuchillo, la otra enganchándose en mi cabello.

Grité a través de la mordaza mientras me arrastraba en posición vertical del cabello, sacando mechones de raíz. No había manera de poder equilibrarme a mí misma, pero una vez que estuve en cuclillas, Gina se agachó detrás de mí sujetando mi cabello, asegurándose de que no me cayera.

—Esto es para ti, Kyrie. Esto es lo que hay en el almacén para ti. —Su voz se deslizó en mi oído—. Quiero que veas —La punta de su cuchillo tocó el hueco detrás de mí oreja—. Si cierras los ojos te corto la oreja.

Tragué duro, probando la bilis, el horror y la hiel amaga del calcetín en mi boca. No me atrevía a cerrar los ojos, me llevó hasta la última gota de fuerza de voluntad para mantenerlos abiertos. Siendo forzada a ver lo que Tobías le hizo a esa pobre chica... era una pesadilla viviente que nunca olvidaría.

Sollocé más allá de la cinta.

Eventualmente Tobías se puso de pie, se abrochó el cinturón y se limpió las manos ensangrentadas en una de las piernas de su pantalón.

Me miró. —Tu eres la siguiente, perra.

Se humedeció los labios y se arrodilló frente a mí, acercándose por entre mis piernas y metiendo sus dedos con fuerza dentro de mí, fallando mi entrada y estrellándose lo suficientemente fuerte como para casi desgarrar mi piel. Me acurruqué hacia delante, casi cayendo de bruces, y grité a través de la mordaza.

Se rió. —Sólo un poco de diversión, para la pequeña perra. —Hizo un gesto hacia la ruina que era Lisa—. ¿Tú? Tendré horas contigo.

Gina susurró en mi oído. —¿Un pequeño secreto a cerca de Tobías? Está realmente jodido de la cabeza. No puede parar hasta que estén muertas. Puede seguir por horas. Es realmente enfermo. Pero es muy útil.

Tobías agarró a Lisa por el tobillo, abrió la puerta y la arrastró de los pies. La escuché gemir, en protesta, llorar y luego... el húmedo impacto de pie contra carne. Los gemidos se detuvieron.

La puerta se cerró y Gina se puso de pie para colocarse frente a mí, agachándose y rasgando la cinta adhesiva en un rápido movimiento. Escupí el calcetín que tenía de mordaza y luego vomité sobre sus caros louboutines. Observó desapasionadamente. No hubo ninguna advertencia, solo el destello de su mano y el repentino estallido de dolor cuando la parte trasera de sus nudillos agrietaron mi mejilla. Y entonces ella estaba de rodillas frente a mí, su aliento en mi cara. Tenía mi cabello en la mano, agarrándolo apretadamente del cuero cabelludo. Contuve la respiración, se negó a permitirme pensar o sentir miedo o reaccionar.

Su otra mano llegó alrededor mío, su nariz a una pulgada de la mía, sus ojos en los míos. —Esos eran mis tacones favoritos, pequeño coño. Ahora tengo que cambiarlos.

Se movió para colocarse detrás de mí y sentí un tirón de cabello, sentí mover su mano con el cuchillo. Gina se balanceó sobre sus pies y se levantó, la longitud de mi cabello apretado en su mano. Ahogué un

grito al ver mi cabello en su puño, cortado disparejamente de mi cabeza. Abriendo su mano, Gina dejó los largos mechones rubios revolotear hasta el suelo junto a sus pies, en el charco de vómito.

Aunque no había terminado todavía.

Apreté los dientes, rechinándolos contra el dolor mientras que agarraba un trozo de cabello de la coronilla de mi cuero cabelludo y lo arrancaba de mi cabeza. Me ahogo con mis gritos, temblando con la necesidad de mover mis piernas para luchar. Era solo cabello... era solo cabello. Crecerá otra vez. Pero maldita sea si no dolió, una maquinilla de afeitar paso por mi cuero cabelludo, obteniendo el ángulo equivocado, raspando mi cabeza, rebanando, cortando. No se detuvo hasta que el último mechón de cabello se había ido, dejándome afeitada y calva como un nuevo recluta militar.

Dio un paso atrás, mirando hacia abajo a sus manos, que estaban cubiertas con sangre y pelo embarrado, y luego mirando de nuevo hacia mí. —Ahí está, no serás hermosa nunca más, ¿verdad? Es un comienzo, al menos. —Inclina la cabeza hacia un lado, evaluándome—. Tus características todavía son demasiado perfectas, realmente. Quiero decir, eres una chica muy hermosa. O al menos, lo eras. No lo serás cuando termine contigo.

No respondí. Sólo mire hacia ella, masticando un mechón de cabello pegado en mis dientes delanteros. Quería decir tatas cosas, maldecirla, pedir que se detuviera, decirle que se arrepentiría de esto. Pero no dije nada. Dejé que mi odio y mí malicia hablaran por mí, reluciendo en mis ojos.

Gina se inclinó hacia delante, cortando entre mis muñecas, golpeando mi piel mientras separaba las bandas de sujeción. Mis pies fueron los siguientes, dejándome sin ataduras y sangrando por los cortes en mi cuero cabelludo, muñecas y tobillos. Quería lánzame sobre ella, frente a ella, pero no lo hice. Esperé mi tiempo. Encontraría el momento perfecto.

Claramente preocupada mientras me dejaba libre, Gina tomó tres rápidos pasos hacia atrás, lejos de mí, mirándome. —Demasiado cobarde para atacar incluso ahora, ya veo. —Sonrió—. Bueno, todavía será divertido. Tenía la esperanza de que fueras por mí. Me hubiera gustado cortarte en cintas. Pero, oh bueno. De esta manera llego a disfrutar un poco más de la diversión.

Me quedé en el lugar, con el pecho agitado por la lucha de soportar la agonía.

Después de un momento de mirarme, Gina pateó la base de la puerta con un pie, sosteniendo sus manos por delante de ella con delicadeza, como si hubiera conseguido más que ensuciarlas. La puerta se abrió y ella salió, entregándole el cuchillo a Tobias.

—Aquí. Limpia esto por mí. Iré a cambiarme. —La puerta se cerró de golpe, la escuché hablarle a Tobias—. Déjala en paz por ahora, Tobias. Lo digo en serio. Puedes tenerla cuando haya terminado, pero no antes. Si encuentro que la has tocado, me voy a enojar.

Todavía tenía que hacer pis. Y por alguna razón, la contuve más tiempo. No estaba segura de por qué. Me dio algo en que concentrarme además del miedo y el dolor, ¿tal vez?

Mi vejiga estaba gritando, mi rodilla palpitando, mi cuero cabelludo quemando, mis muñecas y tobillos doliendo. Sangre se deslizaba por mi cara, por la parte de atrás de mi cuello, los cortes en mi cabeza todavía rezumaban. Estaba mareada por el hambre, tenía la garganta seca, mi lengua estaba gruesa y seca.

Quería a Valentine. Pero también esperaba que pudiera mantenerse alejado. Si él viniera por mí, ella lo mataría. Me iba a matar de todas maneras. Sabía que Valentine venía por mí, a pesar de que tendría que saber que sería una trampa.

Me senté y eventualmente estiré mis piernas, poniendo a prueba mis tobillos. Podía cojear lentamente, pero no podía soportar ningún peso sobre la pierna, lo que me hizo llorar y casi colapsar. Me moví

lentamente en círculos alrededor de la habitación, cojeando, cojeando, cojeando. Manteniendo el resto de mi cuerpo suelto, ignorando el dolor, haciendo caso omiso nuevamente de la desesperada necesidad de hacer pis.

Iba a morir en esta habitación. Iba a ser violada, torturada, y luego, finalmente, asesinada. Debería aceptarlo. Pero no lo hice.

No podía.

No dejaría que ellos me hicieran lo que le habían hecho a Lisa. Me gustaría atacar, hacer que me maten primero. Eso estaría mejor. Mejor que ser violada.

Valentine. Sálvame, Valentine, pensé. Por favor. Por favor.

Incluso el terror crudo no puede mantenerte despierto por siempre. Me dormí de a ratos, manteniéndome despierta y luego quedándome dormida de nuevo.

El tiempo pasó, no sé si en horas, minutos o días, no sabría decirlo.

Al abrirse la puerta, me sobresalté y salí de mi aturdimiento.

Una forma voluminosa llena la abertura brevemente, y luego suavemente la puerta se cerró detrás de Tobías. Lo vi acercárseme con pasos silenciosos. Se puso de pie frente a mí, mirándome fijamente, ojos negros lascivos, locos, hambrientos.

—Se supone que no tengo que estar aquí. Pero ella no lo sabrá. No importará. —Tobías se arrodilló frente a mí. Extendió su mano, pasando su palma por encima de mi cuero cabelludo—. Bonito.

Me quedé completamente inmóvil. Notado la culata de un arma en una pistolera de hombro, visible debajo de su chaqueta.

—Acuéstate —ordenó

Permanecí sentada.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón, retirando una pequeña navaja plegable. La abrió. Tocando con la hoja mi pezón izquierdo. — Dije, que... te recuestes.

Una idea se formó en mi cabeza. Una desesperada y condenada idea, pero una. Probablemente hará que me maten, pero en este momento, era mejor que la interminable tortura que Tobias tenía en mente para mí. Así que moví mi espalda, manteniendo las rodillas presionadas contra mí. La presión dolorosa en mi vejiga estaba en un punto crítico. Yo no podía aguantar mucho más tiempo.

Tobias puso su navaja a mi lado, se desabrochó los pantalones y los dejó caer de rodillas. Mantuve mis ojos en los suyos, en lugar de someterme a ver su pene. Él me miró de reojo. Agarrando su polla con la mano, se acarició a sí mismo. La frotó contra mi rodilla. Arrastrando los pies hacia adelante, separó con un golpe mis piernas y luego con su puño golpeó el interior de la parte superior de mi muslo con la fuerza suficiente para dejar un hematoma. Hizo lo mismo con el otro lado. Ahogué un grito, obligándome a permanecer inmóvil. Me obligué a dejar que se me acercara. Me obligué a mantener mis piernas abiertas. Mantuve la mirada en su rostro feo, su cara tensionada cuando se inclinó sobre mí, los labios se curvaron en una sonrisa codiciosa y anticipatoria.

Lo sentí en mi entrada, grueso y caliente, pero no bastante duro. Al parecer, no era lo suficientemente sangriento para excitarlo realmente; él me dio un puñetazo en la mejilla, un golpe brutal que me sacudió hacia atrás, mareándome. Su pene se endureció entonces, y luego él me golpeó de nuevo en la otra. Un tercer golpe, y sentí mi nariz romperse, sangre escurriendo por mi rostro.

Ahora estaba erecto y listo en mi entrada totalmente. Su sonrisa era hambrienta, malvada.

Me ahogue con mis lágrimas y respiraba a través del dolor mientras Tobias estaba preparado para empujar dentro de mí.

—Me gusta cuando gritas —murmuró, su aliento caliente y fétido en mi rostro—. Por lo tanto grita fuerte.

* * *

Valentine

Nos encontramos en la pista de aterrizaje y volamos desde allí a Atenas, donde Henri y su amigo se separaron del grupo principal sin una palabra. Harris había guiado al resto de nosotros a la Marina Zea, hacia un muelle donde un barco de pesca oxidado se balanceaba, esperando por nosotros. El capitán era un griego arrugado y pequeño con la piel del color de la cáscara de la nuez y con una textura similar.

Esperamos una hora, luego dos. Por último, Henri y su amigo regresaron, me di cuenta de que los dos se habían cambiado las camisas y ahora olían a jabón.

Henri asintió con la cabeza. —Las sombras de Gina ahora son fantasmas. Nosotros vamos ahora, no sabrá que estamos llegando.

Bolsas de armas, chalecos antibalas y cajas de munición estallaron tan pronto como llegamos a aguas abiertas, cada uno de nosotros preparándose. Ibamos a la deriva, deteniéndonos en un pequeño pueblo de pescadores, donde el amigo sin nombre de Henri y Andrei, que estaba armado con un rifle de francotirador de Harris, partieron en un helicóptero. Miré a Henri, con una ceja arqueada en pregunta.

—Andrei es un experto francotirador. Mi amigo es un piloto experimentado. —Henri hizo un gesto hacia la aeronave en ascenso—. Tenemos un helicóptero, como favor a mi amigo. Ahora tenemos apoyo desde el cielo.

Fue un viaje largo y me dormí con inquietud mientras el viejo buque de pesca manejaba las olas, viajando hacia el este y al sur, a través de la oscuridad que disminuía y la noche.

Una tranquila palabra en griego del capitán y todos estábamos despiertos de inmediato, recogiendo nuestras cosas y moviéndonos

hacia la popa. Alexei y Matteo empujaron al Zodiac al agua mientras el barco de pesca iba a la deriva sin detenerse. Los dos mercenarios sostuvieron el barco en el lugar mientras el resto de nosotros escalaba, luego nos metíamos, el potente zumbido del motor fuera de borda. Oí el chapoteo de un ancla y las luces del barco pescador se apagaron, dejándonos a infiltrarnos en el Egeo, en la oscuridad iluminada por la luna. Nadie dijo una palabra.

Amanecer tiñe al mar con un resplandor rosado. Me senté en la parte posterior del Zodiac, luchando con el pánico, los nervios y el mareo mientras el pequeño bote pasó raídamente a través del agua, dando tumbos a lo largo de las olas y cayendo de vuelta. Yo tenía un rifle de asalto Steyr AUG bullpup en la mano, cargadores de repuesto en el bolsillo de mi chaleco táctico, una pistola en una funda de cadera y un chaleco antibalas debajo de mi ropa. Harris estaba a mi lado, vestido de manera similar y armado, al igual que Henri y los otros tres mercenarios.

La isla se alzaba a la distancia. A un cuarto de milla de distancia, Matteo apagó el motor y repartió remos. Remamos a través del agua en silencio ahora, Henri y Harris arrodillados en la proa con rifles de asalto apuntando a la isla. Oí el ruido distante del helicóptero volando por encima del agua del otro lado de la extensión de mar y tierra.

A medida que nos acercábamos a la costa, el choque de las olas contra las rocas se convirtió en un rugido. Alexei levantó su remo del agua, hizo un gesto hacia nosotros con cuatro dedos de su mano izquierda, el dedo meñique no era más que un esbozo, y dejamos de remar. Sasha rompió su remo en el agua, dirigiéndonos hacia un pliegue de rocas de cara a la isla. Una vez que el arco de goma del Zodiac chocó contra la roca, nos detuvimos, Alexei ató la cuerda de amarre a un anillo oxidado clavado en la base de una roca.

Él hizo un gesto hacia la pared de roca. —Esto solía ser una fortaleza en los siglos pasados. Hay una escalera en la piedra. Vamos arriba.

Levantando la mirada, pude creer que solía ser una fortaleza. Había visto una imagen de satélites de la isla: era un dedo de roca desnuda

empujando hacia arriba fuera del Egeo con una estrecha playa en el lado sur, junto con una pequeña bahía natural. En lo alto, era una enorme casa construida directamente en la roca misma, una estructura de vidrio y acero construida sobre las ruinas de la antigua fortaleza.

Estábamos en el lado norte de la isla, frente a una pendiente vertical de casi pura roca desnuda. Parecía imposible subir, pero observé cómo Alexei se colgó el rifle alrededor de su espalda y subió con la agilidad de un macho cabrío. Mirando de cerca, pude ver un conjunto limitado de ranuras talladas en la piedra antigua. No se podría llamar una "escalera", pero nos permitiría subir desapercibidamente. Nos llevó una hora escalar la pared, y a medida que subíamos por detrás de la mansión, oí al helicóptero acercarse, el ruido de los rotores era alto ahora.

¡BOOM! El MSR se quebró, rompiendo la ventana de vidrio del lado de la puerta principal.

Los hombres salían del edificio, empuñando metralletas y fusiles AK-47, gritando el uno al otro. Nos vieron entonces y abrieron fuego, enviando disparos zumbando y explotando hacia nosotros.

El MSR retumbó otra vez, y vi a un hombre moviéndose erráticamente. ¡BOOM! Un segundo cuerpo cayó. Alexei se lanzó hacia delante, lanzando balas en ráfagas cortas. Saltó a través del espacio donde la ventana se había roto, soldados aplastando el vidrio y pude verlo girar, escaneando, crack, crack, crack, luego los disparos se cortan y cuerpos golpean el suelo. Yo estaba justo detrás de él, luego lo paso, mi MP5 rugiendo sin parar, sobresaltando contra mi hombro.

Kyrie estaba aquí, en alguna parte. Tenía que encontrarla. Tenía que encontrarla. La razón me dejaba, y entonces, me eché a correr.

Voces detrás de mí me llamaron para que esperara, pero no había nada para esperar. Siluetas se colocaron delante de mí y las derribé. Atravesé una puerta tras otra, haciendo caso omiso del peligro, disparando sobre todo lo que se movía, pateando cuerpos fuera del camino mientras buscaba la entrada a los niveles más bajos. Mis acciones eran

automáticas, instintivas, alimentadas por la rabia. Mi único pensamiento era encontrar a Kyrie. No había nada más. No me importaba lo que le pasara a nadie, ni siquiera a mí mismo, siempre y cuando la encontrara.

Alexei me llamó, haciendo un gesto hacia mí. —¡Aquí! Bajando las escaleras

Lo empujé para pasarlo, saltando por las escaleras imprudentemente. Alexei me siguió con más cautela. Bajamos una escalera de caracol adentrándonos en la fortaleza, moviéndonos a través de estrechos pasillos y en habitaciones vacías, un laberinto que nos llevó a dar vueltas en círculos.

En un momento dado, llegamos a una intersección en T y Matteo me adelantó, dando vuelta en la esquina a la izquierda, con el rifle sobre su mejilla, disparando. Sangre salpicad y él se sacude hacia atrás, agarrándose la garganta. Alexei lo tiró hacia atrás de la esquina, incluso mientras Matteo hacía gárgaras y se quedaba inmóvil. Alexei dio vuelta en la esquina en cuclillas, disparó, y se retiró a toda prisa, secándose la frente con una mano, riendo a los gritos incrédulamente. Una bala le había arrugado la cara, le erró a la sien por un milímetro.

Me asomé por la esquina, vi la luz del día a través de una puerta. Un hombre estaba ahí, con un rifle apuntando hacia mí. Disparó, la bala perforando la pared al lado de mi cabeza. Apunté a su torso y apreté el gatillo, él cayó.

Silencio entonces, aparte del helicóptero dando vueltas en la distancia.

La puerta nos condujo a un balcón tallado en la roca misma, el Egeo azul y turbulento a un metro de distancia abajo. Otra puerta abierta surgió a nuestra izquierda, una boca negra que nos adentra más hacia abajo en las entrañas de la antigua fortaleza.

Sasha, Henri y Harris se dirigieron de nuevo hacia arriba, buscando en el resto de las habitaciones, una vez más, asegurándose de que no hubiera sorpresas esperando.

Oí el chasquido de una pistola haciendo eco por la escalera. Una pausa momentánea y, luego, el crack... crack... crack... crack. Era una pistola grande, por el sonido de la misma. Silencio. A continuación, una detonación más retumbante.

Mi garganta se apretó y mis entrañas se revolvieron. Mi corazón latía con fuerza; Kyrie estaba bajando esa escalera, en alguna parte.

Lo sabía. Lo sentí.

¿Pero estaba viva?

La fortaleza se derrumba

Justo antes de que Tobías me empujara, me levanté de golpe de la tierra, envolviendo mis piernas alrededor de su cuello. Ignoré los gritos, la agonía desgarradora en mi rodilla, la bruma de desdibujar el dolor de sus golpes y sujeté mis muslos alrededor de su garganta, apretando con toda la fuerza que poseía. Se retorció, pataleó y dio puñetazos, y en silencio acepté el dolor, cada golpe estrellándose contra la masa de tormento que era todo mi cuerpo.

Y entonces... me solté, dejando que mi vejiga se liberara sobre todo su cuerpo. Sentí que mi orina salpicaba su pecho y mis piernas, luego arqueé mis caderas para que el chorro golpeará su cara. Él bramaba, golpeaba, maldecía en el idioma que hablaba, luchando contra mí. Me aferré a él, me mantuve allí, apretando los dientes por los golpes, teniendo dolores fuertes en la rodilla, así como el alivio por la vejiga, ahora vacía, que se extendía sobre mí.

Abruptamente, lo solté y me eché hacia atrás, lo golpeé con mi pierna buena, sentí que mi tacón conectaba con su cara y lo pateé de nuevo. Y otra vez, y otra vez, tan viciosamente como podía, dejando que mi rabia tomara el control. Me hice hacia delante, luchando, gruñendo y llegué a mis pies. Tobías maldecía, teniendo arcadas, pero más que nada sorprendido que realmente dolía. Tenía unos pocos segundos antes de que se pusiera de pie, golpeándome con sus enormes puños. Pisoteé su entrepierna tan duro como pude, luego agarré la culata de la pistola de la funda que se encontraba en su hombro y di un salto hacia atrás, tropecé y casi me caí. Chocando contra la pared, agarré la pistola con las dos manos, con el dedo apoyado en el gatillo, el arma extendida delante de mí con toda la longitud de mi brazo, de la forma en la que Harris me había mostrado.

¡BANG!

La pistola saltó en mis manos, casi saliéndose de mi agarre. Tobías se estremeció y gruñó, el color rojo manchando su pecho. Llevé el cañón hacia abajo, sin molestarme en apuntar a excepción de la masa central, como Harris me había dicho.

¡BANG!

Otro círculo rojo junto al primero. Tobías estaba gimiendo, maldiciendo, jadeando, llorando.

Esta vez, apunté. Centré el punto de mira sobre su entrepierna, apreté el gatillo... y luego cambié de opinión. Ajusté el objetivo hacia arriba, dudé, contuve la respiración, y lo apreté. Su cabeza explotó y mi estómago se revolvió, se sublevó, se sacudió. Dejé que la pistola colgara en una mano mientras me inclinaba hacia un lado, teniendo arcadas, sin nada en mi estómago para vomitar excepto bilis.

Coloqué la pistola en el suelo y rápidamente despojé a Tobías de sus pantalones y me los puse. Eran demasiado grandes, pero usé el cinturón para asegurarlos en mi cintura, atando el extremo de la correa alrededor de sí misma cerca de mi cadera y subí los puños hasta mis tobillos. Teniendo náuseas al ver el desorden sangriento que era su cabeza, rodé su cuerpo hacia un lado, luchando con su corpulencia y le quité la chaqueta de un brazo, entonces lo dejé caer hacia atrás y se la retiré del otro lado, luego me la coloqué, abotonándola para cubrir mi torso. Se encontraba húmedo por la sangre en los hombros, en la solapa y en el cuello, pero al menos estaba cubierta.

A continuación, le aflojé y le desaté la corbata, teniendo náuseas ante el hedor y la visión de la materia cerebral. Tuve arcadas de nuevo, luché contra ellas, las hice a un lado. Envolví la corbata alrededor de mi rodilla y la anudé tan fuerte como pude soportarlo, ahogando los sollozos de agonía. Pero una vez que se encontró atado, el latido en mi rodilla disminuyó ligeramente, lo suficiente para que pudiera caminar torpemente hacia la puerta. Recordando la forma en la que Henri había estado detrás de la puerta de su bar, me coloqué a la izquierda de la entrada, para que la puerta me escondiera cuando se abriera. Esperé, parada sobre mi pierna buena y ahorrándole el esfuerzo a mi rodilla

herida. Algo duro y pesado se encontraba en el bolsillo de mi conveniente abrigo; lo saqué y encontré un cargador extra para la pistola. Sin saber lo que me esperaba, lo cambié por el que ya estaba parcialmente agotado.

La puerta se abrió inesperadamente y me golpeó, llevándome contra la pared.

—¡TOBÍAS! ¿Qué mierda estás haciendo? —Gina estaba gritando incluso cuando la puerta todavía se encontraba abierta—. ¡Ellos están aquí! No tenemos tiempo para... —Se detuvo cuando vio el cuerpo de Tobías—. Mierda. Mierda. ¡MIERDA!

Estaba escondida detrás de la puerta, esperando, la pistola de plata pesada sostenida con mis dos manos. Coloqué mi peso sobre ambos pies, con los dientes apretados contra el dolor, las lágrimas involuntarias por la angustia física corriendo por mi cara. Las uñas de color azul-lacado hicieron clic contra el borde de la puerta, alejándola de mí.

Cuando la puerta se apartó y me reveló, levanté la pistola, parpadeando para alejar las lágrimas de dolor y disparé tan pronto como el barril se encontró dirigido hacia una masa central.

Gina se sacudió cuando la bala impactó en ella, y luego se estremeció en el lugar, aferrándose al costado en donde la bala le había pegado. La seda azul costosa se oscureció con la sangre.

—¿Tú? —Murmuró, con voz débil por la conmoción y el dolor.

—Yo, puta. —Disparé de nuevo en su torso.

Se tambaleó hacia atrás, chocó contra la pared. La rabia se extendió por mi cuerpo, cegándome, haciéndose cargo. La pistola estaba explotando, saltando en mis manos mientras le disparaba, una vez, dos veces, tres veces, inclusive una cuarta vez. Ahora, todo el cuerpo de Gina era un lío rojo. Se deslizó hasta el suelo, con los ojos vidriosos.

—Eso fue por Valentine —dije.

Parpadeé, sentí la pesada arma en mis manos. Vi en mi mente lo que Tobías le había hecho a Lisa. Lo que había intentado hacerme a mí. Lo que Gina le había hecho a Valentine.

Pasé la palma de mi mano sobre mi cuero cabelludo, sintiendo sangre, costras y restos. —Esto es por mí.

¡BANG!

La pared estaba cubierta de color carmesí, mi último tiro atravesando su cráneo y carcomiendo a la pared de atrás.

Se encontraba muerta, finalmente había muerto. Y sin embargo... parecía casi decepcionante; simplemente con presionar un disparador, y estaba muerta.

Mi rodilla cedió, mi fuerza comenzó a menguar y caí al suelo sobre mis manos y mis rodillas, tosiendo, sollozando.

Valentine.

Están aquí, había dicho ella.

Ahora no podía rendirme.

Levántate, me dije. ¡LEVÁNTATE!

Me obligué a ponerme de pie y me acerqué cojeando hasta la puerta, la abrí y la atravesé rengueando. Perdí el equilibrio y tuve que apoyarme en la pared en busca de soporte. Gemí a través de mis dientes apretados con cada paso que daba lejos de la puerta, tropezando a lo largo de un pasillo oscuro, bajo y antiguo iluminado por focos amarillos opacos en apliques de pared cada pocos metros. Vi una escalera delante de mí, un rectángulo brillante, indicando la luz del día.

Oí el ruido de disparos. Sonidos de las automáticas, las pistolas tronando. A lo lejos, un lento y rítmico... BOOM... BOOM... BOOM... BOOM, un rifle pesado.

Las escaleras serían mi perdición. No había manera de que pudiera subir tantos escalones. Mi rodilla sangraba por la pierna del pantalón,

doliendo, ardiendo y débil. Me encontraba mareada, tenía sed, hambre, todo mi cuerpo palpitando con un millón de puntos de dolor. La sangre era salada en mis labios, pegajosa en mi nariz y en mi boca, secándose y adherida a mi cuello y a mi cabeza.

Escuché un paso por encima de mí, una voz gritando en... ¿griego tal vez? ¿O en ruso? No estaba segura. Boca abajo sobre mi estómago en las escaleras, estiré el cuello y eché un vistazo hacia arriba, vi la luz del sol en un cañón de pistola, una silueta de un hombre de pie en la parte superior de la escalera. Había llegado demasiado lejos como para rendirme en este momento. Me di cuenta que todavía tenía la pistola en la mano, por lo que rodé hacia un lado, levanté mi arma e hice un gran esfuerzo para apuntar. El barril osciló, y apreté el gatillo. La explosión fue ensordecedora.

Él se agachó hacia atrás fuera de la vista mientras mi arma se disparaba y esta vez el retroceso hizo que el arma se me escapara de la mano con fuerza. Hizo un arco por encima de mí y aterrizó sobre mi espalda con un impacto agudo en mi columna, y luego cayó entre mi cuerpo y las escaleras. Gateé y me retorcí para alcanzarla, pero mi fuerza estaba menguando, desvaneciéndose. Lo sentía, apresurándome para agarrarla, sentía la madera fría de la culata contra la palma de mi mano.

Pero él ya estaba allí, justo encima de mí, a dos escalones. Tenía una ametralladora apuntando hacia el suelo. Rodé sobre mi espalda y levanté la pistola una vez más, llorando de desesperación mientras él levantaba su ametralladora. Pero en vez de dispararme, hizo girar su arma hacia su espalda y se inclinó hacia mí. El sol era una bola naranja cegadora enmarcada por la escalera de entrada, por lo que era imposible ver algo más que sombras y siluetas.

Ahora iba a morir.

—Qué bueno que fallaste —dijo una voz profunda, dulce y familiar.

Parpadeé, mareada y confundida, tratando de concentrarme en la figura por encima de mí.

¿Valentine?

Era mi Valentine.

Lloré y me desplomé en las escaleras, el alivio quitándome cualquier fuerza que me quedaba.

Sentí que Valentine me levantaba en brazos, y ahora esto era familiar, sus brazos musculosos acunándome contra su pecho, sus magníficos ojos de color azul pálido, preocupados, temerosos y enrojecidos, unas lágrimas se le escapaban mientras bajaba su mirada hacia mí.

—Kyr... Kyrie. —Su voz se quebró—. ¿Qué te hicieron, mi amor?

Parpadeé lentamente, sintiendo que la oscuridad me embargaba. —Deberías ver... deberías ver al otro tipo. —Incluso me las arreglé para esbozar una sonrisa.

Me devolvió la sonrisa. —Mi chica. Ahora estás a salvo, amor. Estás segura. Te tengo. —Sus labios temblaron cuando me dio un beso en la frente—. Nunca voy a dejar que te pase nada de nuevo, lo prometo. Lo prometo.

Eso era todo lo que necesitaba. Dejé ir mi conciencia, dejé que la oscuridad me llevara hacia abajo.

* * *

Valentine

Sentí algo caliente y húmedo bajo mis manos mientras acunaba la cabeza de Kyrie en la palma de mi mano. Sentí las lágrimas deslizándose por mis mejillas al ver su cara golpeada.

Sin embargo, estaba con vida.

Su cabello había sido afeitado, dejando su cabeza cubierta de rasguños y de cortes. La sangre goteaba más allá de su oreja, por su frente y a lo largo de su nariz. Su cara se encontraba magullada, sus mejillas hinchadas, los ojos se le estaban volviendo negros. Su nariz se había roto, la sangre rezumaba de su boca, su barbilla y su garganta. Llevaba

pantalones de hombre con un cinturón atado alrededor de su cintura y una chaqueta manchada de sangre. Se encontraba desnuda debajo de la chaqueta. Olía a orina. Tenía un Smith & Wesson calibre .45 en una mano, la que gentilmente liberé de su agarre.

Estaba sin fuerzas en mis brazos, con su cabeza colgando.

Alexei bajaba a prisa por las escaleras, con el rifle girando. Lo dejé ir. Él podía encargarse de las cosas ahí abajo.

—Valentine —dijo Alexei, desde la parte inferior de la escalera—. Debes ver esto.

Me negaba a soltarla de mis brazos, así que bajé las escaleras con Kyrie, inclinando su cabeza con cuidado para atravesar la puerta al final del pasillo.

Tobías se encontraba en el suelo, con dos agujeros de bala en el pecho y la parte posterior de su cabeza arrancada. Y luego estaba Gina, su torso acribillado y un agujero entre sus ojos.

—Ella hizo esto. —Alexei hizo un gesto hacia Kyrie con la barbilla. Se puso de cuclillas, olió, arrugó la nariz—. Muchacha lista. Valiente. Muy, muy dura.

Solamente pude asentir con mi cabeza, tenía la garganta demasiado sofocada para hablar.

Podía leer la escena tan bien como Alexei: la ropa interior de Tobías bajada hasta sus rodillas, el hedor a orina, la camisa y el pelo empapados, su rostro roto, la sangre a los pies de Kyrie. Pude ver el respeto en los ojos de Alexei mientras la miraba a ella, inconsciente en mis brazos.

Pasó por delante de nosotros, con el rifle en el hombro. Oí estallidos dispersos de disparos aquí y allá. Harris y Henri sin duda, limpiando la parte encima de nosotros. Alexei asomó la cabeza en algunas puertas de alrededor a medida que ascendíamos, asegurándose de que se

encontraran vacíos. Se detuvo en uno, paralizándose en estado de shock, y luego se retiró, con ira en su rostro.

—Es bueno para el cerdo de allí dentro que tu chica lo matara primero.
—Hizo un gesto hacia la habitación—. Era un monstruo, te lo digo.

Miré en el interior, y vi lo que había sido, en un momento dado, una niña. Mi estómago se revolvió y tuve que darle la espalda.

Avanzamos lentamente hacia arriba a través del laberinto oscuro, subiendo y subiendo hacia la luz del día. Allí encontramos el helicóptero esperándonos en la pista de aterrizaje en el extremo este de la isla. Andrei yacía boca abajo en la puerta abierta del helicóptero, el MSE preparado, buscando amenazas. El amigo de Henri, el piloto del helicóptero, estaba suministrándole combustible al helicóptero, cortesía de la familia Karahalios.

Henri emergió por la ventana rota, pasando por encima de los cuerpos.
—Todo está despejado.

Harris no se encontraba lejos detrás de él, trotando hacia mí. —¿Kyrie? ¿Es ella?

—Con vida. Maltratada, pero viva.

—¿Y la perra? —preguntó Henri.

—Muerta —respondió Alexei.

—¿Ustedes lo hicieron? —preguntó Harris.

Negué con mi cabeza. —No. —Levanté ligeramente a Kyrie—. Ella.

Harris frunció el ceño, mirándola. —¿Ellos la...?

Sabía lo que estaba preguntando. —No lo sé. No lo creo, pero no estoy seguro. —Me moví hacia el helicóptero, protegiéndola de la corriente descendente mientras los rotores empezaban a dar vueltas y a sonar—. Vamos a sacarla de aquí.

Andrei tenía su rifle acunado en los brazos con la familiaridad casual.
—¿Matteo?

Alexei negó con su cabeza y luego se estremeció en el lugar, haciendo un gesto con el pulgar hacia Sasha, quien salió de la casa con el cuerpo inerte de Matteo sobre un hombro. Alexei proporcionó una breve explicación en ruso, haciendo un gesto bruscamente hacia su garganta con el dedo medio. Andrei dejó caer su rifle y maldijo brutalmente en ruso, caminando de un lado a otro delante del helicóptero, y luego se acucilló, sacudiendo sus hombros.

Alexei me miró como si estuviera disculpándose. —Su hermano. — Señaló a Sasha—. Mi hermano. —Luego hizo un gesto hacia los cuatro, su dedo moviéndose en un círculo—. Primos.

—Lo siento —dije, sin saber qué más decir.

Simplemente se encogió de hombros. —Vete. Lleva a Matteo contigo. — Alexei hizo un gesto para que Sasha lo siguiera—. Los pescadores nos regresarán a Atenas. Nos encontraremos allí para el pago del resto.

Andrei colocó a Matteo en la parte trasera del helicóptero y luego se quitó la camisa, dejando al descubierto sus brazos solamente con el chaleco antibalas sobre el pecho. Cubrió la cara de su hermano con la camiseta.

Volvió a levantar el rifle, mirando a Harris. —El rifle es mío.

Harris asintió fácilmente. —Por supuesto.

Sostuve a Kyrie en mi regazo, su cabeza apoyada en mi hombro, colgando con el movimiento de nuestro despegue.

A los pocos minutos de vuelo, Harris se inclinó hacia mí. —Sabes que Vitaly averiguará lo que ha ocurrido —dijo, gritando en mi oído por encima del ruido de los rotores—. Tiene que tener video vigilancia en un lugar como ese.

Asentí. —Lo sé.

—Esto no ha terminado, Roth.

—Por ahora sí.

—¿De Atenas, a dónde vamos? —preguntó Harris.

Pasé unos minutos pensando. —Cómprame el yate más grande que puedas encontrar. No me importa cuánto cueste. Consigue personal y gente de seguridad. Quiero jodidamente lo mejor, Harris. Hombres cuya lealtad no se pueda comprar ni cuestionar. —Miré a Kyrie, limpié la sangre en su cara con mi pulgar—. Dile a Robert que agilice todo. Vende las filiales, todo lo que no sea vital. Hazlo para que yo pueda manejarlo todo de forma remota, para que mi presencia no sea necesaria en las operaciones del día a día.

Harris ya había sacado su teléfono por satélite cifrado y estaba marcando.

Planeaba desvanecerme, salirme de la red por mucho, mucho tiempo. Vitaly nos buscaría, ya lo sabía. Déjalo que busque.

Para el momento en que nos encontrara, estaría listo para él.

Sanando

Desperté lentamente, haciendo un balance. La última cosa que recordaba era la cara de Valentine mirándome.

Gina. Tobías. Lisa.

Los recuerdos me asaltaron y lloré.

—Sshh —la voz de Valentine murmurando en mi oído. Su pecho estaba debajo de mi mejilla, sus brazos alrededor de mis hombros. —Estas a salvo. Te tengo, Kyrie.

—¿Valentine? —su nombre salió en un murmullo incoherente.

—Si mi amor. Soy yo.

—Viniste.

Su pecho se sacudió, como si él estuviera ahogando su propio llanto. —Por supuesto —. Su mano se alisó sobre mi cuero cabelludo, muy suavemente. —por supuesto que vine por ti. Nada podría mantenerme lejos.

—Duele

—¿Qué?

—Todo.

Frotó mi brazo con su mano. —Lo sé. Casi estamos allí.

—Sed —un popote tocó mis labios y tome un sorbo vacilante. Fresca agua pura humedeció mis labios. Tome un codicioso trago, dejando al agua empapar mi boca, humedeciendo mi lengua. Tragué y luego, un poco más. —¿Dónde?

—Estamos en el aire en estos momentos. Estaremos en Atenas en unos minutos.

—Tú...¿estás bien?

—¿Yo? Estoy bien. Ni un rasguño.

Intente convocar algo que decir, pero todo me dolía. Tomé otro sorbo y pensé en algo que él debería saber. —Tobías. Él-él no lo hizo. Él-él trató. Iba a hacerlo. Lo detuve. Lo-lo mate.

Dejó escapar un suspiro de alivio. —Lo hiciste bien.

—Hice pis en él —. La admisión en realidad me hizo reír, por alguna razón. Aunque, no fue divertido.

—Lo sé.

—Maté a Gina, también. Le disparé...tantas veces. No podía parar. Ella estaba tan mal —. Me sentí mareada, cansada. Estaba exhausta. Mi rostro dolía. Mi nariz quebrada dolía. Mi rodilla latía. Mis costillas dolían, también, gracias a Tobías. En ese momento, no había registrado ningún dolor, y después, todo lo demás había estado latiendo tan malamente para notarlo. —Tobías...ella trajo a una chica, una inocente...chica. Una chica Americana. Ella me hizo ver, mientras Tobías...Dios... —no pude terminar, temblando, el estómago agitado con el recuerdo.

—Lo sé, amor. Lo sé. La encontramos —Valentine besó mi sien.
—Ahora, shh. Se acabó. Ahora estas a salvo. Descansa ¿de acuerdo?

—Me gustas cuando sueñas Inglés —. No estaba segura de dónde vino eso.

Me hundí en el sueño.

* * *

Me desperté de nuevo, y esta vez no dolía demasiado. Me sentí ligera, como si flotara, sin embargo, mi cerebro parecía pesado y lento. Abrí los ojos a la brillante luz solar, las cosas son siempre un poco más brillantes en el mar. Sentí el balanceo del barco debajo de mí, suave pero constante, el profundo movimiento de lado a lado del oleaje.

Había pasado suficiente tiempo en los barcos con Roth, en los ríos, en el muelle y el mar que podría reconocer el movimiento en cualquier lugar.

Había ventanas del suelo al techo alrededor de la habitación, plomo pulido entre cada panel, madera de color clara decorando debajo, coincidiendo con el suelo. La cama donde estaba era un King California en un pedestal contra la pared del fondo, situada en el centro de la habitación. El vidrio corría en trescientos sesenta grados, proporcionando una vista del océano en todas direcciones. El sol orientado a mi izquierda brillaba anaranjado, descansando en el horizonte. La salida del sol, parecía. El océano estaba tranquilo, teñido de naranja-rosado.

Tragué saliva, mi garganta seca. Rodando mi cabeza hacia un lado, vi un panel en la pared junto a mi cabeza, conteniendo botones e interruptores deslizantes. Todos ellos estaban convenientemente etiquetados: *iluminación*-con tres deslizadores en la parte inferior, indicando que estaban apagados; *tinte de pared*-con un solo deslizador en la parte inferior; *tinte del techo*-con un solo botón hacia arriba. Miré hacia arriba y vi que el techo de la habitación era negro liso, opaco. Me estiré y deslicé el interruptor del tinte del techo hacia abajo y la opacidad del techo se desvaneció a transparente, mostrándome el cielo, rojo-anaranjado ahora, algunas nubes aparecieron como volutas grises a través del horizonte.

¿Dónde estaba? ¿Era un barco? Claramente lo era, desde que no había nada en ninguna dirección excepto océano. Mirando hacia afuera, mas allá de mis pies, en línea recta, pude ver la proa del barco. Un hombre con uniforme negro se puso de pie en la proa y mientras miraba, giró en su lugar revelando una ametralladora de algún tipo cruzando su pecho. Otro hombre vestido idénticamente se aproximó y los dos conversaron, cada uno de ellos oteando el horizonte en todas direcciones mientras hablaban. Uno de ellos se rió y golpeo al otro en la espalda y luego se retiraron de la proa, moviéndose a la popa.

Pasos resonaron en las escaleras y Valentine apareció junto a la cama. —¿Kyrie? ¡Estas despierta!

Luché para ponerme en una posición sentada, sintiendo la punzada distante del dolor embotado por los medicamentos. —Esos hombres de allí ¿Quiénes son?

Él se sentó a mi lado en la cama y me tomó en sus brazos, poniéndome en su regazo, sus ojos azul pálido evaluándome de la cabeza a los pies. —Nuestra seguridad. Hay seis de ellos. Tres de los cuales estaban conmigo cuando te rescaté. Los conocerás a todos más tarde, sin embargo. ¿Cómo te sientes?

Asentí con la cabeza contra su pecho. —Mareada, pero estoy bien.

Él asintió. —Tienes algunos medicamentos muy potentes en ti en estos momentos —. Tomó mi mano en la suya. —Traje un doctor a bordo, alguien que Henri conoce. Necesitabas una cirugía de reemplazo de rodilla, así como puntos de sutura en el cuero cabelludo. También fue necesario acomodar tu nariz, tenías algunas costillas magulladas y ojos negros.

Asentí, y mi cabeza dio vueltas. Me quedé inmóvil y me acurruqué contra Valentine. —Mareada. Estoy con un poco de sed —lo miré y vi la preocupación en sus ojos. —Estoy bien, Valentine. Lo estoy. Si no hubieras llegado cuando lo hiciste, aunque...

Él negó con su cabeza interrumpiéndome. —No te protegí. Te dejé y ella te tomó.

Está bien. Él me había dejado. Parpadee. —¿Por qué me dejaste? ¿A dónde fuiste?

—Me fui por cinco...cinco malditos minutos. Subí a la azotea para hablar con Harris. Tenía algunos planes que discutir con él. Ellos habían estado esperando. Alguien me disparó. No intentando matarme, sólo...alejarme. Sacarme del camino así Gina podría...

—Ella estaba esperando en la biblioteca. La casa estaba vacía. Te busqué después de salir de la ducha. Pero la encontré a ella en tu lugar. Sabía...entré en la biblioteca y sabía que tenía que darme la vuelta y salir. Lo sentí. Pero no-no lo hice. Fui una estúpida. Fui de todos modos. Y allí estaba ella —. Tragué con fuerza el nudo en mi garganta y Valentine presionó un botón del panel de la pared, hablando en un intercomunicador, pidiendo agua. —Debería haber escuchado a mis tripas. Si hubiera...

—No. Deberías haber estado a salvo en mi casa. Pensé que estabas a salvo. Sólo se suponía que eran cinco minutos. Estaría de vuelta antes de que salieras de la ducha —. Apretó el puente de su nariz, sus hombros levantándose y luego hundiéndose mientras luchaba con sus emociones. Botas golpearon fuera de la habitación y luego un hombre entró en el cuarto. Era alto y delgado con los ojos marrones, sus características curtidas y endurecidas pero atractivo de una manera lupina. Tenía una cicatriz corriendo por un lado de su cara, subiendo hasta su cabello negro muy corto. Una ametralladora colgando de una correa desde su hombro, una mano descansando casualmente sobre la culata y dos botellas de agua en su otra mano. Le entregó las botellas a Roth. —Estoy contento de verla despierta, Señorita Kyrie —sonrió e hizo un saludo con dos dedos y luego bajó por las escaleras.

Cuando se fue, tome la botella que Valentine había abierto y bebí lentamente. —Parece agradable.

Valentine sacudió la cabeza, riendo. —¿Agradable? No es realmente una palabra aplicable para un hombre como él.

—¿Qué significa eso?

Me di cuenta que el acento de Valentine era más denso de lo habitual, su normalmente cuidado y cultivado tono, careciendo de su usual limpieza, como si una fachada hubiera caído. —Sólo significa que Alexei es...muchas cosas. Agradable, sin embargo, no es una de ellas.

No traté de descifrar lo que significaba. Me deslicé sobre la cama, dejando espacio para Valentine. Palmeé la cama. —Necesito estar cerca de ti.

Se deslizó hacia abajo, a una posición acostado, manteniéndome en su pecho, en el refugio cálido de sus brazos. Presioné mi rostro contra su garganta e inhale su esencia, sentí su corazón latiendo debajo de mi palma.

Dormí de nuevo.

Cuando desperté, estaba todavía en el regazo de Roth, acunada contra su pecho, su brazo alrededor de mis hombros. Tenía un teléfono celular en su otra mano, una cosa enorme casi del tamaño de una Tablet y estaba tipeando en ella con el pulgar.

—¿Me ayudas en el baño? —dije. Él tiro el teléfono a un lado, se deslizó fuera de la cama y me tomó en sus brazos. —No. Déjame estar de pie. Tengo que tratar de ponerme de pie.

Roth me ignoró, descendiendo a una amplia pero empinada escalera a un nivel inferior de la embarcación. Suspiré y me dejé llevar. Había ventanas del suelo al techo aquí también, pero el techo era bajo, la misma madera clara que en el piso de arriba. A la derecha de la escalera había un largo sofá de cuero blanco en una pared, perpendicular a las ventanas, frente a una enorme pantalla de televisión. Por delante, un corto pasillo más allá de la TV nos llevó a un bar completo con taburetes, la pared de ventanas frente a la barra de modo que cualquiera sentado en el taburete tendría una vista del océano detrás de ellos. A la izquierda de las escaleras, había una puerta que conducía al cuarto de baño. El cuarto de baño, por supuesto, era tan lujoso como cualquiera que Roth alguna vez haya poseído. Mármol y vidrio, madera clara, ventanas con vistas al océano, iluminación suave. Me sentó en el inodoro y me ayudó a arreglar la gran camiseta gris que era todo lo que tenía.

Sabes que tu hombre te ama cuando te ayuda a ir al baño.

Cuando terminé, me llevó de nuevo a la habitación, me puso en la cama con exquisita ternura. Me encanta su actitud protectora, aún cuando sabía que necesitaría ejercitar mi rodilla pronto.

Flexioné la rodilla hacia atrás y adelante, probándola. —Entonces. ¿Este barco? ¿La seguridad? —Miré hacia él—. ¿Quieres contarme?

Roth tomó su teléfono y lo hizo girar entre su pulgar e índice, sentado con las piernas cruzadas en la cama, frente a mí. —Estuviste fuera durante una semana. Tuviste una fiebre desagradable por unos días. Te encontrabas muy deshidratada. Ella te tuvo por casi tres días, sabes. Eso es lo que me tomó llegar a ti. Tres putos días. —Él no me miraba—. Una vez que te tuve de regreso, supe que nunca volvería a Nueva York. Estoy en el proceso de venta de la torre y una enorme porción de mis empresas filiales. Estoy vendiendo todas mis propiedades, a excepción de la viña en Francia. Harris adquirió este yate para nosotros, y aquí estamos.

—¿Pero ahora estamos a salvo? —pregunté.

Sus rasgos se oscurecieron. —Nadie te hará daño de nuevo. Lo prometo —gruñó—. En mi puta vida, lo juro.

Eso no era lo mismo que una garantía de que estábamos a salvo. —¿Pero?

—Pero su padre todavía está por ahí. —Trazó una vena en el dorso de mi mano, siguiéndola hasta mi antebrazo—. Él es... no como un psicópata, pero... mucho más calculador. Es incansablemente vengativo. Su hija está muerta. Dos de sus propiedades fueron atacadas. Treinta y tantos de sus hombres fueron asesinados. —Se detuvo—. Kyrie, tú solo... no conoces a Vitaly. No va a dejar pasar esto.

—¿Así que estamos huyendo de él?

Roth frunció el ceño. —Necesitas tiempo para sanar.

—Y después, ¿qué? —Empujé la sábana de mis piernas y miré mi rodilla, viendo las vendas cubriendo las cicatrices quirúrgicas recientes —. ¿Sólo vivimos en un barco para siempre?

Roth sonrió a eso. —¿Barco? Kyrie, mi amor, este es uno de los más grandes e increíbles yates jamás construidos. Sólo has visto la fracción más pequeña de éste. ¿Este dormitorio y el nivel de ahí abajo? Es el... ático, básicamente. Nuestros cuartos privados en la parte superior. Hay una docena de habitaciones de huéspedes en las cubiertas inferiores, habitaciones de empleados para casi cincuenta personas, una cocina industrial y un comedor formal. Un gimnasio, equipado con una piscina olímpica. Tiene su propia pista de helicóptero, así como un compartimiento oculto para un barco más pequeño. Ahora, debido a nuestra situación única, solo asigné a un equipo de seis hombres de seguridad, un grupo mínimo para ejecutar el barco y un pequeño equipo para encargarse de la cocina y limpieza. Todos han sido examinados en una docena de maneras diferentes y de ellos, solo Alexei tiene acceso a nuestras habitaciones aquí.

—¿Dónde está Harris? —pregunté.

Valentine vaciló. —Le he dado algo de tiempo para sí mismo. Se lo ha ganado. —Suspiró—. Se siente un poco extraño sin él alrededor, pero necesitaba algo de tiempo libre.

Me encogí de hombros. —Está bien. —Sin embargo, no estaba bien. Extrañaría a Harris, mucho, para empezar.

Roth frunció el ceño, viendo mi malestar. —¿Qué?

No podía mirarlo a los ojos. —No quiero pasarme la vida huyendo, Valentine.

—Yo tampoco. Y no lo haremos. Yo sólo... necesito tiempo. Tú necesitas tiempo.

El silencio se extendió entre nosotros durante un espacio de tiempo que no pude medir. —¿Valentine? ¿Eliza...?

Pasaron varios minutos antes de que él pudiera hablar. —La he conocido durante la mayor parte de mi vida.

—Ella dijo que había trabajado para ti durante veinte años, pero luego tú dijiste que cuando tu padre te echó, te dejó sin nada. No estoy segura de entender.

—Ella primero fue la empleada de mi padre. Creo que te lo dije. Bueno... fue asignada a mí. Yo era demasiado viejo para ella para ser considerada una 'niñera', pero era mi personal... No lo sé. ¿Sirvienta? Odio ese término, ya que no era así. Ella era mi amiga. Mis padres no eran realmente... del tipo accesibles. Mi padre tenía cuentas de mil millones de dólares para gestionar, clientes ultraprominentes para entretener. Mi madre tenía organizaciones benéficas por hacer, fiestas por dirigir. Nuestra casa siempre estaba llena de gente importante. Parlamentarios, políticos europeos, presidentes, primeros ministros y miembros de la realeza. Estrellas de Hollywood. Jefes de bancos y corporaciones internacionales. ¿Y yo? Yo sólo era su hijo. Se esperaba que hiciera acto de presencia, les mostrara mis mejores modales y luego me retirara a mi habitación. Y Eliza era todo lo que tenía. No era mucho más mayor que yo. Cuarenta y ocho a mis treinta y siete. Cuando tienes quince, dieciséis, una diferencia de edad de once años es mucho. Pero ella era mi amiga. Mi única amiga.

Se calló, silenciándose por un momento, recordando. Eventualmente continuó y me mantuve en silencio, agradecida por este raro vistazo al pasado de Roth. —Cuando mi padre... me echó, como él lo expresó, ella había estado trabajando para él durante ocho años, cinco de ellos como mi personal... lo que sea. Tenía veintidós cuando me mudé a Nueva York, cuando escapé de Gina y Vitaly, supongo que debería decirlo. Cinco años exactamente desde el día en que mi padre me echó, contraté a Eliza por debajo de él.

—Así que lo que me dijiste originalmente...

—No del todo la verdad, no. Una vez que tuve las cosas marchando en Nueva York, llamé al jefe del personal de mi padre, Gregory, y pedí la información de contacto de Eliza. Dije que quería buscarla para

saludarla. Bueno, la saludé y le pregunté si le gustaría venir a trabajar para mí. Eso fue hace un poco más de doce años. Ella había trabajado para el personal de la casa de mi padre mientras yo me encontraba fuera haciendo mi fortuna. Dios, ¿cuánto tiempo trabajó para mi padre? ¿Trece años? ¿Y doce para mí? —Se cubrió la cara con las dos manos—. Y la jodida Gina sólo... le disparó. Sin razón.

—Lo siento mucho, Valentine.

—Yo también. —Su expresión se torció en odio—. Me gustaría traer de regreso a Gina así puedo matarla de nuevo.

—Valentine, no puedes pensar de esa manera. —Me moví más cerca de él—. Quiero que esa parte de nuestras vidas se termine. Las armas, las matanzas... Sólo quiero que se acabe.

Sacudió su cabeza. —Mientras Vitaly está ahí fuera, eso es imposible. —Roth se puso de pie, empujó su teléfono en el bolsillo trasero de sus pantalones y se detuvo en la parte superior de la escalera—. Deberías descansar.

—No te vayas, Valentine. No, no me dejes sola.

—Solo iba a traerte algo de comer...

Llegué a él, tiré de su manga hasta que se volvió a sentar en la cama. —Contamos con un personal, ¿verdad? Envíalos aquí. —Agité mi mano en desestimación—. No tengo hambre de todos modos. Yo sólo... No puedo estar sola ahora. —Traté de cerrar los ojos, de descansar de nuevo, pero las imágenes de Tobias, Gina, y Lisa, sangrientos, devastados y torturados, seguían apareciendo en mi cabeza. Recordé la escena en la biblioteca y Gina apretando el gatillo. Casi podía sentir la bala golpeando mi rodilla de nuevo. La sed y el hambre. La respiración de Tobias sobre mí, su peso, su maliciosa sonrisa mientras se preparaba para violarme.

Mi visión se puso borrosa, mis ojos calientes y punzantes.

—Dios, Kyrie, lo siento mucho. Lo siento. —Su voz se quebró—. Te fallé. Yo jodidamente —te fallé. —Se sacudió debajo de mí, luchando por el control.

—No fue tu culpa, Valentine. —Me moví para poder mirar hacia él.

Él no me miraba. —Sí. Lo fue. —Se encogió de hombros—. Subestimé a Gina. Fui complaciente. Pensé que ella lo había olvidado. Seguido adelante. Diez años. Me dejó solo por diez años. Y luego, de la nada... sólo... arruinó todo. Yo. Tú. Nosotros. La vida por la que trabajé tan duro para construir.

—¿Crees que estoy estropeada? —pregunté en voz alta, pequeña, temblorosa—. ¿Crees que tú lo estás?

—Casi fuiste violada. Fuiste disparada. Vencida. Viste... tú...

—Ambos pasamos por mierda realmente horrible, Valentine. No sólo yo, no sólo tú.

—No te protegí. —Se puso de pie, se paseó de un lado para otro—. Y ahora estás en el radar de Vitaly. Así que incluso si querías... No sé... empezar de nuevo en otro lugar. Con —con otra persona, no podrías. Él te encontraría. Te mataría.

—Roth, ¿qué —qué estás diciendo? —Me lancé hacia adelante, luchando con mis pies, saltando, agarrándome de Roth para mantener el equilibrio, girándolo hacia mí—. ¿Comenzar de nuevo? ¿Alguien más? ¿De qué estás hablando?

Él sostuvo mis brazos, manteniéndome recta. —Te fallé, Kyrie. Te prometí que estarías a salvo. Te dejé. Te dejé sola. Debí haberme quedado. —Sacudió su cabeza—. ¿Cómo puedes confiar en mí ahora?

—No puedes tomar toda la culpa, Valentine. —Luché con el pánico dentro de mí—. Yo lo sabía... sentí algo —sabía que algo estaba mal cuando fui a buscarte. Si sólo hubiera esperado por ti, pero no sabía dónde te encontrabas...

—Porque te dejé. —Inclinó su cabeza hacia atrás, parpadeando con fuerza—. Entonces se hallaban disparándome. Traté de volver a ti, pero Harris, él sabía... si hubiera hecho una huida por la puerta, me habrían disparado. Podrían haberlo hecho. En cualquier momento, podrían haberme matado. Pero ella me quería vivo. Me quería fuera del camino. Si no hubieras ido a buscarme, ella probablemente habría volado la puerta de sus bisagras o algo así. Te habría atrapado. Pero si me hubiera quedado contigo, si hubiera hecho como prometí, no tendrías...

—Roth. —Agarré su cara y le hice mirarme. Él sacudió su cabeza, pero lo sostuve—. Valentine. Escúchame. Bebé, escucha. Por favor. No quiero empezar de nuevo en otro lugar. No podría, incluso si nada de esto hubiera pasado. No podría dejarte. No podría volver a... una vida normal, a una vida sin ti. Yo sólo... no puedo. No lo haré.

—¿Por qué? —Parecía sinceramente desconcertado.

—Porque te amo, grandísimo idiota. —Cojeé más cerca de él, me apreté contra él y miré a sus ojos azules angustiados—. Valentine... te amo. ¿Me escuchas? Me enamoré de ti la primera vez que oí tu voz. Tenía tanto miedo después. No sabía lo que querías conmigo. Me arrancaste de mi vida y me dejaste caer en la tuya...

—Y ahora mira donde estás. Por lo que pasaste, porque te arrastré a mi mundo.

—Cierra la boca, Valentine. Estoy tratando de hacerte entender. —Salté de nuevo, perdiendo el equilibrio—. Jesús, esta rodilla apesta.

Me aferré a su cuello y esperé hasta que recuperé el equilibrio. Me miró, arrastrando un dedo sobre el rastrojo de mi cuero cabelludo. Mierda. Me había olvidado que estaba calva. Ugg. Me pasé la mano por mi cabeza, haciendo una mueca.

—Eres hermosa, Kyrie.

—¿Incluso sin cabello?

Él asintió. —Incluso sin cabello.

—Me estás distrayendo. —Sacudí mi cabeza, pasándome una mano sobre mi cuero cabelludo—. Escucha, el punto aquí es que te amo. Nadie podría haber predicho lo que ocurriría. Quiero decir, sí, desearía que me hubieras contado sobre Gina. Ella no era más que una ex novia, ¿sabes? Trae toda la cosa de “ex loca” a un nivel completamente nuevo, ¿verdad? —Traté de hacerlo una broma, pero Roth no se rió—. Es demasiado pronto, ¿eh?

Él me da una mirada de disgusto —¿Cómo puedes bromear, Kyrie?

Me reí, pero en parte fue un sollozo —¿Cómo diablos se supone que debo lidiar con esto, Roth? No soy jodidamente alguien. No crecí rica. Nunca había disparado un arma hasta todo esto. Mi padre fue asesinado -Roth se encogió ante esto, pero no me detuve. — Sin embargo, no lo vi venir, ¿sabes?. Un día estaba allí, y al siguiente se había ido. Yo era una niña viviendo una vida promedio normal. Y tú, tú jodidamente cambiastetodo para mí, Valentine. No puedes deshacer eso. No puedes recuperarlo. Y yo...yo no sé cómo se supone que debo enfrentarlo. Maté a dos personas, Valentine. Les disparé con un arma. Puse agujeros en sus malditos cuerpos. Les volé la maldita cabeza. Y la peor parte es, que no me siento culpable acerca de esto, y debería. Acabé con sus vidas. Los maté... pero eran malos, ¿no? Ambos fueron gente horrible, desagradable, espantosa y mala...eran asesinos, y se merecían morir, y no me siento culpable. Pero...no puedo dejar de verlo pasar una y otra y otra vez...

Traté de ordenar los millones y millones de pensamientos que se arremolinaban en mi cabeza.

—Nada de esto se siente real —dije —, se siente como un sueño. Como si estuviera viendo una película de Jason Bourne o algo así, y solo quedara atrapada en ella de algún modo. Pero es real, y no sé cómo enfrentarlo. Y...te necesito. Eres lo único que tengo. Tienes que ser fuerte para mí. No puedes dejar que el sentimiento de culpa tome el control sobre todo, y eso es exactamente lo que estás haciendo. Sí, no debiste dejarme sola en la ducha, y desearía que no lo hubieras hecho. Desearía que hubieras venido a la ducha conmigo, y desearía que nos

hubiéramos quedado ahí teniendo sexo sin sentido. Pero no lo hiciste. Hiciste lo que en tu opinión era necesario hacer, y lo comprendo ¿De acuerdo? Lo *comprendo*. No te culpo por lo que pasó. Por nada. Pero ahora...ahora tenecesito. Más que nunca. Necesito que me digas que todo estará bien. Necesito que pretendas que estas son otras vacaciones alrededor del mundo. Necesito que me beses como si no pudieras tener suficiente de mí. Necesito eso...— Agaché mi cabeza, parpadee a través de las emociones y respiré a través del dolor en mi pecho. —Siempre y cuando sepa que me amas, y me quieres y que tú no – tú no...te arrepientes...de nosotros, estaré bien. Estaremos bien de algún modo. Un día a la vez. Nos ocuparemos de lo que Vitaly nos pueda lanzar. Permaneceré contigo en este bote para siempre. Lo que sea necesario. Pero yo sólo...yo te necesito, Valentine. Me metiste en esto. Ahora tienes que cuidar de mí. — Me di cuenta de que estaba llorando. Ni siquiera me había dado cuenta de ello, pero ahora saboree de la sal en mis labios y sentí la humedad en mis mejillas. —Tienes... tú tienes que cuidar de mí, Valentine.

Una cosa extraña: yo no estaba sollozando. Estaba llorando. Lo raro era cómo de diferente eran las dos cosas. Yo no había llorado en... ni siquiera sé cuánto tiempo. Yo había sollozado y chillado de agonía física y emocional. Había llorado con tanta fuerza que sentía como todo dentro de mí se estaba agrietando y filtrando a través de mis conductos lagrimales.

Esto era sólo llanto. Lágrimas silenciosas, suaves deslizándose por mi mejilla y goteando de mi barbilla. Eran silenciosas, discretas. Y, sin embargo, de alguna manera, eran más profundas, golpeaban más duro y cortaban más bruscamente. Sollozar era un golpe más contundente, destruyéndote y destruyéndote, afilando la fuerza del trauma en tu alma. Este tipo de llanto, era una hoja de afeitar para carne suave. Tan aguda que ni siquiera la sientes rebanar hasta el hueso en un sólo movimiento.

Los brazos de Valentine me envolvieron con la rapidez de una serpiente impactante. Me aplastó contra él, sintiendo su respiración entrecortada y el corazón martilleando. Sentí que algo húmedo tocó mi cuero

cabelludo donde su mejilla presionaba mi cabeza. —Kyrie...Dios. Has sido muy fuerte al pasar por todo esto. Nunca vacilaste. Nunca dudaste. No importó cuántas veces las cosas se jodieron, no importó cuán lejos estaba regodeándome en mi propia mierda, tu estuviste allí. — Sus labios se arrastraron sobre la oreja, a través de los rastros donde había estado mi pelo, besando mi sien. —Tú no eres una “nadie”. Eres Kyrie St. Claire. Eres la mujer a la que amo. Has tenido que pasar por mucho en tu vida, y has venido a través de ello más fuerte con lo que has tenido derecho tener. Con todo lo que te ha pasado y no has vacilado de estar a mi lado. Has atravesado un infierno, y aún así sigues fuerte.

Algo en mí se estremeció y vaciló. Mi voz apenas y era un susurro —No me siento muy fuerte.

—No tienes que serlo. Nunca más —pasó la palma de su mano sobre mi cuero cabelludo —Puedes relajarte ahora, amor. Puedes déjalo salir. Cierra tus ojos y déjalo ir.

La tormenta se desata

Valentine

La última vez que tomé una siesta, tenía unos cuatro años, y lo hice de mala gana, con rabia. Las siestas siempre las he sentido como una pérdida de tiempo. Siempre había un centenar de otras miles de cosas que podría estar haciendo en vez de dormir. Y realmente, ¿alguna vez te sientes mejor después de una siesta? No. Uno simplemente se siente somnoliento. Aturdido, desorientado. Y luego, siempre es mucho más difícil conciliar el sueño por la noche.

Una tarde soleada, anclados en algún lugar de la costa del norte de África, tomamos una siesta juntos.

Y esa siesta, ¿con Kyrie?

Fue la mejor cosa... por siempre.

La abracé, inhalé su aroma, su presencia. Por primera vez en mucho, mucho tiempo, no me siento preocupado, presionado, ansioso o desesperado.

Siempre había habido algo que me enloquecía, me presionaba. Al principio fue la necesidad de probarme a mí mismo que podía hacerlo, que podía sobrevivir por mi cuenta en el mundo como un niño de diecisiete años. Luego fue la necesidad de probarme a mí mismo por Gina, y luego por Vitaly. Y siempre, en el fondo de mi mente, era la necesidad de probarme a mí mismo por mi padre. Él no era alguien en quien yo pensara terriblemente a menudo. No había hablado con él desde ese día, hace veinte años, y no estaba seguro de que lo haría jamás. No pude perdonarlo, pero estaba agradecido, de alguna manera extraña, ya que me hizo el hombre que era hoy. Todo lo que hice, cada dólar que había ganado, todos los edificios que había comprado, fabricado o vendido, todos los negocios que compré, desmantelé y

revendí, cada carta de la empresa que he firmado con mi nombre, lo hice con él en mente, para demostrar lo que yo podía hacer. Que podría hacer mi camino no sólo igual de bien como lo hizo él, si no mejor.

Pero todavía tenía que lidiar con Vitaly Karahalios. No estaba preocupado por él todavía. Le llevaría tiempo formular un plan y poner a sus diversos peones en acción, luego esa mierda no se desaparecería. Pero por ahora, sabía que íbamos a estar bien.

Por ahora, teníamos el barco, más dinero de lo que podríamos gastar alguna vez y varios hombres buenos vigilando. Eso era suficiente.

Y tenía a Kyrie. No la merecía. No lo hacía. Sin embargo, ella todavía me quería. ¿Por qué? No lo sabía. Y no iba a cuestionarlo.

En realidad no estaba despierto, pero no estaba realmente dormido. Estaba en ese lugar entre los dos estados, consciente de que no estaba dormido, pero sin estar listo para moverme. Tenía calor. Felicidad. Kyrie era un peso agradablemente suave sobre mí, su mano aferrando mi pecho, con su mejilla en mi hombro, su aliento era un susurro suave. Dejé que mi mano descansara en su espalda, sintiendo la expansión y la contracción de su tórax debido a cada respiración.

La sentí respirar profundamente, despertarse, estirarse y luego bostezar. Abrió su mano y su palma acarició mi pecho. Mi camisa se había arrugado mientras dormía. Su mano encontró mi piel, se metió bajo el algodón y se deslizó a lo largo de mi estómago.

Abrí mis ojos entonces y vi que estaba mirándome, sus ojos azules, vívidos, suaves y con ternura, amor y un millón de otras emociones que no puedo analizarlas, ni nombrarlas, todo eso de alguna manera estaba dirigido hacia mí.

La preguntaba estaba en mis ojos, lo sabía: ¿Me amas?

La respuesta estaba en los suyos: Siempre.

Su mano exploró mi vientre, mis costillas y mi pecho, empujando mi camiseta mientras ella seguía. Mi mano estaba ocupada también,

buscando la parte inferior de su camiseta, su piel, el calor de su cuerpo, la suavidad. La encontré, y deslizándola más abajo mi mano sobre su espalda, sintiendo los músculos tensos y suaves mientras respiraba, encontré su columna vertebral, sus costillas y su pezón, acariciándola hacia arriba, levantando su camisa a medida que recorría la tersa piel.

La mía fue la primera camiseta en ser eliminada. La arrojé a un lado de la cama directo al suelo. Momentos después, la suya se unió.

Dios, ¿había algo mejor en la vida que la sensación de su piel contra la mía? ¿Mejor que la sensación de sus pechos desnudos presionados contra el mío, su vientre contra mi costado, con la mano en mi hombro, en mi mandíbula y en mi cabello? No creía que pudiera haberlo.

Tal vez la puesta de sol sobre el horizonte de Manhattan, o un vaso de whisky caro, o el sonido del movimiento del océano en una caracola podrían acercársele.

¿Pero todas esas otras cosas? Carecerían de sentido sin Kyrie, sólo serían vacío.

Sus labios tocaron mi mejilla y sus pestañas revolotearon contra mi sien. Giré mi rostro y capturé sus labios con los míos. Nos dimos un beso lento y profundo.

Tomaré eso de vuelta. Lo mejor, la mejor absolutamente, era la forma en que suspiró en el primer beso, cuando nuestros labios se encontraron por primera vez y se dejó caer. La forma en que sus labios se movían y se deslizaron contra los míos, la forma en que el beso tomó vida propia y la boca se movía como si cada uno de nosotros estuviera luchando por el dominio del beso, como si estuviéramos cada uno tratando de demostrar con el beso que estábamos más desesperado que el otro.

¿Deslicé hacia abajo su ropa interior? ¿O se la arranqué? No recuerdo. Pero de alguna manera estaban fuera y sus dedos trabajaban en el botón de mis jeans. Ambos lo empujamos hacia abajo y me los saqué de una patada. Su pierna se deslizó sobre la mía, su rodilla tocando la mía

y luego su muslo cubriendo el mío, y no, espera, eso era la mejor cosa en el mundo, cuando ella estaba tumbada de costado cerca de mí, con su rostro en el rincón, ese lugar especial entre el brazo, el hombro y el pecho donde encaja tan perfectamente. Entonces empezaríamos a besarnos y la ropa desaparecería, y eso, por eso, por la forma en que deslizó su pierna sobre la mía y nuestros cuerpos encajaban tan bien juntos, hechos el uno para el otro, era lo mejor del mundo.

Lo amé tanto.

Esto hizo que mi corazón latiera en mi pecho, porque sabía todo lo que tenía que hacer era agarrarla por las caderas y ella estaría encima de mí, y podría estar dentro de ella en cuestión de segundos. Pero no lo hacía, usualmente. Saboreé. Generalmente dejo que el momento llegue a su fin, dejó descansar su muslo sobre el mío, jugando con los dos. Usualmente.

No esta vez. No, esta vez, seguí mi impulso. Acuné sus caderas en mis manos y tiré de ella sobre mí, coloqué la "V" de su núcleo sobre mi estómago. Me estaba besando. No *nos* estábamos besando, no era *yo* el que la besaba, no, todo esto era ella, yo sólo la estaba siguiendo, saboreando su lengua mientras se deslizaba contra la mía y tratando de mantener la salvaje de su boca.

Las manos de Kyrie acariciaron mi barba al lado de nuestras bocas unidas, su frente apoyada en la mía, nuestras narices acariciando lado a lado; tenía sus caderas en mis manos, porque ¿cómo se suponía que debía dejar de lado tal perfección cuando lo tenía en mi mano?

No podía.

Sólo podía ahuecar sus caderas en mis manos y levantarla, saborear que sus pechos generosos se apretaran contra mi pecho, permitirle besarme y deslizarme dentro de ella.

No había ningún otro curso de acción posible. Amarla era tan necesario como la respiración en ese momento. Involuntario como el latido de mi corazón que empujaba la sangre a través de mis venas, porque Kyrie

era el oxígeno que pulsaba en mi sangre, el sustento que daba sentido a mi alma, el aliento que me mantenía con vida.

* * *

Cuando Valentine se empujó en mí...

Llenándome,

Estirándome,

Jadeé.

Su boca se encontraba fija en la mía, su lengua resbaladiza, caliente y fuerte entre mis labios, su cuerpo una montaña debajo de mí, sus manos alrededor de mis caderas, y sus ojos, Dios, sus ojos eran de un azul pálido perfecto, el cielo al mediodía, dulces, profundos e interminables. De alguna manera el beso se había roto, pero nuestros labios todavía se tocaban, temblando, nuestros ojos abiertos, los dos negándonos a apartar la vista de esto.

Lo sentí entrando en mí interior y me quedé sin aliento.

Sabía que esto no iba a ser ni rudo ni salvaje, no la follada exigente y furiosa de un hombre y de una mujer que no podían conseguir lo suficiente del otro. Tampoco sería la forma de hacer el amor, lenta y sentimental de dos almas perdidas que se habían encontrado el uno al otro y sabían la importancia alteradora de la vida, del amor uniéndolos entre sí. No sería el sexo perezoso de temprano por la mañana de una pareja que se conoce tan íntimamente que no eran necesarias las palabras, la tensión o el juego previo.

Sabía que esto sería algo de todo eso.

Y provendría de él la toma del control. Así fue como me enamoré de él. Me habían vendado, dependiendo de él para que me mostrara cada paso que daba, dependiente del sonido de su voz. No había conocido nada más, no tenía nada más que seguir además de su voz y el toque suave de sus poderosas manos. Me había enamorado de él sin siquiera

ver su rostro alguna vez. Sin ver la belleza musculosa de su cuerpo escultural, sin conocer la gloria pálida de sus ojos azul cielo.

Cuando por fin llegué a ver todo eso, sólo me había enamorado aun más.

Me había capturado, tomado posesión de mi alma y demandado la propiedad de mi cuerpo al exigir que confiara en él antes de que ni siquiera hubiera colocado mis ojos sobre su rostro. Había exigido que le diera un control total sobre mí.

Había sido tan pero tan tonta como para hacerlo. Había sido imprudente.

Había sido una chica ingenua, esperanzada y desesperada.

Una chica con suerte, porque él había sabido exactamente qué hacer conmigo.

Era el tipo de hombre que podía leer la más sutil de las pistas en mi lenguaje corporal y en mi rostro, sabía qué darme, qué quitarme y cómo hacer que sintiera necesidad por cada toque que me daba.

Su lenguaje era el control.

Yo no era por naturaleza una mujer sumisa o dócil. Así que darle el control, someterme a él, esa era yo hablando su lenguaje, respondiéndole.

Con el tiempo habíamos aprendido a encontrar un equilibrio desde la primera vez que me había recibido en su vestíbulo, una chica con los ojos vendados y con miedo conociendo a un hombre cauteloso y dominante.

Pero a veces simplemente necesitaba ceder ante él.

Por suerte para mí, hacerlo siempre me llevó al éxtasis que hacía temblar mi universo.

Como ahora.

Se deslizó en mi interior, perforándome y metiéndose profundamente con sigilo. Sostenía mis caderas en el lugar, negándose a dejar que me moviera. No podía responderle, no podía proporcionarle un contraataque.

Todo lo que podía hacer era tomarlo.

* * *

Valentine

Mierda. Estaba tan estrecha, apretándose a mi alrededor con tanta fuerza que casi dolía. Mis dedos se clavaron en la piel de sus caderas y la mantuve en el lugar mientras me metía en ella hasta que nuestros cuerpos se hubieron alineado, tan profundamente en su interior que no podía ir más lejos. Su frente tocaba la mía y sus labios temblaban contra los míos, podía sentir que no respiraba, sentí su corazón latiendo más fuerte para compensar la repentina falta de oxígeno.

Y luego retrocedí, todavía sosteniendo sus caderas en el lugar, hizo un pequeño ruido en la parte posterior de su garganta por haberme salido de su interior. Su boca se abrió más mientras me empujaba de nuevo en ella, un deslizamiento lento y duro. Sus dedos, sujetos entre nuestros cuerpos se cerraron en el músculo de mi pecho, y todo su cuerpo se sacudió por la necesidad de moverse conmigo. Pero yo no me estaba moviendo. Me encontraba enterrado profundamente, todavía sosteniéndola, saboreando su calor apretado y caliente.

Y entonces me moví de nuevo, me retiré, la sostuve, y entré. Se quedó sin aliento en mi boca y sus manos salieron de entre nuestros pechos para agarrarme el rostro, sus caderas se movieron contra mi agarre, peleándose. Pero la sostuve para que se quedara quieta, la mantuve en el lugar. Otra estocada fuerte y dura y la llené, su respiración de alivio, la necesidad y el placer ahogándose con su desesperación y su dulzura. Así que se lo di de nuevo, retirándome lentamente, muy lentamente, para que pudiera sentir cada milímetro de mi deslizamiento entre sus pliegues tensos, y esta vez solamente pudo gemir y enterrar su cara en

mi cuello, aplastando su cuerpo más cerca del mío, estremeciéndose por completo.

Hicimos esto lentamente, estocada tras estocada, cada una de ellas intencionadamente, sin perder un solo movimiento, ni una sensación de pérdida.

Sentí la tensión de sus paredes a mi alrededor, sentí el temblor en su delicada piel, saboreé el abandono en sus labios y supe que estaba a punto de correrse. Gemía en mi pecho, su frente en el hueco de la base de mi garganta, sus dedos clavados en mis hombros, sus piernas descansando a ambos lados de las mías, todo su peso sobre mí, perfecta, empujándose, tan fuerte y aún así tan frágil. Y se volvió aún más delicada y preciosa para mí mientras luchaba por moverse con la fuerza de un huracán de su clímax, pero no iba a dejarla, no le iba a permitir que se moviera ni un sólo centímetro. Sólo la dejaría tomarme siempre y cuando yo le diera el ritmo, utilizando su desesperación para alimentar la mía, porque me estaba tambaleando en el borde de perderme a mí mismo en su interior.

Mis labios devoraron su piel, en todas partes en las que pude encontrarla. Hombro, cuello, detrás de su oreja, su brazo, su mejilla. Busqué sus labios, pero no me los iba a dar. Encontré la comisura de su boca y allí la besé, encajé ahí mi lengua, pero ella bajó, agachándose más, presionando su boca en mi esternón e introduciéndome más profundo en su interior.

Y entonces sentí que se corría, y me deshice.

* * *

Cada centímetro de mi cuerpo se encontraba presionado contra el de Valentine, incluso mis pies descansaban sobre sus tobillos, mis pantorrillas en sus espinillas, equilibradas, mantenidas en su sitio por el agarre implacable de sus manos en mis caderas, no en mi culo, ni en mis muslos, sino en mis caderas, tirando de mí hacia abajo y sosteniéndome en el lugar. Se movió lentamente, cada estocada una gama completa de movimiento, hasta afuera, casi liberándose de mi cuerpo, luego se empujaba hasta el fondo dentro de mí, obligándome a

quedarme quieta para que no pudiera hacer nada más que sentir cada centímetro de su deslizamiento, su calor pesado, su plenitud dura como una piedra, estirándome con un fuego dulce y lento.

Cuando empezó a un ritmo, deslizándose con lentitud pero con dureza, retirándose con la estocada saliente inevitable e implacable de las mareas, quise gritar y moverme con él, pero no podía. Solamente podía sacudirme encima de él y jadear.

Sólo podía tomarlo, y tomarlo, y tomarlo.

Todo de él.

Sólo pude darle la bienvenida a su cuerpo dentro del mío, penetrándome, perforándome.

No pude hacer más que...

Amar.

Cada.

Centímetro.

Y entonces, me vine.

Era un terremoto. Un tifón. Un volcán. Las yemas de mis dedos zumbaban y zumbaban, cavaban en su piel, mis dedos se curvaron y rasparon contra su espinilla, mis muslos temblaron, mi estómago se tensó... mi alma se sacudió.

* * *

Valentine

Cuando se vino, solté sus caderas. Agarré la curva de su trasero y la moví, empujé dentro de ella, la presioné hacia mí y la levanté. Gimió en absoluto alivio, envolviendo sus brazos alrededor de mi cuello, presionando su rostro contra mi garganta y aterrizando sus caderas contra las mías, moviéndose contra mí con tal éxtasis desinhibido que sólo pude gemir con ella a pesar que mi propio clímax estaba aún a

varios minutos de distancia. Suspiré cuando ella suspiró, me moví cuando se movió, dejándola ser libre, dejándola moverse.

Y mi Kyrie, me sorprendió.

En lugar de moler la última gota de orgasmo fuera de ella sobre mí, nos dio la vuelta así que estaba encima de ella. Envolviendo sus piernas altas en mi cintura, se balanceaba en mi contra. Su boca cayó abierta mientras tiraba más profundo y sus ojos se achicaron mientras presionaba, entonces me calmaba. Conteniéndome, me obligué a alejarme del borde del orgasmo. Miré hacia abajo, a ella, tomando la perfección tallada en su rostro. Me maravillaba de su belleza. Con su cabello fuera, la hermosura de sus rasgos faciales estaba acentuada, iluminada. Los ángulos de sus mejillas, la plenitud de sus labios rojos, la delicadeza de la línea de su mandíbula y barbilla, el extenso brillo color zafiro en sus ojos, ahora la suave curva de su cuero cabelludo y el frágil pulso de su cien, la sección de su garganta...

—Eres... tan... hermosa... —Las palabras fueron sacadas de mí, involuntariamente, la cruda verdad llevada a mis labios por su perfección divina.

Sus ojos se humedecieron, parpadeó y levantó sus caderas contra las mías. Estuve perdido en ella. Se movió. Debajo de mí, su pierna buena se dobló y se sujetó entre nosotros, abriéndose para mí.

Palmeé la cara interna del muslo de su pierna extendida y la sostuve, curvando mi otra mano alrededor de su pierna doblada, acompañando su ritmo. Pero entonces no podía incluso hacer eso, sólo podía empujar mis caderas contra las suyas y dejarla moverse por ambos, dejarla sacar mi liberación, dejarla tomar el control.

Nuestros ojos estaban bloqueados, un caliente cordón láser vinculando nuestras miradas, ella se movió, empujando, avanzando. Sus caderas se flexionaban con velocidad incesante ahora, su firme estómago tensándose, sus senos rebotando y sólo podía ver su intensa mirada azul. Vi sólo el alma increíble de la mujer debajo de mí brillando a

través de sus ojos, una hermosa, defectuosa e inmensamente poderosa alma brillando desnuda y vulnerable, brillando sólo para mí.

La liberación física no era nada en comparación con el clima emocional que compartimos en ese momento, y Dios... el alivio físico que experimenté entonces no fue como otros, torciendo y doblando cada músculo y tendón en mí. Exprimió todo de mí, socavándome, retorciéndose furiosamente para ordeñar todo fuera de mí, extrayéndolo.

Finalmente, cuando me gasté, se quedó quieta.

Me abrazó, descendiendo su pierna al colchón, pegándose a mi cuello, acunando mi rostro contra su pecho.

Te amo, mi ser gritó, estremeciéndose.

Te amo más, respondieron sus manos enredándose en mi cabello.

No teníamos necesidad de hablar para decir la verdad en ese momento, porque estábamos vinculados en mente, cuerpo y alma, en sintonía, unidos.

Uno.

Fundidos.

Inmersos.

Un árbol naciendo de una raíz, dividiéndose en dos troncos, entrelazados y tejidos uno alrededor del otro, alcanzando juntos el cielo.

* * *

Me desperté con la luz del atardecer como oro líquido extendido a través del mundo. Me encontraba sola en la cama de nuestro yate, pero había evidencia de Roth; la almohada detrás de mí, aún tibia, las sábanas arrugadas y recientemente tendidas. Me senté, pestañeando y allí estaba él, parado en la ventana, una mano en el vidrio, la otra guardada con gracia perezosa en el bolsillo de su pantalón.

Estaba vestido para matar. Un traje negro, hecho a la medida de su poderoso físico, la chaqueta abotonada sólo una vez, la cola pasando sus caderas. Se giró al sonido de mi despertar, y mi corazón se detuvo.

Era magnífico. Su cabello estaba peinado hacia atrás, ahora lo suficientemente largo para ser sostenido detrás de sus orejas y rozar el blanco prístino de su cuello. Su barba era gruesa, pero se la había recortado en una muy cuidada perfección. ¿Y sus ojos? El color del cielo una hora pasado el amanecer. He visto amaneceres y puestas de sol, mirado fijamente el azul del mediodía y ahora me he dado cuenta de que los ojos de Roth son de un tono muy específico de azul, el color más pálido que todavía se puede considerar azul. Cuando me vio, una sonrisa se extendió a través de sus labios, comenzando en lo profundo de su alma y brillando con el brillo del sol, llena de amor y exquisita ternura.

—Dios, eres maravilloso —dije—. ¿Por qué tan elegante? —pregunté, frotando mis ojos con mi muñeca.

Tranquilamente se dirigió hacia mí, su expresión tornándose misteriosa, un pulgar rascando la barba.

—Una sorpresa. —Levantó un dedo—. Quería estar aquí cuando despertaras, pero tengo algo para ti. Espera, amor.

Moví las piernas, probando el movimiento de mi rodilla. Continuaba rígida, pero no dolía. Mi cabeza daba vueltas con curiosidad. ¿Qué podía estar planeando? ¿Por qué estaría usando un traje? Sabía que con Roth no había forma de conjeturar. Él estaba de regreso arriba de las escaleras a los pocos segundos de su descenso, cargando un manojo de tela envuelta en plástico sobre un brazo y una amplia caja de terciopelo negro en su otra mano.

Colocó la caja en el borde de la cama y sacó el plástico fuera del vestido, entonces lo sostuvo para que pudiera admirarlo.

—Era el que había hecho para ti de regreso en Nueva York. Lo tuve guardado para una ocasión especial.

Era seda negra estilo halter, abierto en la espalda con un corte transparente en las caderas, el dobladillo lo suficientemente largo que rozaría los dedos de los pies.

—Es hermoso, Valentine.

Negó.

—Es sólo un vestido. Tú eres hermosa. Estarás hermosa en él.

—¿A dónde estamos yendo? —Miré por la ventana y no vi nada más que océano, el sol poniente una enorme bola carmesí descansando en el horizonte a nuestra izquierda.

Sólo sonrió.

—No te lo diré. ¿Por qué no te duchas y te preparas, de acuerdo? Estaré en el salón si necesitas ayuda.

Quería hacerle mil preguntas, pero no lo hice. En su lugar, decidí confiar en él e ir por ello.

—Podría necesitar ayuda para bajar las escaleras —admití mientras me paraba y sentía mi rodilla tambalearse. Tomó mi mano y envolvió su otro brazo alrededor de mi cintura, permitiéndome moverme por mi propia cuenta, sosteniéndome con fuerza así no caería—. Espero que no haya un montón de caminata, porque terminarás cargándome.

Su respuesta fue descender varios escalones por debajo de mí, envolver sus enormes manos alrededor de mi cintura y levantarme, girando conmigo y colocándose en el rellano de la escalera. Sus labios tocaron mis hombros, mi cuello y entonces estaba detrás de mí, sus manos deslizándose alrededor de mis costillas y a través de mi estómago, tirándome hacia su pecho.

—Ducha, Kyrie. Antes que decida que no puedo esperar más tiempo.

Me solté de su agarre y retrocedí al cuarto de baño, sonriendo.

—Si piensas que voy a discutir contigo en ese punto, entonces tienes a la chica equivocada. —Corrí mis manos por encima de mi torso,

levantando mis senos y dejándolos caer con un pesado rebote, provocándolo.

Me gruñó, sosteniendo el marco de la puerta e inclinándose hacia mí.

—Kyrie... —Mi nombre era un estruendo salvaje en sus labios—. Entra... en... la ducha.

Apartando los ojos de Valentine, giré el pomo para activar el chorro. Esperé hasta que el agua estuviera caliente, vapor ondulando entre nosotros. Coloqué una mano en la pared por balance y caminé dentro, siseando cuando el agua hirviendo repiqueteó en mi piel. Ajusté la temperatura así podía moverme debajo del chorro, entonces dejé la corriente mojar mi cabeza.

—¿Seguro que no quieres entrar conmigo?

Bajó la cabeza entre sus hombros, agarrando el marco de la puerta como si físicamente y literalmente se sostuviera a sí mismo.

—Más de lo que crees.

Me enjaboné, la mayor parte de mi peso en mi pierna buena, inclinada contra la pared de la ducha mientras mis manos enjabonadas fregaban a través de mi piel. Roth se inclinó hacia adelante más como si fuera tirado hacia mí. Hice un espectáculo de eso, enjabonando lentamente a través de mis senos y entre mis muslos. Roth gruñó mientras encontraba sus ojos, deslizando dos dedos dentro de mí, más para provocarlo y torturarlo que otra cosa. Escuché el marco de la puerta crujir debajo de su agarre. Se contuvo, sin embargo, hasta que me enjuagué y salí. Agarré una enorme y gruesa toalla negra del estante justo fuera de la cabina de la ducha y la desdoblé, cubriendo mi rostro. Momentáneamente segada, no lo vi moverse, sólo me sentí levantada, la toalla entre nosotros.

Golpeé la tela mientras Roth me cargaba hacia arriba de las escaleras, tomándola dos escalones a la vez. Encontré sus ojos mientras alcanzábamos la cama, justo a tiempo para sentirme tirada al colchón.

No dijo una palabra, sólo retumbaba su garganta mientras pasaba la toalla a través de mi cuerpo, secando el agua de mi piel, y cuando hubo acabado, la lanzó a un lado. Lo miré fijamente e intenté deslizarme hacia atrás en la cama, pero él se arrodilló, capturó mis muslos con sus manos y separó mis piernas.

—¿Roth? ¿Qué estás...? —Sus pulgares me separaron y su lengua me encontró, mis palabras fueron robadas—. Oh. Ohhhh...

Dos dedos entraron en mí y su lengua hacía círculos en mi carne sensible, me encontraba levantándome de la cama, retorciéndome y gimiendo en un instante, sus labios succionándome, su lengua moviéndose en círculos tentadores. No me arrastró, no me provocó. No, me devoró como si estuviera hambriento, gruñendo bajo en su garganta mientras frotaba mis caderas contra él, moliendo mi núcleo contra su rostro.

Me vine con un grito y él continuó devorándome, montando mi clímax hasta que estaba flácida y rogándole que se detuviera, que me permitiera recuperar el aliento.

Se echó hacia atrás en sus talones, mientras jadeaba por aire.

—Jesús, Valentine... —Me pasé la mano por mi frente.

Lentamente se levantó, pasando su muñeca por sus labios.

—Tenías que provocarme, ¿no? —sentenció, ajustándose con una mano. —Ahora voy a estar duro durante toda la cena y es por tu culpa.

—¿Perdón?

Me agarró del talón y me llevó hasta el borde de la cama. —No, tú no. —Se puso de pie sobre mí, tan alto que tenía que estirar el cuello para mirar directamente hacia él, y luego sus labios estaban en los míos; probé mi esencia en él.

Le limpié la boca y la barba con la palma de mi mano. —Ahora sabes a mí.

—Bien —murmuró, y luego retrocedió —Me estas distrayendo, Kyrie.

Arrancó un trozo de encaje negro de la cama, un pequeño par de bragas de lencería ceñidas. Tomando uno de mis pies en sus manos, Valentine lo deslizó por un lado y luego el otro, moviéndose con cuidado, y luego los levantó para que así pudiera jalarlos el resto de mis piernas. Mantuve mis ojos en los suyos mientras ligeramente me los acomodaba. Él estaba subiendo la cinta de mi sujetador a juego por mi brazo. No podía dejar de reír cuando trató de enganchar el sujetador por mi espalda, y no pudo conseguirlo.

—Nunca puse uno antes —masculó. —Parece ser más difícil que quitarlo.

—De todos modos, no es así como me lo pongo —digo. — Lo engancho primero, me las arreglo para ajustar las copas, y luego me pongo las cintas. —Le mostré a lo que me refierería y él miraba absorto como meto mis senos en el fresco, suave y sedoso encaje del sujetador.

Para el momento en que había terminado con eso, él estaba bajando la cremallera de la parte posterior del vestido y sosteniéndolo hacia fuera para mí.

Me metí en el vestido y lo empujé hacia arriba, luego él me giraba en mi lugar y subía el cierre. Dio varios pasos hacia atrás, lejos de mí, pasando una mano por la boca como si fuera superado.

—Tu...Kyrie, estas tan hermosa. Me dejas sin aliento ¿Lo sabes?

Arrastré mi mano a través de los rastros de mi cuero cabelludo tímidamente —Roth, yo no siento...

Él estaba allí frente a mí, con una mano en mi cintura, la otra ahuecando mi mejilla, luego moviéndola por encima de mi cabeza. — Me gusta, bastante.

Me reí, incrédula —De acuerdo, seguro —dije con mi voz llena de sarcasmo.

Sacudió su cabeza —Lo digo en serio, Kyrie. — Sus labios tocaron mi frente, luego mi sien, luego me colocó contra su pecho y besó la parte superior de mi cabeza. —Acentúa la perfección de tu cara. Hace tus ojos tan grandes y tan, pero tan azules.

Me reí —sólo lo dices porque me amas.

Se encogió de hombros —Cierto. Te amo. Más de lo que podría decir, o desear para hacértelo entender. —Sus dedos tocaron mi barbilla, levantando mi cara para que pudiera ver su intensa y vulnerable mirada —Pero Kyrie, tú eres hermosa. Más que hermosa. Eres encantadora. Perfecta. Preciosa. No creo que pueda encontrar todas las palabras para describir lo impresionante que eres.

— ¿De verdad lo crees? ¿aún así? —No podía dejar de correr mi mano donde mi cabello solía estar.

—¿Crees que yo te podría encontrar menos increíble por el mero hecho de tu cabello? — Él frunció el ceño y ahuecó mis mejillas con sus enormes manos. No te has visto en el espejo, ¿o sí?

Me llevó hacia la escalera y descendió detrás de mí, sosteniendo mis manos entre las suyas. Lo hice por mi propia cuenta esta vez y él me llevo más allá del baño hacia un par de puertas dobles, las cuales se abrieron en un enorme vestidor. Me guió hasta el centro de la habitación y me giró en el mismo lugar para que mirara a un espejo de cuerpo entero.

No me había visto en un espejo, comprendí.

Tal vez era porque tenía a Valentine detrás de mí, o quizá era porque tenía sus palabras resonando en mis oídos. O tal vez era porque yo realmente *era* hermosa. Todo lo que sabía era que, al mirarme en el espejo, me sentía hermosa. Él tenía razón. Mis ojos eran enormes, de un azul intenso, destacándose en la cara aún más ahora que cuando tenía la cabeza llena de cabello. Mi cabeza era una curva redonda y lisa, mis pómulos altos y afilados, mi mandíbula fuerte, pero seguía siendo femenina y delicada.

Me veía fuerte. Llamativa.

—¿Ves? —Su voz retumbó en mi oído. —Nunca podrías ser nada menos que perfecta.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una caja de joyería, sosteniéndola frente a mí con una mano y rodeando mi cuerpo con el otro brazo. Cuando levantó la tapa, el aliento me dejó. Fue el mismo conjunto de pendientes de esmeraldas y collar que lleve para el Met, hace muchos meses. Se sentía como toda una vida. Dejó la caja en mis manos y levantó el collar suelto, lo puso sobre mi cuello y lo aseguró.

—No creo que pueda con los aretes —dice, sonriendo con una mueca de vergüenza.

Me puse uno y luego el otro.

Él presionó su mejilla junto a la mía —¿Te ves a ti misma, Kyrie? ¿Ves lo encantadora que eres?

Sostuve mi respiración, luchando para hablar uniformemente. —Todo lo que veo es tu amor, Valentine.

Besó mi mejilla. —Eso también funciona. —Toma mi mano y me aleja del espejo. —Vamos. Hay más.

Por suerte, había un elevador. Era de vidrio en el frente y atrás, con cables zumbando a ambos lados. El sol se había hundido por debajo del horizonte, bañando las olas en una descoloración de color naranja, púrpura, carmesí y la oscuridad bajando rápidamente. El ascensor se deslizó en una parada suave, las puertas metálicas pulidas se abrieron y Roth me condujo a través de la cubierta de la embarcación. Las cabinas se levantaron detrás de nosotros, una extensión lisa de vidrio tintado negro y paredes blancas entre cada nivel. La cubierta era una larga punta de lanza, la proa tenía unos ochenta pies por delante de nosotros.

En el arco del barco había una sola mesa redonda, cubierta con un paño negro, varias velas blancas gruesas agrupadas en el centro,

encendidas con el parpadeo de llamas bailando. Un soporte con un cubo de plata a un lado, conteniendo una botella de champán frío.

Valentine enredó nuestros dedos y me llevó al otro lado de la cubierta, volviéndose a mirarme cada pocos pasos, con los ojos brillantes de felicidad, emoción y amor. Mi corazón dio un vuelco en el pecho mientras yo me estaba derritiendo por él. Se puso de pie detrás de una de las sillas, la sacó y la deslizó en cuando me senté.

Una vez que él estaba sentado, se abrió una puerta en alguna parte y una atractiva joven se acercó, vestida con delantal negro de servicio atado a la cintura. Cogió la botella de champán de la cubeta y la abrió con destreza. Sin una palabra, vertió una medida en mi copa y luego en la de Roth. Se inclinó y se retiró, así como otro hombre casi idéntico apareció, llevando una bandeja con una pila de platos cubiertos. Los colocó sobre la mesa, quitó las tapas, e identificó los platos con marcado acento inglés. Sin embargo, no estaba prestando atención a cualquier cosa que dijera; estaba demasiado ocupada mirando a Roth, al buque y a la increíble belleza del mar. Estábamos anclados a la vista de la costa, aunque no tenía ni idea de dónde estábamos. La cubierta rodó suavemente con las olas. El sol se había puesto por completo, y ya toda la oscuridad que nos rodeaba era espesa, las estrellas del cielo titilaban una por una.

Oí a alguien rasguear una guitarra y me volví para ver a Alexei de pie en el balcón con vistas a la terraza, con una guitarra en sus manos. Nos sonrió, con sus ojos oscuros brillando en la luz de la luna creciente, rasgueó de nuevo y a continuación, comenzó a cantar. Sus palabras eran en ruso, la melodía lenta y triste, su voz fuerte y rica era un poderoso barítono.

—Esto es increíble, Valentine. —Dije.

—¿Qué lo es?

Tomé un sorbo de champán y, después contesto, haciendo un gesto amplio que nos rodea. —Todo. El yate. Tú. Esta cita.

Tomó mi mano. —Mereces romance, Kyrie.

No tenía respuesta para eso.

Charlamos distraídamente mientras comíamos, bebiendo champán y discutiendo dónde podríamos ir ahora, recordando lugares en los que ya habíamos estado. En el balcón por encima de nosotros, Alexei estaba apoyado en la barandilla, tocando su guitarra con ausencia de esfuerzo magistral, todavía cantando letras ininteligibles para mí, pero todavía llenas de romance y significado. Cuando terminamos de comer, uno de los hombres jóvenes apareció y despejó todo de la mesa, excepto las velas y las copas de champán.

Roth hizo girar la boquilla de la copa entre sus dedos y su otra mano estaba en el bolsillo de su pantalón. Parecía perdido en sus pensamientos.

—¿En qué piensas? —Le pregunto.

Su mirada se desvió lejos de las llamas de las velas hasta mis ojos. —En ti.

—¿En mí?

Asintió. — Después de todo lo que ha pasado, me resulta sorprendente que te puedas sentar allí y mirarme como lo haces en este momento.

Incliné mi cabeza a modo de pregunta. —¿Y cómo te estoy mirando, Valentine?

—Como si yo fuera todo lo que hay.

Arranqué el vaso de él y lo dejé a un lado, deslicé mis dedos por los suyos a través de la mesa. —Porque tú eres todo lo que hay para mí en este momento. —Arrastré mis manos —¿El barco? Es asombroso. Increíble. Tan sorprendente como la torre, tan sorprendente como el castillo y el viñado y ese lugar en las islas. Son increíbles. Pero, ¿Valentine? Nada de eso importa. Eres todo lo que necesito.

Él se inclinó hacia delante, con sus ojos serios e intensos. — He estado pensando en este momento desde que te vi en mi vestíbulo, vendada de ojos, asustada y hermosa. —Dejó su silla, sin soltar mi mano y rodeó la mesa, de rodillas frente a mí. No una rodilla, sino en ambas. —Supe entonces que iba a hacer esto. Yo nunca imaginé lo que sería necesario para llegar hasta aquí. Y todavía no sé lo que voy a decir, a pesar de haber redactado esto en mi cabeza una y mil veces.

Mi corazón estaba en mi garganta, latiendo rápidamente. Mis manos temblaban en las suyas. Alexei había desaparecido, dejando su guitarra apoyada en la barandilla del balcón. Roth me soltó la mano y subió su mano derecha a su bolsillo.— Me perteneces, Kyrie St. Claire. Esto es cierto ahora, y siempre será así.—Abrió una pequeña caja negra, revelando un anillo sencillo pero impresionante, una rueda de diamantes de dos quilates fija en un círculo concéntrico formado por el ajuste del anillo. Él levantó el anillo y la vista hacia mí. —Se mía. Por siempre, se mía.

Traté de hacer pasar las palabras más allá del nudo en la garganta, me cogió la mano izquierda hacia él. —Valentine...Yo siempre... —Mi respiración se detuvo, mientras deslizaba el anillo en mi dedo, y tuve que intentarlo de nuevo. —Siempre he sido tuya. Y siempre lo seré.

La guitarra sonaba y Alexei cantaba de nuevo.

Roth se puso de pie conmigo, tirando de mí a la mitad de la cubierta, bailando conmigo mientras la alta luna llena brillaba sobre el mar ondulante.

Vitaly

Delgados, pulidos y caros mocasines de cuero italiano crujían lentamente a través del cristal roto. Una pierna del pantalón, color gris oscuro, apretado y plisado, flameaba en el viento. Una chaqueta de vestir a juego de color gris oscuro, entallada para adaptarse al amplio cuerpo del hombre, era sostenida en un brazo. Llevaba una camisa de vestir, cegadoramente blanca, las mangas remangadas justo por debajo de sus gruesos antebrazos bronceados. Sin corbata, la camisa desabrochada hasta el tercer botón, dejando unos mechones de vello negro asomarse sobre su pecho. Sus hombros eran anchos, pecho grueso y potente, sus brazos estirando las mangas abotonadas. No era un hombre alto, un par de centímetros menos del metro ochenta, pero su presencia era dominante.

Una docena de hombres arremolinados a su alrededor, comprobando pulsos, recogiendo armas, vigilando. Pretendiendo estar ocupados. Ninguno de ellos se atrevía a mirar al hombre en el traje gris. Exudaba amenaza. Furia sangraba por cada poro. Sus ojos negros profundos estaban entrecerrados, constantemente moviéndose y evaluando, su cuadrada mandíbula dura oprimida y pulsante.

Haciendo caso omiso de la apertura de la ventana rota, la abrió y dio un paso a través de los tres metros y medio de altura de la puerta principal. Sus ojos se movieron y recorrieron, contando cuerpos caídos, contando los agujeros de bala. Nombrando a los hombres caídos por el vestíbulo, a través de la sala de estar abierta y de las escaleras conduciendo abajo.

Sus lacayos lo seguían con cautela, sus ojos encontrándose con los de los demás, cuestionando. Él se encontraba en una rabia de gustos de los cuales ninguno de ellos había visto antes. Incluso el más viejo de ellos, un hombre canoso con el cabello blanco y negro, nunca vio a su jefe así antes.

—Nadie habla a menos que se dirija a ustedes directamente —dijo en griego—. Lo mejor es simplemente mantenerse alejado de él si pueden. —Sus ojos oscuros se movieron en su rostro desgastado, pasando de hombre a hombre—. Alguien va a morir hoy.

Todos asintieron. Todos lo sabían.

Bajaron las escaleras, maldiciendo mientras encontraban cuerpo tras cuerpo, compañeros caídos. A ninguno de ellos podría llamárseles amigos, no en este negocio, pero cuando trabajabas al lado de un hombre todos los días, cuando bebías con él y compartías putas, sentías al menos un atisbo de emoción a la vista de su cadáver.

Bajaron y bajaron, dispersándose de una habitación a otra hasta que estuvieron seguros de que la casa se encontraba vacía. Por supuesto, esto sólo era una medida de precaución. La casa estaba muerta. Pero aún así, se movían con armas en mano hasta que llegaron al nivel más bajo, donde la roca se hallaba fría y húmeda, donde los fantasmas vivían y te encontrabas convencido de que oías un grito resonando en la distancia.

Un grupo de hombres se situó alrededor de una sola puerta, chocando hombro con hombro, en silencio, incómodo.

El hombre más viejo, a quien conocían sólo como Cut —la palabra inglesa— empujó a través del grupo de matones, apartándolos con el cañón de su AK-47. —Muévanse a un lado. Muévanse a un lado. —Él echó un vistazo a través de la puerta de entrada hacia la habitación del otro lado y luego palideció, sus ojos agrandándose. Se aclaró la garganta, aspiró una profunda y nerviosa respiración y luego comenzó mandando a los hombres lejos de la puerta—. Arriba. Vayan. Aléjense. Despejen. Empiecen a llevar el resto de los cadáveres.

Cuando todos se habían ido, Cut entró en la habitación y se detuvo junto a su jefe.

El silencio descansaba pesado entre los dos hombres. Eventualmente, una voz de barítono tranquila y profunda rompió el silencio, hablando en griego. —¿Cómo sucedió esto, Cut?

Cut sacudió su cabeza. —No tengo respuestas, jefe. Pero lo averiguaré.

—¿CÓMO SUCEDIÓ ESTO? —Su voz era potente sin esfuerzo, resonando en la pequeña habitación. Sus ojos se hallaban fijos en el cuerpo acribillado y ensangrentado de su hija—. ¿Quién se atrevería?

Sus ojos se posaron brevemente sobre el cuerpo de Tobías, pero volvieron inmediatamente a Gina. Retiró su mano del bolsillo trasero del pantalón, pasó sus dedos temblorosos por su grueso cabello negro ondulado.

—¿Quién hizo esto, Cut?

—No lo sé. —Cut sacudió su cabeza—. Pero quien quiera que sea, son hombres muertos.

—La muerte es demasiado buena. Demasiado rápida —habló con los dientes apretados, temblando de rabia—. Sus familias. Sus amigos. Todos a los que conocen y aman. Cut, derribaré el mundo a su alrededor. Esto no es sólo una guerra, mi amigo. Oh, no. Han abierto las puertas del infierno. —Su voz era tranquila ahora, corta y precisa, tan fina y afilada como el filo de una navaja.

Le entregó su chaqueta a Cut y luego se agachó junto al cuerpo de su hija y la cogió en brazos, sin preocuparse por el desastre. La llevó hasta la planta baja. Cut transmitió por radio que alguien tuviera una sábana para envolver lista.

Puso a Gina en el suelo y bajó el algodón blanco sobre su cara, luego se dio la vuelta, sus hombros temblando. Desabrochó su camisa de vestir sucia y la arrojó a un lado, parándose ahora en una camiseta sin mangas y pantalones. Miró de nuevo hacia la casa, la pila de cuerpos, el cristal hecho añicos.

Girándose a uno de los hombres, habló en una voz tan tranquila que contrastaba con la furia destellando en sus ojos. —¿Has comprobado el video?

—¿Video, señor? —El hombre se enderezó, se limpió la frente con una muñeca, luciendo desconcertado.

Un parpadeo lento, como en incredulidad. —La filmación de las cámaras de seguridad —dijo esto con precisión burlesca, como si el hombre fuera estúpido, o sordo.

—No señor, quiero decir, no todavía. No sabía que tenía que...

Tendió su mano y Cut colocó una pistola plateada en ella, diamantes deletreando un nombre en todo el cañón.

¡PUM!

El cuerpo cayó, ojos abiertos y fijos. Un vistazo y Cut tenía al hombre mayor trotando hacia los pisos de la habitación conteniendo las cintas de seguridad.

Cut accedió a las tomas del día anterior, rebobinando durante las horas vacías hasta que los cuerpos comenzaron a desplegarse y sacudirse en sentido inverso. La puerta se abrió y la habitación estuvo llena de una presencia fría y mortal.

—¿Y bien? —Su voz era baja, expectante.

Cut no respondió, pero continuó rebobinando.

—¡Para! —La orden rompió el silencio y Cut detuvo la grabación.

La pantalla de reproducción mostró un hombre alto vestido de negro, con el cabello rubio, una gruesa barba rubia y ojos de color azul pálido. El hombre en la pantalla se encontraba mirando directamente a la cámara, como si supiera que se hallaba allí, a pesar que la cámara era sólo una pequeña cosa escondida en la esquina del techo, no mucho más que un pinchazo en el yeso.

—¿Roth? —El nombre fue dicho con incredulidad—. ¿Aquí? ¿Él es el responsable de esto?

—Se ve de esa manera. —Cut también conocía a Roth. Recordaba los problemas que el hombre había causado en las filas con su desertión.

—Muéstreme la habitación. —No tuvo que ser más específico.

Cut tocó algunas teclas y la pantalla de reproducción cambió a la sala principal a las vistas de cada nivel, descendiendo sucesivamente hasta el nivel más bajo. A la inversa, vio a una chica calva, apaleada, sangrando y cojeando, llevando la ropa de Tobías saliendo de la habitación, cayendo en la escalera, encontrada y llevada por Roth. Antes de eso, Gina, viva entrando en la habitación, acompañada por Tobías.

—Debe haber sido uno de los experimentos de Gina... —sugirió Cut.

—No. Esto era... algo más.

No había ninguna cámara en la habitación en sí, pero el material de archivo, rebobinado más adelante, mostró a Tobías arrastrando una chica desnuda y sangrando, y luego Gina y Tobías arrastrando a una chica joven en la habitación, y entonces horas de nada, y luego Tobías con una diferente mujer, una hermosa rubia inconsciente en sus brazos, con una rodilla ensangrentada. Esta era claramente la mujer en la escalera de más temprano, antes de que tuviera su cabeza afeitada. Tobías fue seguido por Gina, que pasó junto a él y abrió la puerta para que entraran.

Cut detuvo la filmación entonces y se recostó en la silla. —Me parece que Gina tomó a alguna chica para sus jueguitos, sólo que la chica le pertenecía a Roth. Esta fue la consecuencia.

—Hay más que eso, creo. Por un lado, había dos chicas.

—La segunda era sólo una táctica de miedo —dijo Cut—. Mostrándole a la primera lo que le pasaría a ella.

Un asentimiento. —Y entonces de alguna manera dominó a Tobías, lo mató, y luego mató a Gina. —Hubo una larga pausa—. El problema que tuvimos en la casa en Oia, ¿le preguntaste a Gina sobre eso?

Cut asintió. —Dijo que no era nada de qué preocuparse, así que no me molesté en mirar el video. Ella lo manejó, sea lo que fuera.

—Algo me dice que te estaba mintiendo. —Se pasó una mano por la cara—. La dejé andar demasiado salvaje, creo. Si Roth estaba aquí, había algo más que sólo esta chica siendo torturada. Roth no me traicionaría así a menos que no tuviera elección, especialmente por una mujer cualquiera. Este no es su estilo. Este no fue sólo uno de los juegos de Gina.

—¿Entonces vamos a Oia? —sugirió Cut.

Sacudió la cabeza. —No. Primero entierro a mi hija. Ten a alguien trayéndome las cintas. Averigua lo que realmente sucedió en Oia.

* * *

Se paró sólo delante de una cripta. El cementerio era antiguo, algunas de las criptas remontándose a varios siglos, algunas incluso más. Muchos de los nombres en las criptas, si podías leer griego, decía Karahalios.

Cut dio un paso a través de la hierba, con cuidado de no caminar sobre las lápidas enterradas en la hierba. Se detuvo junto a su jefe. —Lo siento por su pérdida. Ayudé a criar a esa chica.

—Sé que lo hiciste. —Se apartó del mármol con el nombre y la fecha de nacimiento y la muerte recién grabados—. ¿Qué has encontrado?

Cut dejó escapar un suspiro. —Hice algo de investigación. Miré las cintas de Oia y seguí el rastro hacia atrás. Mi conjetura más educada es que Gina realmente nunca olvidó a Roth. Siempre estaba esperando el momento adecuado, creo. Cuando él se fue, ella actuó como si lo hubiera superado. Ninguno de nosotros realmente habló de él de nuevo, y menos a Gina. Pero entonces, hace unas semanas, hubo un

gran lío en Francia. Una persecución de coches. Alec fue asesinado. Un disparo en la cabeza a corta distancia. En realidad, nadie sabe exactamente lo que sucedió, pero mi sensación es que Alec fue enviado a limpiar, ¿sabe? sólo que no fue tan bien. Y luego otro lío en Atenas. Cuatro de nuestros chicos fueron asesinados allí. Quienquiera que lo hizo era un profesional. Limpio, rápido y preciso.

—¿Quiénes?

—¿Quiénes qué, jefe?

—Los hombres en Atenas. ¿Quiénes eran?

—Marcus, Niko, Gino, y Anthony.

Él asintió. —Continúa.

Cut vaciló como si no quisiera compartir la siguiente parte. —Oia... eso fue malo, jefe. Gina atrapó a Roth. En Francia, creo. Ella lo robó y luego envió a Alec para que se encargara de la chica de Roth, sólo que la chica se escapó y alguien le ayudó a escapar. Alguien muy bueno. Yevgeny, Kiril, y Tomas fueron asesinados en Marsella. Ellos escondieron a la chica con Henri y Gina envió algunos hombres tras ella. Henri los atrapó. Ella envió más hombres tras Henri después. Quemó su bar. Intentó matarlo —vaciló Cut—. Eso no fue bien, tampoco. Tino, Vasily, Micha, Stefano. Todos muertos a manos de Henri. Henri también se encontraba en la fortaleza.

—Chica tonta. Les advertí a todos que permanecieran lejos de Henri. Él tenía que ser dejado sólo.

Cut asintió. —Lo sé. Ella no hizo caso, obviamente. —Dejó escapar un suspiro y luego hizo un gesto con la mano, continuando—. Gina... estaba en alguna mierda bastante desagradable. Tú lo sabes. Bueno, tuvo a Roth encadenado a una cama en la casa de Oia durante tres días. La chica, ¿la que Gina tenía en el sótano con la cabeza afeitada? Ella y otro hombre irrumpieron en Oia, aventaron las puertas, rescataron a Roth y escaparon. Gran lío. Sin embargo, Gina lo cubrió. Te impidió descubrirlo hasta que tuvo la puerta y la pared arreglada, se hizo cargo

de los cuerpos, se aseguró de que nadie la delataría ante ti. Era evidente que quería que esto se mantuviera en silencio, ¿verdad? Ella sabía que pondrías fin a esto.

—Se lo dije, jodidamente le dije que lo dejara ir. —Un movimiento irritado de una mano por su cabello acentuó sus palabras—. Olvídalo, dije. Roth no me preocupaba. Sabía que él tenía la intención de desaparecer, y lo dejé. Era un buen chico, pero no cortado para esta vida. No tenía el estómago. Sin embargo no era un canalla. Nunca dijo una mierda a nadie y sabía mucho sobre mis operaciones. La jodida de Gina trató de matarlo, y tomé sus privilegios lejos de ella por eso. Déjalo ir, dije. Olvídalo, dije. Diez años, mantuvo sus secretos y los míos, ¿y luego ella va y lo secuestra? —Se alejó de la cripta, pasándose la mano por el cabello en señal de frustración—. No podía dejar el tema de lado, ¿verdad? Joder.

Cut dejó el silencio reinar durante unos minutos. —Como dije, hice algo de investigación. La chica es Kyrie St. Claire. Una americana, de Detroit. El otro chico, el que la ayudó a sacar a Roth de Oia... su nombre es Nicholas Harris. Ex Ranger del ejército. Muy condecorado. Trabaja para Roth.

Él asintió. —Buen trabajo. —Cruzaron a través del cementerio y se metieron en un coche esperando, un Maybach negro—. ¿Cualquier idea de en dónde están ahora?

Cut sacudió su cabeza. —No exactamente. Hubo un súper yate vendido en Marsella, el tipo de cosas que solamente unos pocos hombres en el mundo podrían permitirse. Fue comprado con dinero en efectivo, nombres falsos en el papeleo. Zarpó de Marsella hace casi una semana. Podrían estar en cualquier lugar en este punto. En algún lugar en el Mediterráneo, o fuera por el Bósforo y en el Atlántico. Tengo los ojos puestos en los principales puertos, pero va a tomar tiempo encontrarlos.

—Hazme una lista de todas las personas relacionadas con esto. Todos los que han tocado las vidas de Roth y esta chica St. Claire. Todos.

—¿Cuál es el plan?

Un encogimiento de hombros. —aún no estoy seguro. No puedo dejar esto pasar. No lo haré. Mataron a treinta y tres de mis hombres. Destruyeron una de mis casas. Mataron a mi hija. —Apretó el puente de su nariz entre su pulgar e índice—. Debería haberla refrenado, Cut. Pero no lo hice, no podía, y ahora me ha causado este lío, y consiguió ser asesinada en el proceso.

—¿Qué pasa con el trato con los rusos?

—Termínalo. No podemos retroceder ahora. Pero pon un alto en las cosas después de eso. Necesito tiempo para averiguar lo que haré. Recluta nuevos hombres. Buenos. No mierda sentimental, ¿entendiste? Ellos pagan por su coño. Mantienen sus manos limpias. No más líos. —Se frotó la cara con las dos manos—. No quería esto. Roth era un buen chico. Tenía una debilidad por él, ¿sabes? Mantuve un resguardo en él durante años. Lo hizo bien por sí mismo. ¿Ahora? Ahora, debido al desorden de mi hija, tengo que hacer algo que estaba esperando no tener que hacer.

—Puedo encargarme de ello por usted, jefe. Sabe que puedo mantenerlo en secreto.

—No, Cut. Agradezco el pensamiento, pero no. Tengo que hacer esto por mí mismo. sólo consígueme la lista de nombres.

Cut asintió, y se calló.

—Esto no va a ser bonito —lo dijo bajo, más para sí que en voz alta.

Cut suspiró. —La venganza nunca es bonita, jefe.

—No es sólo venganza, Cut. Tengo que castigarlo. —Trazó vanamente un círculo en su rodilla con un dedo—. Tú no traicionas a Vitaly Karahalios.

Una promesa

Valentine

Yo estaba en la ventana de nuestra habitación, mirando al mar iluminado por la luna, Ciudad del Cabo a la distancia. Detrás de mí, Kyrie dormía. Estaba boca abajo, la manta cubría su trasero, su espalda desnuda. Su cabello había crecido a lo largo de las últimas semanas, cubriendo las cicatrices de curación en su cuero cabelludo.

Las cosas estaban bien. Los dos estábamos sanando, por dentro y por fuera.

Un suave golpe sonó en la base de las escaleras. Recogí mis shorts del piso, entré y me encontré con Alexei en el salón. —¿Qué es esto? —inquirí.

—Siento molestarte a esta hora, pero esto es algo que creo que te gustaría ver de inmediato. —Alexei me entregó una hoja de papel doblada—. Viene de su hombre Robert, desde Nueva York.

Desplegué el papel.

Había una explicación de Robert:

Este llegó en el correo ayer, enviado a través de DHL para la oficina del centro. Fue dirigido personalmente a usted. Para Valentine Roth. Sin remitente, firma ni ninguna explicación, nada. Sólo el documento que te adjunto. Lo he evaluado por un experto forense de confianza, pero no creo que vayamos a llegar a ninguna parte con él. ¿Qué está pasando? ~ RM

Mi sangre se congeló en mis venas.

El documento era una lista escrita a mano de nombres:

Nicholas Harris

Robert Middleton

Henri Desjardins

Layla Campari

Kyrie St. Claire

Calvin St. Claire

Katharine St. Claire

Albert Roth

Olivia Roth

Valentine Roth

~~Eliza Gutiérrez~~

Mi corazón retumbó en mi pecho. Doblé el papel varias veces. — Gracias, Alexei.

Él asintió con la cabeza, se volvió para irse, luego se detuvo y me miró por encima del hombro. —Sólo soy un hombre que es bueno con las armas. No sé un mucho sobre gente, o arreglar problemas. No sé mucho sobre ti. Pero sé reconocer una amenaza cuando la veo.

—Eso es exactamente lo que es esto, Alexei.

—¿Qué vas a hacer?

No le respondí durante mucho tiempo. —Tomar precauciones. Vigilar a cada uno de la lista. Protegerlos.

—Creo que necesitamos a Harris para eso —sugirió Alexei.

Negué con la cabeza. —Eso creo también. —Cuando Alexei se fue, llamé a Harris—. Perdón por molestarte, mi amigo, pero te necesito de vuelta.

Oigo una sonrisa en su voz. —Roth. ¿Qué piensas que estoy haciendo? ¿Sentado en una playa en alguna parte de Fiji y beber Mai Tais? Estoy en Chicago en este momento, a punto de entrevistar a un potencial recluta.

—¿Recluta?

—Para Alpha One Security. Es mi nuevo trabajo. No está conectado a ti de ninguna manera. Es todo a mi nombre, pagado de mi bolsillo.

Me aclaré la garganta, confundido. —¿Nuevo trabajo?

—Sí, de todos modos jefe, renuncio... —Rió—. Pero no te preocupes. Alpha One Security tiene un sólo cliente: usted.

—Alpha One Security, ¿eh? —Pensé en ello—. Está bien. Bueno, dime tu precio. Y date prisa con la contratación. Ha habido algunos avances... — Le leí la lista de nombres.

Su voz era tranquila cuando volvió a hablar. —Todavía no puedo creer que Eliza murió. —Suspiró.

—¿Él nombró a sus padres? ¿A la madre del Kyrie? ¿Incluso a Layla? Mierda. Esto no es bueno.

—No.

— Escucha, mi recluta está aquí. Me tengo que ir. Estoy en esto, Roth. Voy a poner a mis chicos sobre cada una de las personas en la lista.

—Gracias, Harris.

Su voz fue ahogada, como si se hubiera puesto la mano sobre el auricular de su teléfono, y luego regresó. —Antes de que te deje ir... ¿cómo está Kyrie?

Suspiré y me detuve al pie de las escaleras que conducen a la habitación. —Bueno, mejorando. Puede moverse muy bien ahora. Se está adaptando.

—¿Y usted?

—Él está ahí fuera, Harris. Él viene por todos nosotros —dije—. ¿Cómo crees que estoy?

—Permanece en el mar. Mantente oculto. Nos encargaremos de esto. — Colgó y puse mi teléfono en silencio.

Con papel en la mano, subí las escaleras tan silenciosamente como pude, con la esperanza de no despertar a Kyrie. Estaba sentada en la cama cuando llegué al escalón más alto, la hoja doblada debajo de sus brazos.

—¿Qué está pasando, Valentine? Te escuché hablando con Harris.

— Lo siento —dije—. No era mi intención despertarte despertarte cielo.

Sus ojos se iluminaron sobre el papel. —¿Qué es esto? —Se inclinó hacia delante y extendió su mano.

Dudé, luego se lo di, mi corazón en mi garganta. —Un mensaje. De Vitaly.

Sus ojos recorrieron lo largo de la página, y luego me miró brevemente antes de leer la lista de nombres por segunda vez. —Esto... esto es todo el mundo. Mi madre, tus padres. Mi hermano. ¡Incluso Layla! ¿Qué significa esto, Valentine? —Por el tono de su voz, supe que ella entendió lo que significaba.

Me senté en la cama junto a ella y la coloqué en mi regazo. — En realidad, no una amenaza sino que... él quiere asegurarse de que sabemos que no nos ha olvidado. Él quiere que estemos asustados. Con pánico.

—Bueno, está funcionando. —Su voz era baja.

Acaricié su espalda en círculos lentos. —Te prometí que no dejaría que nadie te hiciera daño de nuevo. Bueno, eso va para todos en esta lista también. No tienen nada que ver con esto. No voy a dejar que te haga daño, o cualquier otra persona.

—¿Qué vas a hacer?

Enterré mi rostro en la suavidad de su hermoso cabello rubio. —Protegerlos. Harris trabajará en los Estados Unidos. Él está montando una empresa de seguridad. Tendrá hombres armados altamente capacitados y cuidando todo día y noche. Nadie va a conseguir acercárseles. Te lo juro, Vitaly no llegará a ninguna parte cerca de ellos. No lo voy a permitir.

—¿Qué pasa con Layla? Ella no tiene a nadie. —Ella esnifó—. Dios, Valentine. He estado tan centrada en todo lo que nos pasó... ¡no hablo con ella desde hace semanas! Ella ni siquiera sabe lo que está pasando, lo que pasó. Si ve a un hombre extraño tras ella, va a enloquecer.

—Voy a tener...

Tomó mi teléfono de mi mano. —Tengo que llamarla. ¿Cómo marcas con esta cosa?

Levanté suavemente el teléfono de las manos. —Kyrie. Escúchame. Yo me encargo de ella también. Lo prometo.

—¿Cómo? ¿Poniendo a un ex infante de marina sobre ella? Esto sólo va preocuparla más, Valentine. ¡Ella todavía no sabe que está en peligro! Ella es.... algo más que una amiga para mí. Tienes que hacer algo.

Llamé a Harris. Él contestó a la segunda llamada. —¿Harris? Escucha, sobre Layla. Tráela aquí, ¿de acuerdo? Estaremos en la zona de Ciudad del Cabo por unos días más. La quiero en este barco en 72 horas.

Harris no perdió el ritmo. —Entendido. —Hace una pausa—. ¿Me está esperando?

—Voy a pedirle a Kyrie que le advierta, sí.

—Suenan bien. Nos vemos en unos días, entonces. —Típico de Harris, no terminó la llamada; simplemente colgó.

Observé a lo largo de la agenda de mi teléfono hasta que me encontré el número de Layla, marqué y se lo entregué a Kyrie. —No trates de explicarle todo ahora, ¿entendido? sólo convéncela de venir a vernos.

Kyrie sostiene el teléfono en su oreja, apoyada en mi pecho.

Podía oír los tonos, una vez, dos veces, tres veces, y luego una voz soñolienta en el cuarto tono. —¿Ho...hola?

— Layla... hola. Soy Kyrie.

— Perra, ¿no sabes que son las cuatro de la mañana?

Oí la sonrisa en la voz de Kyrie. —Lo siento, puta. Son sólo las diez por aquí.

—¿Dónde es “aquí”?

Ella me miró preguntándome. Sonreí y me apoyé en el teléfono. — Estamos en la costa de Ciudad del Cabo, Sudáfrica, Layla.

-Aquí está Roth, por cierto.- Dijo mi amor, risueña.

Kyrie tomó el teléfono y lo puso en altavoz. La voz de Layla llegó a través del altavoz. —Bueno, sin chistes. Es el hombre en persona. ¿Está cuidando de mi niña, señor Roth?

Kyrie respondió por mí. —Sabes que lo está. —Su voz se quebró un poco, sin embargo, y Layla se dio cuenta.

—¿Key? Sabes que puedo escuchar toda la mierda que no me estás diciendo, ¿no? No me puedes ocultar nada a mí, ni siquiera a través de la línea telefónica. —Oí un ruido y luego el murmullo de una máquina de café en el fondo—. ¿Qué pasa?

Kyrie respiró hondo y soltó el aire lentamente. —Es que hay mucho para actualizar y no es lo indicado hacerlo a través del teléfono. —Ella me miró, y me saludó con la mano, sonriendo—. ¿Qué te ha pasado?

—¿Ahora mismo? ¿O en general?

—En general.

Oí el tartamudeo del final del café y el ruido del líquido que llena una taza. —Clases. Trabajo. Lo mismo.

—¿Por qué no vienes a visitarnos?

—¿Dónde? ¿A Sudáfrica? —Rió—. No voy a la puta Sudáfrica.

—No a Sudáfrica, pensé, más... cerca de allí. En nuestro yate. — Se mordió la uña—. Ven a visitarnos. Por un tiempo.

Layla entendió con claridad que Kyrie salía algo. —¿Key? ¿Qué diablos está pasando?

Kyrie suspiró. —Bebé... no me creerías si te lo dijera. Yo sólo... necesito que hagas esto por mí. ¿Está bien? ¿Por favor? Sabes que no te lo pediría si no fuera importante para mí.

—¿Y las clases? No puedo dejarlas, pierdo créditos y una montaña de dinero en efectivo. Tengo deudas de alquiler, y también, ¿cómo diablos quieres que vaya a Sudáfrica o dónde diablos estén ustedes dos?

Hablé por encima. — Layla, te doy mi palabra de que cualquier gasto que podrías pensar será cubierto. Mi hombre Harris está yendo a Chicago a buscarte ahora mismo. Te ayudará a empacar y personalmente te llevará en avión hacia nosotros. —Tomé una decisión apresurada—. Tu pago mensual será pagado. No tendrá que preocuparse por el alquiler, o cualquier otra cosa. Nunca. ¿Está bien?

Sospecha tiñe su voz. —¿Por qué harías eso? Ni siquiera me conoces.

—Eres importante para Kyrie. Así que eres importante para mí.

Una larga pausa. —Excelente. Pero algo me dice que mierda pesada cayó al suelo. —Suspiró—. ¿Volaré en un jet privado, como Kyrie una vez?

Me reí. —Sólo lo mejor para ti, señorita Campari, te lo prometo.

Ella rió. —Señorita Campari. Eso es nuevo. Nunca he sido llamada así antes. —Bostezó—. Escucha, necesito beber mi café. Déjame hablar con Kyrie rápidamente.

—Nos vemos en unos días, señorita Campari —dije.

—Adiós, señor Roth.

Kyrie apagó el modo de altavoz y lo sostuvo en su oído. —Layla, sí, sólo yo ahora. Mira, sólo ve hacia donde Harris te diga, ¿de acuerdo? Puedes confiar en él, te lo prometo... sí, sí, estoy bien, de verdad. Mira, puta, te voy a decir todo cuando llegues aquí, te lo juro. Bueno... sí. Yo también te amo, zorra cara. —Ella colgó el teléfono y lo arrojó sobre la cama. Sus ojos se encontraron con los míos—. Gracias, Valentine.

Le sonreí, empujé el teléfono de lado y me incliné hacia adelante, colocandome a su espalda. —Tú eres mi todo, Kyrie. Te lo juro, lo juro por mi alma, no voy a dejar que te pase nada nuevo, sobre todo debido a mi pasado. No voy a permitir que mis errores dañen a nadie. No va a hacer daño a un sólo cabello de tu cabeza.

— Lo sé. —Su sonrisa era confiada mientras sacaba mis shorts y los arrojaba a un lado. —Confío en ti, Valentine. Sé que me vas a proteger.

Abrí sus rodillas con una de las mías, y uní nuestros cuerpos. —Todo estará bien. Me aseguraré de eso. Voy a hacer lo que sea necesario para proteger lo que es mío. —Me moví y se quedó sin aliento—. Me perteneces cariño.

Nota de la Autora

Querido lector,

Si estás leyendo esta nota, entonces asumo que quizá tengas algunas preguntas: *¿Ése es el final? ¿En serio?*

Si, en serio. He pasado una enorme cantidad de tiempo debatiendo conmigo misma cuál debería ser el final de éste libro. Sé que deja muchas preguntas sin responder, en especial si aún no está anunciado un tercer libro. Consideraré cambiar el final, dejando fuera el capítulo “Vitaly”, suavizando el final de algún modo. Pero si hubiese hecho eso, habría comprometido seriamente la integridad de esta historia. Sólo no hubiese encajado; Vitaly es un poderoso, vengativo, implacable enemigo. Él no es la CIA o NSA, por lo que él no puede simplemente chazquear los dedos y saber dónde se encuentran Kyrie y Roth, pero tiene los recursos para encontrarlos, tomándose el tiempo para hacerlo.

La amenaza está colgando sobre la cabeza de Valentine y Kyrie. Así tenía que ser. Vitaly no puede simplemente dejarlos ir. No puede, y no lo hará. Valentine lo sabe. Pero la amenaza es distante por ahora. Está a futuro. Para el presente, se tienen el uno al otro.

Y para Valentine, Kyrie es un recordatorio de su pasado. Él la necesita, en parte, porque ella le recuerda de dónde viene, lo que dejó atrás, las cosas que él ha hecho, el hombre que solía ser. Ella le recuerda al hombre que *quiere ser*. ¿Y la amenaza para Vitaly? Mantenerse astuto, mantenerse alerta.

Todo héroe necesita un villano.

La cruda verdad sobre esto es que éste es el modo en el que termina el libro. Es a donde la historia me llevó y no puedo cambiarlo, o disculparme por ello. Sé que la mayoría de mis libros tienden a tener finales ligeramente más ordenados, pero no todas las historias pueden ser atadas con modesta y coherente suavidad. Esta historia es diferente. Estos personajes son diferentes. Kyrie y Roth ocupan un lugar muy especial en mí, y no comprometeré su historia.

Así que, la otra pregunta frecuente:

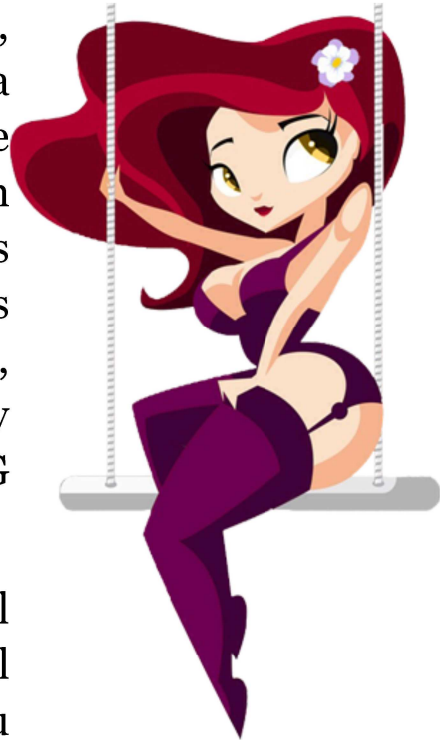
¿HABRÁ un tercer libro?... ¿La verdad? No estoy segura. Eso espero. Honestamente, me encantaría escribir un tercer libro, e incluso ir más allá. Me gustaría escribir más de esta serie, en éste mundo con estos personajes. Lo estoy esperando, y planeándolo tentativamente, pero no puedo hacer esa promesa hasta haber ordenado mis ideas y hasta no tener un libro que en mi opinión sea digno de estos personajes.

GRACIAS por siempre apoyar mi arte, mi escritura y mis historias. Siempre he dicho y seguiré diciendo que tengo los mejores lectores. Y en realidad, los tengo.

Acerca de Jasinda Wilder

Reconocida por el New York Times, EE.UU. HOY, Wall Street Journal, la autora Jasinda Wilder es nativa de Michigan con una ligera inclinación por cuentos sobre hombres atractivos y mujeres fuertes. Sus títulos más vendidos son ALPHA, Stripped, Wounded, y el # 1 del Amazon y bestseller internacional FALLING INTO YOU.

Puedes encontrarla en su granja en el norte de Michigan con su marido, el autor Jack Wilder, sus seis hijos y su colección de animales.



BETA

Acompáñame en la tercera entrega de Alpha:



PRÓXIMAMENTE

Gracias por leer mi traducción, te pido de favor que si en algún momento tienes acceso a este libro en físico en tu país, **LO COMPRES**, ya que de ese modo ayudamos a los autores y sus editoriales, y del mismo modo nos aseguramos de que estas maravillosas historias sigan siendo publicadas en papel. Gracias.

Alma de Tinta & Corazón de Papel.